


Fresas silvestres


ANGELA THIRKELL

gatopardo ediciones 



Fresas silvestres

ANGELA THIRKELL


gatopardo ediciones 



Fresas silvestres

ANGELA THIRKELL

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *Wild Strawberries*

© The Estate of Angela Thirkell, 1934

© de la traducción: Patricia Antón, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: abril de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Cadhay House, Devon, Inglaterra

Fotografía de Alison Day

Imagen del interior: North End House, Rottingdean

Imagen de la solapa: Angela Thirkell (1938), fotografía de Howard Coster

© National Portrait Gallery, Londres

ISBN: 978-84-17109-65-3

Depósito legal: B-5202-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



North End House, en Rottingdean, propiedad de sir Edward Burne-Jones, el abuelo de Angela Thirkell, donde la escritora pasó largas temporadas.

Índice

Portada

Presentación

1. Las mañanas en la iglesia
2. Los Leslie a la hora del almuerzo
3. La llegada de un adulator
4. Una abadía y un cuarto de los niños
5. Ciertas facetas de Milton
6. Ciertas facetas de David
7. Almuerzo para tres
8. David repara el daño causado
9. Lady Emily va de visita
10. Los lirios florecen
11. La indignación de un adulator
12. Feliz cumpleaños
13. Los lirios se marchitan
14. El momento estelar de Gudgeon

Angela Thirkell

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Las mañanas en la iglesia

En Rushwater, el pastor de la iglesia de Santa María miraba con gesto nervioso por la ventana de la sacristía, que daba a una portezuela en el muro del cementerio. A través de ella, la familia Leslie había acudido a la iglesia con distintos grados de impuntualidad desde que el pastor se hallaba en Rushwater, y no parecía probable que hubieran sido más puntuales antes de que él asumiera el cargo. Era un tributo a la personalidad de lady Emily Leslie, reflexionó el pastor, que quienes vivían con ella, incluidos los huéspedes del fin de semana, acabaran contagiándose de su impuntualidad. A su llegada a Santa María, los cuatro hijos de los Leslie aún estaban bajo la tutela de sus niñeras. Cada domingo era presa de la exasperación al ver entrar a la familia entera en pleno acto penitencial, mientras lady Emily dejaba caer devocionarios y fulares y les indicaba a todos, en cariñosos susurros perfectamente audibles, dónde debían sentarse. Durante la guerra, el hijo mayor había estado en Francia, y John, el segundo, en alta mar, y Rushwater House se convirtió en sanatorio. Pero la vitalidad de lady Emily no disminuyó ni un ápice, y su asistencia al oficio religioso matutino resultaba más irritante que nunca para el abrumado pastor cuando la dama escoltaba a sus pacientes convalecientes hasta su banco, prestándoles una ayuda innecesaria con las muletas, cambiando de sitio los cojines reclinatorios, cubriendo con chales a aquellos hombres agradecidos y avergonzados para protegerlos de imaginarias corrientes de aire, hablando en penetrantes susurros que distraían al pastor de su liturgia, comportándose, en general, como si la iglesia fuera la casa de una amiga. Hubo un momento en que creyó su deber rogarle, por el bien de los demás feligreses, que fuera un poco más puntual y un poco menos mandona. Pero antes de reunir el valor suficiente para hacerlo, le llegó la noticia de la muerte del hijo mayor. El domingo siguiente, cuando el párroco vio el hermoso rostro de lady

Emily pálido y devastado por el dolor, juró en sus oraciones que jamás se permitiría volver a criticarla. Y aunque ese domingo la dama había hecho gala de tanto ajetreo con los cojines reclinatorios, velando por la comodidad de sus soldados heridos, que hasta ellos mismos desearon fervientemente hallarse de vuelta en el hospital, y aunque había ideado un sistema de comunicación silenciosa con Holden, el sacristán, para que éste cerrara una ventana, atrayendo con ello la atención de la congregación entera, el pastor no había faltado a su promesa, ni en aquel momento ni nunca a partir de entonces.

En la boda de su hija Agnes con el coronel Graham, lady Emily había sido puntual por una vez, pero sus intentos de recolocar a las damas de honor durante la ceremonia, y su insistencia en abandonar su banco para proporcionarle a la madre del novio un cantoral que ésta no quería para nada, habían sido una parte fundamental de la boda. En cuanto a la confirmación de David, el menor de los hermanos, el pastor todavía se despertaba temblando de madrugada al recordar la recepción que lady Emily había estimado oportuno ofrecer después en el presbiterio, aunque al parecer eso no había ofendido en lo más mínimo al obispo.

Rushwater la adoraba. El pastor sabía muy bien que Holden prolongaba deliberadamente el último tañido de las campanas para darle a lady Emily la ocasión de llegar a tiempo, pero nunca había tenido el valor para acusarlo de ello. Justo entonces la portezuela se abrió con un chasquido y la familia Leslie entró en el cementerio. El pastor sintió un gran alivio. Se apartó de la ventana y se dispuso a hacer su entrada en la iglesia.

El grupo familiar llegado de Rushwater House era numeroso. Lady Emily, últimamente algo incapacitada por la artritis, caminaba apoyándose en un bastón negro y cogida del brazo de su segundo hijo, John. A su otro lado iba el marido. Agnes Graham los seguía con dos niñeras y tres hijos. Luego venía David con Martin, el nieto mayor de los Leslie, un colegial de unos dieciséis años. Era a su padre a quien habían matado en la guerra.

Lady Emily hizo que su procesión se detuviera en el porche.

—Bueno, Tata —dijo—, espera un momentito y decidiremos dónde

se sienta cada cual. Vamos a ver, ¿quién va a comulgar?

Ambas niñas desviaron la mirada con cara de circunstancias.

—Ya veo que tú no, Tata, y supongo que Ivy tampoco —concluyó lady Emily.

—Ivy puede ir a comulgar temprano el día que ella quiera, milady —repuso Tata con gélida tolerancia—. Yo es que soy metodista.

A lady Emily se le demudó el rostro.

—Agnes —exclamó, apoyando una mano enguantada en el brazo de su hija—, pero ¿qué he hecho? No sabía que Tata fuera metodista. ¿Podríamos conseguir que uno de los hombres la lleve al pueblo, si no es demasiado tarde? Me temo que es el día libre de Weston, pero diría que alguno de los demás podrá conducir el Ford. ¿O ya da igual?

Agnes Graham posó sus adorables y plácidos ojos en su madre.

—No pasa nada, mamá —dijo con su voz dulce y agradable—. A Tata le gusta venir a la iglesia con los niños, ¿verdad que sí, Tata? Para ella no cuenta como religión.

—Me crié según el proverbio «Hágase tu voluntad y no la mía», milady —comentó Tata introduciendo un repentino sesgo de reproche en la conversación—, y soy muy consciente de mis obligaciones. Pequeño, no te quites esos guantes, o la abuelita no te llevará a ese precioso oficio religioso.

—Por el amor de Dios, Emily —interrumpió el señor Leslie acercándose, alto, lozano y robusto, un hombre acostumbrado a salirse con la suya excepto en lo concerniente a su mujer—. Por el amor de Dios, no te entretengas ahí charlando. El pobre Banister está dando brincos en el púlpito y Holden ha dejado ya de tocar a clamor. Vamos, venid ya.

Nadie sabía si el señor Leslie era tan ignorante en cuanto a las cuestiones eclesiásticas como pretendía, pero desde sus años mozos había adoptado la actitud de que una palabra era tan buena como cualquier otra.

—Pero Henry, la cuestión de la comunión es importantísima —contestó lady Emily muy seria—. Los que quieran escabullirse deben sentarse en los extremos del banco, y los que quieran quedarse, han de sentarse en medio para no armar tanto jaleo. Yo debo sentarme en un

extremo, porque la rodilla se me pone muy rígida si me siento en medio, pero si me pongo en el segundo banco con Tata e Ivy y los niños, todos podrán pasar por delante de mí sin mucho problema, ¿verdad, Tata?

—Sí, milady.

—Bueno, pues muy bien: tú te sentarás en el primer banco, Henry, con Agnes y David y Martin, y el resto nos pondremos detrás. Sólo que procura sentar a Agnes a la de-recha en el sitio más cerca de la pared, porque ella se queda a comulgar, y si la pones en el otro extremo, tendrás que pasarle por delante y los chicos también.

—Pero Martin y yo no nos quedamos a comulgar —intervino David.

—¿No, cariño? Bueno, como queráis. Es una pena, en cierto modo, porque al pastor le encanta tener la sala llena, pero lo que quería decir es que, si Agnes se sienta en la punta, tanto tú y tu padre como Martin tendréis que pasarle por delante, no que vuestro padre tenga que pasar por delante de ella y de vosotros.

Para entonces, Tata, una joven de personalidad fuerte y lo bastante buena para aguantar a sus patrones por el bien de los críos que engendraban, había conducido a los niños al segundo banco y los había distribuido con ella e Ivy intercaladas de manera que no hubiera dos críos sentados juntos. El resto del grupo los siguió para sentarse entre las hileras de feligreses ya arrodillados. Justo al llegar a la altura del banco de las niñeras, lady Emily exclamó en voz alta:

—¡John! Me había olvidado de John. Si tú no quieres comulgar, John, harás mejor en sentarte delante con David y Martin y los demás, pero deja que tu padre se siente en el extremo.

John ayudó a su madre a instalarse en su banco, y luego se deslizó en el de detrás. Lady Emily dejó caer el bastón, que se estrelló con estrépito contra el pasillo. John se levantó y se lo tendió a su madre, que le brindó una sonrisa radiante y le dijo en un aparte bien audible:

—Verás, yo no puedo arrodillarme por mi pierna tiesa, aunque mi alma sí que está de rodillas.

Pero antes de que su alma pudiera dedicarse a sus devociones, la dama se inclinó para darle unos golpecitos en el hombro a su marido.

—Henry, ¿estás mirando las lecturas?

—¿Cómo? —preguntó el señor Leslie en pleno Salmo 95.

Lady Emily pinchó a Agnes con el bastón.

—Cariño —dijo en susurros que todos oyeron perfectamente—, ¿va a encargarse tu padre de las lecturas?

—Claro que sí —respondió el señor Leslie—. Siempre lo hago.

—Bueno, ¿y cuáles son? —insistió lady Emily—. Quiero buscárselas en la Biblia a los niños.

—No lo sé —repuso el señor Leslie con irritación—. No es asunto mío.

—Pero, Henry, tienes que saberlo.

El señor Leslie se volvió en redondo y miró furibundo a su mujer.

—No lo sé —repitió, enrojeciendo por el esfuerzo de susurrar, pero airadamente y de forma audible—. Holden me pone puntos para señalarlas. Mira en tu devocionario, Emily; las encontrarás todas en el primer número de la Bestia o por ahí.

Tras haber transmitido esa información errónea, se dio la vuelta de nuevo y siguió con sus cantos. Cuando anunció la primera lectura desde el atril, su mujer repitió en voz alta el libro, el capítulo y el versículo en cuestión, y añadió:

—Recordadlos bien todos.

Procedió entonces a buscar afanosamente en la Biblia. El hijo mayor de Agnes, James, de sólo siete años, observó sus esfuerzos con cierta impaciencia.

—Ábrela por cualquier sitio y ya está, abuelita —murmuró.

Pero su abuela insistió no sólo en encontrar el punto exacto, sino en señalárselo a los ocupantes de ambos bancos. Para cuando comenzó la segunda lectura, no sabía dónde había metido las gafas, de modo que James se ocupó de encontrar el punto preciso por ella. Mientras el niño hacía eso, lady Emily se inclinó hacia Tata y le dijo:

—¿Tenéis lecturas en la Iglesia metodista?

Pero Tata, que sabía bien cuál era su sitio, fingió no haberla oído.

Cuando el pastor se embarcó en su bienintencionado e insulso sermón, James se acurrucó contra su abuela. Ella lo rodeó con el brazo y permanecieron así, juntitos y cómodos, pensando cada cual en sus cosas bien dispares. Siempre que se sentaba en su banco, lady Emily no

dejaba de pensar en sus queridos muertos: su primogénito enterrado en Francia, y la mujer de John, Gay, que al cabo de un año de felicidad lo había dejado viudo y sin hijos. John había abandonado la Armada después de la guerra para dedicarse a los negocios, y le iba bien, pero su madre se preguntaba a menudo si alguien, o algo, volvería a ser capaz de despertar su corazón. Siempre que lo pillaba desprevenido, su corazón de madre se le partía ante la dureza que veía en su semblante. El resto del tiempo parecía contento: prosperaba, andaba pensando en ser miembro del Parlamento, ayudaba a su padre con la finca, ejercía de tío amable con Martin y los hijos de Agnes, asistía a bailes, obras de teatro y conciertos en Londres, cabalgaba y cazaba en la campiña. Pero lady Emily tenía a veces la sensación de que si lo abordara en silencio y sin previo aviso por la espalda, se encontraría tan sólo con una máscara hueca.

Y luego estaba Martin, que se parecía hasta un punto absurdo a su padre muerto y era tan feliz como puede llegar a serlo cualquier chaval de dieciséis años que se sabe adulto. Su madre se había vuelto a casar, y aunque Martin se llevaba de maravilla con su padrastro estadounidense, había hecho de Rushwater su hogar, para la gran y secreta alegría de sus abuelos. Herencias e impuestos de sucesiones no eran términos que preocuparan gran cosa a Martin. Sabía que Rushwater sería suya algún día, pero con la despreocupación de la juventud, confiaba en que sus mayores vivirían eternamente. En ese momento, sus pensamientos más acuciantes se centraban en la posible compra de una bicicleta de motor por su decimoséptimo cumpleaños, y en la esperanza de que su madre olvidara el plan de mandarlo a Francia durante una parte de las vacaciones de verano. Sería intolerable verse obligado a ir a ese horrible país extranjero cuando uno podía estar en Rushwater y jugar en el equipo del pueblo contra los de los alrededores. Además, quería hallarse en Inglaterra si David conseguía por fin ese trabajo con la BBC.

David debería haber sido en teoría «el tío David», pero aunque Martin le concedía obedientemente dicho título a su tío John, David y él se trataban como iguales. David sólo le llevaba diez años, y no era la clase de tipo al que uno consideraría su tío; era más bien como un

hermano mayor, aunque no andaba con tantas reprimendas, como algunos hermanos mayores. David era la persona más perfecta que cabía imaginar, y cuando él fuera mayor sería, con un poco de suerte, exactamente como David. O sea que, como David, bailarían de maravilla, tocaría y cantarían los últimos éxitos del jazz, sería presidente de la sociedad dramática de su facultad, escribiría una obra de teatro que se representaría una vez, en domingo, publicaría una novela que sólo leería la gente entendida de verdad, y quizá, aunque Martin evitaba pensar mucho en ese tema, tendría montones de chicas enamoradas de él. Aunque no le durarían mucho.

Huelga decir que las cualidades que despertaba en Martin ese culto al héroe no eran exactamente las mismas que más valoraban los padres de David. De haber tenido que ganarse la vida, David se habría visto en serias dificultades. Pero, gracias a la debilidad mal entendida que sentía por él una tía, llevaba ya unos años independizado. Así que vivía en la ciudad y ansiaba hacer sus pinitos en el escenario, el cine y la radio, y de vez en cuando su buena pinta, su facilidad de trato y sus rentas le permitían conseguir un empleo, aunque no por mucho tiempo. Y, como suponía Martin, montones de chicas se habían enamorado de él. Cuando los Leslie anhelaban que David sentara cabeza en un trabajo que fuese duradero, nunca dejaban de recordarse mutuamente que la casa no sería la misma si David no estuviera en ella a menudo.

Los pensamientos del señor Leslie se centraban en parte en lo bien que había esquivado un nombre complicado en la primera lectura, tosiendo y volviendo ruidosamente la página al toparse con él, y en parte en un toro joven que se proponía pasar a ver después del almuerzo; y, a ratos, en por qué Emily no podía ser como todo el mundo.

En cuanto a John, miraba cómo su madre rodeaba a James con el brazo en el banco de delante y deseaba, con ese pesar que nunca dejaba de oprimirle el corazón, que hubiera alguien a quien poder abrazar, aunque fuera por unos instantes, incluso con la mayor frialdad, sin serle desleal a Gay, sólo por no sentir aquel vacío a su lado, día y noche.

—Pero supongo que no podría hacerlo en la iglesia —pensó en voz alta, y entonces, como digno hijo de su madre, a punto estuvo de soltar la carcajada por sus propios pensamientos y tuvo que fingir que estaba resfriado. Por suerte, el sermón llegó a su fin en ese preciso momento y su voz no llamó la atención entre el ajeteo de pies.

Justo entonces, su madre, soltando a James, declaró con tono de nerviosismo:

—Éste parece un buen momento para escabullirse.

John se inclinó hacia ella.

—Aún no podemos, madre —susurró—; debemos quedarnos hasta que pasen el cepillo.

Su madre asintió con energía y le pidió a James que le buscara su bolso. Tras un prolongado trajín, éste apareció bajo el cojín reclinatorio, justo cuando el cepillo llegaba a su altura. El señor Leslie metió en él unos billetes y lo pasó de mano en mano en su banco hasta Agnes, que se lo tendió a Tata en el banco de atrás. Los dos niños pequeños metieron en él sus monedas de seis peniques, pero James se limitó a sonreír y mostrar las manos vacías.

—Toma —le dijo John, alcanzándole seis peniques.

—Gracias, tío John —repuso James, aceptándolos—, pero el abuelo dona dinero a la iglesia, así que no hace falta que demos nada.

Aparte de arrancarle la moneda a James a la fuerza, no había nada que hacer. Las niñeras y sus pupilos pasaron en fila ante lady Emily y salieron de la iglesia, seguidos por los hombres. Sólo Agnes se quedó con su madre.

John y su padre se paseaban bajo el sol, junto al murete del cementerio, hablando sobre el joven toro.

—¿Qué nombre le has puesto por fin, padre? —quiso saber John.

Bautizar a los toros del señor Leslie era una cuestión de gran relevancia. Todos llevaban de primer nombre *Rushwater*, seguido de otro que debía empezar por R. Su propietario, que los criaba en persona, le daba mucha importancia a este asunto, e intentaba ponerles nombres que a los ganaderos argentinos que solían comprarlos no les costara pronunciar. Pero la cantidad de nombres que, en opinión del señor Leslie, podían adaptarse fácilmente a la

lengua española ya casi se había agotado, y últimamente había dedicado buena parte de su tiempo y de sus conversaciones a ese tema.

—Había pensado en *Rackstraw* o *Richmond* —dijo sin demasiada convicción—, pero no me suenan lo bastante españoles.

—¿Qué dice Macpherson?

El señor Leslie soltó un bufido de irritación.

—Macpherson bien puede llevar treinta años aquí de capataz, pero sólo se le ha ocurrido sugerir *Rannoch*. ¿Cómo cree que un argentino va a poder decir «*Rushwater Rannoch*»?

John admitió la dificultad que suponía, al tiempo que no dejaba de preguntarse por qué los argentinos deberían ser menos inteligentes incluso que otras personas.

—Y ahora ha surgido este asunto del arriendo de la casa del párroco. Banister va a estar fuera en agosto y quiere alquilarla. Es un condenado fastidio.

—Pero los inquilinos de Banister no deberían preocuparte, padre.

—Mencionó algo sobre unos forasteros —explicó el señor Leslie—. Una gente a la que encontró en algún lugar foráneo. Está visto que uno no puede tener paz. Tu madre los invitará a cenar con nosotros dos veces por semana. Debería pasarme el mes de agosto en el extranjero.

—Allí hay forasteros a montones —le recordó John.

—Sí, pero están donde les corresponde. Es aquí donde no los queremos. «Compra productos británicos», ya sabes. De no ser por los extranjeros, nos iría mucho mejor.

—Entonces no tendrías argentinos para comprar tus toros de primera.

—Cuando digo extranjeros, me refiero a alemanes, franceses y esa gente —terció el señor Leslie, que parecía hacer una sutil distinción entre las diferentes ramas de razas no angloparlantes.

—¿Y no son los argentinos extranjeros también? —preguntó John con cierta malicia.

—Cuando yo era niño, con «extranjeros» queríamos decir franceses, alemanes e italianos —repuso con dignidad el señor Leslie.

En ese momento, lady Emily salió de la iglesia con Agnes. El marido y el hijo fueron a su encuentro.

La dama se sentó en un banco del porche y se envolvió con un largo fular de color lavanda, sin parar de hablar.

—Henry, estaba pensando en la iglesia que si la sobrina de Agnes, aunque de hecho es la sobrina de su marido, pero Agnes la adora, va a venir a pasar el verano con nosotros, deberíamos celebrar un baile por el cumpleaños de Martin en agosto. Quizá un partido de críquet primero, y luego un baile. Agnes, querida, a ver si consigues encontrar la otra punta de mi fular y me la das..., no, esa punta no, ésa ya sé dónde está..., la otra, tesoro. Eso es. Qué fastidio es esto de tener que quitarte los guantes para la comunión, porque casi siempre se me olvida y luego hago esperar al señor Banister.

Para entonces, se había envuelto la cabeza con el fular y hecho un elaborado turbante, muy favorecedor para su rostro demacrado y bello, con su delicada nariz aguileña, los labios finos y bien definidos y los ojos oscuros y brillantes. Se incorporó con ayuda del brazo de John.

—Ahora pásame el bastón, Henry, y podrías echarme ese chal sobre los hombros, y creo que no voy a ponerme los guantes sólo para ir de aquí a casa. ¿De qué habéis estado hablando tu padre y tú, John?

—De toros, madre, y de extranjeros. Padre dice que se irá fuera del país si Banister alquila la casa del párroco a inquilinos poco apropiados.

—No, Henry —exclamó lady Emily deteniéndose en seco y dejando caer el bolso—, no puede ser. Al señor Banister le sentaría mal.

—Bueno, querida —respondió su marido recogiendo el bolso—, él mismo se marcha al extranjero, y no veo por qué es asunto suyo adónde vaya yo.

—Debemos conversar largo y tendido sobre esto —concluyó lady Emily echando a andar de nuevo para cruzar la portezuela del cementerio y entrar en su propia rosaeda—, lo debatiremos todos en el almuerzo. Se me ha ocurrido, durante ese incómodo intervalo cuando la gente que no se queda a comulgar huye de la iglesia, que sería una buena idea arreglar el techo del pabellón antes de que empiece el críquet. Henry, ¿querrás hablar del tema con Macpherson?

—Ya hablé con él, Emily, en octubre pasado, y el techo lleva arreglado seis meses.

—Claro, por supuesto —repuso lady Emily deteniéndose para recolocarse el chal, que le arrastraba por el suelo—. Debo de haber estado pensando en ese pequeño cobertizo que hay junto al aserradero, donde David dejaba a veces su bicicleta. ¿O habrá sido en otra cosa? En la iglesia, los pensamientos se me confunden muchísimo.

Como nadie parecía capaz de averiguar qué había estado pensando en realidad, la dama echó a andar de nuevo, dejando una estela de pertenencias para que las recogiera su familia, y desapareció en el interior de la casa.

2. Los Leslie a la hora del almuerzo

Rushwater House era una gran casona de estilo semigótico que había hecho construir el abuelo del señor Leslie. Su único mérito exterior era que podía haber resultado peor de lo que era. Sus méritos interiores consistían en cierta amplitud confortable y el ancho pasillo que recorría toda la planta superior, donde podía tenerse a los niños sin que se los viera ni oyera y campando a sus anchas. Todas las habitaciones principales daban a una terraza de gravilla desde la que se accedía a unos jardines delimitados por un riachuelo y rodeados de bosques y campos.

Gudgeon, el mayordomo, daba los últimos retoques a la mesa del almuerzo cuando entró una mujer baja y de mediana edad ataviada con un vestido gris oscuro a rayas.

—Buenos días, señog Gudgeon —dijo con acento extranjero—. Vengo *pog* el bolso de milady, como *siempge*.

—El señor Leslie llevaba un bolso cuando han vuelto de la iglesia, señorita Conk —respondió el mayordomo—. Es probable que esté sobre la mesa de la biblioteca. Walter, ve a ver si el bolso de milady está en la biblioteca, ¿quieres?

El lacayo salió a hacer dicho recado. El señor Gudgeon continuó con sus supererogatorios toques definitivos mientras la señorita Conk miraba a través de la ventana. La doncella de lady Emily había llegado muchos años atrás con el nombre de Amélie Conque, pero la integradora genialidad de la lengua inglesa, la determinación del señor Leslie de no ceder ante los extranjeros en cuestiones de pronunciación y lo profundamente convencido que estaba el señor Gudgeon de la pureza de su acento francés se habían combinado para dar forma al apellido «Conk», que sonaba a sartenazo. Por él la habían conocido, con terror y desagrado, los hijos de lady Emily, y con cariño y falta de respeto sus nietos. No sabríamos decir si Conk se había

ablandado con los años o si la nueva generación pisaba más fuerte que la anterior. Probablemente ambas cosas.

Por lo que se sabía, Conk no tenía un hogar, ni parientes, ni interés alguno más allá de Rushwater y la familia. Por vacaciones siempre iba a ver a una ama de llaves de los Leslie retirada, una dama anciana y con mal genio, la señora Baker, que vivía en Folkestone. Y desde allí, tras su pelea anual con la señora Baker, tenía por costumbre hacer una excursión de un día a Boulogne; tras haber vislumbrado su tierra natal, siempre volvía llorosa por lo mucho que había echado de menos Inglaterra.

Walter regresó con el bolso y trató de dárselo a Conk, pero ésta, ignorando su mera existencia, aguardó con aire de sufrimiento espiritual a que Gudgeon lo asiera de manos de Walter y se lo tendiera a ella.

—Llegaremos tarde al almuerzo —declaró Conk, que tenía tendencia a utilizar el plural mayestático cuando hablaba de su señora.

—Eso no es ninguna novedad, ¿verdad, señor Gudgeon? —comentó Walter cuando Conk hubo salido de la habitación.

Gudgeon le dirigió una mirada a Walter que hizo a éste batirse en retirada a toda prisa hacia la antecocina, y recolocó todo lo que el lacayo había tocado. Luego fue a hacer sonar el gong.

Aunque habría preferido morir antes que confesarlo, hacer sonar el gong era uno de los grandes placeres en la vida de Gudgeon. El alma de artista, de poeta, de soldado, de explorador, de místico que dormitaba en algún lugar oculto tras su alta y digna apariencia se liberaba cuatro veces al día para alcanzar empíreas alturas desconocidas e insospechadas por sus patronos, sus iguales (de los cuales no había más que dos, Conk y la señora Siddon, el ama de llaves actual) y sus subordinados. Hubo un tiempo aciago, el otoño anterior, cuando el señor Leslie, solícito para con los nervios de su esposa tras una larga enfermedad, le había ordenado a Gudgeon anunciar las comidas de viva voz. Sólo la devoción que sentía por su señora lo había sostenido durante aquella ordalía. No le provocaba ningún placer entrar en el salón, con un empaque capaz de avergonzar al invitado más distinguido; ningún placer anunciar que la cena estaba servida con

una voz que, de no ser por una leve vacilación con las consonantes aspiradas iniciales, podría haberlo encumbrado al más alto cargo que pueda ofrecer la Iglesia. En su fuero interno, se sentía mudo y víctima de una privación. Cierta día, en el transcurso de una conversación con Conk, tanteó el terreno con la sugerencia de que milady era un poco menos puntual en las comidas desde que el señor Leslie había abolido el uso del gong.

—Milady es la misma de *siempge* —repuso Conk—. Nunca oye el gong. Si está en su *dogmitogio*, suele *decigme*: «Conque, ¿ha sonado el gong?».

Esos comentarios hicieron reflexionar a Gudgeon. Un día se arriesgó a tocar el gong, con suavidad y brevemente, para anunciar el almuerzo. Al cabo de un par de días, viendo que nadie le decía nada, lo hizo sonar a la hora del té, y luego en la cena, pero siempre con brevedad y contención. Finalmente, aprovechando que el señor Leslie se encontraba en la ciudad, dio rienda suelta a su alma en rebatos, alarmas y fanfarrias de retumbante sonido. Hacia finales de semana, cuando el señor Leslie volvió, lady Emily comentó en la cena:

—Gudgeon, ¿ha tocado el gong esta noche? No lo he oído.

—Sí, milady, pero puedo tocarlo un poco más en el futuro, si la señora así lo desea.

—Sí, hágalo —concluyó lady Emily.

El señor Leslie, ocupado en la cuestión de reparar el techo del pabellón de críquet con el señor Macpherson, no oyó esa conversación, y absorto como estaba en aquel momento en una feria de ganado en la que era probable que *Rushwater Robert* hiciera un buen papel, ni se percató de que el gong había empezado a sonar de nuevo.

Ver a Gudgeon golpeando el gong a la hora de cenar equivalía a ver a un artista en plena tarea. Así el mazo, con aquel esférico extremo bien acolchado con gamuza que tanto lo enorgullecía reemplazar con sus propias manos de vez en cuando, y ejecutaba un par de florituras preliminares a la manera de un tambor mayor, o de un león frenético por alcanzar el legendario cepo en su cola. Luego dejaba caer el extremo acolchado en el centro exacto del gong para arrancarle una nota grave y resonante. Y entonces lo hacía sonar con fuerza creciente,

moviendo el macillo en círculos cada vez más amplios por la oscura y rugosa superficie, hasta que el sonido llenaba la casa entera y retumbaba en los pasillos, vibraba en cada viga; hacía que los niños de Agnes en el piso de arriba, en la cama, se llevaran un agradable susto; que David saltara en la bañera: «Maldito sea ese gong, pensaba que tenía cinco minutos más»; que el señor Leslie, en el salón, dijera: «Supongo que ya llegan todos tarde otra vez», y que lady Emily, mientras Conk le recogía el cabello, preguntara: «¿Ha sonado ya el gong, Conque?».

Ese día, el eco retumbante apenas se había extinguido cuando el señor Leslie entró con el señor Macpherson, el capataz, y el señor Banister. Tras ellos venían Agnes y James, que bajaba a almorzar los domingos, y David y Martin.

—No vamos a esperar, Gudgeon —dijo el señor Leslie—. La señora llegará tarde.

—Muy bien, señor —repuso el mayordomo con cierto desdén. Había pocas cosas de la familia que Gudgeon no supiera antes incluso que ellos mismos.

—¿Cuándo se espera a su sobrina, señora Graham? —quiso saber el señor Macpherson.

—Mañana a la hora de almorzar. Hoy despedía a su madre.

—Déjeme ver —dijo Macpherson, que se enorgullecía de conocer todas las ramificaciones de la familia Leslie—, ella tiene que ser la hija de la hermana mayor del coronel Graham, digo yo..., la que se casó con el coronel Preston, el que mataron en la guerra.

—Sí, así es. Mi hermano mayor estaba en su mismo regimiento, recordará, como oficial de un rango inferior. Murieron los dos casi al mismo tiempo, pobrecitos míos. La señora Preston nunca ha estado muy bien desde entonces.

—Sí, ahora me acuerdo —repuso el señor Macpherson—, y tenían sólo una hija, la tal señorita Mary. La vi una sola vez, aquí, cuando no era más que una chiquilla.

—Es un verdadero encanto, todos la adoramos. Es muy triste para ella que su madre deba irse al extranjero, de modo que a mi madre y a mí se nos ocurrió que lo mejor para ella sería que se viniera a pasar el

verano aquí.

—¿Y para qué quiere la señora Preston marcharse al extranjero? —quiso saber el señor Leslie.

—Creo que ha sido decisión de su médico, padre —respondió Agnes.

—¡Estos médicos! —exclamó el señor Leslie borrando al Colegio Real de Médicos entero de la faz de la tierra con este hiriente comentario.

—¿Y cuándo espera usted de vuelta a su marido, señora Graham? —continuó Macpherson, decidido a poner al día sus conocimientos sobre la familia.

—Pues no lo sé muy bien... Es un verdadero fastidio —contestó Agnes con tono suavemente quejumbroso—. Los del Ministerio de la Guerra dijeron que dentro de tres meses, pero nunca se sabe. Y volver desde Sudamérica lleva su tiempo, desde luego. Pero lo bueno es que allá abajo ha visto el toro de mi padre.

—No será *Rushwater Robert*, ¿no? —soltó Macpherson.

—Pues sí. Quedó campeón en Buenos Aires, y Robert, me refiero a mi Robert, no al toro, lo vio en el concurso. Pero no lo reconoció.

—¿Cómo supo entonces que se trataba de *Robert*? —quiso saber el señor Leslie.

—No lo supo, padre, he ahí la parte triste. Mi querido Robert lo vio con sus preciosos ojos, pero se había olvidado de él. ¡Y pensar que le pusieron su nombre! —Agnes exhaló un desahogado suspiro.

—Lo de que los romanos tuvieran más de una clase de pronombre personal tenía sus ventajas, desde luego —comentó John sin dirigirse a nadie en particular.

El señor Leslie forcejeó mentalmente con las diferencias entre su toro premiado y su yerno, pero el siguiente comentario de Agnes le quitó eso de la cabeza.

—¿Podrá Weston recoger a Mary mañana, padre?

—¿Recoger a quién? Ah, a Mary, sí, por supuesto. Mary Preston. Madre mía, recuerdo muy bien a su madre en tu boda, Agnes. ¿Por qué les hace caso a los médicos? ¿Por qué no se viene aquí? Podría alojarse en la rectoría, Banister, si de verdad quiere usted alquilarla.

—Pero mi querido Leslie, si ya tengo alquilada la rectoría, como le conté a lady Emily la semana pasada.

En ese momento hizo su entrada lady Emily con la cabeza realzada por un fino encaje y el cuerpo envuelto en un gran chal de seda.

—¿Qué fue lo que me contó la semana pasada, señor Banister? —preguntó mientras se acomodaba en la silla—. Gudgeon, coja mi bastón y póngalo ahí; no, ahí, en el rincón. Y ¿no hay un escabel para mí? Ah, sí, aquí está, lo noto con el pie. ¿Era sobre sus inquilinos, pastor? Sé que algo me dijo sobre ellos, y que debo hacerles una visita, sólo que no podré ir hasta el martes, porque el domingo es el domingo, y claro, el lunes es el lunes —prosiguió con el aire de quien revela un pensamiento muy profundo—, y, Henry, debemos ocuparnos de que recojan a Mary Preston en la estación. ¿Recuerda usted a su padre, el coronel Preston, señor Macpherson? Estuvo aquí una vez, antes de la guerra. Bueno, respecto a sus inquilinos, señor Banister, el martes es el martes, y confío en poder ir entonces. —Y le preguntó a Walter, que le tendía un plato—: ¿Y esto qué es?

—Huevos en salsa de champiñones, milady.

—Ah, ya veo que ya van todos por el segundo plato. No, huevos no. Dame eso que están tomando todos. ¿Es pollo? Pues dame un poco de pollo. Macpherson, esta mañana en la iglesia estaba pensando en el techo del pabellón de críquet, pero me dice Henry que ya lo reparó usted en octubre pasado. Oh, Walter, eso es demasiado pollo. Le pondré un poco al pastor en el plato de ensalada, en vista de que ya se la ha acabado, y puedes volver a traer los huevos y tomaré un poco de todo. ¿Cree que el martes podrá ser?

—Mis inquilinos —dijo el señor Banister, que llevaba un ratito intentando en vano meter baza— no llegan hasta agosto, lady Emily, pero si es tan amable de acudir a visitarlos cuando estén aquí, será una muy buena obra por su parte.

—Ah, en agosto —repuso la dama con cierta decepción—. Entonces más me vale no pasar a verlos este martes. —Dirigiéndose a su marido en el otro extremo de la mesa, añadió—: Henry, ¿de quién dirías que he recibido una carta?

—No sabría decirlo, querida.

—Espera un momento, la tengo aquí, en alguna parte... —Lady Emily volcó el contenido de un gran bolso sobre la mesa—. No, no está aquí. Gudgeon, dígame a Walter que le pida a Conque un cesto grande y plano con cartas en su interior que hay en mi dormitorio. Pero no la cestita redonda del borde verde, porque ahí sólo hay cartas ya contestadas. No entiendo por qué conservo las cartas a las que ya he respondido —añadió dirigiéndose a los allí reunidos con una expresión de autocrítica en el semblante—, pero algún día tengo que revisarlas y quemar unas cuantas. David, tú me ayudarás, y lo pasaremos en grande leyéndolas antes de quemarlas. Pero no es esa cesta, Gudgeon, sino la otra, la que tiene dentro mis cosas de pintar y un tordo muerto. Martin, ¿te he contado que esta mañana me he encontrado un tordo muerto en el alféizar de mi ventana y que no sé qué hacer con él?

—Oh, pobre animalito —se lamentó Agnes.

—¿Puedo quedármelo para hacerle un funeral? —preguntó James levantando la cabeza del pudín de chocolate.

—Sí, tesoro, por supuesto. Bueno, Gudgeon, pues quiero que me traiga el tordo muerto y una carta que lleva una pequeña corona en el dorso. Y ¿quiénes son sus inquilinos, señor Banister? —preguntó milady, quien por mucho que divagara siempre acababa por volver al tema en cuestión.

—Son gente encantadora. Le aseguro que le caerán muy bien. Los conocí el año pasado en Turena cuando fui a visitar a mi viejo amigo Somers, que regenta una posada.

—¿Y traerá también a la señora Somers? —quiso saber lady Emily, que había cortado el pollo en trocitos y se lo estaba comiendo con los huevos tibios con ayuda de una cuchara, al parecer con gran deleite.

—No, no son los Somers quienes alquilan la casa del párroco, sino unos amigos de los Somers, los Boulle.

—Qué curioso —intervino el señor Leslie—, nunca había conocido a nadie que se llamara Bull en Francia. En Inglaterra sí hay un montón de gente que se apellida Bull, por supuesto.

—No es Bull, Leslie, sino Boulle. Son franceses.

—Como algo salido de la Colección Wallace, padre —acudió David

en su ayuda.

—Buen nombre para tu joven campeón —sugirió John—. *Rushwater Boule*.

—Es la primera vez que oigo que Bull sea un nombre francés —dijo el señor Leslie, manteniendo su postura contra viento y marea.

—Tengo entendido que la familia es alsaciana —comentó el señor Banister.

—Pues de ahí podría salir un chiste sobre perros alsacianos y bouledogs en lugar de bulldogs —intervino Martin.

—No, qué va —opinó David.

En ese punto volvió Gudgeon llevando una bandeja de plata con el tordo muerto y una carta.

—Ah, gracias —dijo lady Emily—. Gudgeon, meta a ese pobre pájaro en una caja, y el señorito James podrá disponer de él en cuanto haya acabado de comer.

—¿Puedo levantarme ya? —preguntó James, y se metió a toda prisa en la boca lo que le quedaba en el plato.

Le concedieron permiso y echó la silla hacia atrás, tomó posesión del cadáver y abandonó la habitación.

—¿Ha visto alguien mis gafas? —preguntó lady Emily—. Gudgeon, díglele a Conque que necesito unas gafas y que voy a tener que apañarme de alguna manera hasta que me las encuentre.

—Deja que te lea yo la carta, madre —propuso David, y acercó una silla con la intención de colocarla entre milady y Macpherson—. Es de una persona que se llama Holt, suyo afectísimo C. W. Holt. Quiere venir mañana a almorzar y a ver el jardín, y quiere que mandes el coche a recogerlo, puesto que el de lord Capes no está disponible. Parece tener un aplomo considerable, madre, sea quien sea.

—Bueno, pues es un hombrecillo muy agradable, la verdad —empezó a decir lady Emily, pero el señor Leslie la interrumpió.

—Es un pelmazo de mil demonios, Emily. La última vez que vino se autoinvitó a pasar la noche y luego se quedó tres, y se comportó como si el coche fuera suyo. No habla de otra cosa que de jardines y de sus amigos aristócratas. No puedo soportar a ese tipo, y lo mismo les sucede a todos los demás. Se autoinvita a las casas de la gente, y son

demasiado buenas personas para decirle que no quieren verle. No me sorprendería que llevara un diario sobre todos nosotros y pretendiera publicarlo a su muerte, como hizo aquel tal Weevle o comoquiera que se llame.

—Creevey —dijo David.

—Greville —dijo Banister al mismo tiempo.

—Jobling —propuso John por lo bajo para su propio deleite.

—He dicho Weevle —insistió el señor Leslie con irritación—. Emily, ¿tienes que invitarlo?

—Si tú prefieres que no lo haga, no, Henry. Gracias, Gudgeon. Oh, éstas no son las gafas adecuadas, pero creo que me las apañaré. Verás, dice que lord Capes se marcha a la ciudad y él se quedará solo, y que como luego se dirige a casa de los Norton, le va de camino pasar por aquí, y no puedo evitar que me dé un poco de lástima.

—Bueno, madre —intervino David—, los Norton viven a cincuenta kilómetros de aquí y en la otra punta del condado, pero diría que a los ojos del Todopoderoso, con perdón del señor Banister, no tiene importancia.

—Vamos a ver, Emily —dijo el exasperado señor Leslie—, el coche no puede recoger a Holt en casa de lord Capes y llegar a la vez al tren en que viene Mary Preston, y punto.

—Pero Henry, si Weston fuera temprano a buscar al señor Holt y lo trajera aquí sobre las doce, aún le quedaría tiempo de sobra para ir a recoger a Mary. Ella se bajará en Southbridge porque el Lunes de Pentecostés prácticamente no hay trenes a Rushwater.

—Abuela —intervino Martin—, yo podría conducir el Ford hasta Southbridge.

—De ninguna manera —zanjó su abuelo.

—Pero yo sí podría ir con el Ford hasta allí —sugirió David—, y Martin puede venir conmigo, así que solucionado.

—Pues Gudgeon —concluyó milady—, dígale a Weston que necesitamos que mañana recoja al señor Holt en casa de lord Capes a tiempo para el almuerzo. Supongo que lo mejor será que salgas de aquí sobre las once como muy tarde, aunque la verdad es que no sé cuánto se tarda en llegar hasta allí, porque la última vez que fuimos, ya te

acordarás, Martin, veníamos de Londres, de manera que nos llevó varias horas, claro, pero diría que Weston sí lo sabrá. Y David, será mejor que Martin y tú salgáis con el Ford... Ay, ¿a qué hora llega allí el tren de Mary, Agnes?

—Gudgeon se ocupará, madre —respondió Agnes—. Él siempre está al corriente de todo. Y ahora pasemos al salón, porque están a punto de bajar los niños a dar su paseo de la tarde.

—Oh, pues un momentito —repuso lady Emily ciñéndose de nuevo el chal—. Mi bastón, Gudgeon. ¿Y qué hay de los inquilinos del señor Banister? ¿Debo llamar a madame Boulle esta semana? Y ¿es viuda?

—Mi querida lady Emily, no sé qué puedo haber dicho que le haga pensar que es viuda... —empezó el pastor.

—Las mujeres francesas están todas viudas —comentó el señor Leslie—. No hay más que verlas.

—Pero las alsacianas son distintas —añadió David con gran presencia de ánimo.

—No, no..., tiene un marido y dos o tres hijos. Tienen algo que ver con una universidad francesa. De hecho, tengo entendido que tanto el señor Boulle como su hijo mayor son profesores. Sólo quieren pasar un mes de vacaciones en Inglaterra. Acogen huéspedes de pago en Francia, hombres y mujeres jóvenes que quieren estudiar francés para los negocios o para sacarse un título. Son gente encantadora y cultivada.

—Iré a visitarlos, desde luego —declaró lady Emily—, pero no antes del martes. Ahora debemos ir a ver el funeral de James.

El pastor se disculpó con la excusa de que lo esperaban unos niños para un acto litúrgico. El señor Leslie y su capataz se fueron a ver cómo estaba el joven toro, mientras que el resto del grupo llenó de júbilo el corazón de James al acompañar al tordo hasta la morada que compartiría con los gusanos.

3. La llegada de un adulator

Los hijos y nietos de lady Emily tenían la costumbre de convertir la alcoba de la dama en la sede de una suerte de conciliábulo familiar. Ella creía, y así se lo contaba a todos sus amigos, que empleaba la hora entre las nueve y las diez en escribir cartas y repasar cuestiones domésticas. Pero, como era la única hora del día en que su familia podía tener la seguridad de encontrarla en un lugar determinado, su dormitorio solía convertirse en crisol de los planes de la jornada.

A las nueve y media de la mañana del Lunes de Pentecostés, lady Emily seguía envuelta en dos largos chales de Shetland, con la cabeza ceñida por pliegues de suave cachemira sujetos con broches de brillantes. Sobre la cama reposaban la bandeja del desayuno, el cesto grande y plano de la correspondencia, la cestita redonda con el borde verde que contenía las cartas a las que ya había contestado, una gran labor de bordado, varios libros, otra cesta con peines y horquillas, y una serie de periódicos. Sobre la mesilla tenía una caja de acuarelas, un vaso de agua y un abanico de papel blanco que había comenzado a pintar con elegantes dibujos de peces y algas. La gran alcoba estaba llena a rebosar de reliquias familiares y ejemplos de las distintas artes con las que lady Emily había tenido sus escarceos, con brillantes resultados, en una época u otra. Parte de una pared se había decorado con un paisaje romántico pintado sobre el enlucido; en la cama de dosel pendían sus magistrales bordados; una serie de acuarelas, en las que un toque de genialidad compensaba con creces la falta absoluta de técnica, cubría las paredes. Cerámicas, tallas en madera y esmaltes daban fe del deseo insaciable de crear de su propietaria.

Desde su más tierna infancia, los retoños de los Leslie, cuando pensaban en su madre, la veían haciendo o fabricando algo, empuñando el lápiz, el pincel y la aguja con similar entusiasmo, llegando tarde a almorzar con arcilla en el pelo, arrasando el salón con

su despliegue de materiales de pintura, llevándose voluminosas labores de bordado a los pícnicos, provocando la vergüenza de todos con su insistencia en pintar el pabellón de críquet del pueblo con escenas de la vida de san Francisco para las que hacía posar a los jardineros. Nadie sabía qué opinaba en realidad de todo eso el señor Leslie, pues él tenía su propio estilo de vida y rara vez interfería. Sólo había protestado en una ocasión, que se supiera. En pleno fervor por el esmaltado, lady Emily había hecho instalar un horno en la antecocina, lo que dificultaba en extremo el paso a Gudgeon y el lacayo; es más, había insistido en que el lacayo le hiciera de ayudante cuando debería haber estado sirviendo el almuerzo. En esa ocasión, el señor Leslie se había levantado de la mesa, había pedido el coche, que había conducido él mismo directamente a Londres, y allí se había embarcado en un crucero por las capitales septentrionales de Europa, que no eran en esencia tan extranjeras como otras zonas más meridionales. A su regreso, la fase del esmaltado había llegado a su fin y el horno había sido relegado al sótano.

Agnes Graham estaba sentada en la ventana contemplando los jardines, con Clarissa, la más pequeña de sus hijos, en el regazo. Agnes no era tan alta como su madre, aunque sí había heredado de ella el cabello y los ojos oscuros. Tenía una sonrisa atractiva y una voz muy dulce que nunca se molestaba en levantar. Su madre, tras perder las esperanzas de casar a una hija que había pasado dos temporadas enteras sin ser capaz de mostrar preferencia alguna por nadie, le había dicho al coronel Graham que se le declarara con tal de concertar así el matrimonio, para la entera satisfacción de Agnes. Cuando Robert Graham consiguió desentrañar de las digresiones de su futura suegra lo que realmente pretendía, le propuso de inmediato matrimonio a Agnes, quien dijo estar segura de que sería muy agradable casarse con el querido Robert, y el enlace quedó por tanto apalabrado. Ahora, Agnes vivía plenamente satisfecha en un estado de sometimiento a su marido y a sus hijos, que la adoraban. Su inteligencia quedaba limitada por la casa y por sus exquisitas labores de costura. Y para cualquier otra exigencia que entrañara la vida, siempre murmuraba: «Se lo preguntaré a Robert». Cuando a la hermana de Robert, la señora

Preston, le recomendaron pasar el verano en el extranjero, fue Robert quien se ofreció a pagar su estancia en una clínica suiza, mientras que Agnes había hecho el sorprendente esfuerzo de escribirle a su madre para decirle que sería muy agradable que la querida Mary pudiera pasar el verano en Rushwater, en especial porque ella y sus hijos estarían ahí mientras Robert participaba en una misión en Sudamérica, y a Mary siempre se le habían dado muy bien los niños. Agnes era la favorita indiscutible de su hermano mayor, John, que a menudo se preguntaba, con cariño, cómo se podía ser una idiota tan divina como ella.

En el suelo, James y su otra hermana, Emmy, montaban un gran rompecabezas con la ayuda de John. Emmy era una niña tenaz y decidida de cinco años que tenía a su hermano bastante intimidado.

—Si no te importa, John —dijo Agnes con su voz dulce y agradable—, podrías dejar participar más a los niños. Hay más piezas verdes y azules en tu lado de las que cualquiera podría desear.

—Es que me concentro en los árboles y el cielo —explicó John—. James se ocupa de las zonas más oscuras, que corresponden a la ropa de alguien o bien a una locomotora, aún no estamos muy seguros. A esto se le llama división del trabajo. Emmy lleva diez minutos tratando de encajar dos piezas que no guardan relación alguna entre sí, como puede ver cualquiera que tenga ojos en la cara. A eso se le llama determinación, o estupidez.

—Estupidez, diría yo —repuso Agnes con tono cariñoso—. Es la más tonta de una familia de listos, igual que yo. Mi querida Emmy.

—Menospreciándote así pecas de orgullo espiritual, Agnes —sentenció lady Emily desde la cama—. ¿Qué edad tiene ahora la sobrina de Robert?

—¿Mary? Unos veintitrés, diría yo. Va a caerte muy bien, mamá, y canta de maravilla, y podrá ayudarte con las madres del pueblo y con otras cosas. Le encanta ayudar.

—Pero ¿no viene aquí a descansar, la pobre chica? —intervino John—. Alguien comentó algo sobre una crisis nerviosa.

—No, no se trata de una crisis nerviosa, pero la hermana de Robert es bastante egoísta y tiene a la pobre Mary casi de esclava, de modo

que ha acabado agotada, y cuando su madre tuvo que irse al extranjero, a Robert se le ocurrió que sería una buena idea que Mary viniera aquí. Estar agotada no es lo mismo que tener una crisis nerviosa.

Llamaron a la puerta y acto seguido entró David.

—Buenos días, madre. ¿Puedo acabarme el pitillo, o debería arrojarlo por la ventana? Traigo un telegrama para ti, Agnes. Ya sé qué estás pensando. Tienes a todos tus retoños a la vista, de modo que ninguno puede haberse caído al fuego ni haberse roto una pierna. Por tanto, debe de tratarse de Robert. ¿Quieres que lo abra por ti y te dé las malas noticias?

—Sí, hazlo —repuso Agnes con tono quejumbroso pero sin traslucir emoción alguna—. Los telegramas siempre son muy alarmantes.

—Bueno, pues puedo decirte sin abrirlo siquiera que no se trata de Robert —dijo David—, porque él se rompería la pierna por cable, no por telegrama. Es de Mary, para decir que llegará a Southbridge a las doce y media.

—Vaya, pues qué bien —comentó lady Emily, que estaba probándose con gesto ausente unos guantes largos de gamuza—, así podrá ayudarnos con el señor Holt en el almuerzo. Vuestro padre se irrita muchísimo, y aunque el señor Holt sea verdaderamente un fastidio tremendo y un terrible pelmazo y nadie quiera recibirlo, aun así, cuando alguien se toma la molestia de autoinvitarse, una tiene la sensación de que por lo menos debería dar muestras de cortesía. David, tú y John debéis ayudar a vuestro padre.

—Querida madre —repuso David—, si ese Holt es tan rematadamente pelma como sugieres, creo que haría mejor en ausentarme del almuerzo. Martin y yo vamos a recoger a esa tal Mary Preston, y podríamos almorzar los tres juntos en alguna parte y no volver hasta que ya se haya ido.

Martin entró justo entonces.

—Buenos días, abuela. David, te estaba buscando. Macpherson me ha pedido que te diga que necesita el Ford en cuanto vuelvas, pues John y él tienen que salir por algún asunto de la finca.

—Menudo egoísta está hecho este Macpherson —comentó David

sin alterarse—. Quería llevarme unos sándwiches y oír cómo la alondra surca el cielo en lo alto. ¿Por qué la gente nunca se lleva sándwiches cuando se va al monte a componer versos? ¿Debe hacerlo acaso con el estómago vacío?

—Bueno, de todos modos, yo no podría irme a tomar sándwiches por ahí —dijo Martin—. Tengo que volver para hacer una cosa.

—¿Y qué es eso tan importante para que tengas que volver? —quiso saber David.

—Tengo que ir a ver al pastor.

Por la forma en que la familia entera allí reunida coreó «¡Al pastor!», cualquiera habría pensado que el señor Banister era algún virus repugnante y hediondo, y no un viejo amigo de la familia.

—¿Vas a dirigir a los boy scouts? —preguntó David con tono malicioso.

—Pues no.

—¿O a ser contralto en la catedral?

—Ay, cállate ya, David. Es algo personal —repuso Martin dirigiendo una mirada suplicante a su joven tío.

—David, querido, Martin debe ver al pastor si desea hacerlo, por supuesto —intervino lady Emily—. El señor Banister es siempre de lo más amable, y lo mejor que puede hacer Martin es acudir a él, se trate de lo que se trate.

El tono de insinuación que la dama prestó a sus últimas palabras fue tan tremendo que todos se echaron a reír. Agnes comentó que el señor Banister había oficiado de un modo precioso en su boda. Un grito de James hizo entonces que la atención de todos se desplazara hacia el hecho de que Emmy había roto dos piezas recalcitrantes del rompecabezas. John se levantó a toda prisa y desmontó al hacerlo la sección ya completada. James le soltó un porrazo a Emmy, y ésta rompió a llorar.

—Haz sonar la campanilla para que venga Tata, Martin —pidió Agnes sin hacer el menor intento de poner paz entre sus retoños—. Cuando no se ponen de acuerdo son un verdadero fastidio.

Tras un breve intervalo de caos, llegaron Tata e Ivy y se llevaron a los dos niños mayores. John se dispuso a reparar los daños en el suelo

mientras Martin recogía los trozos de las piezas de Emily.

—¿Tienes pegamento, abuela? —preguntó.

—Sí, tesoro, en ese cuenco rojo en la estantería junto a la chimenea. No lo aprietes muy fuerte, porque la boquilla está rota y nunca se sabe por dónde va a salir.

—Bueno, tengo que irme ya —anunció David, un poco aburrido de aquella atmósfera tan doméstica—. Adiós, madre. A las doce en punto, Martin.

—Ay, Martin, muchísimas gracias por arreglar el rompecabezas de James —dijo Agnes—. Emmy es una niña muy tonta. Mamá, voy a llevarme a Clarissa con Tata. John, ¿vendrás a comer?

—Espero que sí. Tengo que salir con Macpherson a las dos. Dame a Clarissa, ya se la llevo yo a Tata.

Tío y sobrina salieron cogidos de la mano.

—Voy a levantarme ya, llama por favor para que venga Conque —le dijo lady Emily a su hija. Y entonces, mirándose las manos con cara de sorpresa, añadió—: Pero... ¿por qué diablos me habré puesto los guantes?

—Ni idea, madre —repuso Agnes haciendo sonar la campanilla.

A las doce en punto, se oyó a David llamando a gritos a Martin. A las doce y cinco, se oyó a Martin llamando a gritos a David. A las doce y diez, ambos gritones se habían encontrado ya, y se subieron al Ford y emprendieron la marcha.

—¿Puedo conducir? —preguntó Martin en cuanto no fueron visibles desde la casa.

—No, no puedes. Vamos a tener que pisar a fondo si no queremos dejar esperando a la tal Preston. ¿Por qué no estabas listo a las doce?

—Lo estaba, pero no conseguía encontrarte por ninguna parte, así que he recorrido todos los establos buscándote.

—En esta casa es imposible encontrar a nadie. Tendrían que sellar unas cuantas puertas y escaleras, y así habría alguna posibilidad de acorrallar a la gente. Podrás conducir una parte del camino de vuelta.

—David, qué malo eres.

—No soy malo, mi querido sobrino, sólo sensato. Si alguien te pilla conduciendo en Southbridge, verá que no eres lo bastante mayor para

tener carné y te llevará a rastras ante el juez.

Dicho lo cual, el Ford empezó a hacer tanto ruido al subir por la ladera que se hizo imposible mantener una conversación. La carretera que cruzaba las colinas desde Rushwater ascendía paulatinamente durante unos cinco kilómetros, primero entre hayas, luego a través de maizales, y por fin atravesando las altas cimas desnudas. David apretó a fondo el acelerador y dio golpes en el costado del coche como un *jockey* que incitara a su caballo con la fusta, mientras Martin cantaba a pleno pulmón dirigiéndose con ambas manos. En las solitarias cumbres, el claxon se volvió loco y emitió una larga serie de sonidos retumbantes que nada podía detener.

—¡No he tenido tiempo de arreglarlo! —exclamó David.

—¡Vale! —respondió Martin a voz en cuello, e incorporó el claxon a su orquesta imaginaria.

En la cima de la colina que dominaba Southbridge, David detuvo el coche.

—No podemos cruzar el pueblo como si esto fuera el Juicio Final —comentó mientras toqueteaba los cables—. La tal Preston va a tener que esperar. Diablos, no consigo encontrar el problema. Voy a tener que cortarlo, y Weston ya lo arreglará. Busca los alicates, están en algún sitio debajo de tu asiento.

Tras haber cortado el cable, retomaron más sobriamente el trayecto y no llegaron con demasiado retraso a la estación. El tren de aquel lunes festivo iba atestado y acababa de hacer su entrada en ella. David aparcó el coche en el otro extremo del patio de la estación y observó con desagrado la multitud de excursionistas que acababa de descargar el tren de Londres.

—«El Elk fluía rojo y denso como la sangre, / pero los bravos muchachos, hombro con hombro, seguían adelante» —le anunció a Martin—. Vamos, chaval, a por ellos.

En cualquier otro lugar, la visión de dos jóvenes fornidos avanzando con paso ligero, cogidos del brazo como patinadores y profiriendo una soflama universitaria, o eso esperaban que fuera, habría llamado la atención, pero los excursionistas, muchos de los cuales se habían embarcado ya en canciones folklóricas de cuyo dudoso contenido no

estaban por suerte al corriente, tomaron a David y Martin por dos más de ellos. Unos cuantos les hacían el saludo fascista, a lo que David respondía educadamente: «Buen día tengáis, mis vasallos», mientras que Martin contestaba con un simple «Ave». Y de ese modo llegaron sanos y salvos a la entrada de la estación, donde encontraron a la señorita Preston y sus maletas.

—La señorita Preston, supongo —dijo David.

—Sí, soy Mary Preston. Me alegro muchísimo de que hayan podido llegar hasta aquí sin incidentes. Temía que ambos acabasen derribados y pisoteados.

—Y así me habría ocurrido, de no haberme sostenido valientemente el mentón mi buen padre el Tíber —repuso David, y presentó a Martin —: Y éste es mi padre el Tíber, Martin Leslie.

—Mucho gusto —dijo la señorita Preston, y añadió—: Y usted es otro Leslie, supongo.

—Soy David. ¿Le importa si subimos ya al coche? El capataz de mi padre espera para arrebatármelo en cuanto volvamos.

Colocaron las maletas en el asiento trasero, con Martin, y Mary se sentó delante con David.

—Haz tú de claxon, Martin —exclamó David por encima del hombro.

Siempre servicial, Martin profirió una serie de ruidos horribles, supuestamente como advertencia a transeúntes y otros vehículos, y enseguida dejaron atrás el pueblo, y el coche coronó la colina. En la cima, Martin le dio un golpecito a su tío en la espalda.

—Has dicho que podría conducir, David.

—De acuerdo. ¿Le importa si ponemos en práctica el relevo, señorita Preston?

El relevo consistía en un elaborado sistema de intercambio de conductores sin aminorar la marcha, al que David y su sobrino habían dedicado mucha reflexión. Se había ideado como método para ahorrar tiempo en el supuesto de verse perseguidos por pieles rojas, tuaregs y otros bandidos motorizados. Martin se encaramó al respaldo del asiento delantero y pasó las piernas para poner una a cada lado de David. Luego asió el volante con la mano derecha, mientras David se

deslizaba bajo la pierna izquierda de su sobrino y se colaba en el espacio entre Martin y Mary sin levantar el pie del acelerador. La sustitución del pie de Martin por el de David se llevó a cabo sin incidentes, y David se trasladó entonces al asiento de atrás.

—¿Qué le ha parecido, señorita Preston? —preguntó este último.

—Espléndido —repuso Mary—. ¿Les ha costado mucho perfeccionarlo?

—Bastante —concedió Martin—. Antes de llegar a dominar la técnica, casi estrellamos el Ford dos veces. En las próximas vacaciones vamos a intentarlo en el coche deportivo de David.

—¿Lo inventaste tú, o fue tu hermano?

—¿Quién? Ah, David no es mi hermano, sino mi tío. No hay que juzgar a los tíos por las apariencias.

—Entonces usted es hermano de la tía Agnes —concluyó Mary volviéndose—, y mi tío David, supongo.

—¡Madre mía, no! —exclamó David, alarmadísimo—. Soy el hermano de Agnes, eso sí lo admito, pero un tío no, por favor. ¡A ver, Martin, claxon!

Martin ejecutó su fantasía de sonidos de bocina, y provocó que un par de mujeres que pasaban con cestos soltaran risitas de desdén ante las excentricidades de la aristocracia.

—Perdone, señorita Preston, pero no podemos evitarlo... Es que estamos todos chiflados, ¿sabe? Y Martin lo está también.

—Y yo —dijo Mary, reacia a quedarse fuera—. Pero no me llaméis señorita Preston, por favor. Al fin y al cabo, somos parientes políticos.

—«Si no quieres tener la negra —canturreó Martin—, no te cases con tu suegra.»

—Bueno, muchacho —dijo David—. Toca relevo otra vez. Macpherson o mi padre podrían pillarte conduciendo.

—Ay, no, por favor, otro relevo no —suplicó Mary—. Mis nervios no lo soportarían. Para, Martin, por favor, y deja que David rodee el coche como se hace normalmente.

Martin se detuvo junto a un bosque alfombrado de campanillas azules y ambos chicos se apearon.

—Campanillas azules —declaró David con un ademán de

presentación. Se apoyó en el coche y se inclinó para mirar a Mary—. ¿Te gusta pasear?

—Me encanta.

—Pues pasaremos cuando venga los fines de semana.

—¿No vives aquí?

—No, vivo en la ciudad, casi siempre, pero vengo a menudo. Vamos, Martin, o llegaremos tarde.

Martin hizo su ruido de claxon, se oyeron sendos portazos y emprendieron de nuevo la marcha. Al cabo de unos cuatrocientos metros llegaron ante la verja de Rushwater House. El sendero de entrada serpenteaba cruzando una gran pradera en la que aún no se había segado el heno. La casa apareció ante la vista detrás de los árboles en toda su complaciente fealdad. David detuvo el coche bajo el pórtico y Gudgeon abrió la puerta.

—¿Ya han acabado de almorzar, Gudgeon? —quiso saber David.

—No, señor, todavía no han empezado. El coche con el señor Holt aún no ha llegado, de modo que milady está esperando.

—Qué bien. Ah, Gudgeon, hágale saber a Weston que esta mañana se nos ha estropeado el claxon, así que vale más que lo arregle para el señor Macpherson. Ven conmigo, Mary; iremos a ver a mi madre.

La asió del brazo y la empujó hasta el salón, donde lady Emily estaba sentada a una mesa grande enfrascada en pintar su abanico.

—Mi querida niña —exclamó, estrechando a Mary en un cálido abrazo—. Qué contenta estoy de volver a verte. ¿Han cuidado bien de ti los chicos?

—Sí, gracias, tía Emily.

—Por suerte has llegado a tiempo para prevenirte con respecto al señor Holt. Henry y los chicos siempre hablan mal de él, pero en realidad es un hombrecillo simpático que siempre anda invitándose a los sitios.

Mary quedó no poco intrigada ante aquella súbita presentación del señor Holt y deseó disponer de más información sobre él, pero su tía Agnes la condujo a la que sería su habitación y la dejó allí para que se arreglara para el almuerzo. Tras haberse adecentado un poco, y haber sacado unas cuantas cosas del equipaje, Mary se dirigió a la ventana y

se arrodilló en el antepecho para contemplar el paisaje. Su dormitorio estaba en la parte delantera de la casa y daba al amplio prado bañado por el sol y lleno de paz. Tras el largo invierno londinense, le pareció un paraíso. Por mucho que quisiera a su madre, las dolencias en parte imaginarias de la dama le resultaban agotadoras. Mary había encontrado trabajo en una biblioteca, más por tener un pretexto para huir de la rutina que por una necesidad real de dinero, pero cuando el coronel Graham se había ofrecido a costear el tratamiento y la convalecencia de su hermana en una clínica suiza, y la providencia le había brindado una amiga que la acompañara, Mary se alegró sobremanera de poder dejar aquel supuesto empleo para pasar el verano en Rushwater.

Agnes, cuya dulce estupidez sólo podía equipararse con la intensidad de sus afectos familiares, no había estado pensando únicamente en su sobrina cuando convino con su marido que sería bueno para Mary pasar una temporada en Rushwater. También quería que su madre tuviera la compañía de una buena chica que la ayudara con la correspondencia y fuese capaz quizá de imponer cierto orden en el generoso caos que constituía la vida cotidiana de lady Emily. Además, albergaba la tenue esperanza de inducir a John a interesarse por su sobrina Mary. Como la propia Agnes llevaba diez años felizmente casada con un hombre digno de su afecto a quien los cortos alcances de su mujer despertaban un orgullo desmesurado, no podía desearle a su hermano mayor mejor ventura que el matrimonio. Hasta entonces, sus esfuerzos por encontrar mujeres apropiadas para John no habían tenido éxito, pero eso la hacía empeñarse aún más. Opinaba que David era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, y su evidente destino era casarse con alguna heredera, pero colocar al querido John iba a suponer un problema. De haber sabido lo lejos que estaba John de considerar un segundo matrimonio, quizá habría desistido, presa de la desesperanza, si hubiera habido espacio para una emoción tan rotunda en su plácido corazón. Cuando Gay murió al cabo de un año de felicidad absoluta, John había tratado de enterrar todos los recuerdos de aquel año. Pero no logró darles el eterno reposo que sí, en cambio, había encontrado el alma de su esposa. La tumba en

que yacían esos recuerdos rezumaba inquietud: se agitaban de forma espontánea, y, en ocasiones, a media noche o a mediodía, surgían de su fosa para sumirlo en la tristeza. No había Estigia alguno que pudiera contenerlos con sus nueve círculos, ni oraciones por el olvido que lograran alejarlos. Se hallaba indefenso en todo momento contra las amargas aguas del recuerdo que llegaban a sus labios y le helaban el corazón. Pero Agnes, quien por suerte ignoraba todo eso, consideraba que su querido John debería volver a casarse con alguna muchacha encantadora, y por qué no con Mary. Robert se pondría contento.

Entretanto, Mary, ajena a los planes de su tía y prácticamente a la mera existencia de John, seguía mirando por la ventana y pensaba en aquellos dos chicos Leslie tan simpáticos y tontorrones. Martin, todavía en el colegio, era por supuesto de verdad un chico; en cuanto a David, una lo consideraba un chico para dar muestras de su femenina superioridad. Pero también lo calificaba de chico un poco a propósito, para ocultarse a sí misma hasta qué punto le resultaba perturbadora su presencia. Era desde luego una persona a la que le encantaría ver con frecuencia. No porque fuera divertido y condujera tan bien, pues en el mundo de Mary había varios jovencitos que la divertían en grado sumo y eran conductores de primera. Probablemente era más bien por el simple hecho de que fuera David, una idea que le resultaba emocionante y deliciosa.

El ruido de un motor la arrancó de aquella ensoñación tan poco casta, y reparó en que el coche de los Leslie cruzaba el prado llevando a quien debía de ser, imaginó, el señor Holt. Así que se precipitó escaleras abajo y consiguió llegar al salón antes de que Gudgeon anunciara: «El señor Holt, milady».

De detrás de la silueta pomposa del mayordomo surgió un hombrecillo rechoncho, ataviado con un traje gris, que caminaba con delicadeza con sus zapatos marrones y puntiagudos. Su rostro redondo y arrebolado parecía mal afeitado o aquejado de algún sarpullido micótico; tenía el cabello corto y el bigote salpicados de gris y hacía aspavientos con sus regordetas manos al andar. La nebulosa comparación que había hecho de él el señor Leslie con un Greville o un Creevey no resultaba tan descabellada, aunque de haber tenido la más

mínima idea de lo que quería decir, en realidad se habría referido a Thomas Creevey. El señor Holt era un asombroso ejemplar superviviente del parásito, aunque él no llevaba ningún diario como hiciera aquél. Tras haberse formado en Derecho, su padre, un abogado de poca monta en una capital de condado, lo había colocado en la agencia inmobiliaria de un aristócrata que tenía alguna pequeña deuda con él. Allí, el joven Holt había estudiado aplicadamente el arte de complacer a sus superiores. Comprendiendo que no podría labrarse un puesto en las grandes mansiones a menos que resultara útil o divertido, y mejor ambas cosas, había trazado desde un principio su plan de vida. No se le daba bien ser ingenioso, pero sí tenía verdadero magnetismo para atraer cotilleos. Los chismes de cualquier tipo volaban hacia él, le pisaban los talones, entraban por su ventana casi sin esfuerzo por su parte. Retenía cuanto oía en su excelente y bien entrenada memoria y era capaz de verterlo en los círculos adecuados. En las casas que debía visitar a veces por negocios procuraba entretener a los magnates, que disfrutaban oyendo historias maliciosas sobre sus amigos y, sin ser conscientes de ello, proporcionaban material a Holt para su siguiente visita. Y así, se forjó una reputación de tipo divertido al que uno podía pedir que acudiera a cenar cuando faltaban comensales. Introducirse en la esfera de las esposas resultaba algo más difícil en aquellos tiempos victorianos tardíos y eduardianos. Tras darle unas cuantas vueltas al asunto, Holt decidió entrar en el mundo encantado que ambicionaba por la puerta del jardín. Las damas de alcurnia se estaban aficionando a la jardinería. El señor Holt se dedicó con empeño a dicha ciencia, leyó mucho, no desaprovechó ninguna ocasión de reunir información, y al cabo de unos años se había convertido en una autoridad de primer orden en arbustos y flores, desde las especies silvestres de un condado particular en Inglaterra a los bulbos y esquejes más raros del Himalaya o de los Andes. Cuando su padre murió, el señor Holt se había establecido tan bien como mascota siempre a mano, o adulator siempre al día, que pudo abandonar su trabajo de abogado y alquilar una habitación modesta en la ciudad con lo que le dejó su progenitor, y contar con sus amigos para las vacaciones y para frutos y caza de

temporada.

Para ser justos, debe decirse que la actividad que había adoptado como medio de ascender en la escala social acabó por ganarse su corazón, el poco que tenía. Pese a su esnobismo, su pedantería y su insufrible egocentrismo, una nueva flor o un bulbo curioso lo hacían estremecerse con la emoción de un amante. Puesto que no tenía jardín propio, no cabía temer que supusiera competencia alguna. Las grandes damas rivalizaban entre sí en sus esfuerzos por contar con él los fines de semana, en sus visitas en verano y por Pascua y en las celebraciones navideñas. En esos ambientes, él se desenvolvía con absoluto placer, procurando entretenimiento a aquellos invitados a quienes no exasperaba y ayudando sobremanera en el jardín, lo que despertaba la ira mal disimulada de jefes de jardinería escoceses.

Pero es dudoso que la prosperidad de cualquier adulator haya durado tanto como su vida. Tal esplendor había menguado, pues la guerra vino a quebrar la felicidad de la vida en la campiña inglesa. Muchas de las casas que Holt solía visitar estaban cerradas o se habían vendido. Viejos amigos y mecenas habían muerto, los beneficios habían disminuido, ya no le llegaban piezas de caza. La vida se tornaba un negocio raquíutico para el señor Holt, pero, incapaz de poner al mal tiempo buena cara, se iba volviendo más exigente, celoso y quejica cada año que pasaba. Una enfermedad grave lo dejó un poco sordo y le impidió recorrer incansablemente los jardines como hacía antaño, y ahora adoptaba una actitud casi insensata de amo y señor con los amigos que le quedaban. En las pocas casas que todavía visitaba, cada vez era menos bienvenido. Hombres más jóvenes que él combinaban la sabiduría popular en jardinería con buenas figuras y mejores modales, o incluso con groserías más simpáticas que las suyas. Se burlaban del señor Holt y hacían que las nuevas hacendadas se rieran también de él. El hombrecillo, rabioso y resuelto a mantener su dignidad, empezó a insistir para obtener invitaciones cuando antaño le había bastado una simple insinuación. Unas anfitrionas cortaron relaciones con él, otras continuaron invitándolo, o más bien tolerando aquellas visitas forzosas por pura generosidad. Entre estas últimas se hallaba lady Capes, que le permitía presentarse cuando quisiera,

puesto que ella vivía la mayor parte del tiempo en el sur de Francia. En el castillo de Capes, Holt podía documentarse sobre hierbas en la biblioteca o supervisar una ampliación del jardín de rocalla que despertaba el interés del conde. Milord no era más grosero con él que con los demás, y los criados eran relativamente amables.

El señor Holt tenía planeado que lo llevaran desde el castillo de Capes en el automóvil del conde hasta la casa de lady Norton, otra de sus viejas y autocráticas amigas. Sin embargo, lady Norton le había prohibido llegar antes de la cena porque tenía como invitados a unos amigos que podrían haberle sonsacado información sobre jardinería, y él prefería no contravenir sus deseos. Lord Capes, sin indagar previamente sobre los movimientos de su huésped, se había marchado con el coche a pasar el fin de semana en Bath, dejando dicho que no esperaba ver al señor Holt a su regreso el lunes. Desesperado por pasar el Lunes de Pentecostés con el menor gasto personal posible, el desventurado parásito le había escrito a lady Emily la carta que David nos ha leído antes. Sentir lástima por el señor Holt en su indigna vejez no debería ser difícil; pero es hasta tal punto engreído e irritante que la compasión se transforma en cólera y hastío.

Sería complicado reproducir su primer comentario cuando entró en el salón detrás de Gudgeon, puesto que consistió en una única palabra: «Oh»; sin embargo, imprimió a la misma un sonido vocálico, o más bien una combinación de sonidos vocálicos cuya peculiar afectación resultó un batiburrillo fonético.

—Yiu-ah-ouu —empezó con tono agudo y de forma tan inesperada que Mary estuvo a punto de soltar una risita—. Mi querida lady Emily, debe excusarme por mi imperdonable tardanza. Confío en que ya hayan almorzado todos..., espero de verdad que no hayan retrasado el almuerzo por mi culpa.

Quiso la mala suerte que el señor Leslie eligiera aquel preciso momento para preguntarle a Gudgeon en el vestíbulo, con un tono airado perfectamente audible para quienes estaban en el salón, si milady pretendía matarlos a todos de hambre. Gudgeon hizo sonar el gong.

—Ah —exclamó el señor Holt con una sonrisa de oreja a oreja—.

Oigo la voz de mi buen amigo el señor Leslie, que ha tenido la amabilidad de permitir que su carro de fuego, su feroz Pegaso, me trajera hasta aquí desde el castillo de Capes. Debo explicarle, y a usted también, mi querida dama, cómo ha ocurrido exactamente este retraso tan lamentable.

—Sí, tiene que contármelo todo al respecto durante el almuerzo —repuso lady Emily, levantándose para acercarse con su bastón—. Ya conoce a mi hija la señora Graham, y ésta es su sobrina, la señorita Preston, y conoce también a David y Martin. Venga a almorzar con nosotros y cuéntenoslo todo sobre lord Capes. Hace siglos que no los veo ni a él ni a Alice. El verano pasado estuve enferma, ya sabe, y luego ellos pasaron fuera casi todo el invierno. De hecho, Alice está casi siempre fuera, de manera que tiene usted que contarme todas las novedades.

—Permítame abusar de su generosidad durante un instante, lady Emily —dijo el señor Holt cuando entraban en el comedor, donde el señor Leslie ya estaba sentado esperando—, hasta el punto de rogarle que su alfombra mágica tenga la bondad de transportarme al señorío de Norton durante la tarde, pues he de pasar la noche allí con mi querida y vieja amiga lady Norton. De hecho, ella no requiere de mi presencia hasta la hora de la cena, de modo que si me permite usted pasear un poco por su jardín, podría marcharme, aunque con gran pesar por mi parte, después del té.

David y Martin esbozaron unas muecas horribles mirando a su abuela para expresarle el deseo de que impidiera que el señor Holt dispusiera del coche.

—Hay un tren fantástico de Rushwater a Norton que sale a las tres y cuarto, señor Holt —sugirió amablemente Martin—. Lo llevará hasta allí en un santiamén.

—Todo un detalle por parte de nuestro joven amigo —repuso el señor Holt, que había vencido a los suficientes intrigantes en sus tiempos como para tener en cuenta a un simple colegial—, pero me temo que apenas dispondré de tiempo para prestarle alguna atención al jardín si debo partir tan temprano. Además, todos sabemos que el sistema ferroviario está *tant soit peu* desorganizado en una festividad

como ésta, y me da miedo pasarme una hora solo en cualquier apeadero remoto si me arriesgo a intentarlo. Quizá su amable chófer estará disponible más tarde, señor Leslie.

Al verse objeto de aquella petición, al señor Leslie no le quedó otra que mascullar que el coche estaba a disposición del señor Holt.

—Martin y yo teníamos la intención de llevar a Mary a ver las ruinas de la abadía de Rushmere si Weston estaba libre —le dijo David a su padre con un tono de voz innecesariamente alto.

—Ay, querido —intervino lady Emily, cortando en seco el intento del señor Holt de explicar por qué había empezado tarde su jornada—, ¿y no podríais llevar el Ford?

—El Ford lo tiene Macpherson —explicó el señor Leslie—. John y él pasarán toda la tarde ocupándose de ciertos asuntos. John ya no ha podido esperar más para almorzar.

Tras haber soltado este dardo dirigido a su esposa y su poco prudente hospitalidad, Leslie continuó comiendo. Martin prorrumpió en una risotada de colegial, mientras que David miró a Mary con una cara tan deliciosamente compasiva que a la muchacha le dio un vuelco el corazón.

—Así pues —continuó el señor Holt, cuya sordera le permitía ignorar a los anfitriones jóvenes y groseros—, quisiera rogarle a su amable mayordomo, lady Emily, que llamara a lady Norton para decirle que estaré con ella a la hora de cenar..., esto es, si tiene usted la paciencia suficiente como para soportarme tanto rato.

—Sí, llámela por teléfono, por favor, Gudgeon —pidió lady Emily—, y mire a ver si me he dejado las gafas y un chalecito de seda gris en el salón, y dígame a Conque que quiero mi otro bastón, el de la contera de goma. Y ahora, cuéntemelo todo sobre lady Capes, señor Holt.

El señor Holt estaba a punto de explicar que ni su anfitrión ni su anfitriona habían estado en casa el fin de semana, pero que habían solicitado su presencia para que les diera su inestimable consejo sobre cómo replantar su jardín acuático, cuando milady llamó al criado:

—Dile a Gudgeon que me refiero a las gafas del estuche verde, y no a las del estuche negro que me trajo ayer a la hora del almuerzo, porque ésas no son las que uso para leer. En realidad, fue culpa de Conque,

porque si bien lleva conmigo todos estos años, nunca distingue un par de lentes de otro, y cuando las meto en el estuche que no corresponde, como me pasa a menudo, la cosa es incluso peor, aunque supongo que con eso debería equilibrarse la balanza, como creo que se dice.

—Sí, milady —contestó Walter, que había estado esperando con actitud respetuosa y avergonzada, sin saber muy bien qué parte de aquella confidencia iba dirigida a él o se le requería que le transmitiera a Gudgeon.

—Y ahora —prosiguió milady ofreciéndole una sonrisa cautivadora al señor Holt—, tiene que contarme todo lo que sepa sobre Alice Capes.

El señor Holt, acostumbrado durante tantos años a que lo escucharan con atención, si no con deferencia, se puso tenso. Ya había intentado tres veces hablar sobre lady Capes, y tres veces lo habían interrumpido. A punto de perder los estribos, algo que le pasaba con mucha facilidad últimamente, pasó a esbozar la serie de expresiones enfurruñadas que antaño solían domeñar a las anfitrionas. Pero lady Emily se mostró tan indiferente ante aquellos sutiles matices como para embarcarse en una conversación sumamente interesante con Martin, sentado a su otro lado, sobre las posibilidades de un partido de críquet y un baile en su cumpleaños. Agnes, con su dulzura habitual, calmó los alterados sentimientos del señor Holt hasta que éste empezó a sentirse importante de nuevo. Cuando el señor Leslie hubo acabado de almorzar, se acercó al aparador, se agenció un puro y salió de la habitación diciendo:

—Estoy seguro de que volveremos a vernos, señor Wood.

—No entiendo por qué Henry lo ha llamado Wood —comentó lady Emily—. Debe de haber estado pensando en aquel clérigo horrible que pasó dos semanas aquí el año pasado cuando el señor Banister estaba fuera. ¿Te acuerdas, David? Aquel que tenía esa voz tan increíblemente amanerada.

Viendo que aquello divertía inexplicablemente a los miembros más jóvenes del grupo, lady Emily les brindó su sonrisa más radiante y ausente y se levantó.

—Ha sido una verdadera delicia oírlo todo sobre los Capes —

declaró—. Y ahora debo echarme y descansar un poco, señor Holt, pero Agnes y los demás velarán por usted y luego tendremos una agradable charla a la hora del té, y Weston estará aquí a las cinco para llevarle a Norton.

—Supongo que los demás pasaremos a la galería —dijo Agnes—. Los niños van a bajar durante media hora y así podemos hojear libros de cuentos con ellos.

Pero, aunque parezca mentira, al cruzar el vestíbulo, Mary, David y Martin se quedaron atrás.

—Rápido, al salón —dijo David, y agarró a Mary del brazo—. Que Agnes se ocupe de esa tarea. Vámonos a dar un paseo hasta después del té.

—Yo no puedo —contestó Martin—. Tengo que ir a ver al señor Banister.

—De acuerdo, mi joven catecúmeno —repuso David.

—Ay, cállate ya, David, no seas idiota —soltó Martin lanzándose contra su tío.

—Según las reglas del marqués de Queensberry, nada de riñas en el salón —advirtió David—. Ven, sal al porche, Mary, y verás qué es juego limpio.

Tío y sobrino lucharon durante unos minutos hasta que Martin se encaramó a la balaustrada y, con los brazos en alto, soltó un chillido y saltó al jardín, desde donde se alejó a buen paso hacia la casa del párroco.

—He ahí la caballerosidad de los jóvenes ingleses —comentó David alisándose el pelo—; mira que dejarlo a uno así en la estacada... Bueno, ¿te apetece dar un paseo?

—Me encantaría.

—Entonces ve a cambiarte ahora mismo, antes de que nos descubran, y reúnete aquí conmigo.

4. Una abadía y un cuarto de los niños

Cuando Mary volvió, David hizo misteriosas señas indicándole que guardara silencio y que lo siguiera. Se alejó de puntillas por la terraza hasta donde crecía una gran magnolia entre dos ventanas.

—Asómate —susurró—, pero no dejes que te vean.

Mary escudriñó con cautela en torno a la magnolia para observar el interior. El señor Holt estaba sentado en una butaca, con las manos entrecruzadas sobre el vientre y una expresión de airada desdicha en el rostro. Se oía la dulce voz de Agnes, que le leía a Emmy un cuento increíblemente banal. James pintaba, muy absorto en lo que hacía. Clarissa empujaba un cochecito de juguete, describiendo un círculo tras otro por la habitación y trastabillando.

—Estoy deseando visitar a lady Norton —declaró el señor Holt, interrumpiendo con cierta rudeza la lectura—. Es una vieja amiga, y prima, además, de mi buen amigo lord Capes. Voy a verla todos los años, para ayudarla con el jardín. Tengo entendido que su madre es una jardinera excelente, señora Graham. Confío en tener el privilegio de añadir su jardín a mi colección.

—Sí, tiene que ver el jardín, por supuesto, es una verdadera delicia —repuso Agnes—. Iremos todos cuando Tata esté lista, ¿verdad que sí, tesoros míos? Mira, Emmy, aquí hay un dibujo de Hobo-Gobo tratando de quitarle su muñeca dorada a la pobrecita hada Joybell. Pero qué malo era Hobo-Gobo, ¿verdad?

David y Mary se apartaron de la ventana.

—Ay, cuánto quiero a la tía Agnes —comentó Mary.

—Nadie podría tener una hermana mayor más encantadora. Adoro a esa clase de mujer, sencillamente. Ven, iremos a la abadía de Rushmere.

—Pero creía que querías ir con el coche.

—Oh, sólo era por fastidiar al viejo Holt y demostrarle a mi padre

que estaba de su parte.

El trayecto hacia la abadía de Rushmere discurría al principio por un camino a la sombra y después por un sendero entre campos.

—Éste no es un buen paraje para las primulas —comentó David—, pero tenemos todo lo demás. Las fritillarias son casi una plaga aquí. Mira éstas.

No muy lejos del río que bordeaba el prado, un racimo de flores moteadas como serpientes, en morado y blanco, brotaba entre la hierba. Mary se arrodilló para observarlas y tocó un par de ellas, pero sin arrancarlas.

—¿Sabes lo que me gustaría, David? Me encantaría tener unos zapatos exactamente iguales que estas preciosas flores de piel de serpiente. Zapatos blancos y morados.

El espíritu burlón de David enmudeció. En cualquier otro momento habría reaccionado con una procacidad ante una sugerencia tan poco romántica, pero aquella tarde había aparcado su cinismo durante un par de horas.

—Me gustaría regalártelos —dijo.

—Muchas gracias —contestó Mary incorporándose.

Echaron a andar de nuevo.

—La verdad es que no se me dan muy bien las flores —admitió David—. Para ese tema deberías recurrir a John.

—¿Quién es?, ¿otro hermano?

—Sí, otro de tus tíos. Es un tipo encantador y se porta de maravilla con el joven Martin. John se deja la piel ayudando a padre con la finca, pero es el chico quien la heredará. Ya sabrás que su padre era mi hermano mayor, el que murió en la guerra.

—Pues no, no lo sabía. Es que en realidad no soy sobrina de la tía Agnes, sino de su marido, de modo que no sé gran cosa de la familia.

—No tardarás en saberlo todo. Nos reunimos a menudo, y si vas a pasar aquí todo el verano, tendrás oportunidades de sobra. Ya hemos llegado a la abadía. Antes entrábamos y salíamos cuando nos daba la gana, pero ahora es de la National Trust o algo así, y cuesta seis peniques. Yo no llevo dinero encima. ¿Llevas algo tú?

—Me temo que no.

—Bueno, da igual. El viejo Sutton nos dejará pasar con la promesa de pagar después.

Llamó a un timbre en la verja, y un anciano salió de una caseta.

—Buenas tardes, Sutton. No llevamos dinero. ¿Podemos entrar?

Sutton se llevó una mano a la gorra y los dejó pasar.

La abadía de Rushmere no era mucho más que los escasos restos de una gran construcción cisterciense. No quedaba gran cosa de ella aparte de los arcos rotos de una parte del claustro y un fragmento de los dormitorios. Desde que un organismo público se había hecho cargo de ella, se habían marcado en el terreno con piedras blancas los contornos de la gran iglesia y otros edificios, y la hierba se veía bien segada.

—Sentémonos a tomar un poco el sol —propuso David—. Yo no estoy satisfecho hasta que no lo siento en los huesos, ¿a ti no te pasa? Ay, qué haría uno sin la Riviera...

—Pues vivir sin ella, supongo —respondió Mary, sentada en una piedra al sol en un rincón protegido del muro del claustro—. Nunca he estado allí, pero sigo viva.

—¿Nunca has estado en la Riviera? —preguntó David mirándola con sorpresa.

—No; ni en el Lido, ni en Argel, ni practico deportes de invierno.

—Madre mía, pues tenemos que ir en algún momento —dijo David, y añadió distraídamente—: Conozco un montón de gente que siempre anda organizando grupos para viajar allí.

Mary tuvo la sensación de que ir a la Riviera con David sería la cosa más perfecta que podría ocurrir, pero al mismo tiempo la más improbable. Comprendió que, para él, una existencia que no implicara una renta de al menos un par de miles de libras al año era una fantasía. Se sintió tentada de decir: «Yo dispongo de doscientas al año, y mi madre, de unas seiscientas con la pensión de mi padre, y vamos tirando», pero le pareció que no sería muy propio de una dama soltar eso. De modo que lo que hizo fue preguntarle qué hacía él en la ciudad. A David le hacía falta muy poco estímulo para hablar de sí mismo, un arte que había llegado a perfeccionar en grado sumo, y conversó durante bastante rato sobre sus distintas actividades. Mary sacó como

conclusión que en cualquier momento él escribiría una novela que sería un éxito de ventas sin ser en absoluto mediocre, y que luego se llevaría al teatro, y después a la pantalla, y probablemente se traduciría a varios idiomas europeos.

—Mi primera novela sólo fue un ensayo —explicó David como quien no quiere la cosa—. Fue la clase de obra que todo universitario tiene que escribir, pero ahora sé con mucha mayor claridad qué debería hacer. Supongo que no habrás leído mi primer libro, ¿no?

—Me parece que no. ¿Cómo se titulaba?

—*Por qué un título.*

—¿Por qué? —quiso saber Mary.

—Exacto. ¿Por qué? Ponerle título a un libro es de botarates. Un libro existe por sí mismo, y un título lo limita terriblemente. Cuando estés en la ciudad, tienes que conocer a algunos de mis amigos que escriben obras de teatro y libros muy avanzados.

—¿Tienen mucho éxito?

—Claro que no. Ninguno de ellos podría escribir un gran éxito aunque lo intentara, y por suerte no necesitan hacerlo. Rebotan de ideas deliciosas, eso sí. Pero yo los traicionaré a todos y escribiré un éxito arrollador sin una sola idea.

—¿De qué tratará?

—Será una simple historia de amor —respondió David con remilgo—, sobre una muchacha que ama con locura a un hombre casado, así que se va a vivir con él, y entonces la esposa se pone muy enferma y se va a morir, de modo que la chica y el hombre se ofrecen a dar sangre para una transfusión, de una forma muy noble, y ambos sin que el otro lo sepa. Pero sólo uno de ellos tiene el grupo sanguíneo adecuado, y no logro decidir cuál. ¿Crees que sería más patético que la chica diera su sangre y muriera, y entonces el hombre se fuera al desierto para hacerse monje, o que muriera el hombre, y la esposa y la muchacha se hicieran amigas ante su cadáver y ambas se metieran monjas? De esto último podría sacarse una buena tajada, porque en las películas a nadie le importa gran cosa que el héroe viva o muera, siempre y cuando haya suficientes heroínas encantadoras.

—Qué bonito. Iré a verla seguro.

—Te daré un papel en ella, si te apetece. Un amigo mío está pensando en montar un estudio propio. Tú podrías ser la esposa. Su papel no es gran cosa, pero es una mujer adorable y profundamente agraviada. Y tú tienes las manos que hacen falta para hacer de esposa agraviada —añadió David cogiéndole una a Mary—, absolutamente perfectas.

—¿Cómo es una mano agraviada? —quiso saber Mary, muy consciente del calor de la mano de David en la suya.

—Pues es perfecta.

David sacó del bolsillo un pañuelo de seda amarilla y envolvió con él la mano de Mary.

—Tan perfecta que haré un paquete con ella y te la devolveré.

Dicho lo cual, volvió a posar la mano de Mary, pulcramente envuelta en el pañuelo, sobre su rodilla.

Mary no supo qué temía más, si el silencio o el sonido de su propia voz, pero David le ahorró mayor bochorno tomando de nuevo posesión de su pañuelo y poniéndose en pie.

—Son las cuatro —declaró—. Demos un pequeño paseo entre las ruinas y regresemos a casa. Quiero volver antes de que se vaya Holt, para ver cómo ha sobrevivido a una tarde con Agnes y los niños. Agnes parece encantadora y frágil, pero nunca pierde los nervios y tiene la resistencia de un buey, que Dios la bendiga. Una hora con James y Emmy me deja hecho fosfatina, pero Agnes está encantada de pasarse seis semanas en el mar con ellos, todo el día en la playa. Cuando James le pega a Emmy, o Clarissa rompe una taza de té, se limita a decir: «¡Qué pillastre eres!», con esa voz tan deliciosa y cantarina que tiene, y no mueve un dedo. Ven, acércate. Ésta es la única escalera que queda. Llevaba hasta el dormitorio de los monjes, y desde arriba se ve mejor la planta de la abadía.

Mary lo siguió por una escalera estrecha y tortuosa que subía hasta una cámara sin techo desde la que podía contemplarse la abadía entera. Tras ellos se alzaba una ladera escarpada y arbolada, y ante sus ojos se extendían fértiles prados.

—Eran increíblemente ricos —comentó David—. Tenían veinte o treinta casas de labranza, y molinos, y un río. El antiguo estanque

sigue estando ahí, más abajo del bosque. Podemos echarle un vistazo en el camino de vuelta a casa. Voy a subir al siguiente piso; más vale que no vengas.

—Pero si no hay ningún piso más...

—Ya lo sé, pero se puede rodear los muros siguiendo lo que queda de una galería. Supongo que el padre superior la utilizaba para acercarse con sigilo a comprobar que los monjes rezaran sus oraciones antes de acostarse. Volverás a verme dentro de un momento.

Desapareció bajo una arcada, y Mary se sentó en el alféizar de una ventana. Al cabo de poco reapareció, tres o cuatro metros por encima de ella, caminando por una cornisa que rodeaba el edificio.

—No mires, si tienes vértigo —exclamó David, muy atento.

En efecto, a Mary aquello le producía cierto vértigo, de modo que apartó la vista para mirar a través de la ventana hacia el claustro. ¿De verdad pensaba David que tenía unas manos perfectas, o sólo era cosa de su talante gracioso? Costaba saber si hablaba en serio o no cuando decía algo. No estaba muy segura de si le gustaba más cuando le tomaba el pelo a Martin o cuando se ponía sentimental al hablar de su mano.

En general, creía que era más divertido cuando bromeaba. No estaba dispuesta a admitir cuánto le había costado, al cogerle David la mano, dejarla allí posada, no cerrarla sobre la de él, no permitir que una leve presión de los dedos requiriera una respuesta similar por su parte. La gente hacía cosas de ese estilo en el cine las noches de sábado, y una no debía ni pensar en ellas. La invadió una deliciosa indignación y, allí sentada entre el cielo y la tierra contra el intenso azul, se quedó ensimismada durante unos instantes. Al oír el ruido de unos pasos, preguntó sin volverse:

—¿De modo que no te has roto la crisma, David?

No hubo respuesta. Cuando alzó la vista, Mary vio a un extraño de pie a su lado. En su rostro captó reflejos de David, como si viera su rostro reflejado en un viejo espejo que empañaba su lustre y oscurecía su sonrisa. Desde lo alto, les llegó la voz de David:

—La cornisa se ha desmoronado desde la última vez. ¡Cuidado, voy a saltar!

Se oyó un ruidito de argamasa que caía, y luego David aterrizó de pronto junto a ellos sobre las puntas de los pies y los dedos de las manos. Del susto, Mary se echó hacia atrás y a punto estuvo de caer por la ventana. El recién llegado la sostuvo para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Vaya, qué buen salto —comentó David con tono indiferente—. Hola, John, ¿de dónde has salido?

—Acabo de terminar con Macpherson. Me ha parecido oír tu voz farfullando aquí arriba y he venido a echar un vistazo. Ésta es la señorita Preston, supongo. Casi la haces caer por la ventana con tus trucos gimnásticos.

—Éste es tu otro tío, Mary —dijo David—. El tío John. Aunque no tengo ni idea de por qué te rodea con el brazo.

John se apartó.

—Debería haberte explicado quién era —admitió John—. Te he visto en la ventana y he supuesto que eras tú, y luego este cretino de David tenía que fanfarronear un poco, como de costumbre. Confío en que no te hayas asustado.

—Claro que no —contestó David con indignación—. El gran artífice forjó a nuestra señorita Preston de puro acero firme y resistente. En cuanto a fanfarronear, John, eso es sólo envidia. Apuesto a que no podrías saltar tan limpiamente como lo he hecho yo.

—No lo haría de ninguna manera si eso supusiera hacer caer a mis huéspedes por la ventana. ¿Os llevo a los dos de vuelta con el coche? Macpherson se ha ido a casa.

—De acuerdo —repuso David—, así llegaremos a tiempo de acosar un poco a Holt. Ay, John, hemos pasado un rato espléndido a su costa en el almuerzo. Mamá tenía más pájaros en la cabeza que nunca y papá se ha limitado a irse y dejarlo a nuestra merced. Holt se ha pasado la tarde con Agnes y los niños. Mary y yo nos hemos escapado a dar un paseo. Mary va a tener un papel en mi película cuando la ponga en marcha.

Para entonces, Mary y John se habían subido delante en el Ford y David iba sentado detrás con los codos en el respaldo del asiento delantero.

—Te alegrará saber que padre le ha puesto por fin un nombre al toro —dijo John.

—Pobrecito mío, pensaba que eso iba a darle al menos para una semana más. Pero un logro es un logro se mire como se mire. ¿Y cuál va a ser?

—*Roderick*. Dice que los argentinos pueden llamarlo *Rodrigo* si quieren.

—¿Y qué dice a eso Macpherson?

—Le parece bien. Dice que *Roderick* es un buen nombre escocés, sin duda, y que él va a llamar *Rannoch* a su nuevo terrier para no desperdiciar el nombre —explicó John, y, volviéndose hacia Mary y haciendo un claro esfuerzo por entablar conversación con una invitada, añadió—: Casi todos los toros de mi padre se crían para la exportación. La mayoría van a parar a Sudamérica.

—Oh —repuso Mary, muy consciente de que el codo de David casi le tocaba el hombro.

Cuando llegaron, encontraron a lady Emily, Agnes y el señor Holt tomando el té en lo que antaño era el gabinete de Agnes, pero que ahora se utilizaba como salita para tomar el té en torno a una mesa redonda. El señor Holt era presa de un enfurruñamiento que apenas se esforzaba en controlar. Había llegado allí alterado por cómo lo había tratado lord Capes y esperando verse agasajado, que su anfitriona lo llevara a ver sus jardines y le pidiera su opinión y la respetara. Sin embargo, en lugar de ello, se había pasado la tarde entera con la señora Graham y sus hijos, primero como público reticente de las aventuras de Hobo-Gobo y el hada Joybell, y luego viéndose arrastrado a las partes del jardín que preferían los niños. Dichas zonas incluían el cobertizo de herramientas, el horno de los invernaderos, el bancal de abono orgánico, una pequeña plantación de alerces por la que sólo aquellos con muy pocos años podían caminar con holgura, y finalmente un estanque en el huerto. Allí, Agnes, con aspecto lozano y encantador, se había sentado en el borde de piedra bajo un parasol mientras sus retoños trataban de pescar pececitos de colores con las manos, y la Tata e Ivy caminaban de aquí para allá con Clarissa en su cochecito. El señor Holt no había disfrutado en lo más mínimo el sol

que le daba en la espalda, ni su rechoncha figura se adaptaba bien a sentarse en un murete bajo de piedra. James se había asomado demasiado al estanque, empapándose el peto, e Ivy se lo había llevado dando gritos. Emmy había conseguido pescar una fronda de lenteja de agua, que tuvo la amabilidad de dejar a modo de tributo sobre la rodilla del señor Holt.

—Oh, pero qué traviesa eres —dijo su madre con un tono de lo más tierno mientras el infortunado huésped dejaba con cautela la planta sobre el borde de piedra—. Señor Holt, tiene que limpiarse eso de inmediato, la lenteja de agua siempre deja mancha.

—Emmy, eres una niñita muy mala —intervino Tata acercándose—. ¿Traigo un trapo para frotar el pantalón del caballero, señora?

—Sí, Tata, hazlo. Puedes dejar el cochecito aquí.

—Un pez —declaró Emmy señalando la lenteja de agua.

—Sí, tesoro, un pez —repuso su madre—, un pez verde.

—Un pez verde —repitió Emmy.

—Sí, tesoro, un adorable pez verde.

—Un adorable pez verde —coreó la niña.

La conversación siguió por esos derroteros hasta que Tata volvió con una jarra de agua hirviendo y un paño, con el que frotó la rodilla del señor Holt dejando un gran manchón.

—Es mejor mojar una superficie grande —explicó—, o lo más probable es que se vea la mancha.

—Gracias, gracias —repuso con irritación el señor Holt, que se levantó y empezó a pasearse con la esperanza de contribuir al proceso de secado.

—¿Tiene lady Norton un bonito jardín? —preguntó Agnes, con la sensación de que era necesaria alguna clase de desagravio—. He oído decir que es precioso.

—Diría que es el mejor del condado —repuso Holt, todavía ofendido.

—Cuéntemelo todo sobre él —pidió Agnes con un tono cálido que no habría engañado a ningún miembro de su familia.

—Eso sería un poco presuntuoso por mi parte, puesto que ayudo a lady Norton con la planificación —respondió el señor Holt

ligeramente aplacado.

Se sentó junto a Agnes. Emmy rompió a llorar.

—El pez, el pez —gimoteó la niña.

—Ay, señor Holt —dijo Agnes, con el ingenio aguzado por el amor maternal—, me temo que se ha sentado sobre el pez de Emmy.

El señor Holt se levantó de un brinco. La fronda de lenteja de agua, ahora bien aplastada, estaba donde él se había sentado.

—Vaya —dijo Tata, volviendo—, no me digan que el caballero se ha vuelto a manchar todo de esa cosa verde. Emmy, eres una niña mala.

—Ay, qué traviesa —repuso Agnes con tono cariñoso—. Llévatela dentro para el té, Tata.

—¿Traigo otra vez el paño, señora? —quiso saber la niñera.

—Desde luego que no —zanjó el señor Holt—. Si el té está realmente a punto, será mejor que entre, porque debo irme pronto.

De no haber sido Agnes la nieta de un conde, Holt la habría asesinado, sin duda.

Todo esto explica el estado de ira apenas contenida en que el grupo de la abadía encontró a aquel hombre.

—Ven a sentarte conmigo, Mary —dijo lady Emily—. He pasado una tarde de lo más relajada en mi sofá, pensando en toda clase de cosas. ¿Adónde has ido tú?

—David me ha llevado a la abadía, y hemos explorado las ruinas.

—David —dijo la madre levantando la voz para dirigirse a su hijo al otro lado de la mesa—, ¿has visto a Sutton?

—Sí, mamá.

—¿Te ha contado qué tal estaba Lottie?

—No, querida madre. ¿Es una vaca?

—¡David! Es esa hija suya tan simpática, la que era fregona aquí hasta que se volvió loca.

—Yo he visto a Sutton, madre —intervino John—. Fue a visitar a Lottie la semana pasada, y está muy contenta.

—Pobrecita Lottie —comentó lady Emily volviéndose hacia Mary de nuevo—. Era una muchacha muy agradable, pero peculiar, y tiene que estar en el manicomio del condado. En la familia de su madre están todos mal de la azotea. Siempre pienso que fue una lástima que

echaran abajo la abadía en la Reforma. Los monjes quizá habrían podido hacer algo por ella, puesto que su gente ha vivido siempre en estas tierras.

—Supongo que la habrían quemado, madre —respondió David—, o la habrían metido en una celda con paja en el pelo. Con los monjes nunca se sabe.

—Hablando de la abadía —intervino el señor Holt—, lady Norton me contó que...

—Oh, todos conocemos gente loca, pero no hablamos de ello —zanjó alegremente David—. ¿Tiene usted algún antepasado lunático, señor Holt? Nosotros los tenemos a montones.

Gudgeon entró en la habitación anunciando el coche justo a tiempo para salvar al señor Holt de que explotara. Su despedida fue breve y fría excepto para con lady Emily, a quien expresó su intención de volver a invitarse durante el verano, con el propósito de ver el jardín con ella. Su énfasis en el «con ella» iba acompañado de una mirada llena de veneno hacia Agnes, que no se dio ni cuenta.

—Sería divino que así lo hiciera —respondió lady Emily—, aunque me temo que Henry no es muy buen anfitrión... Nunca se molesta en ser agradable con la gente, a menos que le caigan bien, y no le cae bien casi nadie. La próxima vez que venga tiene que contármelo todo sobre lady Capes, señor Holt, y le leeré en voz alta algún pasaje del libro de David. Tiene que decirles a todos sus amigos que lo compren. Es una verdadera delicia, aunque ninguno de nosotros entiende una sola palabra, pero siempre pienso que leer en voz alta es de gran ayuda, ¿no le parece?

Mary se alegró de poder huir a su habitación antes de la cena, para alejarse de las personalidades apabullantes de tantos Leslie. En primer lugar exploró cajones y armarios para comprobar en qué sitios improbables había ocultado la criada sus pertenencias, y luego se puso a escribirle a su madre. Pero antes de que hubiera llegado muy lejos entró la tía Agnes para invitarla a ver a Clarissa en la bañera.

—Sólo por si extrañas tu casa, querida —añadió Agnes, que estaba convencida de que sus hijos eran la panacea para cualquier dolencia.

Mary, que veía a menudo a sus primitos en su hogar londinense y

les tenía mucho cariño, se mostró encantada.

—No echo de menos mi casa, en absoluto —explicó—, pero adoro ver cómo se baña Clarissa.

—Pensaba que echarías de menos a tu madre —repuso Agnes con cierto tono de reproche.

Mary la siguió por el pasillo, y cruzaron una puerta tapizada de paño verde y subieron por unas escaleras hasta las dependencias de los niños, que daban al amplio corredor que hemos mencionado antes. Aquél había sido el hogar de los cuatro hijos de lady Emily y consistía en una única estancia, grande y soleada, hecha a partir de una serie de altillos unidos y con techos abuhardillados en algunos rincones. En ella se acumulaban objetos infantiles de mucho tiempo atrás. En un ángulo había un gran caballo balancín pinto y con feroces fosas nasales. Le faltaba un ojo y la cola era poco más que un fino mechón. La perilla de la silla había desaparecido tiempo atrás, y en la cuenca del ojo se había creado una oscura comunicación con las entrañas del caballo por la que, en los últimos cuarenta años, intencionadamente o no, se habían perdido muchas posesiones. Se sabía que un juego de té en miniatura y dos cucharillas de la cubertería de los niños se hallaban en la panza de *Dobbin*, y ningún poder terrenal había sido capaz de recuperarlos. En cierta ocasión, el señor Leslie había hecho la alarmante propuesta de serrar parte del vientre del animal, pero Agnes lloró tan amargamente que desistió. Apenas David hubo crecido lo suficiente para no montar más a *Dobbin*, Martin ya tenía edad de que lo sostuvieran a lomos de él durante breves cabalgadas. Más adelante mecer a su sobrino se convirtió en un motivo de orgullo paternal para David, un pasatiempo que, para Martin, empezaba siempre con una trémula expectativa, continuaba con chillidos de histérica alegría y solía acabar en lágrimas. Si uno se mecía con energía era posible mover a brincos a *Dobbin* por toda la estancia, y a ratos Martin, a su vez, no le hacía ascos a deslumbrar a los niños de Agnes en sus frecuentes visitas exhibiendo su destreza para ello.

Justo al lado de la puerta había un enorme órgano mecánico vertical, producto de la Madre patria en sus tiempos más apacibles. En él se insertaba un gran disco metálico con toda la superficie perforada,

y luego se accionaba un manubrio. Entonces, a través de la parte frontal de cristal se veía moverse un enorme rodillo de metal, tachonado con púas como algún artilugio de la Inquisición, y de él surgía una melodía estridente. Los discos, procedentes también de la Madre patria, eran en su mayoría extractos de obras maestras como *Guillermo Tell* o *La sonámbula*, alternados con piezas inglesas muy conocidas, como *La noche oscura del alma*. Dicho triunfo del arte de Euterpe, conocido como «caja de música», todavía funcionaba y hacía las delicias de James, Emmy, Clarissa, Tata e Ivy.

Junto a la ventana se alzaba una gran casa de muñecas, con su antaño elegante contenido convertido ahora en un mero revoltijo. Tan lamentable percance había tenido lugar cuando David era el niño mimado. Había decidido que su amigo el gato de la cocina deseaba conocer las delicias de la vida doméstica a pequeña escala. Por tanto, David había incurrido en la costumbre de atrapar a *George*, contra su voluntad, en la cocina, y llevarlo escaleras arriba sujetándolo con fuerza por las patas delanteras, mientras el animal pataleaba en vano con furia con las traseras tratando de afianzarse. Entonces metía a *George* por la puerta principal de la casita y la cerraba tras él. El gato, presa de una gran agitación, se abría paso escaleras arriba y se retorció para entrar en las habitaciones, una por una, tratando en vano de encontrar alguna vía de salida. David descubrió que, si abría las ventanas, *George*, demasiado grande para pasar por ellas, se ponía frenético y arrojaba a zarpazos los objetos de decoración más pequeños, y luego se sentaba para observar con enojo a su joven y amable benefactor con su cara enfurruñada mayor que el hueco de la ventana en que aparecía. La casa de muñecas se había utilizado también en distintas ocasiones como hogar para ratones y gusanos de seda, y cada vez tenía más puntos para ser demolida en un plan de eliminación de viviendas insalubres.

Las imágenes habituales decoraban las paredes: suplementos en color del antiguo semanario *The Graphic*; un grabado de una niña con un vestido largo de volantes, en pie sobre el primer peldaño de una escalera, titulado *¡Mirad todos cómo salto!*; otros grabados también de niñas con sombreritos de tul y vestidos de corte imperio, con grandes

perros collie o cachorritos, y un retrato coloreado de la reina Victoria recibiendo la noticia de su ascenso al trono. Esos cuadros, junto con una serie de viejas fotografías familiares, bustos de lord Kitchener, lord Roberts y el general Buller, representaban el arte, como también lo hacía el gran biombo de cuatro hojas cubierto con imágenes pegadas recortadas de libros de cuentos, periódicos o catálogos en color. Un canario en una jaula en la ventana trinaba de manera ensordecedora.

Una pequeña concesión a métodos más modernos era visible en forma de una pequeña pizarra sujeta a la pared, pero los tres niños preferían utilizar las paredes pintadas al temple para dar rienda suelta a sus ansias de practicar decoración mural. No obstante, ni el mantel a cuadros rojo oscuro y azul, ni el anticuado hogar con un fogón a cada lado, ni el alto guardafuegos con su tendedero de latón tenían nada de modernos. En una alfombra frente al fuego había una bañera ovalada de hojalata esmaltada, y en ella se hallaba Clarissa tratando de pescar el jabón.

—Buenas tardes, Tata —dijo Mary.

—Buenas tardes, señorita. La pequeñita siempre está contenta de verla, ¿verdad que sí, pequeñita?

Pero Clarissa tuvo el buen tino de hacer caso omiso de aquella pregunta retórica, concentrada como estaba en el jabón, que tenía la irritante manía de escurrírsele entre los dedos cuando creía haberlo atrapado.

—¿Podría hablar con usted un momento, señora? —le preguntó Tata a Agnes.

Era sobre todo en momentos de crisis como aquél cuando Mary le envidiaba a Agnes su talante imperturbable. Casi todas las madres sienten que se les cae el alma a los pies cuando oyen pronunciar esas palabras fatídicas, pero Agnes se limitó a dar muestras de un interés amable y pasivo. Si se hubiese tratado de otra persona, Mary habría sospechado que poseía una inusitada capacidad de impostura que ocultaba unas rodillas temblorosas, una sensación de náusea irreprimible, destellos de luz en los ojos, un verdadero caos en el cerebro y, en general, el deseo de decir: «Te doblo el salario, pero no

me cuentes eso que quieres decirme». Pero Agnes, tan apaciblemente convencida de la perfección de su familia y de la irrefutable seguridad de su propia existencia, sólo era capaz de sentir una ligera curiosidad, y apenas lograba exteriorizarla.

—Sí, Tata, ¿de qué se trata? —preguntó mientras se arrellanaba en la mecedora del cuarto de los niños.

—Es sobre el desayuno de sus hijos, señora —empezó a explicar Tata—. Sal de ahí ya, pequeña, y sécate.

—Oh, deje que la seque yo —interrumpió Mary con la sensación de que la situación no sería tan sumamente insoportable si tenía algo con lo que entretenerse.

Tata se incorporó con una sonrisa de suficiencia y se quitó el delantal de franela para tendérselo a Mary junto con la toalla.

—No es mi intención quejarme, señora —continuó—, pero ya le decía a Ivy esta mañana que si las cosas seguían así tendría que hablar con usted. Pequeña, sé buena chica y sal cuando la tía Mary te lo dice.

—Sí, Tata —repuso Agnes, con el pensamiento claramente puesto en la encantadora forma de Clarissa, que salía con aire vacilante de la bañera apoyándose con elegancia en Mary.

—Es por los cereales, señora. Ya sabe que el doctor Home dijo que Emmy y la pequeña continuaran de momento con el trigo inflado. Me ocupé de mencionárselo a la señora Siddon a nuestra llegada, pues no quería molestarlas a usted y a milady, pero ya llevamos tres mañanas que nos suben semillas de cebada. Le aseguro que yo por mi parte no soy nada maniática, y que en realidad nunca me apetece otra cosa para desayunar que una taza de té y una tostada, pero me ha parecido que tenía que saberlo, señora.

—Ay, Tata, qué fastidio —respondió Agnes con tan absoluta falta de convicción que la niñera volvió a hablar.

—De verdad que ni se lo habría mencionado siquiera, pero es que el doctor Home dijo que Emmy y la pequeña debían tomar trigo inflado. Estoy segura de que la señora Siddon no tiene mala intención, pero a mí siempre me gusta seguir las instrucciones del médico, porque si no me parece que es tirar el dinero. La niñera de la señora Dashwood nunca deja que sus hijos tomen semillas de cebada porque

calientan la sangre. Pequeñita, no te retuerzas así cuando tu tía trata de ponerte las zapatillas. De manera que he pensado que le gustaría saberlo.

—Ay, Tata, qué fastidio —repitió Agnes—. Tengo que ocuparme del asunto, ¿verdad que sí, mi preciosa Clarissa?

La niña, seca y en bata, se bajó del regazo de Mary y se abrió camino con cautela hasta su madre, que la cogió y la abrazó pese a los estragos que eso provocó en su delicado vestido.

—Y hay una cosa más, señora —prosiguió Tata—. ¿Debe bajar Ivy todas las mañanas a buscar la fruta de los niños? Estoy segura de que no le importa hacerlo, porque es una chica buena y cumplidora, pero no veo cómo voy a tener a los niños listos a las once como usted desea, señora, si Ivy tiene que estar abajo consiguiéndoles la fruta. La última vez que estuvimos aquí siempre nos la subía una de las sirvientas, pero ya no está, y la chica nueva, Bessie, no parece entenderlo, y las dos últimas mañanas he tenido que mandar a Ivy, de modo que no hemos podido estar listos hasta las doce, y la pequeñita está perdiendo el color en las mejillas.

—Mi querida Clarissa —dijo Agnes, cuya hija pequeña se veía tan rosada y floreciente como pudiera esperarse en aquellas espantosas circunstancias—. Tengo que ver a la señora Siddon para hablar de esto, Tata. Es un verdadero fastidio, ¿verdad?

En ese momento entró John.

—Aquí está el tío John para darle las buenas noches a la pequeñita —declaró Tata, quien parecía considerar a sus patronas y sus parientes unos tontorrones bien dispuestos a los que era preciso dar ánimos—. ¿Puedo dejar a la pequeñita con usted, señora, mientras voy en busca de los mayores? Ivy se ha ido al pueblo en su bicicleta a por un canario para James.

—¿No es suficiente con uno? —preguntó John.

—Oh, no, señor —contestó Tata con tono desdeñoso—. Los canarios languidecen a menos que tengan una parejita, y desde que nuestra pobrecita esposa murió, este pajarito ha estado de lo más mustio.

—Pues ojalá guardara su pena para sí —comentó John mirando inmovible al apenado viudo, entregado a un canto tan vehemente

que se le habían erizado todas las plumas.

—Sólo está diciendo «Buenas noches», señor —repuso Tata, escandalizada—. Nos enteramos de que había una hembrita en el pueblo, de modo que Ivy se ha ido a buscarla para James. Y luego volveremos a poner un poco de música, ¿a que sí, pequeñita?

Tata salió para ir en busca de James y Emmy.

—Bueno, mi querido John —dijo Agnes—, ¿has pasado un buen día?

—He solventado un montón de asuntos con Macpherson y he conocido a Mary —respondió John, y le dirigió una amable sonrisa a la muchacha, que parecía estar muy a gusto allí sentada junto al fuego con su delantal de franela—. Y nuestro padre ha decidido ya cómo llamar al toro, de modo que vamos progresando. Agnes, en realidad quería hablarte sobre Martin. Ya sabrás que su madre quiere que se vaya a pasar parte de las vacaciones de verano con una familia francesa. No estoy seguro de que sea un buen plan. A los abuelos les gustaría mucho que se quedara aquí, y cuanto más aprenda sobre este sitio, mejor. Otra cosa sería si el chico tuviera un padre para ocuparse de todo. Si nuestro padre muriera, y ya no es tan joven como antes, Martin tendría que asumir de inmediato sus responsabilidades. Su madre y su padrastro pasarán todo el verano en América, y antes de que a ella se le metiera en la cabeza esa idea de que aprendiera francés, se había decidido que Martin se quedara aquí. No veo por qué no puede aprender francés el año que viene. Macpherson siempre anda hablando de jubilarse, y Martin debería pasar todo el tiempo posible con él. Además, las vacaciones escolares no son muy largas. Cuando esté en Oxford tendrá tiempo de sobra para pasarse un mes en Francia si así lo desea. ¿Qué opinas tú?

—Será mejor que le escriba a Robert para preguntárselo. Él sabrá exactamente qué debería hacer Martin. Papá lo sabrá, ¿verdad que sí, mi querida Clarissa?

John contuvo el impulso de estrangular a su hermana.

—Sí —contestó—. Sin duda Robert sabrá exactamente qué sería lo mejor, pero nos llevaría unas seis semanas recibir la respuesta. Entretanto, ¿me apoyarás en esto? Mañana por la mañana debo volver

a la ciudad y Martin se vendrá conmigo de vuelta al colegio. Si abordo a sus padres al respecto, ¿te pondrás de mi parte? A la madre de Martin le dará lo mismo, siempre y cuando el bienestar del chico esté asegurado.

—Tienes razón, por supuesto —respondió Agnes con decisión—. Martin debería estar aquí. Estoy segura de que Robert pensaría que debe quedarse. Queremos que Martin se quede con nosotros, ¿verdad que sí, mi querida Clarissa?

El retorno de Tata con James y Emmy puso fin a la conversación. Se llevaron a Clarissa al dormitorio de los niños para meterla en la cama. Agnes y Mary se dirigieron a la planta baja mientras John se quedaba atrás para proporcionarles un rato de diversión desenfrenada a los niños mayores a lomos de *Dobbin*.

—Vayamos en busca de mi madre —le dijo Agnes a su sobrina—. Le gusta verme antes de la cena para que le haga las tarjetitas que señalan los sitios en la mesa.

Encontraron a lady Emily en la galería escribiendo cartas.

—Justo le estaba escribiendo a tu madre, Mary —explicó—, para decirle cuánto nos gusta tenerte aquí y hasta qué punto nos resultarás de ayuda. ¿Son dos peniques y medio, una carta a Alemania?

—Es Suiza, tía Emily, pero costará dos peniques y medio de todas formas. Mamá estará encantada de recibir una carta tuya.

—Creía que Suiza era más barato, por la Liga de las Naciones, que parece volverla tan inglesa. Desde luego cuando estuve en Ginebra, cuando llevé a David a ver a aquel profesor tan encantador con el que pasó una de sus largas vacaciones, vi a montones de amigos ingleses. Agnes, ¿crees tú que el señor Holt se habrá molestado? Tu padre no ha estado muy simpático con él, y me da la sensación de que cuando alguien es tan cargante como el señor Holt tienes que hacer un esfuerzo especial por ser amable. No se le veía muy satisfecho durante el té, pero quizá sólo han sido imaginaciones mías. Tenemos que recibirlo otra vez, y debo invitar a su amiga la señora Norton. Él parece querer que la invite. Esa mujer es una pelma y no me apetece en absoluto tenerla aquí, pero quizá sería de buena educación. ¿Quién es? Ah, adelante, Siddon.

—Discúlpeme, milady —dijo el ama de llaves—. No tenía ni idea de que la señorita Agnes y la joven señorita estaban aquí.

La señora Siddon (señora por mera cortesía) era una mujer enjuta de mediana edad, que en tiempos de mayor holgura había sido sirvienta en la antecocina y gobernaba ahora Rushwater House con mano firme. Era fiel a Agnes y sus hijos, pero solía hervirle la sangre con Tata, pues según decía no tragaba a esas chicas salidas de instituciones. Con eso se refería a la escuela de formación de niñeras, perfectamente respetable, de la que había llegado Tata y cuyo uniforme vestía.

—Disculpe si interrumpo, milady, pero ¿podría hablar con usted un momento?

Mary miró a Agnes, pero el rostro de su tía no delató expresión alguna.

—Es sobre el desayuno de los niños, milady. Sin duda me gustaría entender en todas sus facetas los caprichos de las niñeras, pero devolver el desayuno sin haberlo tocado dos mañanas seguidas y luego decir que el motivo es que a los niños no les gustan los cereales es muy poco razonable. En cuanto a la fruta, le aseguro que no es mi deseo que Ivy baje a buscarla, y me alegraría, señorita Agnes, que pudiera hablar usted con ella, porque lo que hace esa chica es andar tonteando con Walter en la antecocina. La fruta se prepara cada mañana para que Bessie la suba al cuarto de los niños, pero cuando el señorito David y el señorito Martin están aquí, se levantan tan tarde que la pobre se retrasa con sus tareas.

—Vaya, Siddon, eso es horrible —repuso lady Emily—, y debemos hacer algo al respecto. ¿No podría Bessie limitarse a subir la fruta un poco más temprano?

—Por supuesto que sí, milady, si quiere que las camas del señorito David y el señorito Martin se queden sin hacer —contestó la señora Siddon, decidida a declinar toda responsabilidad.

—Mi querida madre, me temo que Tata se está poniendo un poco difícil, y estoy bastante preocupada —intervino Agnes con semblante sereno.

—Cuando erais pequeños pasaba lo mismo —le dijo lady Emily a

Agnes—. ¿Te acuerdas cuando la vieja Baker era ama de llaves, Siddon, y andaba siempre peleándose por nada con las niñeras?

—La señora Baker, milady, tenía un carácter complicado, y bien que lo sé, puesto que yo estaba a sus órdenes. Y no le pasaba sólo con las niñeras de la señorita Agnes y los señoritos, sino con las *mamuaselles* y las *froilans*. No había forma de tener paz, solíamos comentarlo en el comedor de servicio. Pero le juro que yo soy la última en ofenderme, y que prefiero llegar a algún tipo de acuerdo con la niñera que crear dificultades o ser un motivo de preocupación para usted, milady, o para la señorita Agnes.

Tras haber incurrido en semejante perjurio, la señora Siddon aguardó con semblante inexpresivo.

—Bueno, Siddy —dijo Agnes, asiendo su labor de bordado—, desde luego todo esto es un fastidio, y si a los niños no les gustan los cereales, es que son unos pillos. Mamá, ¿has cogido tú mi lana verde?

—Sí, Agnes. Quería un poco esta tarde, aunque no logro recordar para qué. Pensaba que la había vuelto a dejar en tu bolsa.

—Quizá ha acabado en el suelo —sugirió Agnes.

—¿Es ésta? —preguntó Mary recogiendo un ovillo de lana verde de una maceta de claveles.

—Gracias, querida —dijo lady Emily—. ¡Ahora me acuerdo! La quería para atar esos claveles, y justo entonces estaba listo el té. Bueno, Siddon, debemos ocuparnos de esto, y la señora Graham tiene que hablar con Ivy.

—Tía Emily —intervino Mary—, perdona que me entrometa, pero Tata ha dicho que quería trigo inflado en lugar de semillas de cebada porque eso dijo el médico.

Tras una larga conversación, a la que Agnes sólo contribuyó diciendo que la querida Clarissa estaba monísima cuando se comía los cereales, la señora Siddon accedió a proveer de trigo inflado el cuarto de los niños y a ocuparse de que la fruta para ellos se subiera junto con el desayuno.

—Le agradezco mucho que lo haya mencionado, señorita —le dijo a Mary—. Si la niñera se hubiera dignado a explicarme cuál era el problema, habría encargado trigo inflado de inmediato. Pero que unos

huevos con beicon vuelvan a bajar fríos en un plato no supone explicación alguna. Gracias, milady.

—Bueno, mamá —dijo Agnes—, ahora ya podemos hacer las tarjetitas con los sitios en la mesa.

5. Ciertas facetas de Milton

En la cena, Mary se encontró sentada entre el señor Leslie y John. Habría preferido a David, porque tenía la incómoda sensación de que John la consideraba muy joven y algo aburrida. Pero con el señor Leslie se llevaba de maravilla. Escuchaba sus historias sobre el ganado, y eso hizo que él pensara que era una muchacha muy sensata. Lástima que David no encontrara alguna muchacha agradable como ella, se dijo, en lugar de aquellas jóvenes tan raras que les traía a casa de cuando en cuando. Alentado por el interés de Mary, la obsequió con un relato detallado de los problemas que habían tenido desde la muerte del viejo maestro de la escuela para encontrar a alguien que tocara el órgano en la iglesia.

—Deberíamos pedirles a los de educación que la próxima vez nos asignen a alguien con conocimientos musicales —intervino John, que había oído los comentarios de su padre—. Esa joven tiene buenas intenciones, pero su concepto de un órgano consiste en uno de esos eléctricos de un cine, con mucho pedal de voz humana y mucho trémolo.

—Esos órganos son una maravilla —intervino David—. El teclado siempre me recuerda a una gigantesca dentadura postiza.

—¿Toca el órgano, señor Leslie? —le preguntó Mary a John en un intento de entablar conversación.

—Un poco. Pero confío en que no sigas llamándome señor Leslie, o no sabré si te diriges a mi padre o a mí.

—Gracias —repuso Mary.

Se preguntó si debía llamarlo John o tío John. Era mayor que la tía Agnes, así que supuso que tío John sería más apropiado, pero le sonaba un poco ridículo. Al fin y al cabo, Agnes estaba casada con el tío Robert y tenían tres hijos, de modo que ella sí era una verdadera tía. Pero ese señor Leslie sin esposa ni hijos no parecía reunir los

requisitos para ser un tío. Llamarlo John, por otra parte, suponía una familiaridad que la intimidaba un poco. No sabía cuántos años tenía, pero debía de rondar la mediana edad, pese a que no estaba ni gordo ni calvo. De lo cual bien podemos inferir que el concepto que Mary tenía de la mediana edad no era muy acertado.

—¿David toca también? —preguntó, mencionando su nombre con cierta dificultad y preguntándose si ese señor Leslie la creería impertinente. Pero, para su alivio, él pareció tomárselo con calma.

—El órgano no —contestó—, pero toca muy bien el piano. Si quieres oír jazz, sienta a David al piano y él hará el resto.

—Oh, adoro el jazz.

—Yo también, pero no puedo tocarlo..., no tengo talento para eso. Sólo toco cosas muy sesudas. ¿Y tú?

—Oh, yo no hago nada en particular. Me gusta escuchar.

Cuando el pudín se hubo esfumado, Martin, que había pasado toda la cena extrañamente callado, soltó de repente en voz bien alta y segura:

—Oye, abuelo.

Aunque Martin había cambiado la voz unos años atrás, ésta todavía tenía la incómoda tendencia a traicionarlo en momentos de emoción y, escapando a su control, a brotar en forma de un chillido agudo o un bramido. En ese momento le salió una voz grave y carrasposa que lo sorprendió tanto a él como al resto de los reunidos. El silencio que siguió fue tan completo que Martin se ruborizó hasta las raíces del cabello oscuro.

—Esta noche tendrás que tomar un poco del tónico para los pulmones de Owbridge, muchacho —dijo David.

—¿Y bien, Martin? —preguntó su abuelo.

—Verás, abuelo, es sobre ese plan de irme al extranjero este verano. Tengo una idea fenomenal, si a la abuela y a ti no os importa. Ya sabéis que el señor Banister alquila su casa a esa familia de académicos franceses. ¿Y si paso yo allí el mes de agosto como huésped de pago? Aprendería un montón de francés, y así no tendría que pasarme fuera todo el verano.

—Esto requiere cierta consideración —respondió su abuelo,

secretamente complacido ante la idea de que Martin pasara las vacaciones cerca de ellos—. Tu madre tenía previsto que fueras a Francia, y es posible que no quiera alterar sus planes.

—Ah, a mi madre le parecerá bien. Oye, abuelo —repitió Martin, y su rostro impaciente pareció más joven que nunca bajo el resplandor de las velas, la única iluminación en la estancia en aquel momento—, ¿no crees que podríamos solucionarlo? Sería un plan estupendo. He estado hablándolo con el señor Banister, y dice que esos Boulle siempre acogen alumnos en Francia, y que no ve por qué no pueden hacerlo en Inglaterra. Y tienen dos hijos, uno de ellos profesor y todo un hacha con el francés, y el otro más o menos de mi edad, de modo que aprendería muchísimo.

En cualquier otro momento, la perspectiva de pasarse un mes en compañía de un chico francés de su edad habría llenado a Martin de pavor y repulsión, pero a la luz de aquel nuevo plan, el jovencito Boulle estaba adquiriendo magníficas cualidades.

—Sé exactamente cómo va a ser ese joven Boulle —intervino David—. Si tiene tu edad, llevará bombachos, calcetines cortos y una blusa de marinerito, y bigote y barba suaves y sedosos que su querida mamá no le dejará afeitarse, y tendrá montones de granos en la cara.

—Ay, cierra el pico, David.

—Y tendrás que aprenderte La Fontaine de memoria —continuó David—, y recitarlo para demostrarles a tus bondadosos abuelos los progresos que hayas hecho.

—Yo conocí una vez a un chico francés muy simpático —metió cuchara Mary apiadándose de Martin—. Jugaba de maravilla al tenis y tenía el mismo aspecto que los demás y ni un solo grano. Y era más o menos de la edad de Martin.

Dicho lo cual, Mary fue presa del bochorno por haber soltado un comentario estúpido e inútil. Pero Martin se aferró a él con entusiasmo.

—Pues me atrevo a decir que este chico también jugará muy bien. Abuela, ¿no te parece que podría hacerlo?

—Creo que es muy buen plan —repuso lady Emily—. Si en la casa del párroco no hay camas suficientes, no costaría mucho mandarte

una de aquí, y algunas sábanas, porque no creo que el señor Banister tenga bastantes. Y por supuesto tomarán nuestra leche, porque de la de Gooch, en el pueblo, uno no puede fiarse mucho. Lo que sí espero, Henry, es que los desagües de la casa del párroco traguen bien, porque ya se sabe que los franceses son un poco dejados con los desagües.

—Sí, querida madre, pero no van a traerse consigo sus desagües —intervino David.

—No, claro que no, David, no seas tan obtuso; sabes muy bien qué quiero decir. Cuando todos erais pequeños, nunca os llevaba a ningún alojamiento en la costa hasta que se hubieran comprobado todos los desagües. Bueno, es un plan divino y debemos tener una buena charla al respecto y ver qué opina el señor Banister.

—Si los desagües de la casa del párroco no tragan bien, la culpa es de Banister —comentó con irritación el señor Leslie—. Macpherson hizo que los revisaran no hace ni siquiera dos años y me costó la friolera de treinta y cinco libras. Ni idea de por qué ha tenido que alquilarles la casa del párroco a unos extranjeros. No me extrañaría que tuviéramos un brote de tifus.

Martin estaba a punto de protestar, pero una mirada de John le advirtió que no era el momento. Mientras lady Emily recuperaba sus lentes, que habían acabado dentro de una piel de plátano, y se recolocaba el chal, John le dijo a Martin:

—Me encanta tu plan, Martin. No le insistas ahora al abuelo. Yo hablaré con él antes de irme, y ya verás que todo saldrá bien.

—Vaya, pues muchísimas gracias, tío John.

Mary oyó esa conversación, y John se ganó su simpatía al ser tan bueno con Martin.

—A ver, mamá, ¿dónde vas a sentarte? —quiso saber Agnes cuando las damas llegaron al salón.

—Pues voy a ser muy egoísta y quedarme esta butaca grande y cómoda junto al fuego —respondió lady Emily dejándose caer en ella—. Y ahora pondré los pies en alto. Tápamelos con mi chal rojo, Agnes; está sobre la mesa con mis cosas de pintar.

—Aquí no está, mamá.

—Entonces ya sé dónde —concluyó milady con tono triunfal—. Está

en la cómoda, pero no en la de nogal, sino en la otra, la de mi habitación. Le he dicho a Conque que lo quería.

—¿Puedo traértelo yo, tía Emily? —sugirió Mary.

—Sí, querida, y de paso encontrarás sobre una silla una gran bolsa con mi labor de bordado.

—Mamá, estás sentada encima de tu chal rojo —dijo Agnes con tono de reproche—, y tu labor de bordado está sobre la mesa en la que trabajas. ¿No te acuerdas de que la dejaste ahí anoche? Por eso no tenías lana verde y cogiste la mía para atar los claveles.

—Entonces todo resuelto —concluyó lady Emily—. Y ahora, Mary, coge ese cojincito de seda azul del sofá y pónmelo en los riñones, y haz sonar la campanilla para que venga Conque.

Mary así lo hizo, y apareció Gudgeon.

—Ah, Gudgeon —dijo lady Emily desenrollando el velo de *chiffon* que le había rodeado la cabeza durante la cena—, dígle a Conque que me traiga la botella de agua caliente.

—La botella ya está aquí, milady, se ha traído justo antes de que entraran después de la cena —explicó Gudgeon sacándola de entre las alfombras a los pies de lady Emily.

—Oh, pues muchas gracias. Y el señorito John, el señorito David y el señorito Martin se marchan mañana, pero no sé cuándo. Supongo que se irán en tren, puesto que John y David no han traído sus coches y Martin, por supuesto, no tiene. Será mejor que averigüe a qué hora deberá llevarlos Weston a la estación y si será Rushwater o Southbridge. Mary, querida, acércame un paipái que encontrarás sobre la repisa de la chimenea, para que el calor del fuego no me dé en la cara..., no, en el otro lado de la repisa..., gracias, querida. Espere un momento, Gudgeon, porque sé que tenía algo más que decirle. Ah, sí, si se marchan en el de las doce cuarenta van a necesitar sándwiches, supongo, porque supondrá almorzar a las doce, si es que quieren almorzar, y eso es muy temprano. O pueden ir al vagón comedor si prefieren almorzar en el tren, porque el señorito John detesta los sándwiches, pero ahora no recuerdo si ese tren tiene vagón comedor; aunque si toman otro tren todo eso no importa, por supuesto. Pero vale más que se lo diga a la señora Siddon, por si acaso. Y, Gudgeon,

¿anda Ivy tonteando con Walter en la antecocina?

—No sabría decirle, milady. En mi presencia, no.

—No, ya me parecía. Bueno, pues ya está; es sólo que la señora Siddon estaba preocupada, de modo que le dije que indagaría al respecto, pero si me dice usted que no sabe nada, todo está bien, por supuesto. Y dígale a Walter, si le está haciendo la maleta al señorito Martin, que no meta libros, porque la última vez le metió dos de la biblioteca y el señor Leslie se enfadó.

—Muy bien, milady.

—Entonces ya está todo solucionado —concluyó lady Emily con un suspiro de alivio—. Gracias, Gudgeon. Ay, supongo que mañana los horarios de trenes serán distintos, porque es Martes de Pentecostés..., ¿o ya vuelven a ser los mismos? Podría llamar por teléfono al jefe de estación de Southbridge para asegurarse, pero será mejor que lo haga esta noche, por si los caballeros quieren saber qué tren pueden coger.

—Gudgeon se ocupará de todo, madre —intervino Agnes.

—Y ahora, Mary, querida, cántame algo —pidió lady Emily—. Me dice Agnes que tienes una voz preciosa.

—Si de verdad lo deseas, tía Emily...

—Será una delicia. Pero ahí en la oscuridad no vas a ver nada. ¿Por qué no habrá una luz en el piano? Agnes, ¿dónde están esos candelabros que usamos en invierno?

—Llamaré a Gudgeon y se lo preguntaré, madre.

—Ya lo sé —declaró lady Emily, y se levantó con mucho esfuerzo, desparramando chales, botellas de agua caliente y bordados a su alrededor—. Están encima de la estantería. Sí, aquí están. Agnes, apaga todas las demás luces y deja sólo la lamparita de mi mesa, y así crearemos una atmósfera acogedora y deliciosa.

Lady Emily volvió a instalarse en la gran butaca, recuperó la botella de agua caliente, el chal rojo, el cojincito de seda azul, la labor de bordado, las gafas y el paipái, y se arrellanó para prestar al menos una atención temporal, mientras Mary, tímida y sintiéndose desdichada, se sentaba al piano. Pero al descubrir que lady Emily y Agnes mantenían una conversación en susurros en la que se podían distinguir tal vez las palabras «cereales», «el agua de la bañera no

estaba lo bastante caliente» y «mi querida Clarissa», se envalentonó y empezó a cantar alegremente en la semipenumbra al fondo del salón.

Y así fue como John, que llegó antes que los demás, oyó una vocecita cristalina y se detuvo a escuchar.

—«*Bist du bei mir* —cantaba la voz con gran dulzura y sin esfuerzo —, *geh ich mit Freuden zum Sterben und zu meiner Ruh.*»

No parecía haber motivo por el que la dulzura que surcaba el aire fuera a interrumpirse alguna vez. John, de pie e invisible en la habitación en penumbra, tuvo la sensación de que el tiempo se detenía mientras duraba la canción. Unas aguas calmas le inundaron el corazón, y brotó una rosa que floreció en todo su esplendor; las aguas retrocedieron y los pétalos de la rosa cayeron. Sin molestar a Mary, se acercó con sigilo a la chimenea y tomó asiento junto a su madre y su hermana. Si Mary cantó algo más, aquellos tres no lo oyeron. John estaba inmerso en una visión, mientras su madre daba gracias en silencio por la expresión de paz que veía en su rostro. Agnes, que apreciaba la música con toda su naturaleza dulce y nada crítica, pensaba que sería muy bonito que su querido John se casara con Mary, porque así podrían tener veladas con música y quizá los niños desarrollarían aptitudes para ella.

Y fue así como el señor Leslie, cuando entró con David y Martin, se sorprendió al encontrarlos a todos en la oscuridad.

—¿Gudgeon no ha encendido las luces? —preguntó, accionando todos los interruptores.

Bajo aquel súbito resplandor, Mary pudo levantarse del piano y acercarse al fuego. Vio a John, pero le pareció, si es que lo consideró siquiera, que había entrado con los demás.

—¿Quieres que te lea un poco? —le preguntó David a su madre.

—Sí, por favor. Mary, tienes que oír cómo lee David, lo hace de maravilla. Léenos algo de Blake, cariño.

—¿Te importa si me voy a acostar, abuela? —preguntó Martin, alarmado ante la perspectiva.

—No estarás enfermo, Martin, ¿no?

—No, abuela, claro que no. Pero me parece un buen plan irse a la cama pronto de vez en cuando —repuso él haciendo alarde de virtud.

—Muy bien, Martin —intervino su joven tío—, pues yo me iré a acostar cuando tú hayas recitado tu obra en francés.

—Ay, cállate ya, David. Desde luego es mejor que ese espantoso Blake tuyo.

—Vaya, mi joven clásico —se burló David asiendo a Martin de la muñeca—, ¿qué pasa?, ¿que no soportas a los románticos? Leeré un poco de Milton. ¿Dónde tienes *El paraíso perdido*, madre?

—Hace unos días lo tenía por aquí, porque estaba pintando una imagen del Árbol de la Sabiduría en los orígenes y no había forma de que la serpiente me saliera bien —dijo Emily—. Supongo que estará encima de mi mesa.

—Pues sí, aquí está. Y ahora, Martin, siéntate y escucha a tu tío David.

—¿Qué fragmento vas a leer? —quiso saber Agnes.

—Voy a leer la parte en que Satán se ve convertido en una serpiente —contestó David—. Y que te sirva de advertencia, Martin.

Empezó a leer, sorprendentemente bien. Pero en los versos que siguen:

... de los que procuraban saciarse
para satisfacer su apetito; pero en lugar de frutos
comían sólo amargas cenizas, que al punto escupían
de los agraviados labios entre repugnantes arcadas...

Martin se vio aquejado de un ataque de violentas risitas que le hicieron caer en desgracia.

—Será mejor que te vayas a la cama, Martin —dijo su abuelo.

—Perdona, abuelo, es que me ha parecido divertidísimo. Nunca se me había ocurrido que Milton pudiera ser tan gracioso. «Repugnantes arcadas»... ¡Madre mía! Muchísimas gracias, David. Buenas noches a todos.

Salió tambaleándose de la habitación, tronchándose de risa.

—Sí, es divertido —admitió David—, pero estaba tan inmerso en la belleza de mi propia voz que no he podido pararme a reír. ¿Crees tú que debería seguir adelante con lo de ese empleo en la radio, madre?

—Confío en que sí, David. ¿Te gustaría seguir leyendo? Sólo

sírveme primero un vaso de agua de cebada. Ah, ¿todavía no la han traído? Pues debe de ser más pronto de lo que creía. Oh, aquí llega Gudgeon con las bebidas. Debe de haber estado esperando a que acabaras de leer, David.

—No me parece que Milton haya sido la clase de persona que a una le habría gustado conocer —comentó Agnes—. No creo que hubiéramos tenido gran cosa en común.

—Pero tuvo que haber sido atractivo en ciertos sentidos, Agnes —repuso lady Emily, siempre dispuesta a defender al ausente—. Tuvo dos esposas. Sírveme un poco de agua de cebada ahora, John, querido.

—Tampoco creo que ellas me hubieran caído muy bien —añadió Agnes, que parecía abrigar, pese a su talante dulce, verdadera ponzoña contra el poeta.

—Seguro que la primera no estaba tan mal, pero la segunda no habría podido caerme bien —intervino Mary—. Imaginaos, una mujer a la que le atrae casarse con un viudo.

John le dio a su madre el agua de cebada. David se sirvió un whisky con soda y se alejó hacia el piano, donde se puso a tocar y cantar fragmentos de revistas y comedias musicales con una facilidad tan magistral que Mary se alegró más que nunca de que los hombres no estuvieran en la habitación cuando ella había cantado.

—Debes de haber tenido una amita negra de hada madrina, David —comentó John—. No veo de dónde si no has sacado ese deje negro en tu voz.

—Se consigue tomando ron y melaza —reveló David. Tocó unos acordes y canturreó:

Dulce se vuelve mi voz con melaza
digna de entonar un canto en el Juicio,
con ron y melaza, dándole al vicio,
le canta al Señor y su reino abraza.

—¿Es eso un nuevo espiritual, David? —quiso saber su madre.

—Todavía no, madre, pero no tardará en serlo.

—¿Qué ha querido decir David? —preguntó Agnes.

La melaza vuelve mi voz más pura,
todos los negros se acercan a escuchar,
para beber ron y melaza con premura,
a eso vienen todos, a regar el paladar.

—En Sudamérica, según tengo entendido, a la melaza la llaman «papelón» —intervino el señor Leslie.

—Sí, padre, pero no me rimaba bien en el poema, así que he dejado melaza. Además, ya sabes cómo son los sudamericanos.

—Sí, claro, claro —repuso el señor Leslie, que en realidad sabía bien poco sobre ellos.

Lady Emily se dispuso entonces a irse a la cama. Como insistía en llevarlo todo ella, su avance era más lento que el de una tortuga. Agnes, David y Mary la siguieron muy solícitos para ir recogiendo cuanto dejaba caer. Ante su puerta les deseó buenas noches e hizo pasar a David a su habitación para que viera la luna a través de su ventana.

—¿Estás cómoda en tu habitación, querida? —le preguntó Agnes a Mary—. Le tengo mucho cariño a ese cuarto, porque es donde dormía la querida Gay cuando venía aquí sola.

—¿Quién es Gay, tía Agnes?

—La esposa de John. Todos la adorábamos. Tú la habrías querido mucho, y los niños también.

—No sabía que John estuviera casado.

—La querida Gay murió hace siete años. James nació justo antes de su muerte, y ella decía que era el bebé más adorable que había visto nunca. Buenas noches, cariño, que duermas bien.

No fue hasta que estuvo en la cama cuando Mary recordó, con una vergüenza horrorosa, sus palabras sobre la segunda esposa de Milton. ¿Qué habría pensado John de ella por burlarse así de los viudos? Quizá en ese momento había ido a servirle el agua de cebada a la tía Emily y se había perdido su comentario ridículo y mojigato. Sin embargo, en cierto modo, lo de los viudos no dejaba de ser cierto. No había forma de darle a aquella palabra un sonido romántico. Sólo las personas muy mayores deberían ser viudas.

John la había oído, pero le preocuparon más los posibles

remordimientos de Mary que sus propios sentimientos. Era obvio que la muchacha, que al fin y al cabo lo acababa de conocer y no estaba al corriente de las intimidades de su familia, excepto por lo que se refería a Agnes, nunca había oído hablar de Gay. Al ver la familiaridad con la que trataba a David y Martin, había dado por sentado que ella sabría cosas de él. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Fingir que no había oído lo que Mary había dicho, o encontrar una forma de decirle que un error como ése no podía hacerle el menor daño a esas alturas? Podía parecer afectado aludir siquiera al tema, pero no quería pensar en la posibilidad de que el recuerdo de sus palabras la perturbara de algún modo. A lo mejor Agnes o su madre podrían salir en su ayuda.

Lo que Mary había dicho era pura cháchara irreflexiva. La clave de John para llegar a ella era lo que había cantado. Aunque aquella voz pura y cautivadora no significara nada, le bastaba con su mera existencia. «*Bist du bei mir.*» Unas aguas amargas le inundaron el corazón. La rosa ya no floreció.

6. Ciertas facetas de David

Al día siguiente, entre un tumulto indescriptible de planes y propósitos, Martin y sus tíos partieron. Lady Emily permaneció en la cama hasta que se hubieron marchado, y añadió su grano de arena a la confusión al pedir que fueran a verla uno por uno, y enviar a cada uno en busca de los demás, y a Mary en busca de todos, además de dar órdenes contradictorias a Gudgeon y Weston a través de Conque. Mediante un esfuerzo personal enorme, el trío por fin fue despachado, en gran parte gracias a Gudgeon, que había tenido el tino de interceptar un mensaje a Weston que habría provocado que el coche llegara media hora tarde para llevarlos a la estación equivocada. Justo cuando se iban, apareció Conque, sin aliento, para decirles que milady necesitaba su tubo de pegamento y preguntar si el señorito Martin podía decirle dónde estaba. Martin hurgó en sus bolsillos.

—Lo siento, Conk, se me ha pegado al forro y se ha puesto duro. Le diré a Weston que consiga más en Southbridge. Adiós, Mary.

—¡Adiós! —corearon los dos tíos cuando el coche se alejó, dejando a Mary sola en los peldaños.

Mary se dirigió entonces en busca de Agnes, quien le habían dicho que estaba ocupada con las flores: lo hacía paseando por el jardín con James y Emmy, y hablando con Brown, el jefe de jardineros, sobre los hijos de él. Entretanto, el jardinero segundo había cortado las flores, de cuyo arreglo se ocupó después Gudgeon.

—Buenos días, querida —dijo Agnes, ofreciéndole a su sobrina una mejilla tan suave que Mary siempre temía atravesarla—. Qué triste que se hayan ido los chicos. Tienes que ayudarme con las flores, porque es algo que me lleva la mañana entera y no puedo soportar no ocuparme yo misma.

—¿Le ha llegado el trigo inflado a Tata esta mañana? —quiso saber Mary.

—Pues sí. Tuviste mucho tacto con Siddon, Mary. Pero los niños se niegan a comerlo, los muy traviesos —añadió Agnes con orgullo—, de modo que van a probar con trigo en copos.

Siguió un día tras otro de delicioso vacío. Agnes y su madre se dedicaban a bordar y mantenían conversaciones interminables sobre planes para visitar a sus vecinos o invitar a gente a comer, unos planes que no solían ir más allá de sus inicios. Mary daba largos paseos sola, jugaba al tenis con el médico y su esposa y pasaba gran parte de su tiempo con los niños. Le producía cierto azoramiento pasar demasiados ratos con sus tías. Aunque lady Emily y Agnes eran todo lo amables que podían ser, le provocaban tanta sensación de soltería que evitaba sentarse con ellas demasiado a menudo durante el día. En las veladas, tocaba el piano y cantaba para lady Emily, cuya costumbre de hablar mientras sonaba la música no le impedía disfrutar intensamente de ella. El señor Macpherson solía ir a verlas dos o tres veces por semana cuando estaban solas; primero hablaba de negocios con el señor Leslie después de cenar, y luego se unía a las damas. Le había cogido aprecio a Mary, a quien le gustaba dar paseos por el campo con él e interpretaba canciones escocesas para su disfrute particular.

Y así transcurrieron el mes de junio y una parte de julio. Hacía un precioso tiempo veraniego, y casi todas las mañanas al despertar, Mary veía la gran pradera cubierta por una bruma húmeda que el sol habría disipado ya a la hora del desayuno. Habría reinado una paz divina e imperturbable de no ser por las visitas de fin de semana de David. Todo habría sido un poco aburrido, incluso, de no ser por las visitas de fin de semana de David. Su empleo en la radio se había quedado en nada. Le hicieron una prueba, y él había elegido imprudentemente el pasaje de Milton que tanto regocijo le provocara a Martin. Cuando llegó a los versos sobre «las repugnantes arcadas», se acordó de la cara de Martin y, arrellanándose en la silla, soltó una tremenda carcajada en el escandalizado micrófono. Joan Stevenson, la muy competente joven que estaba a cargo del departamento de Recitales Poéticos Enaltecedores, se había sentido escandalizada, o como ella prefirió expresarlo, «francamente escandalizada», y se llevó a David de vuelta

a su despacho, deshonorado.

—Lo has estropeado todo echándote a reír —declaró con cierta irritación—. Ahora no van a tenerte siquiera en cuenta.

—Pero ¿por qué? —quiso saber él, todavía al borde de la risa al pensar en Martin—. ¿No puede reírse un hombre sin escandalizarte? No me digas que vives aquí y nunca te ríes.

—Claro que nos reímos —respondió Joan Stevenson—, pero el micrófono, al fin y al cabo, es..., bueno, para serte franca, casi un objeto sagrado. Tú no tienes la experiencia que tengo yo, David, y no comprendes qué podría haber significado este numerito tuyo para cientos, miles de oyentes, de haberse emitido de verdad.

—Por supuesto, cuando te oigo hablar así se me quitan las ganas del todo —soltó David—. No me preocupa hablar en voz alta ante esa cajita, que podría ser una bonita cara si le pusieran unos ojos y un par de orejas, pero la idea de leerle en voz alta a toda esa gente me resulta francamente repelente, como dirías tú.

—¡David!

—Oh, no pretendo decir que encuentres repelente a la gente, sólo estaba tomándote el pelo —añadió David, un poco nervioso ante el efecto de su deliberada parodia de la ferviente forma de expresarse de Joan—. Sólo quería decir: imagínate esos millones de personas, en toda Inglaterra. Por supuesto que la mayoría sólo enciende la radio para oírla mientras hace calceta, o lee el periódico, o baila..., claro que con Milton nadie bailarían, debo admitirlo.

—No, David, estás siendo muy injusto. Piensa en lo que significa para todos esos hogares que les regalen la belleza y una educación elevada, tenerlas ahí a su entera disposición.

—Oye, tesoro —dijo David sin inquietarse en lo más mínimo por la presencia de la secretaria de la señorita Stevenson en el pequeño despacho—, eso de la educación son bobadas. Sólo satura a la gente de ideas para que no les haga falta pensar en absoluto. En cuanto a la belleza, puedo imaginarme a los más fervientes oyéndome leer a Milton con el brillo de la falta de inteligencia en sus ojos anhelantes. Y de todos modos, si no pagan una licencia, ya pueden desgañitarse, que no recibirán nada.

—Lamento mucho que te lo tomes así, David.

—Bueno, pues siento haberme reído, pero esa parte resulta tremendamente cómica una vez que la contemplas de esa manera. En todo caso, tesoro, no me parece que yo haya nacido para vivir aquí. No me gustan tus distinguidos amigos, con sus jerséis de lana de estilo nórdico por dentro de los pantalones de pinzas y llamándose unos a otros Lionel.

En ese punto entró un joven que encajaba bien en la descripción de David.

—No interrumpo, ¿verdad, Joan? —preguntó con un acento tan perfecto que David sonrió encantado—. Sólo pasaba para saber el resultado de la prueba del señor Leslie. Deje que me presente... —añadió tendiendo la mano con franqueza algo infantil—, soy Lionel Harvest, un simple y humilde subordinado de Joan. Ella hace un trabajo magnífico, que nosotros los hombres sólo podemos admirar y tratar de emular en lo posible.

David le estrechó la mano y le dijo, con total sinceridad, que estaba encantado de conocerlo. Quitándole las palabras de la boca a la señorita Stevenson, le explicó que lo habían rechazado y que iba a probar suerte en otra parte para ganarse el sustento.

—¡Oh, pero qué mala suerte! —exclamó el señor Harvest con tono compasivo—. Bueno, pues *arrivederci*.

Y salió a toda prisa a contarle a su amigo el señor Potter, cuyo pelo tenía ondas naturales, que esa Stevenson se había traído a otro inútil, y que la pequeña conspiración que estaban tramando contra ella tenía aún visos de triunfar.

—Menudo cerdo —soltó la señorita Stevenson, humanizada de pronto—. Él y su camarilla van contra mí porque quieren este departamento para ellos. ¿Por qué has dicho que te habían rechazado? Podría haber conseguido fácilmente que te dieran otra oportunidad. ¿Quieres volver a intentarlo, David?

Pero David contestó que su osadía había sufrido un golpe demasiado duro.

—Además, acabaría con complejo de inferioridad si tuviera que ver a Lionel muy a menudo. No entiendo cómo lo hace. Supongo que se

trata en parte de su nombre. Lionel Harvest, es casi perfecto.

—En todo caso, es muy buen locutor. Recita de maravilla al cursi de Coventry Patmore, y es muy popular entre nuestros oyentes.

—Bueno, pues lo mejor será que comas conmigo algún día — propuso David, que había perdido todo interés en la radio.

—Me encantaría, pero tendrás que dejar que pague mi parte — respondió la señorita Stevenson, que sabía cómo tratar a los hombres tras sus experiencias en Oxford.

David quedó tan encantado con la actitud ante la vida de la señorita Stevenson que, en distintas ocasiones, se dedicó a llevarla a los restaurantes más caros que logró encontrar. Cuando la señorita Stevenson comprobó que incluso una única ración de un plato solía costar cinco chelines y seis peniques o a veces, si se trataba de platos de caza, la friolera de doce chelines, no se dejó amilanar, y a David le costó poco convencerla de que, como colegas artistas que eran, pues ésa era la interpretación que hacía él del trabajo de ella y de su propio y lamentable fiasco con Milton, podía compartir su plato sin que por ello se le cayeran los anillos.

Sin embargo, pese a la atracción que sentía por su nueva amiga, y en parte porque una vez más no tenía un empleo en perspectiva, David pasó mucho más tiempo del habitual en Rushwater durante los meses de junio y julio. Era probable que sus fines de semana, más que de sábado a domingo, se alargaran de viernes a martes. Su madre y su hermana estaban encantadas de verlo tanto, y dice mucho de la personalidad del señor Leslie que no le preguntara más de una vez en cada visita por qué no se buscaba algún trabajo. Ver a un joven de veintisiete años sin hacer nada, y encima tan campante y sin aparente agravio moral ni para sí mismo ni para los demás, era más de lo que cabía en la cabeza del señor Leslie. Pero, habiendo dicho lo que creía su deber decir, siempre sucumbía al buen talante de David y a su irresponsable encanto. Cuando David le explicó que si aceptaba un empleo le estaría quitando el pan de la boca a otro hombre que lo necesitaba de verdad, su padre no pudo sino admitir la justicia de aquel pretexto. Cuando el padre sugirió que invirtiera una parte de su tiempo en la finca, David respondió, con mucho tino, que era tarea de

Martin aprender a ocuparse de lo que algún día sería suyo, y que Macpherson ya tenía al propio señor Leslie y a John trabajando con él y no recibiría de buen grado a un tercer ayudante, por lo demás bastante incompetente. Cuando el señor Leslie dijo que no le vendría mal contar con un buen agente en Buenos Aires para echarles un ojo a algunas tierras que había adquirido allí, con la idea de empezar un criadero propio, David se puso muy tierno y afectuoso y tardó bien poco en esfumarse de la habitación.

Para Mary, esos fines de semana suponían una emocionante delicia. David la hizo cumplir su palabra con respecto a los paseos, y juntos se patearon toda la campiña que podían recorrer andando, David sin parar de hablar y leyéndole poesía cuando se detenían a comerse los sándwiches y descansar, y divirtiéndola con el relato de su fracaso a la hora de conseguir un empleo en la radio.

Un atardecer, tras haberse pasado la jornada entera en las montañas, regresaban a buen paso descendiendo por las boscosas laderas detrás del pueblo. Una de ellas, donde se había talado un bosquecillo el año anterior, estaba llena de fresas silvestres. Se detuvieron a comérselas.

—Nunca te dejan satisfecho —explicó David—. Un par cada vez no saben a nada, y uno nunca tiene el autocontrol suficiente para recoger muchas antes de comérselas, aparte de que no llevo nada donde ponerlas.

—Los héroes siempre llevan un sombrero —respondió Mary—. Pueden recoger frutos rojos en él, o llenarlo del agua que mana en el torrente.

—Me gustaría ver a cualquiera llenando de agua mi sombrero. Se saldría toda por los agujeros de ventilación. Supongo que en esos tiempos los héroes llevaban bombín. Recuerdo que teníamos un ejemplar con ilustraciones de *El heredero de Redclyffe*, y el héroe siempre llevaba un bombín en el campo. No, la única forma de comer fresas silvestres es si vives en algún lugar como Suiza en el que haya campesinos pobres pero sobornables que recojan cuencos enormes de ellas para tomar con la merienda.

—Me encantaría comerlas así.

—Te diré qué haremos. Sé de un sitio en la ciudad que se hace traer fresas silvestres por avión dos veces por semana. Vayamos a almorzar allí un día.

—Oh, David.

Continuaron caminando hasta alcanzar la cima de la colina y bajaron por un caminito hasta el pueblo, donde vieron al señor Banister con su bicicleta ante la casa del párroco.

—Buenas tardes, David. Buenas tardes, señorita Preston —los saludó.

—¿Necesita ayuda, señor? —preguntó David.

—Pues sí, haz el favor de traerme un cubo de agua del grifo del jardín para comprobar el neumático. Siéntese, señorita Preston.

Mary se sentó en una maltrecha silla de jardín mientras David iba en busca del cubo. El pastor infló un poco el neumático y lo pasó por el agua. Salieron burbujas por dos sitios. Sacó entonces el material de reparación y empezó a poner parches.

—Ya he llegado a un acuerdo con mis inquilinos —explicó—. Ocuparán la rectoría durante todo el mes de agosto y estarán encantados de organizarlo todo para que Martin estudie francés con ellos. Ya he hablado con tu padre al respecto, y Martin vendrá todas las mañanas a tomar clases, y practicará conversación durante el almuerzo, excepto cuando haya críquet.

—Martin le estará muy agradecido —intervino Mary—. No tiene ningunas ganas de irse al extranjero.

—Por cierto, David, a los Boulle les gustaría tener también un huésped de pago, algún joven simpático, o señorita, que quiera estudiar francés en serio. Así que si se te ocurre alguien, házmelo saber. Para Martin sería una ventaja tener a alguien estudiando con él.

—Si he de juzgar por mi propia experiencia en aquel espantoso sitio suizo en el que estuve —repuso David—, una vez que pones a dos alumnos ingleses juntos, se acabó el aprender francés. Pero lo tendré en cuenta.

Tras un rato más de conversación trivial, el señor Banister volvió a hinchar el neumático y lo sumergió en el agua. Uno de los parches se combó. Una columna de burbujas brotó de él, y el parche subió

flotando hasta la superficie.

—Supongo que no lo he lijado como es debido —dijo el señor Banister, decepcionado.

—Déjeme ver —repuso David, y rescató el parche—. Yo diría que no le ha puesto cola, señor.

—Yo también lo creo. Ahora me acuerdo de que he cogido este parche con los dedos pegajosos después de haber aplicado el primero. Supongo que eso me ha hecho pensar que ya le había puesto la cola. Vaya, vaya, a trabajar otra vez —concluyó el pastor mirando esperanzado a David.

Pero David no tenía ningunas ganas de arreglar neumáticos, de modo que se levantó y dijo que se les hacía tarde y debían salir pitando. En la cena le contó a su madre, siempre encantada de oír noticias del pueblo, que el pastor andaba buscando un huésped de pago para sus inquilinos.

—Vaya, pues seguro que encontraremos a la persona ideal —respondió lady Emily, que como de costumbre había entrado tarde y sin las gafas, y estaba tratando de comerse el cordero con gelatina de grosella con cuchara y tenedor, creyendo al parecer, engañada por la jalea, que se trataba de pudín—. Agnes, ¿quién era aquella muchacha de la que supimos que se marchaba al extranjero pero la cosa no se concretó?

A Agnes le pareció muy clara aquella descripción, pero no estaba segura de si se trataba de una chica o de un joven que iba a hacerse diplomático.

—Es que fue el día que recibí el telegrama de Robert —explicó—, y recuerdo haberme dejado las cartas en la glorieta del jardín, y el viento las desparramó por la hierba, y luego llovió. Nunca supe si las había recuperado todas, y creo, madre, que aquella carta debió de perderse, fuera de quien fuera, aunque sí me acuerdo muy bien de que alguien iba a irse al extranjero, pero entonces algo pasó.

Como no parecía que aquella conversación fuera a llevar a ninguna parte en particular, David cambió de tema diciéndoles que un día iba a llevarse a Mary a comer en la ciudad.

—Qué bien —comentó la madre, y añadió—: Y entonces, Mary,

podrías ir a Woolworth y comprar las tazas que faltan y los regalos de los niños. Déjame ver..., el concierto del pueblo es el martes de la semana que viene, de manera que tendrás que ir esta semana.

—Te llevaré yo el martes, ¿te parece? —propuso David—, cuando me vaya, y puedes volver en el tren. O, si no, ven en tren el viernes y yo te traeré de vuelta.

—A ver —intervino lady Emily—, si vas con David, después tendrás que acarrear todos los paquetes de Woolworth hasta la estación, así que será mejor que vayas el viernes y que David te traiga de vuelta con los paquetes. Gudgeon, ¿qué trenes hay para Londres por la mañana?

—El mejor es el de las once y cuarto desde Rushwater, milady, que llega a las dos y diez.

—Con ese no llegaría a tiempo para el almuerzo —protestó Mary.

—Hay uno a las ocho y cuarto, señorita, que llega a las doce menos cuarto.

—Pues ahí lo tienes —dijo David—. Eso te deja una hora y media para patearte Woolworth, y luego iremos a almorzar y al cine y volveremos juntos.

—Pero David —se quejó su madre, que había estado contando con los dedos con cara de preocupación—, ese tren es inhumano. Tarda tres horas y media, y es imposible que Mary pueda coger un tren a las ocho y cuarto de la mañana.

—¿Lo es, Mary? —preguntó David, mirándola con una expresión de súplica perturbadora.

—Oh, puedo cogerlo tranquilamente, tía Emily. Si pudiera disponer del Ford, yo misma lo conduciría hasta Rushwater, y quizá alguien podría pasar luego a buscarlo.

Lady Emily, encantada ante la oportunidad de organizar más cosas, trazó entonces un elaborado plan según el cual el hombre que iba a ir a la estación el martes en busca de un cargamento de gravilla podría llevar el Ford hasta el garaje del señor Macpherson, y éste podría acudir a almorzar en el Ford y que Weston lo llevara luego a casa; o, mejor, el señor Macpherson podría acudir a almorzar al volante del Ford y Weston podría bajar andando al pueblo a la hora de comer y traerse el coche del propio Macpherson; o, mejor incluso, Weston

podría bajar al pueblo en bicicleta y traerse el coche de Macpherson con la bicicleta en el asiento trasero. Llegada a ese punto, se preguntaba en voz alta si no sería mejor que el hombre que iba a ir en busca de la gravilla dejara el coche ante la casa del señor Banister, puesto que había dicho que quería visitarles una mañana de éstas, cuando el señor Leslie la interrumpió.

—Si Mary va a pasar el día entero en la ciudad, Emily, y tiene que hacerte las compras, será mejor que Weston la lleve y luego la traiga de vuelta. Yo no le necesito el jueves. Si tú tampoco, Mary puede disponer de él.

—Ah, eso está mucho mejor —intervino Agnes—. El coche de David es precioso, pero muy polvoriento. Nunca me han acabado de gustar los descapotables.

Mary le dio efusivamente las gracias al señor Leslie. Le pareció que sería muy descortés rechazar su ofrecimiento, teniendo en cuenta que rara vez prestaba su automóvil. En cierto sentido, la cosa era muy decepcionante, porque le habría encantado pasar unas horas con David. Ir sentada a su lado en un veloz coche deportivo habría sido divino, pero debía guardar la compostura y dar muestras de la debida gratitud. Y en todo caso sería muy agradable ir en coche a la ida y a la vuelta y no tener que llevar paquetes de aquí para allá.

—Ahora me acuerdo —dijo Agnes—. Era la carta de Dodo Bingham, y decía que su sobrino tenía previsto irse a Múnich con una familia, pero en su casa no se lo habían permitido por culpa de los nazis. ¿Os parece que podría servirles a los inquilinos del señor Banister?

David se levantó, rodeó la mesa hasta donde estaba Agnes y le plantó un beso en la coronilla.

—No, tesoro. Eres un verdadero cielo, pero la lengua alemana no es la francesa, lo mires por donde lo mires.

—No, supongo que no —admitió Agnes—. Pero sabía que acabaría recordándolo. Ya sabes cómo es eso, a veces te olvidas de las cosas y entonces, de pronto, te acuerdas de ellas.

David dijo que en ocasiones había pasado por esa experiencia y que, por tanto, era capaz de entender a la perfección su estado de ánimo.

Mary se quedó atrás para volver a darle las gracias al señor Leslie.

Cuanto menos agradecida se sentía por aquella amabilidad, más agradecida creía que debía sentirse.

—No te preocupes, querida —contestó el señor Leslie—. David es un egoísta redomado, siempre lo ha sido. Mira que esperar que una chica coja un tren lentísimo a las ocho y cuarto sólo para que coma con él... —Y, con inesperada perspicacia, añadió—: Pero las chicas siempre hacéis lo que él quiere, y volvéis a ese jovencito aún peor de lo que es. John nunca haría una cosa así, y en cuanto a su hermano mayor, nunca hubo un chico menos egoísta... Bueno, pásalo bien en la ciudad. Le eres de mucha ayuda a Emily, y a mí me gusta oírte cantar por las noches; me ayuda a dormir.

Las palabras del señor Leslie sobre lady Emily emocionaron y complacieron a Mary, aunque no le parecía que hubiera motivo suficiente para ellas. En cuanto a que David fuera un egoísta, los padres no siempre veían a sus hijos como eran en realidad. Y el jueves ella almorzaría en la ciudad con David.

7. Almuerzo para tres

El mundo tuvo el detalle de no acabarse antes del jueves, y Weston llevó a Mary a Londres, donde ella hizo las compras de lady Emily y se encontró con David en un restaurante.

—Primero, unos cócteles —dijo él asiéndola del brazo para conducirla a la barra—. ¿Qué te apetece?

Mary no lo sabía, de modo que David pidió dos Serpientes en la Hierba, que, según le advirtió, a muchos más fuertes que ella se les había subido a la cabeza. Mientras bebían, David miraba de vez en cuando hacia la puerta.

—Si no te importa, le he pedido a una amiga mía, Joan Stevenson, que viniera. Es una mujer muy culta pero, por lo demás, inofensiva.

Mary experimentó una instantánea oleada de celos hacia las mujeres cultas, combinada con un sentimiento de odio hacia David. Qué despreciable por su parte invitarla a almorzar como si fuera una ocasión muy especial para ambos, y luego invitar también a una mujer culta. Menudo joven odioso y egoísta estaba hecho. En un instante se le ocurrieron una docena de cosas crueles e hirientes que decirle, pero, para su sorpresa, se oyó decir:

—Confío en que no sea demasiado arrogante, David.

—No, qué va. De hecho, quizá pueda resultarme muy útil, puesto que a través de ella puedo mantenerme en contacto con la radio.

—Pero me dijiste que te habían rechazado...

—Siempre se puede hacer otro intento —respondió David bajándose del taburete para ir al encuentro de Joan.

Presentó a las dos chicas. Para Joan, la presencia de Mary supuso un fastidio casi tan grande como para Mary la de Joan, y ambas experimentaron una airada y desesperante sensación de inferioridad. En Mary, Joan vio a una de esas chicas de sociedad sin cerebro que no tienen otra cosa que hacer que beber, bailar y pasarlo bien. Y era

guapa, si a uno le gustaban ese pelo castaño y esos ojos azules tan vulgares y corrientes y esa figura más bien generosa. Probablemente tenía ingresos propios y nunca llevaba medias remendadas. Según David era prima suya, pero no era ésa la idea que Joan tenía de una prima.

En Joan, Mary vio a alguien a quien podría considerarse atractiva si te gustaban esas chicas tan paliduchas y rubias de ojos castaño-verdosos y con una expresión dura en la boca. Las mujeres universitarias siempre parecían duras, y antipáticas y engreídas también. Quizá le fuera de utilidad a David, pero Mary no veía razón para que llevara un traje chaqueta de seda con tan buen corte. Claro que probablemente ganaba un salario astronómico y se lo hacía todo a medida.

El desprecio mutuo circulaba a oleadas entre ambas chicas. El desprecio por David también impregnaba el aire, pero él no parecía captar ninguna de esas corrientes.

—¿Un cóctel, Joan? —preguntó.

—No, gracias. Si tomo cócteles no puedo trabajar —contestó Joan mirando la copa de Mary.

—Uno más antes de que pasemos a almorzar, David —soltó Mary con afectación.

—Tú sabrás lo que haces, se te subirá directo a la cabeza —bromeó David, y le pidió otro.

—Confío en que vaya a mi estómago —contestó Mary, y soltó una risita absurda, fruto de los celos.

Le sirvieron el cóctel, y, con la sensación de que con uno bastaba y sobraba, Mary fingió darle un sorbito y luego dijo con tono de aburrimiento que el segundo nunca estaba tan bueno como el primero, y le preguntó a David si no iban a almorzar o qué. David las tomó a ambas del brazo para guiarlas hacia el comedor. Debería haber caído fulminado y convertido en un cuerpo carbonizado, o haberse quedado paralizado, presa de convulsiones, hasta tal punto eran intensas las oleadas de ira que deberían haberlo arrasado; pero no, lo que hizo fue instalar a sus damas en una mesa en un rincón y sentarse entre ambas.

El almuerzo fue más incómodo incluso para Mary y Joan de lo que habría sido necesario, pues ambas convirtieron en una cuestión de honor fingir que no podían tocar nada que a la otra le gustara, de modo que ninguna llegó a consumir ni la mitad del delicioso banquete de David. Mary atacó con fruición el caviar, pero la señorita Stevenson sólo lo probó, aduciendo que lo había comido fresco en Rusia, donde antaño había pasado unas largas vacaciones, y que no soportaba tomarlo de otra manera. Se hizo casi imposible encontrarle pegas a la tortilla de la que ambas damas dieron cuenta con glotonería, pero volvieron a surgir dificultades con respecto al vino. David quiso saber si a ambas les gustaba el blanco.

—No, gracias, David, yo sólo quiero agua —dijo Mary con voz altanera y refinada.

—A mí me encantaría tomar un Barsac o un Vouvray, David —soltó Joan—. Déjame ver.

Lo que permitió, durante dos o tres minutos, que su hombro rozase el de David mientras barajaban nombres viendo la carta de vino. El camarero, tras dignarse a que se divirtieran un ratito, ejerció su hipnótica influencia, de modo que acabaron pidiendo lo que él pretendía que bebiesen desde el primer momento.

—¿Está siempre ocupadísima, señorita Stevenson? —preguntó Mary con cortesía mientras les servían las chuletas—. Supongo que tendrá que hablar por radio todas las noches.

—No soy locutora —contestó Joan mientras se servía patatas salteadas—. Organizo los recitales de poesía.

—Ah, hace trabajo de oficina, entonces —terció Mary, y, tras echar un vistazo al plato de Joan, añadió—: No, yo no quiero patatas.

—¿Le parece que engordan? —preguntó Joan—. Yo tengo muchísima suerte, puedo comer lo que quiera sin tener que preocuparme.

—Supongo que algún día llegaré a esa fase —zanjó Mary—. Ay, David, no sabes lo monísimo que ha estado James esta mañana. Ha hecho que Emmy y Clarissa se metieran en una carretilla de madera que encontramos en el cobertizo de las bicicletas, y se ha dedicado a pasearlas por ahí. —Y, dirigiéndose a Joan, explicó—: James es el

sobrinito de David, y Emmy y Clarissa sus sobrinas pequeñas. Son unas verdaderas monadas y lo pasamos en grande juntos.

—Tienes que venir algún día a conocerlos, Joan —dijo David.

Joan contestó que le encantaría, y Mary echó chispas ante su descarada disposición a aceptar la invitación; pero siempre tenía los fines de semana ocupados con meses de antelación, lo que puso igualmente furiosa a Mary por su falta de entusiasmo; aunque tal vez tuviera un fin de semana libre a finales de agosto, cuando estaría de vacaciones, lo que hizo que el corazón de Mary se le encogiera como un puño. ¿No recordaba David que el cumpleaños de Martin era a finales de agosto y que celebrarían un baile? Pues sí, lo recordaba, y le dijo a Joan que había elegido el momento perfecto, puesto que se celebraría un baile en honor de su joven sobrino.

—Salud —exclamó la señorita Stevenson, un brindis de colegiala que hizo a Mary enarcar las cejas, cosa que le proporcionó, aunque Joan no la viera, una profunda satisfacción, y la animó a proseguir con el conflicto.

David había cedido la elección del postre a sus invitadas. Joan, con lo que a Mary le pareció un acento muy afectado, pidió una *crêpe Suzette*. Y eso le dio alas a Mary para decir que «gracias, David, tesoro», pero que sencillamente se había atiborrado y no podía comer nada más, pero que sí se tomaría un café y quizá una copa de *fine* para acompañarlo. Lo de «*fine*» había sido un palo de ciego pero, para su alivio, al parecer era acertado, y su autoestima subió varios grados más.

—La *crêpe* de madame tardará unos minutos —advirtió el camarero.

—¿Un cigarrillo? —preguntó David ofreciéndole la pitillera a Joan, que cogió uno, y luego a Mary.

—No, gracias, David. A estas alturas ya deberías saber que no fumo. —Y le preguntó educadamente a Joan—: ¿No te parece que le estropea a una el paladar para la buena bebida?

La satisfacción que eso le produjo a Mary se desinfló al instante. David debería haber recordado que ella no fumaba, considerando todo el tiempo que habían pasado juntos últimamente. Olvidar una cosa así era casi despiadado por su parte, y ahora se lo había puesto en bandeja

a aquella mujer horrible y que se las daba de lista, que iba a pensar que David nunca se había fijado en si fumaba o no. Tuvo ganas de explicarle a Joan que David le había ofrecido en realidad un pitillo no por puro despiste, sino porque no quería poner énfasis en su íntima relación con ella, mientras que a Joan sólo lo unía la amistad. Además, había sido una tonta al decir algo tan grosero como que fumar te estropeaba el paladar. Había supuesto un feo y satisfactorio bofetón para la tal señorita Stevenson después de alardear tanto con lo del vino, cierto, pero debería haberlo hecho con más delicadeza.

David se puso a hablar de su novela hasta que llegó la *crêpe*, momento en que Mary, aunque deseó haber pedido una, tuvo al menos la satisfacción de ver a su enemiga más o menos silenciada por la comida mientras ella era capaz de hablar con David sobre su libro con la sabiduría de quien ha estado presente en el nacimiento de una idea. David también tomaba café y una copa de *fine*, lo que suponía otro desaire a la señorita Stevenson y un vínculo entre él y Mary.

Charlaron durante un rato más. David mencionó un ballet que Mary no había visto. Joan lo había visto en París. David aludió a una sinfonía que Joan no había oído. Mary había oído a Toscanini dirigiéndola, aunque omitió que había sido en un gramófono. Joan mencionó un libro prohibido. David conocía a un hombre que había comprado cincuenta ejemplares en Francia y los había traído ocultos en un avión, pero en ese punto Mary tuvo la inspiración de decir que ella había leído el manuscrito y le había parecido un tostón. No entendía por qué la gente se veía impelida a leer libros aburridísimos sólo porque estuvieran prohibidos. Debería haberla fulminado un rayo celestial después de aquella mentira tan atroz, pero como no pasó nada, sintió una insolente alegría por haberla contado y demostrado con ello que estaba tan al día de las cosas como la señorita Stevenson.

—Vaya, pues casi le envidio que tenga oportunidad de leer todos esos libros espantosos —concluyó la señorita Stevenson poniéndose en pie—. Ahora tengo que volver al trabajo. ¿Vas en la misma dirección que yo, David?

—Supongo que ahora vamos al cine, David —intervino Mary en lo que fue un último aguijonazo en el pecho de su enemiga—. Por el

camino podríamos dejar a la señorita Stevenson. —Eso tenía que haberle dolido un poco.

—¿Te importaría mucho que no fuéramos? —soltó David—. Quiero ver a un tipo para hablarle de mi novela, y sé que sólo puedo encontrarlo en el Café Royal hasta las tres y media.

Por las venas de Mary corría la sangre de muchas generaciones de soldados. Con una cortés inclinación, le preguntó a Joan:

—¿Puedo llevarla a algún sitio? Tengo el coche a mi disposición.

Tampoco Joan carecía del estoicismo de un piel roja que no emite queja alguna cuando le desgarran los tendones. Aceptó el ofrecimiento con la apropiada gratitud. David las acompañó a ambas hasta el coche.

—Adiós, Joan, enseguida me pondré en contacto contigo. Se me ha ocurrido algo respecto a lo de tus vacaciones. Adiós, Mary. Mañana iré para allá.

Ambas jóvenes esbozaron una sonrisa gélida y murmuraron algo ininteligible. Por suerte, el trayecto sólo duró unos minutos. La señorita Stevenson le dio las gracias a Mary por haberla llevado y ambas mencionaron cuánto se alegraban de haberse conocido.

—Perdone, señorita —dijo Weston mientras cubría las rodillas de Mary con la mantita, para protegerla del polvo—, el señor Leslie me ha pedido que pasara por la oficina del señor John después de comer para recoger una carta. ¿Le parece bien?

—Sí, por supuesto, Weston.

Se internaron en la ciudad y se detuvieron ante un edificio en una calle oscura y estrecha. Resultó que John entraba justo cuando ellos se detenían allí.

—Vengo a recoger una carta para el señor Leslie, señor —dijo Weston.

—Mary, qué encantadora sorpresa. ¿Por qué no subes y ves mi despacho mientras acabo con este asunto de mi padre? No tardaré, Weston.

Mary no vio razón para negarse, de modo que se encaminó escaleras arriba con John, cuya oficina no hace falta que describamos aquí, dado que era exactamente igual que cualquier otra. Baste decir que tenía un

gran ventanal de cristal esmerilado que daba a una pared, que en ese día caluroso apenas circulaba el aire, que el mobiliario era oscuro y práctico y que el calendario tenía varios días aún por arrancar.

—Siéntate —dijo John—. ¿Qué tal están todos?

—Muy bien. A Clarissa le ha salido otra muela y Tata ha tenido que cantarle las cuarenta a Ivy.

—¿Qué ha dicho Agnes?

—«Ay, Tata, qué fastidio es esta Ivy a veces.»

Mary imitó tan bien la voz lastimera de Agnes que John se echó a reír.

—Voy a dejar lista la carta —dijo—, y luego te enseño el resto de este sitio, si quieres. Tampoco es que haya mucho que enseñar, pero estoy pensando en mudarme si las cosas marchan bien.

Llamó a su secretaria y empezó a dictarle una carta. Mary miró alrededor, pero como no encontró distracción alguna, sus pensamientos volvieron al campo de batalla del almuerzo. Había sido la comida más espantosa a la que había asistido nunca. Pese a haberse apuntado unos cuantos tantos, sólo se sentía herida en su amor propio. Había hecho gala de malicia y afectación, había sido una mentirosa y una mojigata. Detestaba a esa Joan más que a cualquier persona sobre la tierra con excepción de David, que era un ser despreciable. Mira que hacerla ir a la ciudad, esperando que viajara ridículamente temprano en aquel tren, e invitar a una extraña que se daba aires y... Entonces se le ocurrió lo peor de todo, algo que no había añadido aún a su lista de agravios y que ahora acudía de pronto a sus pensamientos: las fresas silvestres no habían aparecido por ninguna parte. Debería haber sido una ocasión especial para ella en la que disfrutaría de las fresas silvestres que traían dos veces por semana por avión desde el Tirol o algún otro sitio, y David ni siquiera había pensado en eso. En cambio, había permitido que esa chica, esa cerda glotona, escogiese su postre. Ciertamente le había ofrecido a ella tomar postre también, y que ella podría haber pedido fresas silvestres de no haberse comportado como una estúpida esnob, fingiendo que ya no podía comer nada más. Pero eso no afectaba en lo más mínimo al hecho horroroso y desgarrador de que David había olvidado por entero

su promesa.

—Pase eso a máquina de inmediato, señorita Badger —dijo John—, y añade estos papeles, y tráigamelo todo de vuelta cuando esté listo. — Pero cuando la secretaria ya salía de la habitación, añadió—: No, yo mismo la llamaré para que lo traiga dentro de unos diez minutos.

John se volvió desde su mesa hacia su invitada, la vio sentada muy tiesa en la butaca del despacho con lágrimas deslizándosele por las mejillas.

Cuando la secretaria cerró la puerta, Mary alzó la vista con un respingo.

—Oh —soltó con tono desdichado, tratando de enjugarse las lágrimas.

Pero ya nada las contenía, ni ella deseaba contenerlas, de hecho: era un bendito alivio disolver en lágrimas todo el pasado malicioso de una, dejar que arrancasen la esquirla de cristal que tenía clavada en su corazón y le había hecho comportarse de forma tan vergonzosa. Y la presencia de John no importaba.

John estaba allí plantado con las manos en los bolsillos, presa de una considerable perplejidad. Por qué Mary Preston había acudido a su despacho de un humor excelente, para que diez minutos más tarde la descubriera hecha un mar de lágrimas, era un misterio para él. La única explicación probable era que se hubiera sentido desdichada de repente, y sólo podía esperar que no fuera culpa suya. Repasó a toda prisa su conducta durante aquel último cuarto de hora. Había visto a Mary en el coche de su padre y, llevado por un impulso, le había pedido que subiera. Se habían dirigido juntos a la primera planta. Allí, la había conducido a su despacho y le había ofrecido la silla que, oficialmente, era la más cómoda. Ella le había proporcionado entonces una breve crónica de las andanzas de los niños en Rushwater y había llevado a cabo una muy buena imitación de su hermana Agnes. En todo eso no había razón alguna para llorar. ¿Quizá había sido grosero llamar casi de inmediato a su secretaria y dictarle una carta? No, Mary había subido sabiendo que él tenía que acabar una carta que ella debía llevarle al señor Leslie. Así, puesto que no entendía más ahora que un minuto antes, se arriesgó y le preguntó con timidez qué le ocurría.

Mary, con el rostro levemente moteado por la emoción, contestó en voz baja y ahogada:

—El almuerzo con David.

Aquello no aclaraba mucho las cosas. Si la hubieran envenenado, estaría retorciéndose y desfallecida, no llorando a mares. En cualquier caso, era de lo más improbable que David envenenara a nadie. La clase de restaurantes a los que acudía bien podían dejar llena a la gente, pero difícilmente la envenenarían.

—¿Qué ha pasado en el almuerzo? —preguntó John—. No es mi intención andar interrogándote, pero debo hacer algo para ayudarte. No puedes seguir así.

—¿Ah, no? —contestó Mary con voz pastosa—. Pues mira, yo creo que sí puedo. —Y, con una humildad repentina y enternecedora, añadió—: A menos que estés esperando alguna visita. En ese caso, volveré corriendo al coche. Puedo acabar de llorar allí.

—No va a venir nadie —explicó John— hasta que llame al timbre. Y quiero que te quedes aquí hasta que te sientas mejor. No me cuentes nada si eso te hace sentir más desdichada, aunque si tiene que ver con David, quizá podría ayudarte.

Alentada por aquellas palabras, Mary tragó saliva y se frotó los ojos con la bola empapada que antes fuera su pañuelo. John acercó una silla y se sentó a su lado, como un médico dispuesto a escuchar los síntomas de una paciente.

—Verás —empezó Mary, cuya dicción mejoraba con cada palabra y cuyo cutis iba recuperando un aspecto más uniforme—, David me prometió llevarme a almorzar y darme fresas silvestres. Conoce un lugar donde les llegan del Tirol, o un sitio así, dos veces por semana. De modo que tu padre ha tenido la amabilidad de dejarme el coche y he hecho algunas compras para tu madre y luego he ido a comer con David, y él se ha olvidado de las fresas.

Dicho lo cual, profirió un sonido que suele describirse como un sollozo.

—Qué maldad por su parte —repuso John—. Pero tienes que tomarlas algún otro día. Dile que te invite de nuevo y hazle entender hasta qué punto ha sido mezquina y canalla su conducta.

—No habrá otro día —anunció Mary con una voz a la que los últimos excesos habían conferido un timbre sutilmente resonante.

John se sobresaltó. Toda la situación se estaba volviendo melodramática en un grado alarmante. Sin duda la muchacha no se habría enfadado con David porque el muy estúpido, más egoísta a su dulce manera que nadie que él conociera, había olvidado su ofrecimiento de fresas silvestres. Uno no se peleaba con un primo político por una razón tan baladí. De pronto, a John se le pasó por la cabeza una idea algo molesta. Una no rompía a llorar por una tontería como ésa a menos que se hubiera encariñado mucho con una persona. ¿Era posible que David y Mary hubieran tenido alguna clase de riña de enamorados? Él no había vuelto a Rushwater desde el fin de semana en que llegó Mary, pero sabía por las cartas de su madre que David sí había ido, y en muchas ocasiones. ¿Había estado David flirteando como de costumbre? John sintió una oleada de irritación hacia su hermano pequeño, una irritación poco razonable, como reconoció de inmediato, pero que no pudo controlar. ¿No tenía David suficientes amigas encantadoras sin tener que probar suerte con aquella muchacha de la vocecita cristalina? Lo que le hacía falta a aquel chico era una buena tunda y un poco de responsabilidad.

—¿Habéis reñido tú y David? —aventuró.

—Oh, no —respondió Mary con una displicencia que no engañó a nadie, ni por supuesto a ella misma, pues añadió con tono contrito—: David ha sido muy desconsiderado y cruel, pero yo he sido una mentirosa y una grosera, de modo que estamos empatados.

—Cuéntame eso de que has sido grosera —pidió John, con la esperanza de que hablar de sí misma supusiera el remedio más rápido.

Mary lo miró fijamente, y al parecer lo que vio le dio confianza, porque continuó:

—Bueno, vas a pensar que soy una tonta, pero cuando he llegado al sitio donde íbamos a almorzar, David me ha dicho que había invitado también a una tal señorita Stevenson, y me he llevado una decepción porque se suponía que íbamos a estar los dos solos. Y era una mujer horrible, que ha ido a la universidad y se dedica a algo en la radio, y me ha parecido odiosa. Y luego por mucho que he intentado ser simpática

sólo me salían groserías, y cada vez me odiaba más y odiaba a David. Y ha sido todo tan estúpido y me siento tan avergonzada que no sé qué voy a decirle a David.

John no podía explicarle que, por lo que conocía a su hermano, David no se habría enterado de nada más allá del hecho de que había llevado a dos jóvenes atractivas a almorzar; que ni por un momento se le habría ocurrido cuánto significaba para Mary la promesa de las fresas silvestres. No se le pasó por la cabeza nada tan categórico como advertirle a Mary que nadie había conseguido atravesar la coraza de egoísmo de David, pero sí tenía la sensación de que nadie se estaba ocupando como era debido de aquella chica. No debería hallarse en una posición en la que David pudiera tratarla como trataba a las otras muchas chicas encantadoras a las que admiraba.

—¿No le molestará a Weston que lo tengamos esperando? —preguntó Mary con nerviosismo mientras ponía remedio a algunos estragos dejados por la desdicha.

—En absoluto. Si salís sobre las cuatro, tenéis tiempo de sobra. ¿Ha venido mi padre a la ciudad también? No, claro..., qué tonto soy; habría venido él mismo a buscar la carta.

—No, es que David quería que viniera en ese tren que sale tan temprano de Rushwater, y tenía que hacer un montón de compras para la tía Emily, así que el señor Leslie dijo que podía disponer del coche, y me sentí muy agradecida porque era un detalle y suponía que me cansaría mucho menos.

—Qué típico de mi padre —comentó John.

Pero lo que pensó y no dijo fue: «Qué típico de David». Era evidente que había dado por sentado que Mary se levantaría a una hora intempestiva y cogería aquel tren tan lento y que salía tan temprano, un tren que él mismo conocía bien y detestaba, y luego pasearía un montón de paquetes por Londres sólo por el placer de comer con él. La escala entera de valores de David era errónea. Estaba tan habituado a pensar en chicas con un nivel de vida muy alto y con sus propios automóviles y a las que no les preocupaba lo más mínimo recorrer ciento y pico de kilómetros para comer con él que no lograba entender, o no quería hacerlo, hasta qué punto era distinta Mary. John deseó que

David estuviera ahí en ese momento, para poder darle lo que Tata llamaba «un buen sopapo», pero al mismo tiempo era consciente de que sería inútil y de que David, inevitablemente, lo desarmaría con su ingenua sorpresa y su encantador arrepentimiento. Demasiado encanto el suyo, se dijo.

—Tengo entendido que una taza de té es el mejor reconstituyente para una mujer —comentó John, apretando el timbre—. ¿Es ésta la carta, señorita Badger? Gracias. Y ¿podría traernos un té a la señorita Preston y a mí?

—¿No es un poco pronto para el té? —comentó Mary.

—Son las tres y media. La señorita Badger tiene té preparado en su despacho todos los días a partir de las tres. Es té del bueno, me ocupo de que lo sea. Y en este despacho nos encantan las galletas Abernethy. ¿Cumple eso con tus expectativas?

La señorita Badger no tardó en volver con el té en una bandeja. Mary aceptó una taza, que la reconfortó en cuerpo y espíritu.

—Me he comportado como una verdadera estúpida —declaró—. Supongo que la culpa es de ese cóctel Serpiente en la Hierba que me ha dado David. ¿Te ha contado que lo rechazaron en la radio? Se presentó a una audición, o comoquiera que lo llamen, para leer poesía inglesa en voz alta, y eligió aquel fragmento de Milton que nos leyó cuando tú estabas allí, y soltó tal risotada que no pudo continuar, y por eso...

Se interrumpió de repente. Sus mejillas enrojecieron, se quedó ligeramente boquiabierta, y su aspecto general fue el de alguien víctima de una locura repentina. John se alarmó. Un ataque de llanto le parecía razonable, pero era incapaz de entender por qué la mención del Milton de David debería provocar parálisis y demencia. La chica no podía estar tan encandilada con David que sólo hablar de él la cohibiera. Y entonces Mary, que miraba enmudecida a John, vio que una oleada de color le teñía también el rostro. John trató de hablar, pero sólo emitió una especie de chasquido. La habitación pareció impregnarse de aquella muda agonía hasta que Mary, con las mejillas ardiendo y una voz casi tan inaudible como media hora antes, consiguió articular:

—Dije una verdadera estupidez aquella noche, cuando David leía.

No sé si la oíste, y si no lo hiciste no me preguntes qué fue, pero si la oíste, por favor, perdóname, porque no tenía ni idea.

—De hecho, sí que la oí, pero, por favor, no creas que le di importancia. Tenías toda la razón en lo que dijiste sobre Milton. Nadie en su sano juicio podría haber pensado en casarse con un viudo tan exasperante, y como yo, gracias a Dios, no me parezco en lo más mínimo a Milton, no veo que pueda haber comparación posible. Además, el mundo está lleno de viudos, y si nadie pudiera mencionar a Milton, o ya puestos, a Enrique VIII, ¿de qué íbamos a hablar?

El rostro de Mary se relajó, y exhaló un suspiro de alivio. La generosidad de John era tremenda, y también lo era su valentía al pronunciar la palabra viudo, casi cómica.

—Te lo agradezco enormemente. Y lamento mucho lo de la señora Leslie, si no te importa que lo diga. La tía Agnes me contó que era un verdadero cielo. No sabes cuánto deseo que no hubiera...

Se interrumpió de nuevo, sintiéndose ridícula. ¿Qué derecho tenía ella a entrometerse en el pasado de John? Y menuda estupidez había estado a punto de decir. Pero al parecer a John no le había importado.

—Yo también lo hago —dijo—. De hecho, lo deseo constantemente. Pero sí, murió. Tienes que dejar que Agnes te cuente cosas sobre ella. En cierto sentido, estaba más unida a Gay que a mi madre, incluso. De no haber sido por la bondad de Agnes, no sé cómo habría soportado yo la muerte de Gay.

—La tía Agnes es buena con todo el mundo. Fue una suerte increíble que el tío Robert se casara con ella. —Y añadió, meditabunda—: Creo que una agradece sobremanera la bondad.

Pero quién sabe si Mary estaba pensando en la bondad de Agnes o en la de John. Éste se preguntó si estaría pensando en David; el mero hecho de pensar en la bondad puede llevarlo a uno a pensar en la falta de ella. Acto seguido, John se recriminó por plantearse algo así.

Acompañó a Mary a la calle y la ayudó a subirse al coche. Luego volvió a su despacho, del que la buena de la señorita Badger había retirado con eficacia la bandeja del té, y continuó con su trabajo. Sobre las seis y cuarto estaba llamando al timbre del piso de David, y lo encontró en casa.

—Hola, David. ¿Piensas ir a Rushwater este fin de semana? ¿Sí? Pues necesito que veas a Macpherson de mi parte —dijo, y le dio un mensaje sobre una serie de reparaciones en la cabaña.

—De acuerdo. Ojalá hubieras almorzado conmigo hoy. He invitado a comer por ahí a Mary y Joan Stevenson y no nos habría venido mal otro hombre. Te he llamado, pero habías salido.

—Me lo ha contado Mary. Ha pasado a buscar una carta para nuestro padre. Me ha parecido que la comida había sido un éxito, excepto porque se te olvidaron unas fresas que le habías prometido.

—¡Diablos!, es verdad. Aunque, en todo caso, habrían sido del día anterior. Sólo les llegan los martes y los viernes.

—Pues llévate algunas, mañana.

—Sí, podría hacer eso. ¿Cuándo vamos a verte por allí, John?

—Este mes, no. Iré en agosto para la celebración de Martin.

—Bueno, pues cena conmigo antes. Te lo contaré todo sobre mi novela. Hoy he hablado con un tipo que parece bastante interesado...

Cuando David hubo acabado de adelantarle a su hermano lo que pretendía contarle el día que cenase con él, John se quedó reflexionando unos instantes. Había hecho todo lo posible por ayudar a David a reparar su despiste; que éste volviera a pensar en el asunto era otra cuestión.

Mary emprendió el regreso a Rushwater con sentimientos contradictorios, entre los que destacaba la vergüenza, no sólo por su conducta tan impropia de una dama durante el almuerzo, sino por su actitud infantil después en el despacho de John. Se consoló de lo primero pensando que David no lo habría notado siquiera, aunque eso la llevó a su vez a sentirse mortificada porque no lo hubiera hecho. En cuanto a la segunda preocupación, su consuelo fue que, por fin, se las había apañado para aclarar el asunto de su estúpido e ignorante comentario sobre los viudos. John se había mostrado tan amable al respecto que Mary no sentiría la menor incomodidad cuando volvieran a encontrarse. En parte, lo que la hacía sentirse cohibida era la palabra «viudo». Resultaba imposible explicar por qué una viuda evocaba una imagen atractiva o conmovedora, o al menos alguien audaz y elegante, mientras que el término «viudo» parecía guardar

cierta vaga relación con la palabra «suegra». Hasta el pintor Clive Newcome pierde su pátina brillante cuando tenemos que imaginarlo como un joven viudo en pleno luto. En cuanto a David Copperfield, su creador había tenido el buen tino de mandarlo casi de inmediato al extranjero, y mientras se hallaba en Inglaterra, de rodearlo de sucesos tan abrumadores que nunca tenía tiempo de pensar en su condición de viudo.

Sólo llegó a tiempo de subir corriendo a cambiarse, y no vio a sus parientes hasta la hora de cenar. El señor Leslie dio muestras de gran alegría al tenerla de vuelta. Agnes y lady Emily la envolvieron en el más dulce de los abrazos. Macpherson cenaba con ellos.

—Bueno, señorita Mary, ¿lo ha pasado bien en Londres?

Mary dijo que había pasado una jornada estupenda. David la había invitado a un almuerzo delicioso al que había asistido una muchacha muy agradable, una tal señorita Stevenson, que era listísima y trabajaba en la radio. Tras haberle dedicado semejantes alabanzas hipócritas a la odiosa señorita Stevenson, tuvo la sensación de haber apaciguado considerablemente su conciencia en cuanto a su mal comportamiento durante la comida.

—No sé para qué quieren a todas esas chicas —comentó el señor Leslie—. Les quitan el trabajo a los hombres. Me alegro de que tú no quieras tener un empleo, Mary.

—Me temo que sí lo tuve durante una breve temporada —repuso ella—, en una biblioteca.

—Oh, lo de los libros está bien. A una chica no le hace daño leer un poco. A lo que me opongo yo es a toda esa educación. Pasa lo mismo en todas partes. Todos esos jóvenes que van a la universidad y salen de allí aún verdes; ni siquiera hablan un buen inglés. En cierta ocasión oí a un tipo en la radio hablando sobre un concurso de ganado en el oeste. ¿Qué creéis que dijo? Macpherson, esto va a parecerle divertido... Dijo que se celebraba en Westhampton Pollingford.

El señor Leslie prorrumpió en una feroz risotada.

Macpherson soltó una breve carcajada y se quedó meditando sobre la enormidad de semejante declaración.

—¿Dónde se celebraba en realidad? —quiso saber Mary.

—Supongo que pretendía decir Wumpton Pifford —intervino Agnes—. Qué curioso. Fue ahí donde ganó un premio *Rushwater Rinaldo*. Supongo que el chico no sabía muy bien de qué hablaba, pobrecito. Hoy había mermelada de albaricoque a la hora del té, y la querida Clarissa la ha llamado «de alcornoque».

—Conque de alcornoque, ¿eh? —dijo el señor Leslie, volviendo a participar en la conversación tras sus carcajadas—. ¿Qué ha querido decir la niña? ¿No puede pronunciar aún albaricoque?

—No, padre —repuso Agnes, a quien no desagradaba aquella nueva oportunidad de alabar a su talentosa hija pequeña—, era mermelada de albaricoque y la querida Clarissa ha dicho que era de alcornoque.

El señor Leslie no hizo más comentarios, pero no pareció que las capacidades mentales de su nietecita le merecieran muy buena opinión.

Gudgeon se acercó a Macpherson.

—Perdone, señor, tengo al teléfono al señorito David, que llama desde Londres y querría hablar con usted, si está disponible.

—Discúlpeme, lady Emily —dijo Macpherson, levantándose.

—Mira que interrumpir así la cena de Macpherson... Debería saber que cenamos a las ocho —dijo el señor Leslie.

—Pero, Henry, ya sabes que en Londres uno parece tener una noción del tiempo muy distinta —dijo lady Emily, que tenía tremendas dificultades con un ala de pollo—. Walter, llévate el plato y córtame esta pieza en el aparador, ¿quieres? —Dirigiéndose a los presentes, continuó—: Ya sabéis que a veces uno tiene suerte con un trozo de pollo y a veces no. Hay ocasiones en que las articulaciones parecen estar donde no deben. Con el pavo es peor incluso, pero lo peor de todo es el pato. Henry, ¿te acuerdas..., gracias, Walter, así está perfecto..., de un pato que nos dieron en casa de mi padre, hace un montón de años?

—Pues la verdad es que no, querida.

—Tienes que acordarte, Henry. Fue poco después de que nos casáramos, y fuimos a pasar una temporada con mi padre y sirvieron un pato.

Siguió un silencio tan largo que todos creyeron que la historia había

llegado a su fin.

—Supongo que sí lo tomamos —repuso por fin el señor Leslie—. Era algo bastante habitual.

—No, espera... —dijo lady Emily con tono grandilocuente—. No era un pato, era un rodaballo, uno enorme, y mi madre ordenó que lo pusieran sobre la mesa y mi padre le dijo a uno de los criados: «Llévatelo y sírvelo en el aparador».

El fin de tan extraordinaria anécdota fue recibido con respetuoso silencio.

—Los rodaballos no tienen articulaciones, Emily —le recordó el señor Leslie—, pero debo decir que tu padre hizo bien en impedir que lo sirvieran en la mesa, desde luego que sí.

—No tienen articulaciones, Henry, pero espinas sí, y creo que mis dificultades con el hueso de pollo me han hecho pensar en las espinas del rodaballo.

—Qué extraordinario el modo en que una cosa te lleva a veces a pensar en otra —comentó el señor Leslie—. Bueno, Macpherson, ¿qué tenía David que decir?

—Era un mensaje de John sobre esas cabañas.

—¿John? Me ha parecido que Gudgeon decía David.

—Y así ha sido, señor Leslie. David llamaba para decir que no podría escaparse este fin de semana como esperaba, de modo que me ha transmitido el mensaje que el señor John le había pedido que trajera. Se lo daré después de cenar. Le envía todo su cariño, lady Emily, y me manda decirle que lamenta muchísimo no poder estar con usted este fin de semana.

—Qué pena —intervino Agnes—. Quería que viera a Emmy en su poni, está tan mona...

—Bueno, será una lástima no tener a David para que nos lea —dijo lady Emily mientras se echaba azúcar en el entrante—. Martin hizo mal en reírse tanto cuando David nos recitaba a Milton de esa forma tan bonita. En fin, da igual, pues estaremos muy ocupados preparándonos para el concierto en el frontón y la cena. Mary, ¿pudiste conseguir todo lo que te encargamos de Woolworth?

—Sí, tía Emily.

—Mamá —intervino Agnes, que llevaba un ratito intentando con delicadeza atraer la atención de la dama—, lo que te has puesto en el suflé de queso era azúcar.

—Pensaba que era pimienta. No hay forma de que Conque me traiga las gafas adecuadas. Walter, acércame un plato limpio y me limitaré a rascar las partes en las que ha caído azúcar y pasarlas al plato, si me lo sostienes. Eso es, así está mejor. Ahora ya puedes llevártelo. Mi padre solía echarse oporto en el queso.

—Muy sensato, hacer eso —comentó el señor Leslie—. Lord Pomfret era un hombre sensato.

—Pero no azúcar, mamá —repuso Agnes con firmeza—. El abuelo nunca se ponía azúcar en el queso.

—Por supuesto que no se ponía azúcar en el queso —terció el señor Leslie un poco acalorado—. Un hombre sería un estúpido si hiciera eso. No sabes de qué estás hablando, Agnes.

Su hija, que había dado muestras de insólita vivacidad cuando lidiaba con la conducta de su madre con el entrante, había recaído en su alegre indiferencia habitual y se limitó a dedicarle una sonrisa encantadora y distraída.

8. David repara el daño causado

El fin de semana se convirtió en un frenesí de preparativos. Desde hacía muchos años, los aparceros de la finca solían celebrar un concierto en el frontón, seguido de una cena y de regalos para los niños. Todo el asunto lo organizaban Macpherson y varias de las mujeres de los aparceros, y puesto que el *modus operandi*, y de hecho el programa, casi no variaban de año en año, lady Emily no tenía motivos para preocuparse. Pero su don para estorbar y entrometerse era demasiado grande para resistirse. Cada año hacía su aparición sin ser invitada cuando el comité se reunía en el despacho del señor Macpherson.

—Aquí estoy, he venido a importunarlos a todos —decía con una sonrisa encantadora mientras se desembarazaba de sus fulares y ocupaba la silla de la que el señor Macpherson, el presidente, acababa de levantarse.

Tras haberse interesado por la salud de todos los maridos e hijos, con variaciones sobre el tema de su propia familia, preguntaba qué habían estado organizando, admiraba los planes, sugería alteraciones imposibles, o algo por completo distinto, y tras haber llevado la voz cantante durante casi una hora, volvía a marcharse. El comité, con gran astucia, había optado por convocar una cacareada reunión que bautizaron en secreto como «el comité de milady» y en la que accedían a cuanto ella proponía sin la menor intención de tomárselo en serio. Celebraban otras reuniones menos divulgadas, y así se llevaba a cabo la tarea.

Ese año, lady Emily había querido que Mary cantara. Mary quedó aterrada ante la idea y se lo confesó al señor Macpherson.

—Muy propio de milady —observó él con deslealtad—. Si toda la gracia del asunto reside precisamente en que el entretenimiento corre a cargo de los propios aparceros y algunos lugareños como el jefe de

correos y el de la estación. Lo cierto es que me encantaría oír la cantar una bonita canción escocesa, señorita Mary, pero su sitio está en el salón, no en el frontón. Haré que milady entre en razón.

Al hacer aquella declaración, Macpherson dio muestras de una impetuosidad ajena a su carácter. Pero ya fuera que en efecto hizo entrar en razón a lady Emily (algo que nadie había logrado jamás) o que le habló con autoridad, como hacía a veces, el caso es que no se habló más de que Mary participase en el asunto. En cualquier caso, ella sabía que no podría haber cantado, puesto que sus peores temores se habían hecho realidad. Era evidente que su despreciable conducta había molestado a David, aunque en su momento hubiera sido demasiado educado para hacérselo saber. Le había dicho que acudiría a Rushwater, pero antes que pasar un fin de semana en compañía de una chica tan ligera de cascos y maleducada como ella, prefería renunciar al placer de ver a sus padres. Probablemente habría sido mejor para la felicidad de todos que Mary nunca hubiera nacido, o que hubiera muerto tiempo atrás.

Pasó entonces a embarcarse en una agradable ensoñación en la que la señorita Stevenson acudía a Rushwater y la casa se incendiaba. La alcoba de la señorita Stevenson quedaba aislada por las llamas. Empapando a toda prisa una sábana con la jarra de agua, Mary se envolvía con ella la cabeza y subía por las escaleras llenas de humo. Que le resultara imposible ver algo a través de la sábana y que la hiciera tropezar a cada paso sólo eran detalles sin importancia. «¡Señorita Stevenson!», gritaba ante su puerta. No había respuesta. Mary irrumpía entonces en la habitación, y sólo le llevaba un momento despertar a la chica dormida, empapar una sábana con la jarra de agua, rodearle con ella la cabeza y sacarla a rastras para ponerla a salvo. Pero de la escalera llegaba un chisporroteo que no presagiaba nada bueno, y una luz espeluznante lo invadía todo. Mary corría hasta la ventana y veía a David abajo en la terraza. En un instante quitaba las sábanas de la cama, las rasgaba en tiras, las anudaba entre sí y las ataba al pilar de la cama. «Usted pesa más —le decía a la señorita Stevenson (era su momento de venganza)—, baje primero.» A toda prisa, la señorita Stevenson, envuelta en la sábana,

se deslizaba por la cuerda hasta caer en los brazos de David. Apenas había llegado al suelo cuando Mary, arrojando a un lado la sábana, se disponía a seguirla. Pero, sin prestar atención a su propia seguridad (pues ¿no había visto acaso a la señorita Stevenson en los brazos de David?), no reparaba en que las llamas lamían ya el pilar de la cama. La frágil escala a la que se aferraba acababa cediendo. Mary caía. Se rompía la espalda, pero no sentía dolor. David la rodeaba con sus brazos. «Esto me pasa por creerme bombero, que acabo hecha cisco», decía ella con amarga alegría. Todos se maravillaban ante su valentía. «¿Está a salvo la señorita Stevenson?», murmuraba entonces, luchando contra el dolor..., no, no debía haber dolor alguno..., contra la oscuridad que amenazaba con envolverla. «No lo sé y no me importa —contestaba David—. Ha bajado algo envuelto en una sábana mojada. Pero ay, Mary, Mary..., siempre ha sido a ti a quien yo he deseado.»

Durante el fin de semana, sus pensamientos regresarían a intervalos a tan fascinante imagen, con gran satisfacción y detalles cada vez más elaborados.

Agnes, haciendo gala de grandes dosis de diplomacia, convenció a su madre de que los regalos para los niños no eran suficientes, de modo que lady Emily empleó los días previos al concierto en pintar una serie de cajitas de cartón, que Agnes había tenido la previsión de encargarle a Mary en la ciudad, y llenarlas de caramelos. Llovió todo el domingo y todo el lunes, lo cual contribuyó a mantener a milady recluida en casa. El martes volvió a amanecer lloviendo a mares, de modo que sus actividades tuvieron que restringirse a mandar mensajes contradictorios que nadie transmitía.

La cena sería a las siete, el concierto duraría de ocho a diez, y de diez a once se serviría un refrigerio. A las ocho menos cinco, una procesión con paraguas, impermeables y chanclos partió hacia el frontón, al que sólo podía accederse a pie. Lady Emily, ataviada de regio púrpura y luciendo amatistas, con encaje negro en la cabeza, recorrió renqueando con ayuda del bastón y de su marido los cien metros de jardín chorreante, de un humor excelente. Conque la seguía con cojines y chales. Una vez en el frontón, la dama tomó asiento en el pequeño vestíbulo para que Conque le quitara los chanclos y la

liberara de unas cuantas capas de ropa.

—Vamos, Emily —la apremió el señor Leslie—, están esperando para empezar.

Su esposa se ciñó los chales y cruzaron el frontón hasta sus sitios en primera fila, seguidos por Agnes y Mary con los cojines y los chales de repuesto.

—Aquí estoy bien —dijo lady Emily, sentándose despacio—. Ahora ponme ese cojín detrás, Agnes, y ese chal sobre las rodillas, y Conque..., ¿dónde está Conque? Oh, ya me acuerdo, le he dicho que podía subir a la grada en cuanto me hubiera quitado los chanclos. Mary, ve en busca de Conque y pregúntale si me ha traído mi escabel. Ah, señor Banister, buenas noches. Espera un momento, Mary, que se lo pregunto al señor Banister. Señor Banister, no habrá traído una banqueta.

—Pues no, lady Emily, me temo que no.

—Qué pena. Tiene tantas en la iglesia, de hecho siempre estoy tropezándome con ellas, y se me ha ocurrido que podía llevar una encima. Entonces, Mary, por favor, ve en busca de Conque.

Pero antes de que Mary pudiera alejarse, apareció Macpherson con un pequeño escabel.

—Dudaba si milady se habría traído el suyo —dijo con tono paciente—, de manera que he cogido uno de mi despacho. Señorita Mary, venga conmigo un momento; necesito hablar con usted.

Mary lo siguió preguntándose como una tonta si David habría muerto de repente y Macpherson habría recibido el mensaje de comunicárselo a la familia. Pero cuando imaginaba una velada heroica sin hacerles saber lo ocurrido a los demás, para no estropear el placer de sus aparceros, lo que el señor Macpherson le decía con tono impaciente la hizo volver a la realidad. Inesperadamente, la maestra de escuela que debía acompañar al piano había tenido que quedarse en cama aquejada de fiebre. ¿Salvaría Mary la situación ocupando su lugar? Sabedora de que no se esperaría nada muy difícil de ella, dijo que sí de inmediato, para el visible alivio del señor Macpherson. Él la condujo tras el telón de paño verde hasta un pequeño espacio a un lado del estrado donde se hallaban reunidos los intérpretes. Todos se

mostraron muy amables y serviciales, en particular el jefe de correos.

—Ya verá que esto no es como un concierto londinense, señorita Preston —la tranquilizó.

Mary dijo que estaba segura de que no lo sería.

Se abrió el telón y apareció Macpherson, que anunció que la señorita Preston se había ofrecido amablemente voluntaria para sustituir a la señorita Stone, que había sufrido un ataque de la vieja enemiga, la gripe. Siguieron fuertes aplausos, que se redoblaron cuando Mary subió al escenario. Mientras esperaba ante el pequeño piano vertical a que el público se calmara, vio cómo lady Emily insistía en extender la mitad de su chal sobre las reacias rodillas del señor Banister, y cómo Agnes recogía el bolso y el bastón de su madre. En la primera fila de la grada, pudo ver a la mayoría del servicio, incluida Ivy, a quien Tata, muy altanera, había concedido permiso para asistir, indicando que, puesto que quienes asistían a la iglesia tenían pocas posibilidades de salvarse en el otro mundo, bien podían divertirse en este un poco, si a aquello se lo podía llamar diversión. No vio a Gudgeon por ninguna parte, pero al mirar el programa, que estaba sujeto al piano, advirtió que en la segunda parte figuraba:

UNA CANCIÓN (por petición especial): SEÑOR GUDGEON.

Dio comienzo la representación. Mary no tuvo dificultad alguna para leer las partituras que le habían proporcionado, pero sí tuvo que hacer gala de altas dosis de ingenio para seguir a los solistas. Según descubrió, todos los intérpretes consideraban cualquier pasaje de piano solo, ya fuera introducción, *intermezzo* entre versos y frases o melodía de clausura, relleno innecesario que el compositor había introducido para mermar sus posibilidades. Adoptando dicha actitud, la mayoría se embarcaban de inmediato en sus piezas, a veces sin esperar siquiera a que les dieran el tono, tanto era su afán de destacar. El público lo disfrutaba todo. El calor se volvió sofocante. Un frontón no suele ser en su mejor momento un lugar bien ventilado, pero abarrotado como estaba de gente con zapatos mojados y abrigos parecía un invernadero en el que las plantas favoritas fueran la lana y el caucho húmedos.

En el intermedio, Mary se unió a los suyos, que le transmitieron su enérgica admiración.

—Ha estado espléndida, señorita Mary —dijo el señor Macpherson—. Aunque tenemos otra mala noticia. Al joven que debería hacer el número cómico, el último del programa, le acaban de sacar una muela, y estaba tan desesperado de dolor que le he aconsejado que se fuera a casa. Es una lástima, pues siempre va bien acabar con una nota cómica. Podría cantarnos usted algo, ¿no, señorita Mary?

—Ay, lo siento muchísimo, pero no voy a poder. Tocar no me importa, porque nadie me escucha, pero no soportaría estar sobre el escenario. Ay, por favor, no me obligue a ello.

—Bueno, pues habrá que ver qué podemos hacer. Quizá cante algo yo mismo. Ya es hora de continuar, señorita Mary.

El concierto prosiguió, interminable. Los cantantes no tenían un segundo ejemplar de sus partituras, y si no se las sabían de memoria, miraban por encima del hombro de Mary y le cantaban en la oreja. El jefe de correos recitó una pieza cómica en un escocés afectado que provocó carcajadas de entusiasmo. Luego fue el turno de Gudgeon con su canción. Aparecía tan impertérrito en el escenario como ante la mesa del comedor.

—Me sé bien tanto la música como la letra de mi pieza, señorita —le dijo a Mary en un cómplice aparte—, de modo que le dejaré la partitura. Sea tan amable de seguirme y todo irá bien. Yo mismo me acercaré al piano a pasarle las páginas.

Gudgeon ocupó entonces su lugar en el escenario. Mientras agradecía los aplausos con los que era recibido, Mary tuvo ocasión de echar un vistazo a su canción. Era una reliquia victoriana titulada «El cuerpo en el saco». Narraba las aventuras de un caballero que pretendía librarse de un gato que había muerto en su establecimiento. Mientras tocaba los compases iniciales, que consistían en dos o tres acordes con la instrucción escrita de «*ad lib* hasta que entre el cantante», Mary echó un vistazo más adelante en la partitura y se quedó horrorizada. Era evidente que la canción tendría éxito entre el populacho, pero ¿qué iban a pensar tía Emily y tía Agnes? Sin embargo, no era culpa suya, de modo que se armó de valor para llegar

hasta el final. Puesto que el acompañamiento estaba escrito para la clase de pianista que adquiere su técnica mediante un manual popular titulado *Cómo improvisar en seis lecciones*, pudo dedicarle casi toda la atención a la interpretación de Gudgeon. Era magistral. Cada palabra sonaba cristalina, no sólo dejaba claro cada punto sino que lo subrayaba, y sus elegantes esperas para las risas hacían imposible que el público se perdiera una palabra. Durante el estribillo que seguía a cada estrofa, Gudgeon tenía que imitar un trombón, lo que hacía con destreza, y cada vez se le unían más oyentes. Fiel a su palabra, se acercaba a pasarle la página a Mary cada vez, pese a que ella le insinuó en susurros que ya se lo sabía de memoria. Dos estrofas antes del final, Gudgeon hizo una pausa melodramática.

—Haga el favor de continuar con el «*ad lib*» hasta que yo vuelva a cantar, señorita —le dijo a Mary.

Y entonces, adelantándose hasta el borde del escenario, se dirigió a lady Emily con voz respetuosa pero penetrante:

—He pensado que le gustaría saber, milady, que sólo quedan dos estrofas más, y que contienen lo que podríamos considerar el meollo de la pieza.

—Se lo agradezco mucho, Gudgeon —contestó milady—. Ah, y Gudgeon..., ¿se acordó usted de enviar a remendar los otros zapatos del señor Leslie? Pero no los otros, ya sabe, sino los otros otros.

—Sí, milady. Walter los ha llevado esta tarde a Southbridge con la bicicleta.

—Ah, gracias, Gudgeon.

—Gracias a usted, milady. Y ahora, señorita, si es usted tan amable... —añadió volviéndose hacia Mary.

El meollo de la pieza, por utilizar la impecable fraseología de Gudgeon, narraba que el propietario del gato en el saco, tras haberlo abandonado en los portales, arrojado a los ríos y embutido en las chimeneas, para serle devuelto cada vez, regresaba presa de la desesperación, sólo para descubrir, cuando abría el saco en su casa, que se había equivocado con respecto al gato, porque allí dentro había siete cuerpecitos.

—«Y ahí me quedé yo con los cuerpos en el saco, los cuerpos en el

saco, ta-ra-rá» —entonó Gudgeon con tono triunfal.

Los miembros del público que no estaban cantando el estribillo se explicaban unos a otros que esa vez había dicho «cuerpos» y no «cuerpo», de modo que, para cuando cesaron los aplausos, apenas había un solo integrante del público que no entendiera perfectamente de qué se había estado riendo.

Las piezas que siguieron resultaron banales y trilladas en comparación. Mientras la hija del jefe de correos interpretaba un monólogo, el señor Macpherson se acercó a Mary en el pequeño espacio junto al escenario.

—La cosa marcha bien —observó—, pero desearía haber dejado a Gudgeon para el final. Habría supuesto un buen remate. Aunque dudo que su dignidad lo hubiera aguantado —añadió con una risita—. Bueno, señorita Mary, sólo queda una canción más. Siga sentada al piano y, como le decía, quizá yo interprete después una canción popular escocesa.

El monólogo y la canción siguientes llegaron a su fin. Mary se quedó cruzada de brazos en el piano, preguntándose qué clase de voz tendría el señor Macpherson, cuando el capataz se dirigió a la parte delantera del escenario.

—Damas y caballeros —dijo—, nuestra última pieza, por desgracia, se ha cancelado, porque el caballero en cuestión está en este momento en la cama con la cara dolorida. Había pensado en cantarles algo yo mismo, pero dudo que lo hubieran soportado. Ahora tengo el gran placer de anunciarles que un joven caballero de Londres nos deleitará con una canción.

Los aplausos fueron ensordecedores cuando el recién llegado subió al escenario, y, poniendo una partitura en el atril del piano, le preguntó a Mary:

—¿Puedes tocar esto?

—¡David!

—¿Por qué no?

—¡Oh, David!

—Oh, Mary —se burló él—. Oye, cariño, ¿puedes leer esta música?

—No, no, imposible —repuso ella levantándose.

Probablemente tenía razón y no podía. No todo el mundo domina la técnica para interpretar los últimos éxitos del jazz. Y aunque la hubiera dominado, cómo iba a tocar una canción con dedos temblorosos y la sensación de estar bizqueando debido a la violencia y la brusquedad de sus emociones.

—No, supongo que no puedes tocarla —admitió David—. Me ha llegado por correo de América esta misma mañana. Apenas sé si puedo tocarla yo. De todas formas, lo intentaremos. Búscate otra silla y pásame las páginas.

Mary fue obedientemente en busca de un taburete detrás del escenario, donde se habían dejado amontonados los asientos del trío Cheerio (una espantosa combinación de clarinete, violín y violoncelo tocado por una mujer, durante cuya interpretación Mary apenas había sido capaz de seguir la lentitud, si puede acuñarse semejante expresión para decir lo contrario de seguir el ritmo). David movió el piano más hacia el centro del escenario, hizo girar la silla y se lanzó a un despliegue de fuegos de artificio digitales mientras cantaba con una voz que partía el corazón. Mary tuvo el placer de inclinarse dos o tres veces sobre él para pasar la página.

Nada podría haber complacido más al público que la inesperada aparición del señorito David y su dulce voz. La gente chilló, pateó el suelo, soltó silbidos y gritos pidiendo un bis.

—Ya está, ni una nota más —declaró David, y le sopló besos a todo el mundo.

El señor Macpherson, que tenía controlado el tiempo, hizo que corrieran el telón, y el público empezó a salir.

—Ha sido una canción estupenda, David —le dijo el capataz—. Qué buen chico has sido al venir. Pero ¿por qué no nos lo has hecho saber?

Sin esperar respuesta, Macpherson volvió al pabellón para supervisar la colocación de las mesas de caballetes y que se desarrollaran los paquetes de sándwiches, pasteles y cervezas, mientras la señora Siddon se ocupaba de las grandes jarras de té.

La familia Leslie y Mary volvieron andando a la casa. Había dejado de llover. David le ofreció el brazo a su madre, mientras que Agnes, Mary y el señor Leslie caminaban detrás. El señor Leslie se deshizo en

elogios sobre la amabilidad y el talento de Mary.

—Has tocado como un *Paderuski*. Has sido la estrella de la velada. Buena chica.

—Muchísimas gracias, señor Leslie, pero en realidad la estrella ha sido Gudgeon.

—Oh, Gudgeon, con «El cuerpo en el saco». Debería haberte avisado: canta esa canción todos los años. Confío en que no te haya dejado un poco impresionada, ¿eh?

En el comedor había sopa caliente y una cena informal. Mary, que entró la última, advirtió que el único sitio libre estaba entre David y su padre. Delante del plato había algo grande envuelto en papel de seda y con una cinta con un gran lazo.

—¿Qué es? —quiso saber cuando se sentaba—. No será un regalo para mí, ¿no?

—Ábrelo —dijo David.

Mary tiró de la cinta y desenvolvió el papel. Dentro había una gran cesta de fresas diminutas.

—¡Oh, David! Son fresas silvestres.

—¿Estás contenta?

—¡Oh, David! Me parecen divinas.

—Son para compensar mi olvido del otro día.

—Ay, David, ¿de verdad te has acordado?

—Claro que sí —respondió él, creyendo sinceramente lo que decía en ese momento—. Menudo animal fui el otro día al olvidar mi promesa.

Desde luego mereció la pena ver a Mary tan contenta y bonita mientras compartía sus fresas. David había almorzado ese día con Joan Stevenson en el mismo restaurante, y el dueño le había recordado que aún había fresas silvestres. Eso le hizo acordarse a su vez de la sugerencia de John, de modo que, sin pensarlo dos veces, encargó que le mandaran una cesta a su casa y decidió llevársela consigo a Rushworth. Cuando llegó, todos estaban en el concierto, de manera que le dijo al segundo lacayo, que estaba temporalmente al mando, que dejara la cesta en la mesa del comedor; luego se dirigió al frontón y, como ya hemos visto, hizo su aparición en el momento preciso.

—Perdona que no me haya cambiado, madre —dijo—. He conducido hasta aquí y estoy muerto de hambre, venía sin cenar. ¿Me he perdido muchas cosas buenas del concierto?

«David tiene hambre porque ha venido sin cenar para traerme las fresas», se dijo Mary, y pensar eso hizo que el corazón se le encogiera, pero de puro placer.

—Gudgeon estaba en muy buena forma —explicó el señor Leslie—. «El cuerpo en el saco», como de costumbre. Buena canción, sí, señor.

—A mí me parece muy triste lo de todos esos gatitos —dijo Agnes con tono lastimero—. Debería haberse dado cuenta de que no era un gato macho. Quiero decir que con muchos días de antelación ya se ve si el pobre animalito va a tener gatitos. La querida Clarissa tendrá un gatito este invierno para ella sola. Será tan bonito...

—Mi querida Agnes, no hay nadie como tú en el mundo entero —comentó David con admiración.

—Bueno, sin duda todos tendréis muchas ganas de ir a la cama —concluyó lady Emily, que se las había apañado para meter la punta de un fular de *chiffon* morado en la sopa y lo estaba lavando en una copa de vino—. La canción de Gudgeon ha sido una delicia y la tuya también, David. Tienes que cantárnosla mañana por la noche.

—Lo siento, madre, pero no voy a estar aquí. Me marcho otra vez pitando mañana al amanecer. Sólo he venido a divertirme un poco.

—Ah, muy bien, querido. Agnes, pásame mi bastón. Este tiempo tan húmedo no ayuda en nada a mi estúpida rodilla. Apaga las velas, David. La mayoría del servicio está en el frontón, y les he dicho a los demás que se podían ir a acostar.

Escortada por su marido y su hija, la dama salió renqueando de la habitación. Mary y David apagaron las velas y fueron hacia la puerta.

—¿De verdad te han gustado las fresas?

—Oh, David, me han encantado. Pero ojalá no hubieras venido hasta aquí sin cenar.

—No pasa nada —repuso David, y lo decía en serio puesto que se había zampado el equivalente a una comida abundante en un cóctel entre las seis y las seis y media.

—Me sentí muy desdichada cuando creí que te habías olvidado —

dijo Mary, incapaz de resistir la tentación de prolongar aquel agradable momento.

—Mi pobre niña, debes de creerme un sinvergüenza.

—Ay, no. Creo que eres...

—¿Qué?

—Pues no sé..., muy tú, David, supongo.

Si David la rodeaba a una con el brazo en la semipenumbra del umbral, si una hundía el rostro durante un instante en el cuello de su camisa, eso no contaba como un beso. Por supuesto que no, se dijo Mary con indignación mientras se desvestía. Lo de besarse es horrible, pensó al acordarse de las estrellas de las películas, con los labios pegados sin pasión alguna. Pero estar muy cerca de una persona durante unos instantes y notar su mejilla contra tu cabello es distinto, muy distinto. De hecho, no me importaría que se enteraran los demás, se dijo con arrogancia y faltando a la verdad.

A su debido tiempo, lady Emily cumplió la promesa que creía haber hecho e invitó a almorzar a la pelmaza de lady Norton, la amiga del señor Holt. Lady Norton era en efecto todo lo aburrida que humanamente se podía ser, pero le gustaban muchísimo las flores. Lady Emily y ella pasaron parte de la tarde en el jardín intercambiando nombres de flores y promesas de bulbos y semillas. El señor Banister, que llegó para el té, fue admitido como colega jardinero gracias a unas semillas que había traído en cierta ocasión de Tierra Santa. Temía que lady Norton le hiciera más preguntas sobre ellas si surgía el tema, pues éstas no habían germinado, ya fuera porque las había perdido o porque las había plantado cuando no correspondía, nunca recordaba qué había sido. Pero lady Norton estaba tan deseosa de contar que lord Norton y ella habían tenido antaño la intención de visitar Jerusalén por Pascua, y que no había podido hacerlo por culpa de unas elecciones generales, que el tema de las semillas quedó olvidado, para gran alivio del señor Banister.

—¿Puedo quedarme y charlar un ratito con usted, lady Emily? — quiso saber el pastor cuando lady Norton se hubo marchado llevándose consigo su depresivo talante.

—Claro, señor Banister, cómo no. Mary, ¿he prometido ir a visitar

algún día la heredad de los Norton?

—Sí, tía Emily; de hecho, le has pedido que te permitiera visitarla porque querías ver sus amapolas.

—¿En serio? Bueno, supongo que sí lo he hecho. Agnes, ¿qué debe hacer una cuando la gente es así de aburrida? Aunque realmente entiende mucho de jardines y va a darme algunas semillas.

—Eso sería estupendo, mamá, sólo que ya sabes que Brown se ofenderá; es muy susceptible.

—El concierto fue un gran éxito —comentó el señor Banister—. Y creo que todos debemos estarle muy agradecidos a la señorita Preston. Y que David apareciera de esa manera fue una gran suerte. Nos dejó a todos con buen ánimo. Y a mí me dio una buena noticia que es posible que él ya les haya mencionado.

—Pues no, me parece que no —repuso Agnes—. ¿De qué se trata?

—Desde luego es un muchacho de buen corazón —continuó el pastor—. Resulta que le mencioné..., usted lo recordará, señorita Preston, porque estaba presente en ese momento, cuando yo reparaba mi bicicleta en el jardín delantero..., pues le dije que mis inquilinos se alegrarían de tener un huésped de pago apropiado que quisiera aprender francés. Como Martin no se quedará a dormir en la rectoría, tendrán una habitación de sobra.

—¿Cómo van a tenerla? —inquirió lady Emily con enorme interés—. En la casa sólo hay cinco dormitorios, y ellos son cinco, tengo entendido. ¿Tendrá usted suficientes camas? Siempre puedo prestarle una, y tenemos la cuna de Clarissa, que el año pasado se le quedó pequeña y está en perfecto estado, salvo por las polillas, que se comieron las mantas. Pero, al fin y al cabo, una manta grande doblada también puede servir. Agnes, recuérdame que hable con Siddon sobre el asunto.

—Me temo que no va a serles de mucha utilidad una cuna, lady Emily. El hijo pequeño tiene dieciséis años.

—No, ya veo. Aun así no acabo de ver cómo van a apañárselas con los dormitorios. Monsieur y madame Boule pueden disponer de su habitación, por supuesto, si se pone otra cama en ella, y luego está el vestidor para él y los otros tres dormitorios para los jóvenes.

—La verdad es que no lo sé, lady Emily.

—Bueno, puedo preguntárselo a madame Boulle cuando vaya a visitarla. Y desde luego iré a verla en cuanto se haya instalado.

—Mamá —intervino Agnes—, ¿no quieres saber cuál es esa buena noticia que tiene el señor Banister?

—Claro que sí, Agnes, pero primero teníamos que solucionar la cuestión de las camas. ¿Cuál es esa noticia, señor Banister?

—David me dice que ha encontrado un huésped para ellos, una amistad suya que quiere pasar dos semanas aprendiendo francés.

—Qué maravilla —comentó lady Emily—. Tengo que pedirles a los Boulle que traigan aquí a ese chico a jugar al tenis.

—Es una jovencita, lady Emily, una tal señorita Stevenson. Según me ha dicho David, trabaja en la radio en Londres.

—Entonces quizá sabrá algunos buenos cuentos para cuando los niños se vayan a dormir —dijo Agnes.

—No sé si trabaja en el programa infantil —repuso el pastor—. Por lo que me contó David, diría que está en el equipo ejecutivo. Parece una joven muy brillante. Se graduó en Economía y fue secretaria del profesor Gilbert antes de aceptar este empleo de ahora.

—¿Cuándo va a venir? —preguntó Mary, temiendo que repararan en su silencio.

—Déjeme ver, me lo dijo... Sí, la segunda quincena de agosto.

—Entonces estará aquí para el baile de Martin —intervino lady Emily—. Tengo que invitarlos a todos para que asistan. No será un gran baile, pastor. Sólo con los vecinos, unas sesenta o setenta personas, diría yo, y con la banda de Southbridge. John y David estarán aquí, por supuesto.

—Adiós, señor Banister —dijo Mary—. Voy a ver cómo meten a Clarissa en la cama. Confío en que pase unas vacaciones estupendas.

Corrió escaleras arriba hacia el cuarto de los niños, decidida a no pensar en David ni un solo minuto. Ni en el odioso David ni en la horrible señorita Stevenson. Iba a colarse en Rushwater por la puerta de atrás. Probablemente ya hablaba un francés perfecto, como era de suponer en una persona tan brillante como ella. Consciente de que la invitación de David para pasar un fin de semana allí era un poco

imprecisa, había encontrado esa forma tan astuta de entrar a hurtadillas.

Clarissa estaba a punto de bañarse, y Tata tuvo la gentileza de cederle a Mary el delantal de franela y dejar que enjabonara el cuerpecito divino y resbaladizo de la niña.

Y por supuesto David deseaba que estuviese allí, o no le habría contado lo de que los Boule querían un huésped de pago. No le parecía que su señorita Stevenson fuera lo bastante buena para invitarla a la casa de su madre, de modo que iba a tenerla instalada en la rectoría. La palabra «instalada» le proporcionó a Mary un placer considerable, pues despedía un tufillo a relaciones ilícitas y a *petits soupers*.

Ayudó a Clarissa a salir de la bañera y se la sentó en el regazo para secarla.

Odioso David. ¿Cómo se atrevía a creer que a ella no le importaría que la rodeara con el brazo? No le había gustado, por supuesto, pero en estos tiempos ya nadie armaba revuelo por una cosa así. Quizá había pensado que ella había apoyado la cabeza en su hombro porque se sentía atraída por él. Dios santo, ¿no sabía acaso que un gesto como ése no significaba nada, absolutamente nada? Al llegar aquí se rió tan fuerte para mostrar su desprecio ante semejante idea que Clarissa se echó a reír también.

—¡Angelito! —exclamó Mary mientras le abrochaba la bata y le ponía las zapatillas en los pies—. Tú no andas hablando mal de la gente a sus espaldas ni eres una cerda egoísta y odiosa, ¿verdad?

Con enorme satisfacción, le dio un beso a Clarissa en la nuca y la levantó para sentarla en la trona. Cuando Tata volvió, se encontró a la señorita Mary entonando «Este cerdito fue al mercado» mientras la cría se comía las galletas.

—Toma, pequeñita, qué amable es tu tía Mary al bañarte, ¿verdad?

Clarissa cogió el tazón de leche con ambas manos y se lo llevó a la boca. Tras un largo y satisfactorio trago, lo dejó en el borde de la mesa, y el tazón cayó al suelo.

—Ay, pequeñita, eres una niña muy mala. Ésta es la segunda vez que hace eso, señorita. Sólo quiere llamar la atención. Ivy, ven a

limpiar esta leche del suelo y vacía la bañera, y luego ya puedes ir a buscar a James y Emmy a la habitación de la señora Siddon. Han tomado la merienda allí, señorita.

Mary enjugó la leche de la boca de Clarissa con el babero y volvió a ponérsela en el regazo. En momentos como ése, cuando el mundo se hacía pedazos en torno a una y comprendías que todo era una farsa hueca, y David especialmente, tener a la regordeta y muda Clarissa en las rodillas suponía un gran consuelo.

—¿Se ha enterado de nuestro desastre con el canario, señorita? —preguntó Tata.

—No, Tata, ¿qué ha pasado?

—Bueno, señorita, recordará que íbamos a conseguirle una hembra. Pues resultó que hubo una equivocación y era otro machito. Y nuestro *Dicky* la emprendió con él y se puso a darle picotazos tan tremendos que tuvimos que ponerlo en otra jaula. Y esta mañana nuestro pobre machito recién llegado yacía muerto en el suelo de la suya.

—Ay, Tata, qué triste.

—Pues sí que lo ha sido, señorita. Ivy lloraba tanto que apenas ha podido fregar los platos del desayuno, y lleva todo el día muy afectada —explicó Tata; era evidente que Ivy, mediante aquel apropiado despliegue de emoción, había vuelto a ganar puntos a sus ojos—. Pero me enseñaron desde pequeña que todas las cosas son para bien si las miras desde la perspectiva adecuada, y James le ha hecho un funeral precioso al pobre machito, ¿verdad que sí, Ivy?

—Se veía tan mono en su ataúd, señorita —dijo Ivy, echándose a llorar otra vez—. El señorito James ha usado la caja en la que venían sus zapatos nuevos y la ha forrado con musgo, que siempre es tan bonito, y cualquiera habría dicho que el pobre pajarito sólo estaba dormido, tan en paz se lo veía. Ha sido precioso, señorita.

—Ya es suficiente, Ivy —dijo Tata, mostrándose brusca de nuevo—. Ahora, nenita, dale las buenas noches a la tía Mary.

Clarissa tuvo un súbito ataque de timidez, de modo que Mary le llenó de besos la suave piel de la nuca y se fue. Sí, se dijo mientras se vestía para la cena: la vida era así. Los canarios se mataban a picotazos

y a David le gustaba una chica como la señorita Stevenson. Si hubiera sabido lo que iba a hacer él, lo que había hecho ya, habría arrojado las fresas al suelo y las habría pisoteado, de no haber sido por el estropicio.

9. Lady Emily va de visita

A finales de julio, Martin volvió a casa por vacaciones. Durante el trimestre de verano había crecido en todas direcciones y estaba guapísimo. Puesto que los Boulle llegarían a la rectoría el primero de agosto, no había tiempo que perder, y Martin se consagró con energía a la tarea de reunir a los once integrantes del equipo del pueblo y organizar el partido de críquet que se disputaría el día de su decimoséptimo aniversario entre los aparceros y los empleados de la finca, encabezados por David, Martin y John. En el descanso se ofrecería un té en el frontón. Cada vez que aquellos preparativos hacían que los Leslie sintieran una punzada al recordar la mayoría de edad de su primogénito, alejaban con firmeza semejante idea de su mente.

Agnes, que iba a encargarse un nuevo vestido de fiesta para ella, quería conseguirle uno a Mary, pero el señor Leslie, al enterarse, insistió en regalárselo él.

—Compra lo que quieras —le dijo a Mary—. No pienses en si va a durarte o no, límitate a buscar algo que te sienta de maravilla. Tienes que hacernos sentir orgullosos. Vete a la ciudad con Agnes y ella se ocupará de que encuentres el vestido adecuado. Tiene buen gusto, nuestra Agnes.

En efecto, las prendas de Agnes, producto de la combinación de su propio gusto con un modisto inspirado y un marido rico al que le gustaba ver bien arreglada a su esposa, eran siempre perfectas. El encargo fue del agrado de Mary, que le escribió a John para sugerirle que almorzaran juntos en la ciudad. John quedó encantado y se fijó una fecha. A Mary, aunque tenía la sensación de que la vida, en lo que a ella concernía, había llegado a su fin, la perspectiva de un nuevo vestido no dejaba de resultarle atractiva. Además, quizá vería a David en Londres.

La cuestión que tenía ahora atribulada a lady Emily era si debía visitar a madame Boulle antes de que Martin asistiera a su primera clase de francés o después. Su considerable experiencia social en el pasado no parecía serle de la más mínima ayuda en ese trance. El mismísimo día en que la familia Boulle debía llegar a la rectoría seguía sin decidirse.

—Si los visito antes de que Martin vaya —comentó a la hora de comer—, es posible que crean que mi intención es comprobar si su aspecto es lo bastante bueno para Martin, pero si no voy hasta después de que haya recibido una clase allí, puede parecer una grosería. Cuando mi padre era gobernador en la India, la gente solía acudir y escribir sus nombres en el libro de visitas, pero eso, por supuesto, fue hace muchos años, y ninguno de nosotros era francés. Según el señor Banister son gente sencilla y muy agradable, pero eso no lo hace más fácil. Henry, ¿qué harías tú?

—¿Qué haría respecto a qué, Emily?

—Respecto a visitar a los Boulle.

—¿Visitar a quiénes? Oh, los inquilinos de Banister. Sí, querida mía, ve a visitarlos, claro que sí.

—Invítalos a tomar el té, mamá, y podemos bajar a los niños —sugirió Agnes.

—¿A los niños? —El señor Leslie levantó la vista del melocotón que estaba pelando—. Pensaba que sus hijos estaban crecidos, que jugaban al tenis y todo eso. Pero sí, sin duda tienes que visitarlos.

Lady Emily y su hija intercambiaron una mirada que expresaba lo difícil que era manejarse en un mundo en el que el padre metía baza en la conversación sin saber del todo de qué iba. Mary sugirió que lady Emily llevara a cabo la visita al día siguiente, se quedara sólo el tiempo justo que dictaba la cortesía y los invitara a todos a tomar el té y a jugar al tenis un día después. Tras muchas sugerencias impracticables, se optó por dicho plan, y lady Emily se declaró muy aliviada.

Y así, la tarde siguiente, acompañada por Agnes y Martin, quien se incorporó obligado y de muy mala gana a la expedición, lady Emily se presentó en la rectoría.

Madame Boulle, una mujer rechoncha de mediana edad con una

abundante cabellera entrecana, se hallaba en el salón, y recibió a sus invitados en un inglés excelente.

—Pero ¡qué amables son al visitarnos! —exclamó—. Ya estamos instalados y nos parece todo comodísimo. ¿Y éste es su nieto, el que va a estudiar con nosotros? *Bien*. ¿Cómo te llamas, caballero?

Al oírse llamar así, Martin se puso rojo como la grana y musitó:

—Leslie.

—Lógicamente, eres un Leslie —repuso madame Boulle—. Pero no vamos a llamarte Leslie, serás como un hijo para mí. —Volviéndose hacia Agnes, añadió—: Como madre que soy, le aseguro que cuidaré de su hijo como si fuera mío.

—No es hijo mío, madame Boulle, sólo es mi...

—Claro, claro. Me preguntaba cómo era posible que tuviera un hijo ya tan mayor. Es su joven primo, lógicamente.

—No, lo siento —respondió Agnes con cierta sensación de culpabilidad al echar por tierra el parentesco que había decidido madame Boulle—, sólo es mi sobrino.

—Ah, pues desisto —exclamó madame Boulle—. Es demasiado complicado. *Tu m'expliqueras tout cela plus tard, mon petit, n'est-ce pas?*

Añadió aquello dirigiéndose a Martin, que al instante odió a muerte a todo el mundo sin hacer el menor esfuerzo por ocultarlo.

—Ya me siento como si fueras mi hijo —concluyó ella—. Ahora debo presentarles al resto de nuestra familia. —Y llamó a gritos a través de la puerta abierta—: ¡Henri, Pierre, Ursule, Jean-Claude!

No hubo respuesta. Madame Boulle dijo que sin duda estaban todos en el jardín y les rogó a sus invitados que la siguieran allí.

—Ah, ¿se ha lesionado? —preguntó al ver el bastón de lady Emily.

—No exactamente, pero tengo mucha artritis. Fui a Aix en cierta ocasión, pero no parece que me hiciera mucho bien.

—Aix —repitió madame Boulle—. Todos sabemos lo que pasa en Aix: una chusma de médicos que sólo quieren aprovecharse de los ingleses, se lo digo yo. ¿Conoce Droitwich? ¿No? Pues luego le hablaré de ese sitio. Resulta que conozco al dedillo toda Inglaterra. Ah, aquí están mi marido y mis jovencitos.

Los demás miembros de la familia Boulle, sentados bajo un árbol en

el jardín, se levantaron cuando se acercaron los visitantes. El profesor Boulle era un hombre alto y atractivo, de rostro melancólico y finos modales. Si rara vez hablaba era por su convicción de que cualquier cosa que dijera sería interrumpida o ignorada. Pierre, un joven de unos veinticinco años, se parecía a su padre, aunque no era tan callado, y Ursule era rechoncha y recordaba a su madre, aunque no hablaba tanto como ella. En Jean-Claude, Martin reconoció con espanto la imagen que David había trazado la noche en que el plan se había sometido a discusión por primera vez. Era más o menos igual de alto que Martin, pero huesudo en extremo. Llevaba unos pantalones cortos caqui y un jersey, calcetines y calzado deportivo. Tenía montones de granos en la cara, y un espeso vello rubio le cubría el labio superior, las mejillas y el mentón.

—Vosotros dos vais a ser camaradas, jovencitos —declaró madame Boulle, una afirmación que su hijo recibió con cansina conformidad y Martin con expresión de enojo—. Como ves, Jean-Claude es boy scout. Y le apasiona la naturaleza.

—Yo también adoro la naturaleza, *maman* —intervino Ursule con una risita.

—Pues los tres haréis excursiones a pie —repuso madame Boulle—. Tú, Ursule, y Jean-Claude y Leslie.

—Pero no debe llamarlo Leslie —apuntó lady Emily—. Su nombre es Martin.

—Ah, Martin. *Nom bien français, par exemple*. Pero te llamaré Martine, puesto que eres un muchacho inglés.

Ursule prorrumpió en un violento ataque de risitas y le susurró algo a su madre.

—*Tais-toi*, Ursule —terció ella con irritación—. ¿No te he dicho infinidad de veces que es de muy mala educación cuchichear en público?

—Pero *maman*, si lo llamas Martine, todos van a pensar que es una chica —contestó alegremente Ursule.

—Ursule, con tu madre no se discute. Cuando estés casada y tengas una casa propia, podrás decir lo que quieras. Hasta entonces, obediencia.

—De todas formas, la observación de Ursule no deja de ser cierta — comentó el padre.

—Ah, pero Henri..., esto ya es demasiado. Mira que apoyar a Ursule en su impertinencia justo el día de nuestra llegada... —Y, volviéndose hacia lady Emily, preguntó—: ¿Se convertirá Martine en sir Leslie cuando herede, entonces?

—¿Cuando herede qué? —quiso saber lady Emily, desconcertada ante aquel cambio de tema.

—Cuando herede de su abuelo, el actual sir Leslie.

—Mi marido sólo es el señor Leslie... —empezó lady Emily.

Pero se vio interrumpida por un torrente verbal de labios de madame Boulle, firmemente convencida, tras haber consultado una guía Debrett que había encontrado en la casa del párroco, de que Martin, siendo como era bisnieto de un conde por parte de madre, lógicamente llevaría el título de barón a la muerte de su padre. Lady Emily y Agnes trataron de explicar el asunto, pero se vieron abrumadas por el despliegue de conocimientos de madame Boulle. Por lo visto, de joven había sido institutriz en familias inglesas de la más alta alcurnia, y desde su matrimonio había recibido continuamente a vástagos de la nobleza como huéspedes de pago.

—Ustedes no han abolido sus títulos nobiliarios hereditarios como lamentablemente hemos hecho nosotros, por lo tanto Martine ha de ser, si no sir Leslie, sí al menos honorable.

Martin, provocado hasta un grado casi insoportable, soltó en voz bien alta que los títulos eran un absoluto incordio. Al oír eso, Jean-Claude se transformó. Apretó los grandes puños, sus mejillas llenas de granos se tornaron coloradas y la pálida pelusa en su rostro pareció erizarse. Acercándose a Martin, lo llevó en un aparte y, con la nariz casi pegada a la suya, preguntó en voz baja y amenazadora:

—¿Qué pasa?, ¿que eres republicano?

—Dios santo, no. Aquí no tenemos una república...,ya sabes, el rey Jorge..., *roi* Jorge —explicó amablemente Martin.

La ira de Jean-Claude se evaporó tan deprisa como había aparecido.

—Eso está bien —comentó con tono sombrío, y no dijo más.

Lady Emily reunió entonces a sus acompañantes y se despidió, no

sin antes invitar a todos los Boule a tomar el té y jugar al tenis al día siguiente.

Madame Boule aceptó la invitación con un éxtasis locuaz. Explicó que hacía muchos años que no tomaba parte en un partido de tenis, pero que Pierre, Ursule y Jean-Claude jugaban todos de maravilla. En cuanto a su marido, era un artista, y nunca podía contarse con él.

—Pero creía que el señor Banister había dicho que era profesor universitario —terció lady Emily.

—Ah, por supuesto. Es profesor, pero tiene alma de artista, de poeta. Puesto que mi propia familia es antiquísima, llevando como lleva la *particule*, me siento afortunada por haberme casado con un alma artística. Pierre ha heredado eso de mi marido: él también es un artista, pero no en las artes, no, sino en otro escenario. Oh, dará mucho que hablar en el mundo.

Sin dar más explicaciones, los guió hacia la verja del jardín, seguida por Jean-Claude.

—*Eh bien*, despídete de tu camarada, Jean-Claude —dijo su madre.

Pero Martin, abrumado por el temor de que Jean-Claude fuera a besarlos, pues ésa era, según había oído decir, la costumbre de los extranjeros, salió disparado para subirse al coche, donde se quedó sentado sin decir palabra y mirando furibundo a sus parientes. Por lo visto, y para su enorme sorpresa, a ellas la familia Boule no les pareció nada del otro mundo, y se pusieron a hablar de otras cosas, de modo que Martin tuvo que guardar para sí su ira y reflexionar sobre el hecho de que, si se había metido en aquello, fuera lo que fuese, era enteramente culpa suya. En cuanto estuvieron de vuelta fue en busca de Mary, que paseaba a Emmy en el poni llevándolo de la brida. Y ante ella soltó todo el espanto de la expedición de aquella tarde.

—David tenía razón —declaró con tono sombrío—. Ese joven Claude o como quiera que se llame es el tío con más granos que he visto en mi vida, y encima está loco. Quería saber si yo era republicano, y la vieja madame quería saber si seré sir Leslie cuando se muera mi abuelo. El viejo profesor no pinta tan mal, y el chico mayor tampoco, gracias a Dios. Tengo entendido que será él quien me dé clases. Pero la chica es una gorda pelmaza que no para de soltar risitas,

que tendrá unos veinte años, supongo, pero que se cree que tiene cien. Y resulta que mañana vienen todos a jugar a tenis, Mary. ¿Qué diablos voy a hacer? Mañana por la mañana he de ir allí para mi primera clase, y por la tarde los voy a tener aquí. Ay, madre mía, qué vacaciones tan espantosas voy a pasar. Y cuando pienso que es todo culpa mía...

Presa de la desesperación, Martin se arrojó al suelo y empezó a descabezar margaritas.

—No te preocupes, Martin —dijo Mary—. Mira, aquí viene Ivy a buscar a Emmy. Haz el favor de llevarte el poni a los establos, mientras yo voy a por mis zapatillas de tenis, y practicaremos un poco para mañana.

Ivy se llevó a Emmy a la cama, y Martin, montado en el poni con ambos pies tocando sobradamente el suelo, llevó así al animal hasta los establos para la enorme diversión del mozo de cuadra. Y luego derrotó a Mary sin dejar que puntuara más de quince en ningún juego, de modo que la vida le pareció menos terrible.

Sin embargo, a la mañana siguiente partió, con el corazón encogido, hacia la rectoría. Su mayor temor era que alguien lo besara: si no Jean-Claude, madame Boulle en un arranque de instinto maternal, o incluso el profesor. Pero, para gran alivio suyo, lo recibió Pierre, que lo condujo al estudio del pastor, valoró sus conocimientos y lo puso a trabajar. Pierre era callado y no exteriorizaba sus sentimientos. Martin no tardó en sentirse cómodo en su compañía y tuvo la impresión de que las clases de francés no serían tan terribles al fin y al cabo. Lo único que lo inquietaba un poco era que, de vez en cuando, Pierre le dirigía una curiosa mirada apreciativa y tomaba aliento como si estuviera a punto de decirle algo, pero luego proseguía con la clase como si nada. Finalmente, Martin lo achacó a la extravagancia de los extranjeros y no volvió a darle importancia.

En el almuerzo, sin embargo, volvió a sentir la desconfianza de antes. Madame Boulle lo recibió con entusiasmo llamándolo «*ce cher petit Martine*». Ursule soltaba risitas y Jean-Claude parecía igual de soso que el día anterior. Cuando ya habían empezado, entró el profesor y se dirigió a su sitio.

—¿De qué es la sopa hoy? —quiso saber.

—De lentejas —contestó la madre—. Estas lentejas, Martine, son de una clase particular que me traigo de Francia. En Inglaterra no se consiguen, ni en Alemania, ni en Rusia...

—Pero estoy seguro de haberlas visto a menudo en Alemania, Madeleine —terció su marido.

—Bien al contrario, Henri, soy yo quien está segura de que estas lentejas sólo pueden conseguirse en Francia. Son carísimas, Martine. La vida es cara en todas partes. En Francia hay que gastarse una cantidad enorme de dinero en comida. La comida es más cara en Francia que en cualquier otra parte.

—En España también es muy cara —aventuró el profesor.

—Es posible.

Martin, que entendía bastante bien lo que decían, rogó para sus adentros que siguieran hablando sin parar para que él no tuviera que abrir la boca. Una cosa era hablar con Pierre en el estudio, donde había logrado expresarse más o menos en lo que le pareció un francés sencillo e idiomático, pero decir lo que fuera ante Ursule, con sus risitas tontas, o ante el abominable Jean-Claude se le hacía impensable.

Madame Boulle, una mujer concienzuda, estaba a punto de hacerle un comentario a Martin que lo obligaría a participar en la conversación cuando Jean-Claude alargó la mano sobre la mesa para coger un tarro de pepinillos y sacó varios de ellos con su tenedor. Su madre no pudo dejar pasar una oportunidad tan excelente para instruirle.

—Jean-Claude, sólo la gente muy maleducada se sirve los pepinillos con su propio tenedor. Y deberías ofrecérselos a los demás antes de cogerlos tú.

—Pero, *maman*, si los tenía delante, ¿por qué no cogerlos? Se tarda mucho más si pasan de mano en mano y me sirvo yo después. Además, ni siquiera sé si alguien quiere.

—Jean-Claude, ¿cuántas veces tengo que decirte que no discutas con tu madre? No eres más que un crío. Algún día, como no paro de decirle a Ursule, tendrás un hogar propio y entonces podrás comportarte todo lo mal que quieras. Pero mientras estés bajo mi

techo exijo obediencia.

—Este techo pertenece a monsieur Banister —respondió Jean-Claude con un susurro desafiante que por suerte su madre no oyó. Y luego volvió a poner su cara de pocos amigos.

—Martine —dijo madame Boulle volviéndose hacia su invitado—, ¿quieres un poco de mostaza?

El golpe había caído. Sonrojándose hasta las orejas, Martin musitó:

—*Merci*.

—Como eres inglés, sé que lo que quieres decir es «Sí, por favor» —respondió madame—. Todos los ingleses cometéis ese error al principio, es totalmente lógico, y sólo te lo señalo para que no lo repitas. Esta mostaza es francesa. La mostaza francesa es conocida en el mundo entero. En todas partes la consideran la mejor. Y esta clase particular de mostaza es carísima; la consigo en una tienda especial en París.

—La que tomamos la semana pasada era mejor, Madeleine —intervino el profesor.

—Oye, Henri, llevo muchos años siendo ama de casa, y te aseguro que...

—Pero Madeleine...

—No le damos buen ejemplo a Martine si discutimos sobre la comida en la mesa. Te he rogado muchas veces que no lo hagas, Henri. Bueno, Martine, no eres lo que se dice muy hablador, ¿no?

Otra crisis espantosa.

—*Non, madame* —contestó Martin con una sonrisa forzada.

Pierre habló entonces por primera vez.

—Ursule, ¿has sabido algo de René últimamente?

—Sí —contestó Ursule, sin risitas por una vez—, me escribió para decir...

—Pierre —interrumpió su madre—, ¿cuántas veces tengo que decirte que es de muy mala educación hablar en la mesa de una persona de la que los demás comensales no saben nada? Si quieres hablar de ese René puedes hacerlo después.

En ese momento, Martin, apiadándose de su amable instructor, al que reprendían sin piedad de aquella manera, olvidó su timidez y le

preguntó con voz vacilante a Pierre si le gustaba el tenis. Pese a que, para vergüenza de Martin, la familia entera dejó de hablar y de comer para escucharle, Pierre le contestó con tanta amabilidad que lo hizo envalentonarse, y se zambulló y recreó en la lengua francesa hasta el final del almuerzo. Cuando acabaron de tomar el café, acompañado de una disquisición de madame Boulle sobre la superioridad del café francés con respecto a todos los demás, y el increíble gasto que suponía en Francia el buen café, Martin pidió que lo disculparan y se dispuso a volver a casa. Pierre lo acompañó hasta la puerta. Volvió a mirarlo como si quisiera decirle algo, así que Martin esperó. Una vez más, pareció pensárselo mejor, pero le dijo en inglés, lengua que hablaba con tanta fluidez como el resto de la familia:

—Ha sido un bonito detalle por tu parte, Martin, lo de acudir en mi rescate. Eres exactamente la clase de persona que queremos.

Volvió a entrar en la casa y Martin se marchó a la suya, perplejo pero interesado. Sin embargo, cuando se cambiaba para ponerse la ropa de tenis, su temor a la familia como clan empezó a manifestarse de nuevo. Supongamos que madame reprendía a su abuelo como hacía con el profesor. Supongamos, lo que era muy probable, que Ursule no parara de soltar risitas. Supongamos que Jean-Claude acudía con pantalón corto y calcetines. Gracias a Dios que David no estaba presente para burlarse de él en aquel tormento que se había infligido a sí mismo. En un arrebato de irritación, Martin cogió un libro y cruzó el jardín hasta la iglesia, decidido a observar a sus invitados sin ser visto. La casa del párroco, una vivienda moderna para la que el señor Banister había obtenido permiso de construcción porque la antigua rectoría era demasiado grande y cara de mantener, quedaba a unos ochocientos metros de distancia en el otro extremo del pueblo. Para llegar a Rushwater House, los Boulle tenían que pasar necesariamente por delante de la iglesia. En la parte interior del muro del cementerio había un gran matorral, a cuyo abrigo Martin había impedido a menudo que las niñeras lo encontraran, o había acribillado con guisantes a sus amigos del pueblo. Se encaramó al muro y se instaló allí con un ojo en el libro y el otro en la calle del pueblo, que se veía blanca y desierta bajo el sol de primera hora de la tarde. Y no sólo sus

ojos estaban divididos, sino también sus pensamientos. Parte de su atención se centraba en Shelley, que en aquellos momentos estaba de moda entre los más intelectuales de la escuela, y parte vagaba hacia los Boulle y en particular hacia Pierre. Le hervía la sangre al pensar en cómo habían tratado a Pierre a la hora de comer. A Martin, a quien se le concedía total libertad en sus actividades y conversaciones siempre y cuando no transgrediera gravemente los límites (como en el desafortunado incidente con Milton), le parecía increíble que un hombre adulto de veinticinco años, que era casi un profesor universitario, se sometiera tan mansamente a su madre. También le costaba creer, dada su edad y nacionalidad, que una madre tuviera el descaro de hablarles a sus hijos de aquella manera. Pierre era un tipo de lo más decente. Ojalá todos los franceses fueran como él; así podría llevarse pero que muy bien con ellos. Martin volvió a preguntarse qué habría querido decir Pierre con «eres la clase de persona que queremos». Quizá se refería tan sólo a la clase de alumno, aunque dicho así resultaba un tanto extraño.

El sonido de la voz de madame Boulle en la distancia lo devolvió al presente. Guardó a Shelley en el bolsillo, se bajó del muro y se internó en el matorral hasta resultar invisible desde la calle. Para su enorme alivio, Jean-Claude iba ahora vestido como cualquier otro chico con pantalones de franela gris, camisa de lanilla blanca y abrigo de tweed, con una bufanda blanca al cuello. Probablemente su ropa de antes sólo había sido la de boy scout. Martin volvió a respirar tranquilo. Al menos no quedaría deshonrado para siempre ante el servicio. Ursule, con un vestidito de tenis de seda, se veía presentable, si bien no elegante, y el resto de la familia colaría en cualquier parte, aunque la chaqueta de alpaca del profesor Boulle dejaba un poco que desear.

—*Mais voyons*, Ursule —oyó decir a madame Boulle al pasar—, ¿cuántas veces tengo que decirte que ninguna chica bien educada come chocolatinas en su habitación? La alimentación que te doy es saludable y suficiente. Si pasas hambre, sólo tienes que decirlo. El chocolate supone un gasto innecesario. No incluyo en eso el chocolate como bebida, que es sano y fortalecedor. Todo el chocolate inglés es malo en extremo. El chocolate francés es el mejor del mundo, y he de

conseguir que me manden algo de París, aunque el precio aumenta día tras día. Henri, ¿has leído en el periódico de hoy que el precio del chocolate ya vuelve a estar en...?

En ese punto, su voz se perdió en la distancia cuando el grupo giró para entrar en los terrenos de Rushwater House. Martin saltó de un brinco la puertecilla del cementerio, y para cuando llegaron a la casa estaba allí para recibirlos.

Durante el té, el profesor Boulle cayó rendido de inmediato ante lady Emily, que lo trataba con el respeto debido a un profesor universitario con alma de poeta y artista, un respeto al que no estaba acostumbrado en su casa.

—¿Cómo es que todos hablan tan bien el inglés, profesor? —quiso saber ella.

—Mi madre era inglesa, y mi esposa, después de licenciarse, estuvo enseñando a familias inglesas durante unos años antes de nuestro matrimonio. Siempre lo hemos seguido practicando. Pero le aseguro, lady Emily, que su nieto no oirá una sola palabra de inglés mientras esté entre nosotros.

—No, estoy segura de que no lo hará. Y todos hablan un francés precioso —comentó lady Emily, al parecer muy impresionada ante semejante fenómeno.

—Es nuestra lengua materna —repuso el profesor con una sonrisa.

—Pero ha dicho que su madre era inglesa.

—Madame, es usted tan rápida que me confunde.

—¿Un poco más de té, madame Boulle? —preguntó Agnes mientras lo servía.

—Sí, gracias. Observarás, *mon petit* —le dijo madame a Martin, que se sobresaltó al oírse llamar así—, que aquí me amoldo a la costumbre inglesa según la cual «gracias» sería un término de asentimiento, no de disconformidad como en francés, como de hecho, lady Emily, le he señalado ya a su nieto en el almuerzo. Su té es delicioso. El té es el punto fuerte de la nación inglesa. Y el té inglés es el mejor del mundo, aunque excesivamente caro. Yo me procuro el mío en una tienda de Londres; es una marca especial que reservan para mí. La nación francesa nunca ha tenido talento para el té. Jean-Claude, antes de

servirte pastel deberías ofrecérselo a los demás.

—*Eh bien, en veux-tu, maman?* —terció Jean-Claude empujando el plato hacia su madre con gesto displicente.

—*Ah, par exemple* —exclamó madame Boule—. No es para mí, sino para los jóvenes, para la señorita Preston, para tu camarada Martine. Martine ha hecho ya excelentes progresos con su francés, lady Emily. Es inteligente, *ce petit* Martine. Va a hacerse un lugar en el mundo.

Lady Emily había retomado su conversación con el profesor Boule. Descubrieron que él poseía una copia autografiada de un poema de Ronsard que el padre de lady Emily, el difunto lord Pomfret, había traducido (muy mal), impreso de su bolsillo y regalado a todas las principales universidades francesas. Milady quedó muy satisfecha de haber encontrado aquel vínculo, y derrochó encanto con el profesor hasta el punto de que éste informaría más tarde a su esposa de que lady Emily era una mujer *pétrie d'esprit et de grâce*.

Agnes tenía a Pierre a su lado, y sentía lástima por él. Era evidente que su madre tenía un efecto devastador sobre aquel chico, y parecía el miembro de la familia menos capaz de resistirlo. Mientras Ursule era impertinente y Jean-Claude huraño, Pierre se mostraba invariablemente educado, pero lo afectaba mucho la impresión que su madre pudiera causar en otras personas. Agnes, incapaz de esclarecer sus propios pensamientos, no podía habérselo explicado así, pero su bondad instintiva la llevó a hablar con Pierre de lo que le pareció que al chico le interesaría de verdad.

—Estoy segura de que se le dan bien los niños. Me gustaría que viera a los míos. James tiene siete años y Emmy cinco, y mi querida Clarissa dos y medio. Son unos verdaderos tesoros. James empezará el colegio el año que viene, y voy a echarlo terriblemente de menos. Emmy tiene un poni y va a ser muy guapa.

—¿Se parece a usted entonces, señora Graham?

—Sí, en parte a mí y en parte a su padre —respondió Agnes, en quien la galantería de Pierre no causaba la menor impresión—. ¿Le gustaría conocerlos después del té?

—Me encantaría, pero ¿qué pasa con el tenis?

Agnes miró alrededor.

—Su hermano y su hermana, y Mary y Martin ya son cuatro. Le llevaré a ver a los niños y puede apuntarse más tarde.

—Yo voy al tenis con los jóvenes —anunció madame Boulle cuando todos se levantaron—. Seré el árbitro, así que juego limpio —añadió con tono burlón.

Martin y Jean-Claude intercambiaron una mirada. Aunque no se caían especialmente bien, se estaba forjando un vínculo entre ellos motivado por el desagrado que les producían las formas autoritarias de madame Boulle. Sin embargo, en la cancha de tenis no podía hacer ningún daño, y no era necesario que hicieran caso de lo que dijera, de modo que todos se encaminaron hacia allí dejando a lady Emily y el profesor enfrascados en una conversación sobre libros.

Agnes llevó a Pierre al huerto, donde los niños volvían a estar empeñados en pescar pececitos en el estanque. Pierre tuvo un éxito inmediato con los tres niños. Se quitó el abrigo, para quedarse con la camisa de manga corta de tenis, y hundió los brazos en el agua, fingiendo que atrapaba a los peces que nadaban debajo, ajenos a todo y fuera de su alcance. Agnes los observaba con actitud benévola desde la otra orilla, con Clarissa en el regazo y sin pensar en nada en absoluto.

Era inevitable que uno de los niños cayera al estanque tarde o temprano. Emmy se inclinó demasiado sobre el agua, soltó un chillido y cayó dentro. Durante un instante, Pierre pensó en sus pantalones de franela blanca, pero entonces vio el precioso rostro de Agnes, lívido de terror, mientras aferraba a Clarissa contra su pecho con la vaga idea de protegerla del peligro. Pierre se metió en el estanque, que tenía poco más de medio metro de profundidad, sacó a Emmy, que todavía chillaba, y la dejó en tierra. Alertadas por los gritos, Tata e Ivy acudieron de inmediato.

—¡Emmy, eres una niña muy mala! —exclamó Tata sacudiéndola—. Ivy, corre en busca de la manta del cochecito y envuélvela en ella, me la llevaré dentro. Esto es lo que te pasa por asomarte demasiado, Emmy, y ahora este pobre caballero francés está todo mojado. Eres una niña muy pero que muy mala.

Ivy llegó corriendo con la manta y Tata se llevó a Emmy dando alaridos a tomar un baño caliente y a la cama.

—Oh, monsieur Boulle —dijo Agnes todavía aferrando a Clarissa como Níobe al último de sus hijos—, está mojado.

Pierre, mientras estrujaba las perneras de los pantalones para escurrir el agua, deseó yacer ahogado a los pies de la señora Graham si así ella le dirigía a su cadáver otra mirada como aquélla, si le decía aquellas palabras exquisitas. El pobre joven se quedó ahí plantado, empapado y adorándola, sin saber qué hacer.

—Ivy, llévate al señor Boulle directo a casa por la parte de atrás y dile a Walter que le busque prendas secas, del señorito David o del señorito Martin, y luego vuelve y llévate a los niños mientras yo voy a ver a Emmy. Querida Clarissa, nos quedaremos con James hasta que Ivy vuelva, ¿a que sí?

Pierre toleró que lo guiaran al interior de la casa, lo entregaran a Walter y lo llevaran a la habitación de Martin, donde se puso unos pantalones blancos que le quedaban bastante bien. Walter, que le esperaba para enseñarle el camino hasta la cancha de tenis, se preguntó qué retendría tanto rato al caballero francés. De haber echado un vistazo al interior de la habitación, habría seguido sin saberlo. Pierre, apoyado contra el pie de la cama, con una pierna en los pantalones de Martin, estaba pensando en la señora Graham. Su bondad, su belleza y haberla visto pálida y despeinada (esto último, por supuesto, era una licencia poética, pues en Agnes era imposible una falta de compostura semejante), con *cet amour d'enfant* aferrada contra su pecho, habían vencido por completo a aquel joven romántico. El alma de artista a la que había aludido su madre se expandió en su interior. Menudo retrato podría hacerse de aquella mujer.

Recuperando el equilibrio que su paroxismo artístico casi le había hecho perder, acabó de ponerse los pantalones de Martin mientras meditaba sobre un poema a la diosa. Pero no había llegado más allá de

Ô toi qui...

cuando Walter llamó a la puerta para preguntarle si necesitaba alguna ayuda.

Cuando llegó a la cancha de tenis, se encontró con que los demás

acababan de jugar un set. Martin y Ursule habían derrotado a Mary y Jean-Claude. Lady Emily, madame Boulle y el profesor presenciaban el partido.

—¿Dónde está Agnes? —quiso saber lady Emily.

—Creo que la señora Graham está en las dependencias de los niños, lady Emily. La pequeña Emmy se ha caído al estanque y se ha quedado empapada.

—Ah, *mon Dieu!* —exclamó su madre—. Qué espanto. Debe tener muchísimo cuidado, lady Emily, de que no pille una pulmonía. Caerse al agua es sumamente peligroso. Por esa razón nunca he permitido que mis hijos se acercaran al agua hasta que supieran nadar.

—En el estanque apenas hay espacio para nadar —terció lady Emily— de lo pequeño y poco profundo que es. ¿Está bien Emmy, monsieur Boulle?

—Creo que sí. La he sacado del agua, y su madre y la niñera se la han llevado de inmediato al cuarto de los niños.

—No te habrás mojado, confío —intervino Mary.

—Sólo las piernas.

—Qué bobo has sido metiéndote —opinó Martin—. Yo habría sacado a esa tontaina de Emmy de un tirón de las enaguas.

—Pero si estás mojado es infalible que pilles una bronquitis, Pierre —chilló madame Boulle.

—No, *maman*. Llevo puestos unos pantalones secos, de Martin, me parece.

—Bueno, venga, juguemos otro set —dijo Martin—. A ver, Jean-Claude, tú eres el peor. Siéntate un rato y así Pierre podrá jugar con Mary. Vamos, Ursule, los haremos morder el polvo otra vez.

Madame Boulle, pese a sus experiencias entre familias inglesas de alcurnia, estaba asombrada ante el aplomo de lady Emily. Una nieta en peligro de ahogarse, un joven en peligro de pillar una pulmonía y una bronquitis, y ella estaba perfectamente tranquila; ni siquiera la impresionaba el valor de Pierre. El valor ante el peligro, explicó entonces madame Boulle, era la particularidad de su familia. Su bisabuelo, el *comte* de Florel, había sido famoso por su coraje ante los peligros más espantosos. El valor era una peculiaridad de la nación

francesa. Los ingleses tenían una *sangfroid*, una *flegme britannique*, había que reconocerlo, pero un coraje como el que había demostrado Pierre era propio de los franceses en general y de la casa de los De Florel en particular. Madame Boulle lloraba de emoción. Para consolarla, lady Emily mencionó el baile que iba a celebrarse el día del cumpleaños de Martin y dijo que confiaba en que acudieran todos.

—El señor Banister me contó —añadió— que tendrán a una muchacha inglesa alojada con ustedes, una amiga de mi hijo David, así que espero que se la traigan también.

Madame Boulle se animó de inmediato y aceptó en nombre de su familia. La señorita Stevenson, dijo, llegaría hacia mediados de agosto y estaría sin duda encantada de asistir al baile. Luego se embarcó en un relato sobre una *toilette de bal* que había tenido de jovencita, que duró hasta que hubo acabado el set. Mary y Pierre habían vencido a Martin y Ursule.

—Jean-Claude no es muy bueno —declaró Martin con la insensible franqueza de su edad—. Mañana jugaremos otra vez nosotros cuatro.

Pierre palideció para sus adentros. Sabía que debería trabajar, pero si acudía a jugar al tenis quizá vería a la señora Graham. Mientras trataba de decidirse entre el amor romántico y el deber, se desató un alboroto, causado por su madre. La dama aseguraba que ninguna lavandería inglesa sería capaz de lavar los pantalones de franela blanca de Pierre. Las lavanderías francesas eran las mejores del mundo, pero como no había ninguna lavandería francesa a mano, se llevaría los pantalones a casa y los lavaría ella misma.

—Tengo verdadero talento para lavar —explicó—. Le revelaré mi método, lady Emily, puesto que es práctico y excelente. Para empezar...

—Le haré llegar los pantalones cuando estén lavados —zanjó lady Emily levantándose sin prestar la menor atención a madame Boulle—. Los lavaré mi criada francesa. Ha sido muy amable por tu parte haber sacado a Emmy del estanque, jovencito Boulle, y estoy segura de que Agnes te está muy agradecida. Los niños siempre se caen a ese estanque. Todos mis hijos se han caído. Ha sido una verdadera delicia tenerles a todos aquí, y me alegro muchísimo de que vayan a venir al

baile.

Su despedida pareció la de una reina diciendo a sus vasallos que pueden retirarse. Los Boulle se despidieron a su vez y regresaron a la casa del párroco. Pierre estaba más callado incluso que de costumbre, lo cual, tras los sucesos de aquella tarde, fue motivo de alarma para su madre. Él se retiró pronto a su habitación, tras habersele ocurrido una idea para un soneto cuyo principio sería

Belle éplorée...

pero antes de que consiguiera ir más allá, su madre llamó a la puerta.

—*Pierre, tu ne tousses pas?* —preguntó con voz angustiada.

—*Non, maman.*

—*Tu n'as pas de fièvre?*

—*Non, maman, je t'assure.*

—*Tu n'as pas froid?*

—*Non, maman, je suis couché* —exclamó Pierre, y se puso a dar saltos sobre la cama hasta que el somier crujió, para dejar satisfecha a su madre con respecto a su paradero.

Siguió un silencio momentáneo durante el que Pierre confió en que se hubiera marchado. Pero su voz volvió a llegarle a través de la puerta.

—*Si tu es couché, Pierre, dis-moi, est-ce que tu transpires?*

—*Oui, maman* —exclamó a grito pelado el infortunado joven.

Le llegó un sonido de aprobación, seguido por el de las pisadas de madame Boulle alejándose. Durante un par de horas, Pierre trató de atraer a la musa, pero en vano. A media noche, se dejó caer en el lecho y se durmió de inmediato.

10. Los lirios florecen

Durante los días siguientes, Mary advirtió que la actitud de Martin para con la familia Boulle estaba cambiando. Ya no se quejaba por tener que asistir a sus clases, y, o bien se traía de vuelta a los jóvenes Boulle a jugar al tenis, o se quedaba a pasar la tarde en la rectoría. Al mismo tiempo, su actitud hacia su familia también experimentó un cambio. Una suerte de dieciochesca cortesía para con sus mayores y deferencia hacia las damas caracterizaba ahora su comportamiento. Mary llegó a preguntarse si madame Boulle le habría dado lecciones de buenas maneras, pero estaba tan convencida de que cualquier sugerencia de modales procedente de aquella señora no haría sino despertar una ferocidad deliberada en Martin que desechó la idea.

Entretanto, no había noticias de David, aparte de que había estado fuera en alguna parte. Le escribía una cariñosa nota a su madre de vez en cuando, con mensajes para toda la casa, pero no daba detalles sobre sus movimientos. Sin duda aparecería para el baile y probablemente antes, pero no podía decir con certeza cuándo. Mary languidecía en secreto, pero la presencia de los Boulle, los preparativos para el cumpleaños de Martin y la perspectiva de su vestido nuevo le dejaban bien poca intimidad en la que languidecer. Había pasado casi una semana entera pronunciando el nombre de David en la cama cuando por las noches apagaba la luz de la mesilla, pero, tras haber olvidado hacerlo en una ocasión, la avergonzaba un poquito volver a empezar.

La fecha para la visita al modisto de Agnes y el almuerzo con John había quedado fijada. Ese día, después del desayuno, Martin condujo a Mary a un misterioso aparte.

—¿Puedes hacerme unas compras en la ciudad?

—Sí, claro. ¿Qué quieres?

Martin inesperadamente le pidió que comprara satén blanco y amarillo, pero no explicó para qué lo quería.

—En este momento es un absoluto secreto, Mary, pero te lo contaré antes del baile. Es importantísimo que nadie lo sepa, de modo que no se lo digas a la tía Agnes.

Mary se lo prometió, divertida e intrigada, pero, llegando a la conclusión de que se trataría de algún número de disfraces, no le dio más vueltas. La visita al modisto fue de lo más satisfactoria. Una serie de ninfas exquisitas pululaban por el local envueltas en arrebatadoras creaciones. Como Mary nunca había tenido un vestido de fiesta caro, le costaba mucho escoger entre tantos, pero Agnes asumió el mando y le hizo quedarse un modelo de tela suave y floreada. Para ella, Agnes encargó un vestido de encaje blanco. Mary quiso de inmediato cambiar el suyo por uno parecido, pero Agnes se mostró firme.

—No llesves encaje o terciopelo mientras seas tan joven, Mary —dijo con seriedad—. Las chicas siempre quieren llevarlos, y es una tontería. Cuando Emmy se presente en sociedad, voy a pasarlo de maravilla vistiéndola, y a la querida Clarissa también. A Clarissa le sentará bien el verde, y Emmy creo que podrá vestir de rosa. Es un color complicado, pero ella tiene el tono perfecto para llevarlo. La haré vestir de un rosa que tire a anaranjado.

Para la profunda y emocionada gratitud de Mary, Agnes le compró entonces unos zapatos y unas medias que jamás habría soñado tener.

—Y ahora iremos a ver a John —concluyó Agnes.

—Oh, tía Agnes, tengo que hacer una compra personal. ¿Puedo hacerla por el camino?

Así pues, se detuvieron en una tienda muy grande, donde Mary cumplió con el encargo de Martin mientras Agnes esperaba en el coche.

—¿Dónde vamos a comer, tía Agnes? —preguntó Mary cuando volvió con los paquetes. Quizá irían al mismo sitio donde había almorzado con David, y a lo mejor David estaría allí.

—En el piso de John. Es más tranquilo que un restaurante y puedo dejarte allí mientras voy a la peluquería, a menos que quieras ir al cine.

John las estaba esperando en su piso descaradamente cómodo en una quinta planta y con vistas. Mary no lo veía desde aquel memorable día en su despacho, y la alivió descubrir que le resultaba tan fácil. Le

habría sorprendido saber que John compartía sus sentimientos. Se alegraba de verla tan guapa y con tan buen aspecto, y era evidente que no andaba suspirando por David. «Probablemente me equivocaba al respecto», se dijo, y se sintió un poco más feliz al pensar aquello.

Agnes y John tenían mucho de que hablar durante el almuerzo, de modo que Mary escuchó y disfrutó de la comida.

—¿Cuánto tiempo más vas a tener este piso, John? —preguntó su hermana.

—Sólo hasta finales de año. Luego no sé qué voy a hacer. Mis inquilinos dejarán entonces la casa de Chelsea, y estoy pensando en venderla.

—John, no debes vender esa casa. ¿No podrías vivir allí otra vez?

—No lo sé. No he vivido allí desde que Gay murió, y creo que andaría como un alma en pena.

Mary advirtió con interés que John no ponía en absoluto lo que ella llamaba «la voz melodramática» cuando hablaba de su esposa muerta.

—Y no te apetecería que algún hombre lo compartiera contigo, ¿no? —continuó su hermana—. No soporto pensar que esa casa tan preciosa deje de pertenecer a la familia. Ojalá pudiera quedármela yo, pero es que no habría espacio para los niños. Ahora necesitamos muchísimas habitaciones. Cuartos para los niños, tanto de día como de noche, y una habitación para James y otra para Ivy. Y cuando Emmy sea un poco mayor también va a querer un cuarto para ella sola. Y cuando yo tenga más bebés, harán falta más dependencias para niños y niñeras.

John se rió y le preguntó a Agnes si no le parecía complicado llevar su casa.

—Oh, no —exclamó ella, sorprendida—, es bastante fácil. Y cuando tenga más bebés me buscaré otra niñera, además de Ivy. En realidad no supone ningún problema.

Mary, que llevaba un rato ensayando las palabras, le preguntó entonces a John qué tal estaba David. Para su propia sorpresa, no le costó mucho mencionarlo. John dijo que la última vez que lo había visto estaba bien.

—La verdad es que quería hablar contigo sobre David, Agnes —

añadió—. No acaba de ser asunto mío, pero estoy un poco preocupado. Tomaremos el café aquí mismo mientras te lo cuento.

—Si te aburres, Mary, encontrarás montones de libros en la biblioteca —dijo Agnes cuando se hubo servido el café.

Mary, tomándose como una indirecta, se levantó. John le abrió la puerta y le dijo:

—No se trata de nada privado, Mary, de modo que vuelve si no te gustan mis libros. O también hay un piano.

—Gracias, pero me conformo con los libros —contestó ella, y entró en la biblioteca.

Se paseó por la habitación durante un rato, mirando los cuadros y admirando las vistas. Un montón de partituras sobre el piano atrajo su atención, y empezó a hojearlas. Cogió una, la observó, se encogió de hombros y la dejó otra vez. Luego cogió un libro y se sentó en el sofá cerca de la ventana.

Mientras tanto, Agnes y John hablaban sobre David.

—Al fin y al cabo —iba diciendo John—, David tiene perfecto derecho a vivir como quiera. Es autosuficiente y no le pasa nada malo, excepto por esa eterna manía suya de desperdiciarse. No estoy seguro de que las abejas sean mejores que los zánganos. No defiendo mi condición de abeja. Ya me va bien ser una. Si viviera como lo hace David, me volvería loco. Por su parte, habría dicho que David se volvería loco si tuviera un trabajo fijo, pero ya no lo creo así. Ha descubierto que, pese al dinero y al encanto que tiene (y me doy perfecta cuenta de hasta qué punto es encantador, Agnes), no consigue escribir una novela, ni mucho menos publicarla; no consigue un trabajo en la radio porque no es capaz de tomárselo en serio; sus experimentos con películas y obras de teatro han quedado en nada. A mí la cosa no me importaría tanto si no hiciera tan desdichado a nuestro padre; la última vez que estuve en Rushwater me habló del asunto, y le prometí que intentaría hacer algo. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Me temo que no, John. Verás, es que no va a escucharnos. Gay era la única persona a la que David escuchaba. Él le tenía una especie de respeto que no nos tiene a nosotros. Por supuesto, podría escribirle a

Robert para preguntarle.

—¿Tú crees que podría tener ese sentimiento hacia otra mujer? —preguntó John ignorando el último comentario de su hermana—. Si de verdad le importara una mujer, y la respetara, quizá sentaría cabeza.

—Ni idea, John. Es que no sé con qué clase de mujeres se relaciona. Las que ha traído alguna vez a Rushwater han sido encantadoras, pero no acababan de ser el tipo apropiado en mi opinión. A Robert no le habrían gustado en absoluto.

—Lo sé, lo sé. Por supuesto, David se casará con quien le plazca, cuando se case, y por supuesto, a nuestros padres les parecerá estupendo, sea quien sea ella. Últimamente habla sobre una tal señorita Stevenson. ¿Sabes algo de ella?

—Sólo que es amiga suya. Lo supimos por el señor Banister. Les ha alquilado la rectoría a unos franceses, los Boulle, y David les dijo que conocía a una chica a la que le gustaría ser su huésped de pago para aprender francés. Tengo entendido que tiene algo que ver con la radio.

—La he visto con él. Tiene la típica pinta de chica curtida. Es bastante atractiva. ¿No te parece posible, Agnes —preguntó entonces John, mirando el mantel—, que David se sienta atraído por Mary?

—¿Por Mary? No, qué va. ¿Por qué?

—No lo sé —repuso él levantándose para pasear por la habitación—. Tenía la impresión de que quizá se gustaban.

—Oh, no, John. Mary ni piensa en David, desde luego, y en cuanto a David, no ha estado en Rushwater desde el concierto. Ay, John, querido, cómo desearía conseguir casaros a David y a ti.

—Agnes, eres insaciable. Sólo porque quieres tanto a Robert no estarás contenta hasta que nos hayas casado a todos, incluido Martin. Casa a David si quieres, y si puedes, pero yo ya he tenido mi momento. Tuve a Gay y fui muy afortunado.

—John, ven a sentarte aquí otra vez. Estoy segura de que David no quiere a Mary. ¿La quieres tú?

John se quedó mirándola.

—Me pregunto qué te pasa por la cabeza, Agnes. No conozco la respuesta a tu pregunta.

—¿Es Gay la respuesta?

—No, no lo creo. Si pudiera querer a alguien como quise a Gay, me arriesgaría, con lo poco que tengo que ofrecer. Cuando oí cantar a Mary en Rushwater, la amé por su voz. Luego me pareció que ella y David se gustaban, no sé por qué. Así que no volví a pensar mucho en el asunto. He ahí tu respuesta.

—Si David y Mary no se quisieran, ¿cambiaría eso tu respuesta?

—Ay, por Dios, no me preguntes eso —soltó John, levantándose de nuevo con impaciencia.

—Lo siento, cariño —repuso Agnes con su dulce voz—. Pero después de Robert y los niños, has de saber que vienes tú, siempre. Hablaremos de esto otra vez cuando vengas a Rushwater. Ahora Mary se quedará aquí durante una hora mientras voy a la peluquería. Puede distraerse sola si tú estás ocupado, y pasaré luego a buscarla. Así que adiós por el momento.

Tras haber despedido a Agnes, John entró en la biblioteca. Hacía una tarde calurosa y soleada. La luz se filtraba a través de los toldos exteriores de vistosas rayas. El bullicio de Londres, en su nivel más bajo en agosto, no resultaba molesto, y la habitación estaba muy tranquila. Paseando la vista, John vio a Mary dormida con un libro en el sofá. Su sueño era tan ligero que se quebró con la mera presencia de John pese a que él no había hecho ruido alguno. Momentáneamente desconcertada, se incorporó en el asiento tratando de reconocer lo que la rodeaba. A John, su abandono al sopor estival, su breve perplejidad al despertar y su cohibido regreso a la realidad le parecieron infinitamente conmovedores. Se disculpó por haberla molestado. Mary, confundida, contestó que se sentía avergonzada.

—¿Se ha ido la tía Agnes? —quiso saber.

—Sí. Me ha dicho que me ocupara de ti hasta su vuelta. Tardará alrededor de una hora.

—Pero ¿te parece bien? Quiero decir..., ¿no preferirías dedicarte a tu trabajo?

De nuevo daba muestras de una humildad infantil ante alguien que trabajaba de verdad; era evidente que pensaba eso. John recordó cómo, en pleno arrebató de tristeza en su despacho, ella se había ofrecido a irse al coche para acabar de llorar allí si él tenía una cita de trabajo.

—Éste es vuestro día, de Agnes y tuyo —la tranquilizó—. Me lo he reservado para ambas y ahora ella me ha abandonado, de modo que si me ayudas a pasar el rato será todo un detalle por tu parte.

—Qué montón de partituras tienes —comentó Mary—. Después de comer les he echado un vistazo.

—¿Has visto ahí una de tus canciones?

—Sí, hay muchas que conozco. ¿Cuál en particular?

—La de Bach.

—Oh, sí, «*Bist du bei mir*». ¿A que es preciosa?

—La compré después de habértela oído cantar en Rushwater.

—Pero no la canté nunca contigo presente...

—Sí, lo cierto es que sí lo hiciste, la noche en que David interpretó su espiritual sobre la melaza y el ron.

—Pero eso fue después de cenar, antes de que entrarais los hombres. Sólo cantaba para mí, para que la tía Emily y la tía Agnes pudieran charlar cómodamente —explicó Mary, que empezaba a sentirse alarmada.

—Yo entré antes que los demás. La habitación estaba en penumbra, salvo por la lamparilla de lectura de mi madre y el fuego. Tú cantabas a la tenue luz de las velas en el rincón del fondo. La tuya me pareció la voz más bonita que había oído en mi vida. Me procuró la misma paz sobre la que estabas cantando. Fui a sentarme con mi madre y Agnes hasta que acabaras. Ellas lo entendieron.

—Si lo hubiese sabido, habría dejado de tocar.

La angustia y la confusión de Mary fueron tan dolorosas que John casi lamentó haberle contado aquello.

—Me disculparía por haber escuchado a hurtadillas, pero en realidad no puedo lamentar haber oído algo tan precioso. ¿Tú crees que podrías volver a cantar para mí esa canción, Mary?

—Oh, no.

—La partitura está aquí y no va a venir nadie.

—Oh, no, no podría. Además, no está en el mismo tono.

—Quizá yo podría transportarla al tono adecuado —propuso John sentándose al piano.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Mary con interés.

—Puedo subir un semitono, o un tono —contestó John con seriedad—. En cuanto a bajar, me temo que eso me supera. ¿En qué tono la quieres?

Mary le dijo en cuál.

—Es más alto, gracias a Dios. —Tocó unos compases—. ¿Va bien así?

—Ay, por favor, no puedo —se lamentó Mary, tan turbada que se refugió tras una butaca.

—Bueno, pues si tú no puedes —respondió John al tiempo que tocaba el acompañamiento—, nadie más lo hará. No importa, ya te oí una vez. Quizá vuelva a oírte en Rushwater, después de cenar, a la luz de las velas. Las tres de la tarde no es el momento más discreto para pedirle a alguien que cante. No debería pretender que me procuraran paz justo después de comer; porque la muerte no la quiero, por supuesto. «... *zum Sterben und zu meiner Ruh*» —canturreó, y cerró la tapa del piano.

—No quiero ser grosera —dijo Mary—, de verdad que no. Es sólo que me da una vergüenza horrorosa. No me importaría cantar para la tía Emily o el señor Leslie, pero para ti no podría.

—¿Por qué no?

—Porque tú me escucharías.

John soltó una carcajada.

—Por cómo hablas, parece que sólo podrías cantar para gente que no te escuchara.

Mary asintió con la cabeza.

—Sí. O para alguien que estuviera ahí sin que yo lo supiera —añadió a media voz, un comentario sobre el que John reflexionaría después.

Hablaron sobre Rushwater, y Mary describió el concierto e hizo reír de nuevo a John.

—Y en la cena, David me dio una cesta enorme de fresas silvestres para compensar su olvido de la otra vez. ¿A que fue un bonito detalle?

—Encantador.

En ese momento volvió Agnes a recoger a Mary. John les preparó té, y luego emprendieron el viaje de regreso a Rushwater. Incluso Agnes estaba un poco cansada por el calor y el esfuerzo en la peluquería, de

modo que hicieron casi todo el trayecto en silencio. Mary pensaba en lo tonta que debía de parecerle a John, primero echándose a llorar en su despacho, luego quedándose dormida en su casa y negándose a cantar por pura timidez. Pero, de algún modo, con John no importaba lo que una hiciera. Siempre la hacía sentirse cómoda y segura.

A su vuelta, Mary le dio el paquete con su encargo a Martin, que se lo agradeció sinceramente.

—Si quieres —dijo con cierta timidez—, te contaré para qué es, pero es algo importantísimo y muy secreto. Tienes que prometerme no contárselo a nadie.

—No será nada que vaya a desagradar a la tía Emily, ¿verdad?

—Oh, no, qué va. Estoy seguro de que ella estaría de acuerdo si lo supiera, sin embargo con el abuelo no lo tenemos tan claro.

—¿Sabe algo madame Boulle al respecto?

—Está emocionadísima, y el profesor también, pero de esta parte en particular no saben nada. Esto lo hacemos por nuestra cuenta, y si da resultado, tendrá un efecto enorme.

—¿De qué se trata, Martin?

—Ahora no puedo decírtelo, Mary; si pudiera lo haría, de verdad. Pero les preguntaré a Pierre y a los demás, y si dicen que están de acuerdo, te lo contaré.

Mary no le veía ningún sentido a aquel misterio, pero le hizo la fiel promesa a Martin de no revelárselo a nadie, fuera lo que fuese. Martin desapareció después de cenar, probablemente para ir a la rectoría, pues cuando Mary se fue a la cama encontró una nota doblada y más bien sucia sobre el tocador. En la parte superior llevaba lo que parecía el membrete de los boy scouts y debajo, escrito con lo que era claramente la letra de Martin disimulada, ponía: «Están de acuerdo. Mañana a las tres en punto en el templo. Silencio. Secreto».

El templo era un monumento erigido por el abuelo del señor Leslie como pulcro remate de la colina en que se alzaba. Su aspecto era una mezcolanza de pirámide, pagoda y mausoleo. Se había construido con una piedra amarillenta que se desmigajaba con agradable facilidad, como habían descubierto varias generaciones de críos destrozones. La planta inferior estaba iluminada por cuatro enormes ventanas de

guillotina que ninguna fuerza humana había logrado abrir jamás. Desde esa planta, una escala de madera ascendía a través de una trampilla hasta una cámara superior cuyas ventanas, de forma semicircular, quedaban al nivel del suelo, pues se habían diseñado más con la idea de respetar la proporción exterior que con la de resultar convenientes para quienes la utilizaran. Los muros de tan incómoda morada se inclinaban hacia dentro y el edificio quedaba coronado por lo que sólo podría describirse como una cúspide dentada. Para los niños significaba romanticismo no exento de cierto terror. De pequeños, todos los Leslie se habían visto encerrados en algún momento por un hermano o hermana mayor en la habitación de arriba, donde habían chillado hasta la histeria ante la idea de morir olvidados entre las arañas y típulas que la infestaban. Casi todos los Leslie algo mayores habían tratado de trepar hasta el pináculo y habían desistido. Ninguno de los Leslie adultos tenía el menor interés en aquel sitio, que consideraban sofocante, sucio e inconveniente, como en efecto era. Se trataba, por lo tanto, de un lugar seguro para los misterios.

Hacía una tarde radiante y calurosa cuando Mary ascendió la colina por senderos tortuosos sombreados por hayas. En la cima había una leve hondonada como una charca vacía, y allí se alzaba el templo. Eso era a su vez una garantía contra espías y adultos entrometidos, pues nadie podía cruzar la herbosa hondonada sin ser visto desde una de las ventanas semicirculares.

Mary encontró la puerta del templo cerrada y llamó con los nudillos. No hubo respuesta. Volvió a llamar con cierta impaciencia, pues el sol le abrasaba la espalda y la pintura de la puerta estaba caliente al tacto. Del interior le llegó el ruido de unos pies que correteaban, y la voz de Martin dijo en susurros roncós:

—¿Te importaría llamar dos veces muy fuerte, tres veces suavemente, y de nuevo otra fuerte?

Mary cumplió obedientemente aquella petición, y acto seguido Jean-Claude le abrió la puerta.

—Hola, Jean-Claude. ¿De qué va todo esto?

—Contraseña —dijo Jean-Claude mirando al frente.

—Orleans —susurró Martin.

—Orleans —repitió dócilmente Mary.

—Correcta —declaró Jean-Claude—. Sígueme.

La precedió escala arriba y a través de la trampilla abierta hasta la habitación del piso superior. Ninguna de las ventanas semicirculares se había hecho para abrirse, y el calor era asfixiante. En las viejas telarañas, las moscardas emitían zumbidos airados y mecánicos. Las paredes encaladas estaban cubiertas de *grafiti* de las ramas más jóvenes de la familia Leslie. En una, David, cuando rondaba los catorce años, había pintado una escena romántica de una princesa asomándose por una torre y un caballero pasando a lomos de su caballo. En otra, John, en alguna época anterior, había escrito con tiza azul y roja las palabras:

Ding, dong suena la campana

Fräulein cae por la ventana

que Agnes había tratado por todos los medios de borrar. Sumas, comentarios poco amables sobre hermanos y hermanas, versos latinos ostentosos e incorrectos competían entre sí. James ya había empezado a contribuir con un burdo dibujo a tiza de Clarissa en su cochecito.

Martin, que había seguido a Mary escala arriba, cerró la trampilla con estrépito, haciendo que se levantaran nubes de polvo del suelo, que el yeso cayera en copos del techo y que la estancia se volviera más insoportable incluso que antes. Pierre y Ursule estaban sentados en una caja de madera, y se veían más cajas desparramadas por ahí.

—Supongo que debemos cumplir con las formalidades —le dijo Jean-Claude a Martin, que asintió con la cabeza.

Quizá hay que mencionar aquí que, excepto cuando se hallaban bajo la mirada vigilante de madame Boule, el medio invariable de comunicación entre Martin y los jóvenes Boule era el inglés. A Pierre, Ursule y Jean-Claude casi les era indiferente qué lengua hablaran. Para Martin, era de gran importancia para su propia comodidad mental hablar el francés lo menos posible. A solas con Pierre era distinto, porque éste lo hacía sentirse listo y versado en modismos. Pero hablar en un francés entrecortado y vacilante con Ursule y Jean-Claude no

entraba en los planes de Martin. Quizá hasta podía elevar a Jean-Claude de la posición de inferioridad en que lo había situado el tenis, una situación que no convenía fomentar. Así que Martin no hacía el menor esfuerzo por practicar la lengua por cuyo aprendizaje estaba pagando su madre, y consideraba, si es que le remordía la conciencia alguna vez, que empollando con Pierre cada mañana durante tres horas, y almorzando cada día con la familia, cumplía con creces los deseos maternos. En cualquier otro momento, Pierre, que pese a ser apacible era también escrupuloso, habría hecho todo lo posible por alentar a los jóvenes a hacer un uso más generalizado del francés, pero su adoración por la señora Graham y su soneto inacabado pesaban mucho en su pensamiento y le impedían prestar la atención habitual al deber. Mientras esperaban a Mary, había probado suerte con una composición literaria en la pared.

«*Et pourtant son regard me trouble étrangement*», había escrito con un cabo de lápiz, y de pronto lo asaltó la duda de si algún otro lo habría escrito ya. Sin embargo, merecía la pena aferrarse incluso al último verso de un soneto; los trece anteriores podían ocurrírsete después si la musa te era propicia.

—*Alors, fais ton devoir*, Ursule —dijo Jean-Claude.

Ursule, soltando risitas como una loca, se acercó a Mary y le cacheó el vestido con las manos.

—Sólo para ver si eres una espía con armas escondidas —explicó, soltando más risitas que nunca.

—¿Qué diablos hacéis todos aquí arriba, y de qué va todo esto? —quiso saber Mary.

—Siéntese, señorita Preston —intervino Pierre—. Lamentamos cualquier inconveniente que podamos haberle causado, pero era necesario. Si va a ayudarnos, debe ser una de nosotros y compartir nuestros secretos. Nunca se es demasiado cauteloso.

—Bueno, ¿y de qué se trata en realidad? ¿De una búsqueda del tesoro?

—Oh, Pierre —dijo Martin—, ¿puedo contárselo?

—Pero ya tiene que haberlo adivinado —protestó Pierre—. ¿No se ha fijado en cuál es nuestra contraseña, señorita Preston?

—Sí.

—¿Y no le dice nada?

—No. Sé que Orleans está en algún lugar de Francia. Nunca he estado allí.

—Entonces, Martin, puedes explicárselo.

—Somos monárquicos —reveló Martin con tono sobrecogido.

Pierre, Ursule y Jean-Claude se pusieron inmediatamente en pie.

—*À bas la république* —soltó Ursule entre risitas.

—*À bas la république* —corearon los demás, y volvieron a sentarse.

—Mary, no sabes lo importante que es esto —dijo Martin con entusiasmo—. Podemos ayudar mucho en Inglaterra. Todos los Boulle son monárquicos y trabajan para reinstaurar a los reyes. Te gustaría ver una monarquía en Francia, ¿no?

—Desde luego. Siempre he pensado que debe de ser ridículo tener un presidente que ha de llevar traje de etiqueta durante el día.

Una expresión dolorida en el rostro de Pierre le advirtió a Mary que, por monárquico que fuera, seguía siendo francés, y le molestaba que se tratara a la ligera la cuestión del atuendo oficial del presidente.

—Contadme más —se apresuró a añadir.

—Bueno, Pierre y Jean-Claude son *camelots du roi* —continuó Martin—, y yo también puedo serlo. Sólo hay que firmar un formulario. A Pierre estuvieron a punto de arrestarlo una vez por vender *L'Action Française...*, que es el periódico de los monárquicos, como ya sabrás. Va a haber muy pronto una gran reacción de los monárquicos, y nosotros ayudaremos en el frente inglés. ¿Sabes por qué se llama así Jean-Claude?

—No.

—Por el duque de Guisa, que se llama Jean —explicó Martin con grandilocuencia.

—¿Y de dónde sale el Claude? —quiso saber Mary.

—Oh, vaya, si vas a burlarte... —soltó Martin de mal talante.

—Perdona, Martin, no era mi intención. Cuéntame qué vais a hacer aquí.

Los cuatro monárquicos se pusieron a hablar entonces todos a la vez en dos lenguas. Mary consiguió dilucidar finalmente que habían

elegido la noche del baile de Martin para una manifestación monárquica. Ursule iba a convertir en una bandera el satén que ella había comprado en la ciudad. Le explicaron que su primera intención había sido que fuera la monárquica, la *tricolore* con *écusson fleurdelisé*, pero como eso habría llevado demasiado tiempo, se habían decidido por un mero estandarte blanco con *fleurs-de-lis* doradas. En un momento dado, Jean-Claude, portando la bandera y seguido por Martin y Ursule, haría su entrada en la pista de baile. Pierre tenía que gritar «*Vive le roi*» desde el balcón, y prender así una mecha que se propagaría como un incendio en el bosque de una punta a otra de Inglaterra, para luego saltar el Canal, arrancar al duque de Guisa de sus tierras en Bélgica, levantar barricadas en París, barrer en las elecciones francesas y reinstaurar al legítimo heredero en el trono de los Capetos.

—Pero ¿qué pinto yo ahí? —quiso saber Mary.

—Queremos que le pidas a la banda que deje de tocar un momento, de repente, en pleno baile. Así la cosa tendrá mucho más efecto —respondió Pierre.

—¿Qué opinan de esto vuestros padres?

—No se lo hemos contado —contestó Jean-Claude—. Ellos no entienden la necesidad de acción. Después lo celebrarán, pero no podemos esperar que arriesguen sus vidas por un gesto como hacemos nosotros.

—Además —añadió Pierre—, a *maman* este plan nuestro puede parecerle un poco exaltado. Es una mujer muy pragmática; la idea del cubo de basura fue suya.

Al ver que Mary parecía desconcertada, Martin ofreció una explicación.

—Madame Boulle es increíblemente práctica —dijo con entusiasmo—. Ha pintado «*La République*» en su cubo de basura. ¿No te parece espléndido? Así, cada vez que tira en él alguna porquería está insultando a la vieja república.

—Va a ayudarnos, ¿verdad, señorita Preston? —preguntó Pierre con los dulces ojos marrones brillantes de entusiasmo.

—Bueno, sólo si estáis seguros de que todo esto no va a molestar a la

tía Emily. Al fin y al cabo, es su casa. No, no creo que pueda participar a menos que me permitáis contárselo.

Tuvo lugar otra discusión bilingüe y se decidió que, vu la improbabilidad de que lady Emily llegara a reparar en algo que se le dijera, sería bastante seguro que Mary le contara que los Boule y Martin querían llevar a cabo en mitad del baile una especie de puesta en escena que sólo duraría un momento. A Martin y Jean-Claude, aquella actitud les parecía cobarde, pero Pierre, mayor y con más experiencia, les aseguró que el engaño por una buena causa era en esencia una virtud. Tras haber dado carpetazo a tan importante asunto, los conspiradores se separaron: los tres Boule emprendieron el regreso a la rectoría y Martin volvió con Mary. Por el camino, soltó un torrente de información sobre el movimiento monárquico que Mary, para sus adentros, encontró bastante aburrida. Sin embargo, era mejor que verse obligada a escuchar puntuaciones promedio en el críquet.

—Hay una cosa que supone un verdadero fastidio —añadió Martin con tono apesadumbrado—. Esa amiga de David, como sea que se llame, va a llegar tres días antes del baile. No podemos meterla en esto porque no sabemos si es de fiar o no, y será un terrible engorro tenerla por ahí. Se me ocurre..., Mary, ¿no podrías hacerte amiga suya y llevártela a dar paseos o algo así?

Una oleada de rabia recorrió a Mary al verse obligada a recordar a la odiosa señorita Stevenson.

—Me temo que no voy a poder, Martin. Estaré ocupadísima ayudando a la tía Emily. Tendréis que dejársela a madame Boule.

11. La indignación de un adulator

Tres días antes del baile, lady Emily se presentó a almorzar con expresión atribulada.

—Ha pasado una cosa verdaderamente horrorosa —anunció—. Martin, tráeme mi bolso del salón, y os contaré a todos qué es.

Martin, que se tomaba un día libre de las clases de francés para dedicarlo a los detalles del torneo de críquet, se levantó y fue a buscarlo.

—Es una carta realmente extraordinaria del señor Holt —prosiguió lady Emily—. Ha llegado esta mañana, y por alguna razón no la he abierto enseguida, y luego al bajar la he sacado del bolso y la he leído y ahora no consigo encontrarla por ninguna parte. Oh, gracias, Martin..., a lo mejor sí que la volví a meter en el bolso. Sí, aquí está. Pero qué peculiar es este hombre. Estoy segura de que me pidió que invitara aquí a lady Norton, ¿no es así, Agnes?

—Sí, mamá. Al menos te recuerdo diciendo, cuando el señor Holt ya se había ido, que tenías que invitar a lady Norton a Rushwater. Lo recuerdo muy bien porque fue el día que James se empapó el pantalón de peto tratando de pescar pececitos en el estanque, pobrecito mío. Hubo que cambiarlo de ropa de inmediato, pero Tata reaccionó muy deprisa y por suerte no se resfrió. Desde que lo hice vacunar el invierno pasado ya no pilla tantos catarros.

—¿Y por qué escribe entonces de esta manera tan peculiar? —quiso saber milady—. ¿Dónde está la carta? La tenía en la mano hace un momento.

Tras un revuelo considerable, Mary encontró la carta en la servilleta de lady Emily, que estaba en el suelo.

—Gracias, Mary, supongo que la tenía en la mano y luego, mientras hablaba, me la he puesto en el regazo y se ha caído al suelo junto con la servilleta. Siempre andan resbalándose. A veces pienso en decirles a

las lavanderas que no les pongan almidón, pero sin él nunca tienen el mismo aspecto. Y ahora me temo que no veo nada sin las gafas. Es verdaderamente asombroso que Conque no sea capaz de acordarse de nada. Bueno, entonces tendré que contaros lo que pone. Holt está muy molesto conmigo, y me aflige pensar que le he ofendido. Ah, aquí están mis gafas, en mi bolso, al fin y al cabo. Conque debe de haberlas metido dentro antes de que bajara. David, cariño, qué bueno verte... ¿De dónde has salido?

Pues David estaba de pie en el umbral mirando con simpatía a su familia. Rodeó la mesa, le dio un beso a Agnes en la coronilla y tocó a su padre y a Martin en el hombro. Saludó a Mary y se sentó entre ella y su madre.

—De Londres, madre. Y estoy sencillamente muerto de hambre. ¿Le queda a Gudgeon algo de comer para mí? Ah, Gudgeon, he traído unas maletas, quiero que me las suban a mi habitación. He venido para quedarme hasta después del baile, mamá, si va bien así. ¿Cómo está el toro, padre?

—Se lo mandan al argentino a finales de mes.

—Espléndido. ¿Qué tal va el francés, Martin? ¿Ya puedes recitar *Le Chêne et le Roseau*?

—Oh, cierra el pico, David.

—David —dijo su madre—, tienes que ayudarme. He recibido una carta de lo más peculiar del señor Holt, y quiero el consejo de todos vosotros. Henry, quiero que me digas qué debo hacer.

—No puedo decírtelo, Emily, hasta saber de qué va todo esto.

—Escuchad qué me dice: «Querida lady Emily: Debo confesar que me ha dolido mucho enterarme por una vieja amiga, lady Norton, de que la invitó usted a Rushwater sin invitarme a mí también. Puesto que fue a través de mí como conoció a lady Norton...». Resulta que eso —continuó milady mientras doblaba la carta, la metía en el bolso y rememoraba el pasado— es perfectamente cierto. Holt nos presentó en una exposición floral, en Chelsea, creo recordar, o quizá en Vincent Square, pero sí sé que fue el año en que aparecieron las meconopsis azules, y me pareció una pelmaza insufrible. No habría tomado iniciativa alguna relacionada con ella de no habérmelo pedido él, y

debo decir que me resultó más aburrida incluso de lo que esperaba, si bien es cierto que sabe un montón sobre amapolas y va a mandarme algunas semillas. ¿No os parece peculiar?

—Pero no has acabado de leernos la carta, tía Emily —intervino Mary expresando el sentir de todos los allí reunidos.

—«Puesto que fue a través de mí cómo conoció a lady Norton, habría esperado que, como es natural, me incluiría en cualquier invitación que le hiciera a ella. Lamenté mucho tener tan poca ocasión de verlos a usted y al jardín, y confío en que los niños de la señora Graham, que absorben su tiempo en tan gran medida, se encuentren bien.» Luego se declara mío afectísimo.

—Qué hombrecillo tan horrible, tía Emily.

—Bueno, Emily —intervino el señor Leslie—, la verdad es que no sé qué consejo quieres que te dé. Siempre me ha desagradado ese tipo, y ahora va y te escribe una carta muy ofensiva.

—Pero ¿qué se supone que he de hacer? El pobre me da lástima, tan ofendido como se siente. Pues sí, no vimos gran cosa del jardín, y esta vez tengo que ocuparme de que lo haga.

—¿Esta vez? ¿De qué estás hablando, Emily? —quiso saber su marido.

Lady Emily se ruborizó un poco.

—Ya sé qué has hecho —dijo David, señalando de pronto a su madre con un dedo acusador—. Has vuelto a invitar a ese sapo venenoso a venir aquí otra vez.

—No pretendía hacerlo, David —contestó su madre con tono plañidero—, pero es terrible pensar que alguien pueda sentirse tan dolido por una tontería así, en especial alguien que goza del desprecio universal como el señor Holt, de modo que me ha parecido que debía invitarle.

—Es más —continuó David mirándola muy fijamente—, por cómo me pican los pulgares, sé qué otra cosa has hecho. Lo has invitado a alojarse aquí la noche del baile de Martin.

—Dios santo, Emily, no habrás hecho eso, ¿verdad? —preguntó el señor Leslie, alarmado.

—Henry, no debería importarte. En realidad es un acto de

generosidad tenerlo aquí.

—Bueno, pues sí que me importa, Emily —terció el señor Leslie, y se puso en pie—. Una cosa es generosidad y otra tu familia. Tratas esta casa como si fuera el arca de Noé, Emily, invitando a todo el mundo.

—Por lo menos no los invita por parejas, padre —dijo David—. Una hembra Holt sería terrible.

—Ya es suficiente —zanjó su padre—. Si el señor Holt entra en esta casa, yo me voy.

Cogió un puro del aparador y salió dando prácticamente un portazo.

—Vaya, qué fastidio —comentó Agnes tranquilamente—. Va a costar lo suyo calmar de nuevo a nuestro padre. Mamá, querida, creo que mañana voy a llevarme a los niños a Southbridge. Todos necesitan zapatos nuevos y a James le hace falta un corte de pelo. Siempre parece crecerle mucho más deprisa en el campo. No tengo idea de por qué, a menos que sea porque no se lo corto tan a menudo. Ven, es hora de que descanses un poco.

Agnes y su madre salieron. Martin las siguió, tras decirle furtivamente a Mary:

—Tengo que irme. Es importantísimo, ya sabes por qué.

—¿Qué narices se le ha metido a Martin en la cabeza esta vez? —preguntó David—. Siempre se le ocurre alguna idea estrafalaria durante las vacaciones. El verano pasado era socialista, y en Navidad un unionista irlandés o algo parecido. Al menos leía a Yeats en voz alta, y Deirdre lo ponía melancólico.

—Es algo en lo que tienen interés él y los Boule, no entiendo muy bien de qué se trata —contestó Mary sin faltar a la verdad.

—Bueno, los chicos de esa edad son unos pesados. Cuéntame todo sobre ti, Mary. Yo he pasado unos días maravillosos con lo de mi novela. Un tipo que conozco está muy interesado en filmarla, y hasta es posible que emitan una versión radiofónica. Por eso he pasado fuera todo este tiempo, estaba muy ocupado.

—¿Entonces ya la tienes escrita?

—Oh, no, ésa es precisamente la gracia del asunto. Haré la versión para el cine y la versión radiofónica, y luego, cuando ya hayan tenido éxito, no me costará nada escribir la novela. La gente hace eso a

menudo, ¿sabes? «La historia de la obra.» ¿Qué tal va la fiesta de Martin?

—Va a ser preciosa. Tu padre me ha regalado un vestido divino, y la tía Agnes, zapatos y medias. Estoy deseando que llegue el día.

—¡Cógelo! —exclamó David lanzándole un paquete; Mary se sorprendió tanto que se le escapó—. Ay, menuda manazas estás hecha. Eres tan torpe como mi madre. —Recogió el paquete del suelo y se lo puso en las manos.

—¿Para mí? —preguntó Mary, y lo abrió sin esperar respuesta.

Bajo el papel de seda había un bolso de fiesta con finos bordados y una profusión de alegres flores y pájaros.

—Oh, David, qué cosa tan preciosa. Y queda perfecto con mi vestido. Es absolutamente divino, pero de verdad que no deberías haber...

—No me vas a decir que tu madre te advirtió que nunca aceptaras regalos de caballeros a menos que te propusieran un matrimonio honesto, porque eso está pasado de moda. ¿De verdad te gusta mi regalo?

—Ay, sí, sí. La última vez que me diste un paquete era de fresas, y la vez anterior, mi propia mano envuelta en un pañuelo de seda, ¿te acuerdas?

—¿Tu propia mano? Oh, sí, claro que me acuerdo. Fue en la abadía de Rushmere. No puedo darte nada tan perfecto como tu propia mano, pero espero que esto esté a la altura.

—Sencillamente, me encanta.

—Déjame ver si tu mano sigue siendo perfecta —pidió David. Le cogió la mano a Mary y la observó con atención.

—Perfecta —declaró—. ¿Me harás el honor de concedérmela en el baile de Martin?

—Claro que sí. ¿Ya estás reservando bailes? No espero conocer a mucha gente aparte de ti y de John, Martin y los Boulle.

—No son mala gente, esos Boulle —comentó David, y posó un beso rápido y formal en la palma de Mary, para luego cerrarle los dedos y, al parecer, perder el interés—. Madame Boulle es un poco charlatana, y la hija anda embobada y soltando risitas. Pero el profesor me cae bien

y el hijo mayor también. El pequeño tiene menos granos de los que esperaba. —Cogió un melocotón y empezó a pelarlo.

—No sabía que conocieras a los Boulle —dijo Mary.

El corazón le latía tan desbocado ante el beso de David que apenas podía soportar lo que le decía el sentido común: que sólo había sido un bonito gesto. No sabía muy bien si prefería llevarse a los labios la palma en la que él había dejado aquel tributo o darle un bofetón con ella.

—Los he visto hoy cuando he dejado a Joan Stevenson allí —contestó David con la boca llena de jugo de melocotón.

Si Mary había quedado abrumada por el bonito gesto de David, ahora aquella traición atroz convirtió la luz del día en violenta oscuridad y los sonidos del verano en truenos. Era capaz de llevar a la espantosa señorita Stevenson en su coche deportivo y luego, al poco de haber estado en sus brazos, o, para ser justa, al poco de haber estado sentado a su lado mientras conducía, traerle a ella un regalo y arrojárselo como quien va por ahí mostrándose espléndido con los mendigos. De no haber sido porque el único bolso de fiesta que tenía estaba claramente maltrecho, habría tirado al suelo aquel obsequio tramposo. Odiaba a David más que nunca. Tendría buen cuidado de llenar su carné de baile, aunque significara tener que aguantar al señor Holt.

—¿Qué tal si damos un paseo? —preguntó David.

—¿Con la señorita Stevenson?

Mary confió en que su tono expresara una fría falta de interés, pero cuando una se estaba ahogando de emoción ante el sonido de la seductora voz de David, era bien probable que la supuesta frialdad sonara más bien a ronquera.

—¿Con Joan? Diría que no. Ella es incapaz de caminar deprisa, y necesito estirar las piernas. Venga, vamos.

—De acuerdo, David, me encantaría.

La familia Boulle y la señorita Stevenson acudieron a jugar al tenis después del té. Ursule ya sentía una devoción plagada de risitas por la señorita Stevenson e insistía en caminar cogida de su brazo. A la señorita Stevenson, a quien tres años en Oxford habían familiarizado

con toda clase de enamoramientos, no le desagradaba el inocente homenaje de Ursule, pero su peso le resultaba extenuante. Como David y Mary aún estaban fuera de paseo, madame Boulle asumió la tarea de presentar a la señorita al resto de la familia.

—Lady Emily, permítame presentarle a la señorita Stevenson, de quien sin duda habrá oído hablar al señorito David. La señorita Stevenson tiene un cargo importante en la radio, y está al corriente por tanto de los acontecimientos más interesantes de la actualidad. De hecho, es ridículo que acuda a nosotros para estudiar francés, pues lo habla ya con asombrosa corrección y sin apenas rastro de ese acento inglés que, si bien se hace desagradable cuando es exagerado, resulta atractivo para un oído francés. Has de saber, Martine, que en Francia llamamos al inglés *la langue des oiseaux* por el efecto que tiene en nuestros oídos, una suerte de gorjeo sibilante. Al alemán, en cambio, lo llamamos *la langue des chevaux*, por esa cierta pesadez que tiene, esa torpeza, no muy distintas al relincho de un caballo. En francés, relinchar es *hennir*, *qui se prononce aussi hanir, mais je te conseille d'éviter ce dernier*, Martine, y de hecho sólo te lo menciono para que estés al corriente, puesto que es una pregunta que figura a menudo en los exámenes. Vuestro Swift tenía sin duda en la cabeza la palabra *hennir* cuando escribió sobre sus caballos parlantes, los *houyhnhnms*.

—*Onomatopée* —intervino el profesor Boulle, pero nadie le prestó atención.

—Pero qué lista es usted, qué bien pronuncia esa palabra —le dijo lady Emily a madame Boulle—. Es una de las que siempre leo para mis adentros y no me atrevo a decir en voz alta.

Todos los presentes explicaron entonces cómo pronunciaban la palabra *houyhnhnms*, excepto Ursule, que soltó risitas.

—En la radio —dijo la señorita Stevenson—, la pronunciación correcta que se ha estandarizado es «*winnim*». Es probable que aparezca en nuestro próximo manual de estilo.

—Aun así —prosiguió madame Boulle—, hay ciertos pequeños errores, quizá poco importantes en sí mismos, pero que chirriarán infaliblemente en un oído francés, que le he indicado ya a la señorita Stevenson, y que solventará muy deprisa, puesto que tiene un oído

excelente. Martine no lo tiene tan bueno —añadió con tono informal para espanto de Martin—. Me alegra ver que pasa muchos ratos con mis chicos fuera de las clases. Eso lo hará adquirir una forma fácil y natural de hablar francés, que todos reconocen como la lengua más pura y hermosa del mundo civilizado. En particular, el francés de Turena es célebre por su pureza. Mis antepasados, los De Florel, han vivido en Turena desde el siglo XI y siempre han tenido fama por la pureza de su lengua hablada.

—Vamos —dijo Martin, incapaz de soportarlo más—, juguemos un set. Ursule y yo contra Pierre y la señorita Stevenson.

Mientras jugaban, regresaron David y Mary. Jean-Claude abordó de inmediato a Mary y se la llevó en un aparte.

—La bandera está casi acabada —dijo con entusiasmo—. Ursule se ha pasado dos noches en vela para tenerla lista. Hemos cambiado un poco los planes. En lugar de sujetarla a un palo, que es más difícil de esconder, la llevaré doblada bajo el abrigo. Cuando haga usted que la banda pare de tocar, Ursule y yo cruzaremos la pista de baile. Pierre gritará desde la galería «*Vive le roi*» y nosotros contestaremos «*Vive le dauphin*», y yo desdoblaré la bandera. Será un golpe de efecto, ¿no crees?

—Será espléndido —respondió Mary—, pero pensaba que *le dauphin* había muerto en la Revolución francesa.

—Luis XVII sí murió, sin duda, en la tristemente célebre prisión a la que lo mandaron los asesinos de su padre —declaró apasionadamente Jean-Claude—, pero siempre y cuando un rey de Francia tenga un hijo varón, ese hijo será el delfín. Habrá oído hablar usted del conde de París.

—¿No era hijo de Luis Felipe o algo así?

—Su conocimiento de la historia está muy anticuado —soltó Jean-Claude con tono de desdén—. El conde de París es hijo del duque de Guisa, Jean el Tercero, legítimo rey de Francia. Se llama Henri, como mi padre. ¿Qué le parece eso? Aquí en la familia Boulle tenemos un Henri y un Jean. Pero no es de extrañar, porque la familia Boulle siempre ha sido célebre por su lealtad, al igual que la de los De Florel, la familia de mi madre. Los De Florel son famosos por su lealtad desde

los tiempos de Clodoveo.

Mary, pensando con cierto pesar que Jean-Claude probablemente se parecería más y más a su madre a medida que se hiciera mayor, se disculpó por su ignorancia y expresó su absoluta aprobación de los planes monárquicos. Preguntó qué iban a hacer después de su número de protesta.

—Nada —se limitó a contestar Jean-Claude—. Con eso será suficiente. Los ingleses reconocerán nuestra valentía y nuestras convicciones y se unirán a nosotros. Los ingleses sienten gran admiración por el valor. Aparte de los franceses, son sin duda el pueblo más valiente y aguerrido del mundo.

—Ven a jugar, Mary —dijo Martin apareciendo de pronto—. Esa señorita Stevenson es un desastre para el tenis. Jugaremos tú y yo contra David y Ursule. Y luego montaremos un partido para niños con Jean-Claude y la señorita Stevenson. —Y, dirigiendo una elocuente mirada a sus compañeros conspiradores, añadió—: ¿Va todo bien?

Jean-Claude, que no parecía guardarle rencor a Martin por la opinión sobre su forma de jugar al tenis, asintió con solemnidad.

—Te haré saber cualquier cambio en los planes mediante una nota en tu mesa —le dijo Martin a Mary cuando se dirigían a la cancha—. Hablar no es seguro.

—¿Por qué pusiste el membrete de los boy scouts en tus cartas sobre la cita en el templo? —quiso saber ella.

Martin la miró con altanero desdén.

—¿No sabes distinguir una *fleur-de-lis* cuando la ves, muchacha?

—Perdona, Martin.

Al cabo de otros dos sets, en los que no se invitó a jugar ni a Jean-Claude ni a la señorita Stevenson, el grupo se dispersó. La señorita Stevenson tuvo mucho éxito con el señor Leslie, a quien le gustaba saber cómo se hacían las cosas, hablándole sobre su trabajo en la radio. Pierre se sentó junto a Agnes, sintiéndose como Jaufré Rudel con su princesa lejana, aunque le habría costado explicar por qué de haber tenido que hacerlo. Agnes, que encontraba en él a un oyente bien dispuesto, le contó con todo detalle que Clarissa había dicho alcornoque en lugar de albaricoque, que el pelo de James parecía

crecer mucho más cuando no se lo cortaban, y que Emmy no se había puesto peor después de que monsieur Boulle tuviera la amabilidad de rescatarla del estanque.

—Confío de veras en que no hayas cogido frío —le dijo por sexta o séptima vez—. Siempre pienso que estar mojado es un verdadero fastidio. Recuerdo que cuando James era pequeño fuimos a la isla de Wight y yo me mojé. Habíamos salido a caminar y se puso a llover, y no llevaba conmigo a Tata, de modo que protegí a James con mi paraguas y mi marido se levantó el cuello del abrigo. Qué desagradable fue.

Pierre se marchó a casa embriagado por la imagen de la joven dama protegiendo a su adorable niño, y hasta llegó a componer parte de un verso que debería empezar por «*Dieu pluvial!*» y acabar, mediante un bonito alarde de fantasía, con «*ce doux agneau*». Pero, en cuanto a la parte central, la musa no le fue propicia.

12. Feliz cumpleaños

La mañana del día en que Martin cumplía diecisiete años el sol salió en un cielo sin nubes. Sobre el jardín y la pradera se extendía una bruma que auguraba un día perfecto de agosto. La habitación de Martin daba al este, y el sol entraba a través de las ventanas sin cortinas hasta su cama, donde yacía profundamente dormido, destapado tras haberse deshecho de las sábanas a patadas y con la camisa del pijama arrojada a un lado. Al incidir el sol en su piel desnuda empezó a moverse y desperezarse con enorme placer, todavía medio dormido. Una avispa que recorría la habitación vino a rondarle la cabeza con un zumbido enojado y metálico. Despertándose, trató de darle un manotazo y falló. El insecto se alejó airado, se estampó contra la ventana, descubrió el batiente abierto y salió por él. Arrullado por el silencio, Martin estaba a punto de abandonarse al sueño una vez más cuando se acordó de qué día era.

—Dios mío —exclamó incorporándose hasta sentarse, apartándose el pelo de la cara—. Tengo diecisiete años.

Consideró semejante hecho durante unos instantes, sentado rodeándose las rodillas con los brazos. Tener diecisiete casi equivalía a ser adulto. Ahora podía conducir el Ford, o de hecho el coche deportivo de David si éste le dejaba, con impunidad. Diecisiete era la edad en la que podía ocurrir cualquier cosa. A uno lo aguardaban romances y aventuras. Todo iba a salir perfecto. John había llegado el día anterior y habían pasado una velada entretenidísima en la que David había entonado sus divertidas canciones y había tocado el piano para que ellos bailaran una vez que los abuelos se fueron a la cama. Celebrarían un torneo de críquet durante la jornada. Ya le llegaba el martilleo distante de los hombres que acababan de colocar asientos suplementarios en el campo. Era divertido, si te molestabas en levantarte, mirar más allá del jardín a aquellos hombres y ver caer los

martillos mucho antes de que el ruido llegara hasta ti; la cosa tenía algo que ver con la ciencia. Y después del críquet tendría lugar la cena y el brindis a su salud. Y luego el baile...

Martin se desperezó y se levantó como un resorte de la cama. Casi se le había olvidado. No era sólo su cumpleaños, sino el Día Señalado. La bandera con *fleurs-de-lis* ya estaba acabada, aunque habían tenido que presionar a Ursule, cuyo interés se había trasladado de repente a la señorita Stevenson y la habían encontrado soltando risitas a sus pies cuando debería haber estado trabajando. Se habían trazado todos los planes, y el día de su decimoséptimo cumpleaños sería también el de su dedicación a la causa de la monarquía caída. De un cuaderno sobre el tocador, extrajo un recorte de periódico que hablaba del duque de Guisa y el conde de París. Qué curiosas peculiaridades las de las fotografías de prensa, que hacían que el duque pareciera un tipo calvo disfrazado con una barba postiza, y el conde, un criminal con pocas luces. Pero Martin sabía que no era así. Incluso la prensa inglesa reconocía el poder que emanaba de aquellos dos hombres.

—«El gobierno francés —leyó para sí en voz alta— se toma en serio al duque, como hiciera con su padre. Al duque de Chartres se le dio de baja del ejército francés hace cuarenta años porque era su general más brillante. El duque de Guisa, a sus sesenta años, es un hombre alto y apuesto. Dado el esplendor de su padre, a él se le ha prohibido servir en el ejército francés.»

—¡Tiranos! —murmuró Martin.

Dejó entonces el recorte de periódico sobre la repisa de la chimenea y se puso en posición de firmes.

—*Mon roi* —le dijo con devoto respeto al duque de Guisa, y le hizo el saludo militar—. *Mon dauphin* —añadió con caballeroso respeto dirigiéndose al conde de París, y le hizo el saludo militar.

Guardó entonces unos instantes de silencio en memoria del joven Daudet, víctima de una muerte vil a manos de los traidores. Cómo hacía que la sangre hirviera en sus venas sentir que Pierre, Ursule y Jean-Claude posiblemente estarían haciendo lo mismo en aquel preciso momento. Mientras aquellos corazones leales palparan, la causa de los lirios dorados, las flores de lis, no estaría perdida.

De haber sido capaz Martin de sobrevolar la rectoría y escudriñar a través de las ventanas, su fe habría recibido un duro golpe. Pierre se hallaba en efecto venerando una fotografía, pero no la de un rey y un delfín. Se trataba de un recorte de la revista *Tatler* en el que aparecía la señora de Robert Graham charlando con un amigo en una fiesta en los jardines del palacio de Buckingham. Agnes tenía esa clase de belleza tan singular que es capaz de sobrevivir incluso a una cámara de prensa. La delicada proporción de sus facciones, su preciosa y omnímoda sonrisa, su exquisita figura: a todo eso el fotógrafo de la revista de moda y celebridades le había hecho plena justicia.

—*Moi, j'aime la lointaine Princesse* —murmuró, y guardó la fotografía en un cajón para que no lo viera afeitarse.

Ursule, en bata y zapatillas, estaba sentada a los pies de la cama de la señorita Stevenson escuchando palabras muy sabias.

—El del matrimonio es un tema muy amplio —estaba diciendo la señorita entre sorbos de té—. Tú y yo tenemos que hablar sobre él. Soy muy partidaria de reunir opiniones sobre cada tema desde todos los puntos de vista. La tuya me interesa muchísimo, Ursule. Tengo entendido que en Francia los matrimonios en que se admite el divorcio consensuado aún no están plenamente reconocidos, pero la cosa llegará, sin duda. En la radio tenemos que andarnos con cuidado, como es natural, puesto que la gran mayoría de nuestros oyentes aún están llenos de prejuicios. En particular es necesario que el personal del horario infantil mantenga unos estándares morales muy altos. En mi departamento, esos estándares son oficialmente altos, pero el mero hecho del divorcio no lleva asociado el mismo estigma que en horario infantil.

Ursule soltó risitas de admiración.

En cuanto a Jean-Claude, aún estaba durmiendo.

Tampoco los pensamientos de Mary eran los apropiados para la jornada. Los días anteriores había reinado una verdadera tempestad en su corazón. Había dado paseos maravillosos con David, que la ayudó a rebasar varias cercas sin que fuera necesario, aunque si de verdad ella le hubiera importado lo suficiente como para prestarle su ayuda, pese a que era evidente que podía superarlas sola, lo habría

hecho con un poco más de tacto y atención. Limitarse a tender la mano casi dándole la espalda y a decir «Salta, jovencita» difícilmente podía interpretarse como la expresión de una devoción profunda, por mucho que una se esforzara. Ciertamente que eso debía contrastarse con el hecho de que David le hubiera regalado aquel precioso bolso. Pero tampoco podía olvidarse que había traído a la señorita Stevenson a Rushwater. Por otra parte, David había hecho caso omiso de la señorita desde la llegada de ambos: no había jugado al tenis con ella, ni había ido a verla a la rectoría, ni hablado sobre ella.

Y entonces, el día anterior, había llegado John, tan amable y digno de confianza como siempre. Jugaron al tenis con David y Martin, y él lo hizo muy bien. En la cena había estado encantador, y no dijo nada sobre que ella cantara, por lo que se sintió enormemente agradecida. El intérprete de la velada fue David, y después de que los abuelos se fueran a la cama los había entretenido a todos con las canciones más de moda, incluidos unos nuevos versos muy indiscretos de su espiritual del ron y la melaza. Luego tocó divinamente música de jazz para que los demás bailaran.

—Qué bien bailas —le dijo John—. Eres la persona con los pies más ligeros que he conocido.

—Tú sí que bailas bien, incluso mejor que David.

—Es que tuve la ventaja de estar en la Armada. Me vi obligado a dejarla porque era demasiado alto y me daba trompazos contra todo, pero antes de que me fuera me enseñaron a bailar. Volverás a bailar conmigo mañana por la noche, ¿verdad?

David le había preguntado si tenía su regalo a buen recaudo.

—Pues sí, lo tengo guardado y envuelto hasta mañana. Voy a llevarlo en el baile.

—Oh, el bolso..., eso no es nada —repuso David—. Me refería al regalo que te dejé en esa mano perfecta que tienes. ¿Está a salvo?

Ardiendo de vergüenza, Mary había huido en busca de Agnes con un murmullo incoherente. ¿Cómo se atrevía David a pensar que a ella le importaba que le besara la mano? Pero qué adorable por su parte acordarse de algo que ella había creído un gesto sin importancia para él. Y, gracias a Dios, David nunca sabría que aquella noche al irse a la

cama había tenido la mano ahuecada bajo la mejilla hasta que esa postura se volvió demasiado incómoda.

Aquella mañana del cumpleaños de Martin, Agnes sólo pensaba en que era una lástima que Emmy y la querida Clarissa no fueran aún lo bastante mayores para asistir al baile, y en que estaba decidida a encontrarle una mujer a John. Le había encantado ver a John y Mary bailando juntos la noche anterior, y hasta se había esforzado un poco en retener a Martin como su pareja de baile para que John pudiera tener más oportunidades.

Al señor Leslie y lady Emily, el decimoséptimo aniversario de Martin les haría pensar inevitablemente en el padre del chico. Cuando bajaba a desayunar, el señor Leslie pasó a ver a su esposa.

—Buenos días, querida. Hace un día precioso para el torneo de críquet de Martin. ¿Sabes a qué me recuerda?

—Sí, Henry. A mí también me lo ha recordado. Hacía un día caluroso como hoy, y me acuerdo de los martillazos que daban los hombres al poner los asientos en el campo de críquet.

—Hace que todo vuelva —dijo el señor Leslie—. Ojalá pudiera hacer que volvieran otras cosas. Martin se parece más a él cada día que pasa, Emily. Cuando he oído la voz de Martin esta mañana en las escaleras, casi habría jurado que... Oh, bueno, ahora debo bajar a desayunar —añadió, y se sonó la nariz—. No te levantes demasiado pronto, querida; tienes un largo día por delante.

En la puerta se encontró a John, que pasaba a desearle los buenos días a su madre.

—Buenos días, John —dijo el señor Leslie cuando ya se alejaba.

—Buenos días, padre —contestó John—. Buenos días, querida madre. Muchas felicidades por el cumpleaños de Martin. ¿Le pasa algo a papá?

—Sólo que piensa, John. Martin se parece cada día más a su padre. Hay cosas que uno recuerda constantemente, y luego te das cuenta de que sólo las recuerdas de vez en cuando, pero no por eso duelen menos.

—Lo sé, lo sé.

—Hay que ser feliz siendo testigo de la alegría de los jóvenes —dijo

lady Emily casi para sí.

—Se es feliz haciendo felices a los demás, querida madre.

—Ojalá pudiera hacerte feliz a ti.

—Quizá cuando uno se hace mayor obtiene la felicidad de manera altruista —repuso John, a su vez pensando en voz alta—. Debo decir, sin embargo, que a veces desearía poder obtenerla egoístamente, sólo para mí, como solía dármela Gay cuando era joven.

Lady Emily no supo qué decir. Las últimas palabras de John habían caído como una piedra en su corazón. La aterraba que pudiera hablar de su juventud como algo extinguido. Fue consciente del sempiterno lamento de una madre: «¿Qué sabes tú del dolor si no has perdido a un hijo?». La imagen que tan a menudo y con tanta firmeza había mantenido a raya brotó ante ella: la de su primogénito vagando en algún lugar más allá de la vida, deseando su compañía, pensando que ella lo había abandonado, sin saber que era él quien la había dejado para que envejeciera sin su hijo. La apartó con decisión, recordando que John tenía necesidad de ayuda y estaba vivo.

—Mi querido John, qué conversación tan triste estamos teniendo el día del cumpleaños de Martin. No hables de ese modo de cuando eras joven. Me hace sentir realmente vieja.

—Tú me crees joven porque soy tu hijo, mamá. Los demás no creen que lo sea. Buenos días, Mary, ¿a ti te parezco joven?

Mary, que también pasaba a saludar de camino al desayuno, quedó desconcertada ante aquella pregunta.

—¿Eres mucho mayor que David? —preguntó con cautela.

—Siete u ocho años. Depende de cuál de nosotros haya cumplido años el último.

—Entonces no puedes ser muy mayor. —Y, cuando John salía de la habitación, Mary añadió—: Tía Emily, olvidé decirte que Martin y los Boule quieren hacer un pequeño número esta noche. Sólo les llevará unos minutos, y querían que te preguntara si te parece bien. Creo que van a disfrazarse y recitar, o algo así.

—Claro, por supuesto que pueden. ¿Necesitarán algún sitio donde disfrazarse? Me temo que tendrán que utilizar uno de los dormitorios, porque las habitaciones de abajo están todas ocupadas. Conque podría

ayudarlos; se le da de maravilla hacer ropa. Toca la campanilla, Mary, y se lo diré. O si está desayunando, como pasa siempre cuando la llamo, se lo diré cuando suba, si me haces el favor de escribírmelo en un pedazo de papel. Hay papel sobre la mesa, y sé que no hace mucho tenía por aquí un lápiz, pero todo acaba hecho un lío entre las sábanas.

—No creo que necesiten ayuda, tía Emily, muchas gracias. Ya está todo organizado. Les diré que estás de acuerdo.

Cuando Martin bajó a desayunar con un poco de retraso, se los encontró a todos comiendo. Lo recibieron con un coro de felicitaciones y un montón de obsequios junto a su plato. El abuelo y John le habían regalado sendos cheques que serían una ayuda considerable para solucionar el problema de la bicicleta de motor. David le había traído una caja con camisas, calcetines y corbatas que estaban de moda, muy sobrios. Agnes le regaló unos gemelos grabados y con perlas auténticas. Mary le había tejido una bufanda y un jersey ribeteado con los colores de su escuela. Había también cartas y telegramas de diversos parientes y amigos.

—Oh, muchísimas gracias a todos —dijo Martin, contentísimo y un poco avergonzado—. Gracias de todo corazón, abuelo, por el cheque. Gracias de todo corazón, John, es todo un detalle por tu parte. Gracias de todo corazón, David, me encantan. Gracias de todo corazón, tía Agnes, has dado absolutamente en el clavo. Gracias de todo corazón, Mary, has acertado de pleno.

Se sentó a desayunar sumido en la feliz ensoñación de recorrer Inglaterra a su aire. Tata e Ivy aparecieron entonces con James, Emmy y Clarissa.

—Deséale un feliz cumpleaños al señorito Martin, James —dijo Tata—. Y tanto Ivy como yo queremos felicitarlo también, señorito Martin.

—Oh, gracias de todo corazón, Tata, qué amabilidad por vuestra parte.

—Vamos, James, ven a darle el regalo a tu primo —insistió Tata.

James puso en manos de Martin un dibujo a la acuarela, enérgico pero muy inexacto, de dos locomotoras que chocaban de frente.

—Oh, muchísimas gracias, James. Qué maravilla de dibujo. Gracias de todo corazón.

—Tenía la intención de comprarte unas calcomanías —dijo James—, pero cuestan seis peniques, y estoy ahorrando para comprar más pinturas, así que te hice un dibujo. ¡Muchas felicidades!

—Muchas gracias, querido amigo. Es sencillamente magnífico.

Acercaron entonces a Emmy y Clarissa. Cuando le dijeron a Emmy que felicitara a Martin, la niña rompió a llorar y corrió hacia Ivy.

—Oh, qué traviesa —dijo Agnes—. Ivy, dale el regalo de Emmy al señorito Martin.

—Oh, muchísimas gracias, Emmy —exclamó Martin abriendo un sobre en cuyo interior había la imagen de un cisne hecho con algodón en rojo y azul sobre un cartón—, es sencillamente magnífico.

—Será mejor que te lleves a Emmy, Ivy —pidió Agnes—. Está en plena llorera, y es un verdadero fastidio. Ven a darle tu regalo a Martin, Clarissa.

La contribución de Clarissa fue un ramillete de margaritas marchitas que aferraba en su manita caliente.

—Oh, gracias de todo corazón, Clarissa. Es el regalo más bonito que he recibido.

—Las cogió ella misma para el señorito Martin —anunció Tata con orgullo— ayer por la tarde, y no ha habido forma de que me permitiera ponerlas en agua. Ha dormido con ellas toda la noche, señorito Martin, y lo primero que ha hecho esta mañana ha sido sentarse en la cama sujetándolas con fuerza, y no las ha soltado tampoco durante el desayuno; Ivy ha tenido que dárselo con una cuchara.

Martin levantó a su sobrinita y le dio un beso. Todos tuvieron ganas de llorar. Tata se llevó a Emmy y Clarissa.

—Espera a que seas mayor de edad, muchacho —dijo David—. Esto no es nada. Tendrás que besar a Siddon y Conque y todos los demás y pronunciar un discurso.

La puerta se abrió y, para la sorpresa (y, todo hay que decirlo, para la leve irritación) general, entró lady Emily apoyándose en su bastón y con un echarpe de encaje negro sobre la cabeza y los hombros.

—Bueno, ya estoy aquí para molestaros a todos y para hablar de planes —anunció con expresión maliciosa—. Muchísimas felicidades, mi querido Martin.

Martin se levantó de un brinco y abrazó a su abuela.

—Te he traído un regalo —dijo ella sentándose junto a su nieto y dándole un pequeño estuche—. Era de mi padre, y debería haber sido para tu padre, Martin, de modo que lo he estado guardando para ti.

Martin sacó del estuche un gran reloj de oro, fino como una galleta, con una leontina también dorada.

—Oh, abuela —repuso él anonadado—, ¿de verdad es para mí?

—Sí, de verdad, Martin. Veamos qué hora es.

Le quitó el reloj de las manos y apretó un resorte. Se oyó un repique cristalino como el de una campanilla nueve veces, seguido por tres cuartos.

—Las diez menos cuarto —anunció lady Emily devolviéndole el reloj a Martin.

—Oh, abuela, es..., es sencillamente magnífico. No..., no deberías haberme hecho un regalo tan increíble. Es maravilloso.

Lo hizo sonar otra vez con aires de orgullosa maestría.

—A la querida Clarissa le encantará oírlo —comentó Agnes.

—No, Agnes —intervino con firmeza David—. El reloj no es mío, pero como tío de Martin insisto en ejercer mi autoridad. Ese reloj tan divino no debe acercarse jamás a tus hijos. ¿Me oyes, Martin? Si llegan a estar a menos de cien metros de ese reloj, James lo hará pedazos, Emmy lo destrozará y Clarissa lo dejará caer en la bañera, ¿no es así, Agnes? Entonces tú dirás: «Oh, qué traviosos sois, tengo que conseguiros otro reloj con el que jugar».

Fuera o no la intención de David, su imitación de Agnes los hizo reír a todos y quebró la atmósfera levemente emotiva creada por el reloj de lord Pomfret.

—Me acuerdo muy bien de tu padre con ese reloj, Emily —dijo el señor Leslie—. Solía llevarlo por las noches. En aquel entonces los hombres no llevaban relojes de pulsera. Menuda costumbre tan tonta. Tu padre jamás habría llevado un reloj de pulsera; era un hombre sensato, lord Pomfret. Tampoco llevaba esos ridículos chalecos blancos sin espalda.

—Porque todavía no los habían inventado —susurró David en un teatral aparte que le provocó a Martin una risotada tremenda.

El señor Leslie miró con suspicacia a su nieto, pero recordó que era su cumpleaños y guardó silencio.

Lady Emily procedió entonces a volver locos a todos los que tuvieran la paciencia de escucharla discutiendo planes que se habían hecho tiempo atrás, replanteando cuestiones que habían quedado resueltas varios días antes y, finalmente, sugiriendo que invitaran a cenar a todos los ocupantes de la casa del párroco. El señor Leslie, David y Martin abandonaron la habitación mientras estaba hablando, con alguna excusa sobre el críquet. Agnes, sin verle fin al lío en que su madre se proponía embarcarlos, sugirió ir a ver a la señora Siddon y hablar con ella sobre cómo se serviría el té, sabedora de que Siddon, con sus largos años de práctica, era capaz de oponerse a cualquiera de los proyectos de milady que interfiriera en sus propios y excelentes planes.

—¿Quieres salir un ratito, Mary? —propuso John—. El críquet no empezará hasta las doce.

Recorrieron el jardín hasta un murete bajo de ladrillo que lo separaba de los campos y los bosques. Al otro lado del muro corría el riachuelo que se conocía con el nombre de Rushmere Brook y que había proporcionado agua a la abadía y los estanques. En un extremo del murete había una glorieta, o cenador, a la que se accedía por un corto tramo de peldaños. John sugirió que entraran en ella, puesto que el sol ya abrasaba. Un ventanal amplio, bajo y sin cristales daba al Rushmere Brook, y se asomaron a él. El martilleo en el campo de críquet había llegado a su fin y reinaba el silencio.

—¿Qué anda tramando Martin? —quiso saber John—. Anoche estaba muy misterioso.

—Es una especie de secreto, John. Algo que van a hacer él y los Boulle.

—¿Estás tú también metida en el meollo?

—En realidad, no, pero prometí ayudarlos y no delatarlos, de modo que ¿te importa si no te lo cuento? No es nada que no debieran hacer, sólo una especie de idea romántica. Van a ofrecer una pequeña representación esta noche, y le pedí permiso a lady Emily, y ella estuvo de acuerdo.

—Ojalá hubieras conocido a mi hermano mayor, el padre de Martin. El chico se le parece en grado sumo. Nunca he conocido a un hombre que me cayera mejor que mi hermano. De adolescentes teníamos peleas tremendas, por supuesto, pero no significaban nada. Gay también sentía devoción por él. Nuestras familias tenían amistad desde hacía mucho, ¿sabes? Ella era sólo una niña cuando a él lo mataron, pero lo adoraba. En cierto sentido, me enamoré después de ella porque ambos sentíamos por él un cariño tremendo.

—¿Cómo era Gay en realidad, John? He visto fotografías tuyas, pero cuando le pregunto a la tía Agnes por ella, no es capaz de explicármelo.

—La querida Agnes... —dijo John riendo—. Puedo imaginar sus dificultades a la hora de decir algo definitivo sobre quien sea. No es fácil describir a Gay. Y no tengas una mala opinión de mí si te digo que estoy empezando a olvidarla.

Miró hacia el riachuelo y guardó silencio durante unos instantes. Parecía increíble que Gay, su amiga de la infancia, su joven amor, su adorada esposa, estuviera ya desvaneciéndose en su mente, pero así era. Si trataba de evocar su aspecto, su voz, ya no era capaz de imaginarlos. Alguien a quien había amado de un modo indefinible con palabras se estaba convirtiendo en una leve sombra, que se disipaba y se alejaba de él mes tras mes, día tras día. El tiempo lo devora todo, pero todos los mortales creen que su memoria puede atesorar la inmortalidad. Conservan una querida imagen en su corazón, pero, mientras todavía la retienen, los laureles se marchitan y la imagen se va atenuando. De una cosa estaba seguro John: si pudiera ver a Gay una vez más, contarle que la estaba perdiendo con cada hora que pasaba, que la añoraba menos amargamente, y, para ser franco, que por necesidad pensaba en muchas cosas en las que ella no tenía papel alguno, Gay lo comprendería como siempre lo había comprendido todo.

—Sólo puedo explicarte cómo era Gay —dijo, rompiendo el silencio— diciéndote que lo comprendía todo y que no le tenía el menor miedo a nada.

Mary no contestó.

—Y si pudiera decirle —continuó John con un dejo de amargura en la voz— que la estoy olvidando, a ella no le parecería cruel. Se reiría de mí y me diría que no convirtiera mi pesar en virtud. Supongo que a todos nos gusta sacarle provecho a nuestro dolor. —Su voz se tornó más severa al flagelarse de aquella forma—. Al fin y al cabo, el viudo desconsolado difícilmente es una figura romántica pasados siete años, ¿no?

—John, ¡cómo te atreves! —exclamó Mary con fervor.

—¿Cómo me atrevo a qué? ¿A reírme de mí mismo? ¿No tengo derecho acaso?

—No, no lo tienes. Mientras te acuerdes siquiera de Gay, no tienes derecho a reírte tan cruelmente del marido de Gay. Y aunque la hubieras olvidado del todo, no es justo que digas esas cosas tan falsas y horribles sobre ti mismo, con lo bueno que eres.

—¿Soy bueno?

—Claro que sí. Fuiste bueno conmigo cuando hice el ridículo en tu despacho, y cuando traté de explicarte cómo lamentaba haber sido una bruta mojigata con lo de Milton, y por no insistir en que cantara cuando sabías que estaba asustada, y por ayudar a Martin a no marcharse al extranjero cuando no quería hacerlo. ¿Cómo te atreves a menospreciarte de esa manera?

—Supongo que estaba pavoneándome. Un hombre hace esas cosas, incluso a mi edad —repuso John, más conmovido de lo que le gustaba admitir.

—Cállate ya —exclamó Mary con exasperación y sacudiéndolo del brazo con ambas manos—. Si todo el mundo fuera tan bueno como tú, seríamos todos mucho más felices. Y no pienso volver a hacer el ridículo delante de ti, pero si lo hiciera, sería culpa tuya.

Sus ojos anegados en lágrimas demostraron que estaba diciendo la verdad.

—¿Te importaría enjugarte los ojos ahora mismo? —pidió John con su tono de voz normal—. Si te echas a llorar, no podré soportarlo y diré un montón de cosas que probablemente no debería decir.

—Si son palabrotas —repuso Mary esperanzada—, a mí también se me dan bastante bien. Mi padre soltaba unos tacos horribles sobre

cosas como las comidas o las botas..., aunque no sobre cosas reales.

—No, no son palabrotas, mi querida tontorrón. Son cosas distintas, bien distintas; pero si tú no sabes qué son, yo no voy a decírtelo. Tú guarda el secreto de Martin y yo guardaré el mío. Y ahora, volvamos. Me estarán esperando para el críquet.

En consideración a aquellos lectores que no estén interesados en el críquet, no vamos a describir aquí el partido. Nos limitaremos a decir que el equipo que jugaba en casa perdió (lo cual, no obstante, es lo siguiente mejor que ganar, como observó alegremente Martin), que Martin jugó bien y sin flaquear y consiguió el mayor número de tantos para su equipo, que David bateó varias veces de maravilla y llevó a cabo una atrapada espectacular, y que John quedó eliminado casi de inmediato. Lady Emily llegó al pabellón antes de almorzar y disfrutó enormemente interrumpiendo conversaciones y arrancando sin miramientos a los invitados de sus asientos, en los que estaban perfectamente acomodados, para sentarlos en otros sitios que no les gustaban y junto a personas a las que no tenían ganas de conocer. David diría después que había visto a su madre cojear hasta el árbitro entre dos tandas de seis lanzamientos y ofrecerle un cuadrado impermeable sobre el que situarse, pero semejante declaración obtuvo, con toda justicia, la incredulidad general. John y Agnes, quizá los únicos que comprendían los profundos sentimientos de sus padres ante aquel aniversario y que toda su alegría por Martin se mezclaba con el dolor por la pérdida del padre del chico, admiraron con cariñosa inquietud su valentía y su capacidad de olvidarse de sí mismos.

Se sirvió un almuerzo frío, y la gente entraba y salía cuando estimaba oportuno. Mary se sentía tan feliz por nada en particular que le tendió una mano amiga a la señorita Stevenson, a quien se había encontrado vagando a solas por ahí, y le propuso ir a Rushwater House a tomar pollo y un vaso de sidra.

—Me encantaría —dijo la señorita con evidente gratitud—. Los Boulle no son muy entusiastas del críquet, de modo que no llegarán hasta la tarde.

—¿Qué tal se lleva con ellos?

—Háblame de tú, por favor. Me llevo bien. Trabajo con el profesor

todas las mañanas, y es un maestro excelente. En cuanto a la conversación, de haber sabido lo bien que la familia habla inglés, no estoy segura de que hubiera venido. Sin embargo, madame Boulle es espléndida a la hora de detectar tus errores. Le he pedido que no tenga piedad conmigo. Es bueno que te corrijan cada vez que sueltas un disparate, así tengo la sensación de estar peleando con algo. Y Ursule es una chica interesante.

—¿No es un poco glotona? —preguntó Mary—. Martin dice que siempre está hablando de comida.

—Eso también es interesante. Es evidente que ha padecido alguna clase de represión que asume esa forma peculiar. Pero me interesa más su condición de término medio. Es moderna en ciertos sentidos y extremadamente hogareña en otros. Quiero proponerle que pase unos días conmigo en mi casa antes de regresar a Francia. ¿Qué opinas tú de David?

Mary casi dio un respingo ante aquella pregunta repentina.

—Es muy simpático —respondió sin comprometerse—. Un poco disperso con ciertas cosas.

—Yo lo encuentro interesantísimo. El clásico macho depredador, suavizado por la civilización. Francamente, muy atractivo para las mujeres. ¿Estás enamorada de él?

Con enorme presencia de ánimo, Mary contestó:

—¿Lo estás tú?

La señorita Stevenson pareció encontrar perfectamente normal aquella pregunta.

—Todavía no —respondió—, pero supongo que acabaré por estarlo. Y voy a sufrir, por supuesto. Con esa clase de hombres siempre pasa. Apuestos tiranos, desalmados angelicales. En realidad no son mi tipo. Me gustaría que conocieras a mi amigo Lionel Harvest. También es tremendamente seductor. Trató de echarme de la radio, pero desde que ha fracasado me parece decididamente más atractivo. Tengo instinto maternal.

Mary descubrió que ya no sentía unos celos demenciales de la señorita Stevenson, lo que resultaba curioso. Le tenía una envidia terrible, por su actitud distante, porque parecía que lo sabía todo sobre

los hombres y la vida, pero ya no tenía deseos de pegarle o matarla.

—En este momento estoy un poco preocupada —continuó la señorita Stevenson—. He organizado una serie de recitales de poesía sobre jardines y quiero a alguien que dé una charla preliminar. Conozco a un montón de aficionados entusiastas, o gente capaz de escribir una prosa hermosa, pero lo que quiero es a alguien que conozca bien la literatura sobre jardines, además de ser jardinero en la práctica.

—¿Te importaría que ese alguien fuera un pelmazo?

—Me interesaría. Colecciono pelmazos. Son casi siempre el resultado de represiones tempranas, y como yo soy del tipo maternal, sé entenderlos. ¿Tienes uno?

—Todavía no. Pero viene a pasar la noche aquí un tal señor Holt, un viejales aburridísimo que lo sabe todo sobre hierbas, plantas perennes y esa clase de cosas.

—Pues que me lo presenten —contestó la señorita Stevenson—. ¿Baila?

—Ay, diría que no. Es bastante mayor y gordo.

—Espléndido. Yo tampoco bailo. Probablemente no es más que una pose exhibicionista por mi parte, para ocultar el hecho de que no bailo bien. Ese tipo me será útil, estoy segura. Muchísimas gracias por el almuerzo, señorita Preston.

Para la mayoría de los presentes, el refrigerio se sirvió en el frontón, pero Gudgeon rescató de la multitud a los invitados que creyó oportuno y los condujo a la casa, donde Agnes estaba sirviendo té. Pierre Boule se había pegado a ella y les tendía con fervor a los invitados las tazas que Agnes iba llenando. A veces sus manos se tocaban a través de un platillo y Pierre palidecía de emoción.

—Lady Dorothy Bingham, la señorita Bingham y la señorita Hermione Bingham —anunció Gudgeon.

—Mi querida Dodo, qué alegría —dijo Agnes—. Querida Rose, querida Hermione, qué delicia teneros aquí. ¿Habéis tomado té? Monsieur Boule, ¿querrá ocuparse de mis primas?

Lady Dorothy era una prima de lady Emily y la mismísima Dodo Bingham cuya carta sobre el joven al que no le habían permitido ir a

Múnich se había perdido en el jardín. Ella y sus bonitas hijas gemelas se quedarían a pasar la noche, y puesto que les habían pedido que lo hicieran sólo para completar los puestos en la mesa de la cena, no les vamos a prestar mucha atención. Ambas jovencitas lo pasarían en grande y tendrían mucho éxito, y como todas se marcharían a casa en su coche a la mañana siguiente temprano, no hace falta que nos molestemos en hablar más de ellas.

El siguiente en llegar fue el señor Holt. Apareció de un humor horroroso, puesto que había tenido que viajar hasta Rushwater en la línea que daba un rodeo y luego hasta allí en el Ford. El efecto calculado de su llegada quedó enteramente arruinado cuando se encontró con una sala llena de gente que hablaba a voz en cuello, un barullo en el que ni siquiera la voz de clarín de Gudgeon fue capaz de penetrar. Holt se quedó allí plantado durante un momento hirviendo de ira, solo y abandonado, hasta que lo vio Mary.

—¿Qué tal, señor Holt? —lo saludó—. Soy Mary Preston, estaba aquí la última vez que usted vino.

—Sin duda, sin duda —repuso él ofreciéndole una mano blandengue—. Me temo que soy casi un intruso, entre tanta gente.

—Por supuesto que no —respondió Mary—. Lady Emily no recibe a los invitados en persona, porque está un poco cansada con tanto calor. La encontrará en su *chaise longue* junto a la ventana. Venga a tomar un poco de té.

Lo guió hacia la mesa e hizo lo posible por aplacarlo describiéndole a la señorita Stevenson, cuya importancia en la radio exageró enormemente, así como las ganas que tenía de conocerlo. Sus artimañas dieron fruto, y al poco el señor Holt volvió a ser el personaje simple y egoísta de siempre.

—Bueno —dijo—, no debo postergar más el momento de presentarle mis respetos a la anfitriona. ¿Querrá conducirme hasta ella, señorita Preston? Ah, ahí está, en su butaca. Mi querida lady Emily, qué agradecido le estoy por invitarme a su encantadora casa una vez más. Y en una ocasión tan memorable como el aniversario de nuestro joven amiguito Martin, además. Pero antes de que me guíe hasta su jardín, del que lamentablemente pude ver tan poco la última

vez que estuve aquí, ¿podría hacerle una humilde petición? De nuevo iré a continuación a visitar a mi querida amiga lady Norton, pero mucho me temo que no podrá recibirme hasta pasado mañana. ¿Puedo por tanto abusar de su amabilidad durante dos noches en lugar de una como proponía en su generosa invitación? Asimismo le rogaría que su chófer tuviera la bondad de llevarme hasta allí.

Lady Emily, que había cerrado los ojos durante la última parte de aquel discurso, se volvió entonces hacia Mary con una deliciosa mueca de desesperación.

—Por supuesto que debe quedarse, señor Holt. En cuanto a que Weston lo lleve, estoy segura de que lo hará si está disponible, pero tendré que preguntárselo a mi marido. Ahora cuéntemelo todo sobre lady Capes. No he sabido nada de ella desde la última vez que estuvo usted aquí. Ah, o quiere ver el jardín, ¿no es eso? —Y exclamó dirigiéndose a lady Dorothy Bingham—: Dodo, querida, sé que detestas el críquet... ¿Querías llevar al señor Holt a dar una vuelta por el jardín? Es una autoridad tremenda.

—Por supuesto —contestó lady Dorothy con voz grave—. Me hace falta un poco de ejercicio tras el trayecto en coche hasta aquí. —Y, asiendo al señor Holt del brazo, se lo llevó.

Puesto que la dama sabía mucho sobre jardinería, tenía una altísima opinión de su propia genialidad y era una caminante incansable, la expedición le produjo bien poco placer al señor Holt. El agradable paseo con una anfitriona admirativa, tal como había imaginado, se convirtió en una enérgica caminata con una mujer que lo contradecía y lo intimidaba, y, salvo por el hecho de que fuera hija de un duque, le resultaba aborrecible en todos los sentidos. Su mal humor, que los halagos de Mary habían disipado, volvió a hacer presa en él de un modo desaforado, y no contribuyó a suavizarlo el que lo hubieran instalado en lo que él consideró un dormitorio de categoría inferior y que se viera obligado a esperar para darse un baño a que David pasara en remojo un rato interminable.

Y así, no le produjo un placer particular verse sentado en la cena entre lady Dorothy, a quien temía, y Mary, a quien no consideraba digna de sus atenciones. Al otro lado de Mary estaba David, que nunca

había estado más encantador o divertido.

—Estás divina con este vestido —le dijo a Mary tras el pescado—; no tan preciosa como Agnes, pero sí divina.

Agnes estaba en efecto radiante de tan hermosa. El cuello y los brazos blanquísimos, el cutis exquisito, los ojos y el cabello oscuros parecían salidos de una novela victoriana. El vestido de encaje blanco y el collar y los pendientes de brillantes contribuían a convertirla en una belleza deslumbrante.

—Me concederás muchos bailes, ¿verdad? —continuó David—. Quiero disponer de un montón, como la mitad de los de tu carné. ¿Dónde está tu bolso? ¿De veras te gusta?

Mary le mostró el bolso que él le había regalado, que yacía en su regazo.

—Le compré uno igual a Joan —soltó David—. Es una preciosidad, ¿a que sí?

Una vez más, Mary estuvo a punto de explotar de ira y humillación. Resultaba que el bolso, que había sido un regalo especial de David para ella, no era más que un duplicado del de la señorita Stevenson. Probablemente David había comprado seis o un centenar y se los había regalado a todas las chicas que había conocido en su vida. La señorita Stevenson había tenido toda la razón al llamarlo «desalmado angelical». Antes de que se le ocurriera algo realmente hiriente que decir, David se puso a hablar con su prima, Hermione Bingham, que estaba sentada a su otro lado. Mary se volvió hacia el señor Holt, pero lady Dorothy no le daba tregua, de modo que no le quedó otra que seguir comiendo y tratar de parecer contenta. Era evidente que tenía pocas posibilidades de hablar con el señor Holt, lo que siempre sería mejor, por mucho que le desagradara aquel hombre, que sentirse de más allí. El señor Leslie, al otro lado de lady Dorothy, se permitía coquetear con Rose Bingham, cuya impertinente vivacidad les resultaba cautivadora a los caballeros mayores. Más allá de Rose, John hablaba con Agnes.

—¿No te parece que Mary está preciosa con el vestido que elegí para ella? —preguntó Agnes, cuyos métodos eran simples y directos.

—Sí, encantadora.

—Quiero que seas muy simpático con ella esta noche —continuó su hermana—. Me gustaría que fuera muy feliz esta velada.

—Habrá montones de hombres jóvenes —dijo John medio en serio.

—Pero no tan agradables como tú, mi querido John. Fue en un baile donde yo me comprometí con Robert. Me llevó a donde se servía la cena y un camarero le derramó café en toda la pechera de la camisa, y yo le dije: «Oh, coronel Graham, ese café le dejará una mancha en la camisa». De modo que él me pidió si podía reservarle no el baile siguiente sino el otro, y fue derecho a sus habitaciones a ponerse una camisa limpia y volvió y se me declaró.

—Mi querida Agnes, eso es de gran ayuda. ¿Y qué dijo exactamente Robert cuando se te declaró? Eso podría ayudarme también.

Agnes pareció complacida.

—No lo recuerdo exactamente, pero me dijo algo sobre nuestra madre, y yo le dije que me parecía bonito, de modo que nos comprometimos.

Al fin y al cabo, aquello no le era de mucha ayuda, pensó John. Además, no estaba seguro de tener el valor para pensar en comprometerse, aunque Mary se dignara mirarlo. En el cenador, en la quietud de la calurosa mañana, Gay, aquel fantasma tan dulce, se había escurrido entre sus dedos para liberarlo y dejarlo solo. Sus pensamientos, que tantos años pasaran entretenidos en las sombras del amor, habían aleteado ahora de vuelta a su corazón, libres para emprender nuevas aventuras. Desde que oyera a Mary cantar en el salón a la luz de las velas, había sabido que ella podría dar refugio a aquellos pensamientos, pero se había contenido por cierto sentimiento de lealtad hacia Gay, por el temor de aprovecharse de la compasión de Mary. Gay se había retirado ahora, satisfecha de saberse olvidada. ¿Podría Mary sentir algo por él que no fuera lástima? Le había dicho que era bueno, pero la gratitud por la bondad podía estar muy lejos del amor. Conmovido y desorientado como estaba, sólo podía dejar que la velada diese sus propios frutos. Si eran amargos, los saborearía sin acobardarse. Miró a Mary, al otro lado de la mesa y todavía abandonada por sus dos vecinos, y la sonrisa que ella le brindó lo confundió sobremanera. Un afecto tan franco y confiado como el

que veía en su expresión lo volvió medio temeroso de perturbar su serenidad.

Antes de que pudiera contestarle algo a Agnes, el señor Macpherson la incluyó en una conversación con lady Emily y Martin. Lady Emily le había dicho a Gudgeon que el servicio debía entrar y brindar a la salud de Martin después de la cena, y Martin, que hasta entonces había aguantado bien los honores rendidos por su cumpleaños, tenía la sensación de que aquello ya se pasaba de rosca.

—Ay, la verdad, abuela —protestó—, si viera a Gudgeon y Conque bebiendo a mi salud, me sentiría completamente ridículo.

—Pero ellos se van a llevar una decepción enorme si no, Martin —contestó su abuela—. Conque me ha contado hoy que estaban todos deseándolo. Cuando mis padres celebraron sus bodas de oro, papá hizo entrar al servicio y todos lloraron.

—Ay, la verdad, abuela..., no queremos ver llorar a Conque —repuso Martin.

—Es muy triste que Tata e Ivy no puedan estar presentes —comentó Agnes—, pero alguien tiene que quedarse con los niños. Ivy ha ido al concierto, de modo que esta noche se queda Tata. Mañana, durante el desayuno, podrá contarles a los niños cómo ha ido.

—Me temo que tendrás que hacerlo, Martin —intervino el señor Macpherson—. Es lo que se espera de ti, y no hay nada más que decir.

Martin se enfurruñó casi tanto como lo hace cualquiera en su decimoséptimo cumpleaños. Pero, aparte del deseo absoluto de complacer a su abuela, se le ocurrió otra cosa.

—De acuerdo, abuela —concedió no sin cierta actitud magnánima—. Deja que entren todos. Y les daré algo por lo que brindar.

Lady Emily quedó encantada y apoyó una mano sobre el brazo de Martin en un gesto de aprobación. Gudgeon, que había estado llenando una serie de copas con la cantidad de oporto que consideraba adecuada para el personal de la casa, hizo entrar entonces en tropel a los ocupantes de la habitación del ama de llaves y de las dependencias del servicio. Macpherson ofreció un pequeño discurso de enhorabuena y todos bebieron a la salud de Martin.

Martin, sonrojado y vacilante, y más atractivo que nunca, se levantó

para hablar.

—Os doy las gracias de todo corazón, a todos. Mis abuelos se han portado de maravilla conmigo, así como mis tíos John, Agnes y David. Y desearía que fuera mi padre quien estuviera pronunciando este discurso, pero no es así y no se puede hacer nada al respecto. Es una gentileza impresionante por parte de todos vosotros que estéis aquí, es un detalle increíble por tu parte, Gudgeon, y por la de Sidy y Conk y todos los demás, y os lo agradezco de corazón. Y ahora, quiero que hagáis otro brindis conmigo. Gudgeon, sírveles a todos un poco más de ese afrutado oportu. Voy a pedirlos que brindéis a la salud de nuestro rey y de toda la familia real.

Todos se pusieron en pie. Martin, mirando a Mary a los ojos, vació la copa y luego la arrojó al suelo con gesto desafiante. Mary lo entendió. Otros podían estar bebiendo a la salud del rey Jorge, a quien Martin deseaba todo el bien posible, pero sólo Mary supo que, mientras bebía, no era el rostro barbado del rey de Inglaterra el que ocupaba su pensamiento, sino las facciones levemente zorrunas del actual duque de Guisa.

—Ha sido lo apropiado —le comentó el señor Leslie a lady Dorothy—. Me parece muy adecuado beber a la salud del rey. Pensaba que el chico estaba a punto de brindar por Emily y por mí, y no sé cómo habría aguantado yo de haberlo hecho. Es un buen chico. Tiene el corazón en su lugar. Nada de todo ese bolchevismo.

—Yo siempre lloro cuando se brinda por el rey —dijo lady Emily—. Martin, has estado magnífico. Era justo lo que había que hacer. Me acuerdo de tu padre... Sí, ¿qué ocurre, Gudgeon?

—Discúlpeme, milady, pero como la copa de Martin era una de las especiales, he pensado que le aliviaría saber que no se ha roto. Sólo ha rodado hasta quedar debajo de la mesa.

—Gracias, Gudgeon.

Si fuera posible palidecer cuando uno ha bebido mucho más champán y mucho más oportu de lo que tiene por costumbre, Martin lo habría hecho. ¿Era aquello un mal augurio para la casa de los Borbones? Había logrado beber a su salud y que todos los invitados y criados lo hicieran también. Había arrojado la copa para que ningún

brindis menos digno que aquél pudiera profanarla. Y ahora Gudgeon había recogido aquella copa, que Walter lavaría y guardaría para futuros usos. Por primera vez aquel día, Martin se sintió deprimido. Pero, comprendiendo que defraudaría a sus abuelos si no estaba a la altura de las circunstancias, hizo un valiente esfuerzo por ser el de siempre, y se vio recompensado al sentirse mucho más contento.

13. Los lirios se marchitan

Media hora más tarde, lady Emily, magnífica en su atuendo de terciopelo azul, zafiros y encaje, recibía a sus invitados en el salón, y el gabinete se había abierto para emplazar a la banda sobre un estrado en un extremo. Como hacía una noche calurosa y sin viento, todos los balcones que daban a la terraza estaban abiertos.

El grupo de la rectoría había sido de los primeros en llegar. Madame Boulle estaba imponente de encaje rojo oscuro; Ursule se veía mucho más atractiva en su virginal vestido azul claro y se aferraba como de costumbre a la señorita Stevenson, que lucía un atuendo audaz en satén negro con considerable éxito.

Madame Boulle declaró en voz bien alta lo mucho que le gustaban la sala, las luces, los vestidos, los invitados. Dijo que le recordaba a los bailes que solía ofrecer su abuela la condesa, unos bailes que frecuentaba la más alta nobleza. Los franceses, añadió, eran célebres en el mundo entero por la vistosidad y el *entraînement* de sus bailes, pero, aun así, un baile inglés transmitía una firme sensación de comodidad que una no siempre encontraba en Francia.

—*Mais, écoute ce que je te dis*, Martine —continuó—, una cosa que sí es sumamente inglesa es vuestra costumbre de celebrar el día del nacimiento en lugar del día del santo. En Francia, Martine, el día de tu fiesta sería el once de noviembre, San Martín.

Pero antes de que pudiera explayarse sobre ese tema, el resto de la familia se la llevó por delante, y Jean-Claude, que iba el último, le comentó a Martin en un aparte perfectamente audible:

—Si *maman* sigue hablando, por la *Saint-Martin* aún estaremos todos aquí.

Su madre, que lo había oído, le dirigió una mirada torva.

—¿Tengo que reprenderte en público por insolencia hacia tu madre, Jean-Claude? —preguntó sin esperar respuesta—. Y me parece que

todavía no le has deseado un feliz cumpleaños a tu camarada Martine. No tienes corazón, Jean-Claude. Felicita a Martine ahora mismo.

—Muchas felicidades —dijo Jean-Claude con una mirada significativa a Martin—. ¿No me notas nada?

—Pues sí que pareces un poco hinchado. ¿Te pasa algo?

—No, es por la bandera, que llevo enrollada bajo el chaleco —contestó Jean-Claude.

—¿Por qué no la has dejado en el guardarropa?

—El portador de la bandera vive y muere con ella —fue la simple y noble respuesta de Jean-Claude.

Martin habría deseado que el chico no pareciera tan raro con aquel chaleco de satén gris, una evidente reliquia de los tiempos de juventud del profesor Boulle, abultado por los lirios de Francia, pero era demasiado tarde para comentárselo.

Los carnés de baile se estaban llenando con rapidez. David le tendió a Mary un carné en el que figuraba su propio nombre del número ocho al doce. El resto de la velada de la joven se dividió rápidamente entre Martin, Pierre y varios vecinos. John, que llegó un poco tarde, se encontró con que tenía el carné casi lleno y tuvo que conformarse con el número siete y un posible baile de más al final.

Pierre Boulle, impecablemente elegante, con un clavel blanco en el ojal, se acercó a Agnes con el corazón desbocado y le pidió un baile.

—Pero tengo que concederte más de uno —respondió Agnes poniéndose los largos guantes blancos—. ¿Seguro que estás bien después de lo mucho que te mojaste al salvar a Emmy? Es asombroso que no pillara un constipado, si bien es cierto que desde que le sacaron las amígdalas apenas se ha resfriado. Antes de eso, cada invierno pillaba unos cuantos terribles. Puedo concederte el diez, el once y el doce. Es mucho más agradable seguir bailando con una sola persona, porque si bailas con alguien un buen rato parece que llegas a acostumbrarte a su ritmo. Y tengo que presentarte a mis primas, Hermione y Rose Bingham. Has sido tan amable como para servirles té, me parece, así que ya os conocéis. Eso está bien.

Posó una mano enguantada en el brazo de Pierre y lo guió hacia las Bingham. Guardando las formas, Pierre les pidió a las gemelas que le

concedieran un baile, pero todo su ser era presa de la agitación por el contacto de la mano de Agnes. Tendría que sobrevivir de algún modo hasta el décimo baile. Le costaría seguir vivo durante esa eternidad, pero debía hacerse. «Diosa de luz de luna, de perla, de nieve, Madonna blanca, *tour d'ivoire*», pensó Pierre para sí.

—Oye, Mary —dijo Jean-Claude saliendo a su encuentro.

—¿Qué?

—Recuerda que a las doce en punto le tienes que pedir a la banda que deje de tocar. Y entonces todos representaremos nuestro papel. — Y añadió con vehemencia—: A ti no puede pasarte nada malo. No será la primera vez que Pierre y yo tengamos problemas con los *flics*.

—¿Con quiénes?

—La policía.

—Pero aquí no hay policías, Jean-Claude. No te preocupes por eso. ¿No piensas bailar?

—Yo no bailo —repuso Jean-Claude, que había renunciado a dicho ejercicio por razones muy parecidas a las de la señorita Stevenson. Pero lo dijo demasiado pronto, pues lady Dorothy Bingham, implacable con los que ella llamaba «merodeadores de salón de baile», lo vio por ahí plantado, le ordenó a John que se lo presentara y se convirtió en su patrocinadora. No fue hasta que hubo bailado dos lastimosas veces con ella y una con cada gemela cuando a él se le ocurrió la brillante idea de presentársela a su madre. Las dos mentes privilegiadas se encontraron, se reconocieron mutuamente y, durante la mayor parte de la velada, se dedicaron a hablar sobre el cuidado y la subyugación de la familia. Lady Dorothy, que tenía tres hijos en el ejército, llevó por un tiempo la delantera, pero madame Boulle contaba con un marido vivo, testigo visible de su poder, y eso le valió muchos puntos, puesto que el señor Bingham había sufrido una muerte dócil y miserable muchos años antes.

—Qué, profesor, ¿qué hace? —le preguntó el señor Leslie al profesor Boulle—. ¿No le gusta bailar?

—No, yo sólo miro.

—¿Juega al bridge?

Al profesor se le iluminó la cara. El bridge era su pasión secreta, una

que su mujer no alentaba, porque como ella no jugaba la consideraba una pérdida de tiempo.

—¿De contrato? —inquirió con suspicacia el señor Leslie, con la impresión de que los extranjeros probablemente no habrían ido más allá del «Roba-montón» o algún otro juego peculiar propio que acabaría en navajas y pistolas.

—Lógicamente, ¿cómo si no se puede jugar?

El señor Leslie se apresuró a ir en busca de Macpherson y un cuarto jugador, y se los llevó a todos a la biblioteca.

—Aquí estamos a salvo —declaró—. Haré que nos traigan algo de cenar, si les apetece. Dejemos que los jóvenes se diviertan. ¿Cómo juega usted, profesor, a media corona los cien puntos? Y por cierto, supongo que no es la primera vez que juega con ingleses.

—Oh, no. He jugado mucho con amigos ingleses.

—Pues perfecto. Lo decía porque tienen ustedes algunos nombres bien raros en el continente. ¿Cómo se dice «sin triunfos» en francés, profesor?

—*Sans atouts*.

—Ah, sí —contestó el señor Leslie con tono meditabundo—. No suena muy natural, ¿sabe?

Mary no tardó en encontrar a la señorita Stevenson con Ursule, y le pidió que la acompañara para presentarle al señor Holt. Cuando cruzaban el salón, se fijó a hurtadillas en el bolso de la señorita Stevenson. Era de satén negro con una inicial en brillantitos.

—Qué bonito bolso —se aventuró a comentar.

—Lo encargué a conjunto con el vestido. El tuyo también es muy bonito. David me regaló uno igual, pero no era mi estilo, de manera que se lo regalé a mi amigo Lionel Harvest. Borda divinamente y va a copiarlo.

Mary no supo si enfadarse o alegrarse muchísimo. Menudo descaro el de la señorita Stevenson, regalar el bolso de David, y a alguien con ese nombre. Por otra parte, menudo desaire tan merecidísimo para David si se enterara.

Encontraron al señor Holt y se llevaron a cabo las presentaciones.

Al señor Holt le halagó que se dirigiera a él una representante de la

radio nacional y se esforzó en mostrarse simpático. La señorita Stevenson, que poseía conocimientos superficiales sobre jardinería, los justos para causar buena impresión, fue todo lo afable posible. Ursule mostró su aprobación con risitas.

El señor Holt sugirió que fueran los tres al aula donde lady Emily tenía algunos de sus viejos y valiosos libros sobre jardinería y hablaran allí tranquilamente sobre el tema. Tras la humillación de encontrarse en una gran fiesta en la que nadie reparaba en él, un público atractivo formado por dos mujeres era como un bálsamo para su espíritu herido. Claramente, la señorita Stevenson era lista, y la chica francesa era al menos francesa.

—Y luego —añadió—, podemos presentarnos a cenar muy temprano, sobre las once y media, digamos, y asegurarnos una mesa antes de que llegue la multitud.

El baile estaba para entonces en pleno apogeo. Lady Emily, sentada en un sofá, observaba a los bailarines mientras desempeñaba su papel de anfitriona. John se ocupaba de cualquier chica que pareciera abandonada o tímida, y de vez en cuando se acercaba a ver a su madre. Cuando fue en busca de Mary para el baile que le tocaba, la encontró contenta y emocionada.

—Es una velada estupenda. Todo el mundo baila de maravilla. A Martin se le da muy bien, y Pierre es un bailarín maravilloso, casi tanto como tú. Y después me esperan cinco bailes con David. John, los Leslie me gustáis mucho.

—Y diría que tú les gustas a ellos.

—¿De verdad lo crees? Tu padre ha sido muy amable conmigo. Y la tía Agnes está encantadora, y la tía Emily también.

—Ahora basta de charla y a bailar —dijo John.

Bailaron en silencio y con perfecta sincronía. Cuando la banda paró finalmente de tocar, salieron a la terraza. La luz de la luna se derramaba sobre el mundo.

—Me pregunto —dijo Mary en ese momento— qué aspecto tendrá el cenador bajo la luna.

—¿Te gustaría ir a comprobarlo?

—Sí, vayamos. Oh, pero no tenemos tiempo. Me toca el próximo

baile con David y no debo perdérmelo.

John la llevó de vuelta al salón y esperaron junto a la ventana. El baile dio comienzo, pero David no apareció. Mary hablaba ahora con nerviosismo y decía cosas inconexas, y su mirada recorría la habitación sin cesar. John, sintiéndolo por ella, sugirió que bailaran hasta que llegara David, pero los pies de Mary no paraban de hacer tonterías y se sintió avergonzada. John, que a esas alturas empezaba a enfadarse con David, condujo a Mary al comedor y le preguntó qué quería tomar. Ella pidió champán y apuró la copa deprisa y con irritación.

—¿Nos quedamos aquí un ratito? —propuso John—. Se está tranquilo y desde aquí vemos si David entra por la puerta. Supongo que se habrá armado un lío con su carné, el muy estúpido.

—Pero él mismo escribió su nombre —protestó Mary mostrándole a John el carné de baile.

—Bueno, pues si no aparece tacharé su nombre y pondré el mío en su lugar.

—Oh, todavía no, todavía no, por favor. Ah, mira, ahí está.

John se levantó y cruzó hasta el salón de baile.

—Oye, David: Mary lleva esperándote la mitad de este baile y todo el anterior. Eso no está bien. Ven conmigo, y trata de no saltarte ningún baile más. ¿Qué andabas haciendo?

—Mi buen amigo —respondió David asiendo el brazo de John—, por el amor de Dios, deja de comportarte como mi hermano mayor. Me he entretenido con las gemelas, no sé muy bien cómo. Nunca sé cuál es Hermione y cuál Rose, y no me he dado cuenta de por qué baile iban. Oye, Mary, lo siento mucho, muchísimo, no sabes cuánto. ¿Me permites arrodillarme y pedirte perdón?

Se puso de rodillas en actitud de súplica.

—Levántate, David, no seas imbécil —soltó John—. Llévate a Mary al salón de baile y procura no pisarla.

David agarró a Mary del brazo y se la llevó dando vueltas. John los observó bailar, Mary con el rostro alzado hacia David, ajena a todo menos al momento presente. No había chicas abandonadas por ahí, de modo que John salió a la terraza y se dirigió al fondo del jardín, donde

se sentó sobre el murete de ladrillo a observar el reflejo de la luna en el riachuelo y escuchar los sonidos que proferían las aves inquietas y otros pequeños animales, tratando de contener su ira contra David, una ira que, como se vio obligado a reconocer con abatimiento, era fruto de los celos. Estar celoso de su hermano menor era algo que lo hería en su propio orgullo, algo que debía superar a toda costa. No era razonable esperar que Mary pensara siquiera en él cuando David andaba cerca. Mary lo había pasado bien cuando habían bailado juntos, lo sabía sin necesidad de que se lo dijeran. Pero en cuanto había pensado en David sus pies ligeros como plumas se habían vuelto de plomo y su rostro había reflejado una especie de incertidumbre expectante, había empezado a hablar de forma brusca y rotunda y apenas se había percatado de su presencia o de lo que él le decía. Bueno, pues buena suerte, David, y se la deseaba de todo corazón..., sólo que su hermano no acababa de ser lo bastante bueno para Mary. Siempre sería el mismo tipo cautivador con el que no se podía contar, deliciosamente egoísta y sin corazón, como si tenerlo comportara sufrimiento. Mary tenía que comprobar, sin duda, qué clase de hombre era. Él la había decepcionado una y otra vez: con el almuerzo, las fresas, los bailes de esa noche; todos esos pequeños detalles que se convertirían en cosas importantes al cabo de un año de matrimonio.

Pensó en Mary como la había visto aquella mañana en el cenador, cuando la presencia de David no flotaba cerca de ellos. Qué a punto había estado entonces de decirle que la amaba. Menos mal que, gracias a Dios, no lo había hecho. Si David lo significaba todo para ella, que así fuera. «Pero debo hablar con ella de inmediato —pensó—; sólo puede decir que no.» Y así, John siguió allí sentado bajo la luz de la luna, incapaz de encontrar el camino hacia su propia felicidad, temeroso por la felicidad de Mary, mientras en la distancia brillaban las luces y sonaba la música.

Los invitados ya empezaban a tomarse en serio la cuestión de la cena cuando el señor Holt y sus acompañantes entraron en el comedor. El señor Holt, un veterano, detectó la mesa más apartada y cómoda, se dirigió resuelto hacia ella, apartando a lady Dorothy Bingham, que avanzaba en la misma dirección, se disculpó con empalagosa cortesía

mientras se interponía entre la dama y la mesa, y se instaló finalmente en ella junto con la señorita Stevenson y Ursule.

—Vamos a ver —dijo entonces, cogiendo el menú—, ¿qué tomaremos? ¿Sopa? ¿Ensalada de langosta? ¿Pollo?

—Yo sólo un poco de ensalada de langosta —pidió la señorita Stevenson con tono distraído.

—Todo, por favor —dijo Ursule—. Es una cena buenísima y deberíamos disfrutarla.

—Aplaudo su decisión, señorita Ursule —repuso el señor Holt—. Yo también empezaré por la sopa y seguiré con los demás platos.

—Bueno, pues yo también —intervino la señorita Stevenson—. Probablemente es mero exhibicionismo por mi parte lo de rechazar la comida. Hay que dejar de hacer esas cosas. Es más, tomaremos champán.

Ursule soltó una risita.

—Yo comeré de todo —anunció—, pero no beberé champán. *Maman* se pondría furiosa.

—Ay, yo tengo prohibido el champán —dijo el señor Holt—. Un whisky corto con soda es cuanto me atrevo a tomar.

—Bueno, para ser franca, el champán tampoco me sienta muy bien —admitió la señorita Stevenson—. Una limonada, por favor.

La cena fue un gran éxito. El señor Holt, todavía encantado con su público, tuvo oportunidad de contar muchas de sus anécdotas sobre la aristocracia y la pequeña nobleza que antaño estuvieron a la orden del día. A Ursule le gustaba oír todos aquellos nombres de nobles y disfrutaba enormemente de su opípara cena. La señorita Stevenson observaba al señor Holt con mucha atención y fijeza. Había decidido ya que sería la persona idónea para hablar en su programa de radio, y había obtenido de él la promesa en absoluto a regañadientes de que acudiría a verla a su despacho.

De repente avistaron a lady Dorothy Bingham, que avanzaba hacia ellos. El señor Holt pareció inquieto; temía que la dama tuviera malas intenciones, irritada por su captura de la mesa, pero no era el caso.

—Vengo a sentarme con ustedes —anunció con su voz de ave de presa—. Quiero hablar con el señor Holt.

—Será un placer —repuso Holt con la voz alzada—. Y permítame, lady Dorothy, que le presente a la señorita Stevenson y a la señorita Boulle.

—Tengo entendido que Lionel Harvest es sobrino suyo —dijo la señorita Stevenson—. Trabaja a mis órdenes en la radio.

—¿De veras? Un chico rarito, este Lionel. Dejaría a mis hijas salir con él, pero no sé si haría lo mismo con mis hijos. —En ese punto, lady Dorothy soltó la risa que hacía temblar a todos los zorros en su zona del condado—. Pero le caerán cuatro mil libras al año cuando muera el viejo general Harvest.

La señorita Stevenson tomó nota de aquella información con su cerebro bien entrenado.

—Bueno, señor Holt —continuó lady Dorothy—. Quiero que venga a ver mi jardín. Emily no le quiere para nada, prácticamente me lo ha dicho así. Véngase conmigo y mis hijas mañana y pasaremos la tarde en mi jardín de rocalla, y luego haré que lo lleven a dondequiera que desee ir. Oiga, Gudgeon, dígale a alguien que me traiga un poco de pollo y champán.

El señor Holt se debatía entre el orgullo y la humillación. Era atroz que le dijeran a uno delante de su público que su anfitriona no lo quería para nada. Por otra parte, los robustos halagos de lady Dorothy y su ardiente deseo de llevárselo como un trofeo ante las mismísimas narices de lady Emily eran como un coletazo de los viejos tiempos. Ciertamente que aquella tarde lo había intimidado con mucha crueldad, y también lo intimidaba ahora, para ser sinceros, pero era agradable sentirse querido una vez más, tener la impresión de que deseaban tu consejo. Además, el padre de lady Dorothy era un duque, mientras que el de lady Emily sólo era un conde.

—Mi querida señora —dijo—, nada me produciría mayor placer que obedecer su petición, ver su jardín y darle cualquier consejo que esté en mi mano ofrecerle, pero primero debo asegurarme de que yéndome con usted no seré culpable de la menor descortesía para con mi anfitriona actual.

—No, no, qué va —repuso lady Dorothy, a quien, de hecho, su prima le había dicho: «Ay, Dodo, ese señor Holt se ha autoinvitado a pasar

aquí dos noches, y Henry va a ponerse furioso». A lo cual ella había respondido: «No te preocupes, Emily, te lo quitaré de encima».

—Partimos mañana por la mañana a las nueve y media en punto. Qué buen champán tiene este Henry.

—Toda la cena es excelente —opinó Ursule.

—¿Puede decirme qué hora es, señor Holt? —intervino la señorita Stevenson.

—Ay, ay, Dios santo, si son casi las doce y media. Debería llevar ya una hora en la cama —repuso con nerviosismo el señor Holt.

—Bueno, pues no puede irse a la cama y dejarme aquí sola —terció lady Dorothy—, porque estas jovencitas no cuentan. ¿Dónde se han metido todos los hombres? No me imagino a Rose y Hermione cenando con un hombre lo bastante mayor para ser su abuelo.

La señorita Stevenson se contuvo y no le soltó una grosería a lady Dorothy sólo porque recordó que era la tía de Lionel Harvest.

—Me vuelvo ya a la rectoría —anunció—. Yo no bailo, y he tenido ya una charla de lo más interesante con el señor Holt. Le escribiré, señor, en cuanto llegue a la ciudad. Vámonos, Ursule, tú tampoco bailas, y el paseo te sentará bien después de toda esta cena.

—Supongo que una puede llevarse los caramelos que hay en la mesa, ¿no? —preguntó ella no muy segura.

—Claro que sí, muchacha —respondió lady Dorothy—. Métetelos todos en el bolso.

Ursule hizo lo que le decían, y ella y la señorita Stevenson se fueron.

Pierre había pasado media hora exultante bailando con la encantadora señora Graham, que se movía con la misma exquisitez con la que hablaba. Agnes lo pasaba muy bien bailando con un caballero tan dotado y simpático como monsieur Boulle, que tan amablemente había rescatado a Emmy. Tras el segundo baile, le dijo que le gustaría salir a la terraza.

—Pero primero tendrá que traerme mi chal. Es uno de seda blanca y con bordados que hay sobre el sofá de mi madre.

Pierre fue en su busca. Salieron a la terraza, donde, con infinita ternura, él le echó el echarpe sobre los preciosos hombros.

—Muchísimas gracias —dijo Agnes—. Una siempre está más

calentita con un chal. Vayamos a sentarnos en la hierba. Confío en que Gudgeon se haya encargado de que limpiaran las sillas. No hay mayor fastidio que ensuciarse el vestido con una silla de jardín.

Pierre pensó en quitarse la chaqueta para que ella se sentara encima, pero no sólo tendría un aspecto bien poco romántico en mangas de camisa y con un chaleco blanco, sino que además su chaqueta le pareció un asiento poco digno de ella y probablemente incómodo.

—Un momento —dijo—. Iré en busca de unos cojines.

En cuestión de unos instantes, Pierre subió corriendo los escalones de la terraza, entró en el salón de baile, cogió unos cojines y volvió junto a Agnes.

—Oh, gracias —dijo ella, y se dejó caer con elegancia en la silla—. Qué bien se está. Me encanta bailar, pero si bailas demasiado, te cansas.

—Es culpa mía —exclamó Pierre con tono de remordimiento—. La he hecho bailar demasiado rato. ¿Por qué no me ha dicho que parara?

—No, ha sido muy agradable, lo he pasado muy bien. Pero siéntese..., ¿no hay otra silla?

—¿Puedo sentarme a sus pies? —preguntó Pierre en voz baja y ronca—. Mi corazón ya está ahí.

—Oh, qué bonito eso que ha dicho. Mi marido tenía un amigo español que solía decir esas cosas tan encantadoras. No me acuerdo ahora de cómo se llamaba.

Pierre sintió de repente unos celos violentos de todos los españoles.

—Ah, no piense en su amigo español; piense un poquito en mí, señora Graham.

—Vaya, ¿está mojada la hierba? —quiso saber Agnes—. No puede estar muy mojada, porque lleva una semana sin llover, pero es posible que Brown haya utilizado el aspersor. Si está mojada, póngase un cojín.

—No, no está mojada. Pero usted tiene frío.

—No, la verdad es que no. Estoy calentita y a gusto ahora que me ha traído el chal. Pero diría que usted sí tiene frío. Ay, me temo que cogió frío cuando salvó a Emmy en el estanque. Se mojó mucho. Póngase ya

un cojín, joven Boulle.

Pierre siguió sentado y sumido en un silencio desdichado.

—Me siento muy triste —se lamentó Agnes.

En el corazón de Pierre se desenvainaron mil dagas.

—Si puedo serle de ayuda en algo, ordénemelo.

—Me temo que Robert se va a llevar un disgusto cuando se entere —
continuó la adorable quejica.

—Siento el mayor respeto por el coronel Graham, como marido y
soldado —declaró Pierre—, pero si de palabra o de obra la ha...

—Verá, le dije que no quería a Peter en la casa, pero insistió, y ahora
no sé qué hacer. Porque, cuando entraba, yo sencillamente no podía
resistirme.

¡Ja! De manera que el loco del marido soldado había insistido en las
visitas de aquel Peter, probablemente un rico y apuesto miembro de la
Guardia Real, tan distinto de un pobre y joven profesor, y la señora
Graham se había rendido a sus encantos. Ella misma acababa de decir
que no pudo resistirse. Ay, ¿cómo iba a hacerlo aquel pobre ángel,
toda bondad y afecto? Si pudiera matar a ese Peter, o al coronel
Graham, Pierre se habría sometido a la pena máxima de la ley por el
bien de su amada.

—Y entonces, por supuesto, en la casa le dieron de comer de más, y
ahora mi criada me escribe para decirme que se ha muerto. Robert se
va a llevar un buen disgusto. Y los niños también se pondrán muy
tristes. ¿No le parece que deberíamos entrar ya? Creo que va a llover.

En efecto, unos nubarrones empezaban a cernirse sobre el jardín y
la luna sólo lucía de vez en cuando.

—Quédese un poquito más —suplicó Pierre—. Este momento a
solas con usted es muy preciado para mí. Sólo pido poder besar su
mano enguantada, estar cerca de usted en silencio unos instantes más.
Es posible que nunca pueda volver a disfrutar de su compañía, y que
nunca vuelva a ver a una mujer tan hermosa.

Como Agnes parecía estar pensando en otra cosa, Pierre, con una
profunda reverencia, le asió la mano, la posó sobre la suya con la
palma para arriba y posó un levísimo beso en el agujerito donde se
abrochaba el guante.

—Qué adorable gesto —comentó Agnes—. Robert tenía un amigo austríaco que solía besarme la mano de esa manera tan encantadora cada vez que acudía de visita.

Un odio ardiente hacia todos los austríacos consumió al instante a Pierre.

—Y ahora, de verdad que deberíamos entrar —dijo Agnes—. Deme su brazo, monsieur Boule. Estoy un poco hundida en esta silla.

Pierre se puso en pie de un brinco y le ofreció el brazo. Cuando Agnes se levantó, su pelo le rozó la cara.

—Oh, el perfume de su cabello —musitó el desdichado joven.

Una grave campanada resonó en la noche cuando subían al porche.

—El reloj de los establos —dijo Agnes—. ¿Qué hora tocaba, las once y media?

—No —respondió Pierre consultando su reloj—. Las doce y media.

—No tenía ni idea de que fuera tan tarde. La querida Clarissa estará profundamente dormida, y Emmy y James también. De verdad confío, joven Boule, en que no cogiera frío cuando salvó tan valerosamente a Emmy. Debe de ser incomodísimo llevar los pantalones mojados. Martin, ¿estás listo para nuestro baile? Oh, qué divino. Ahora ya me siento más descansada, joven Boule.

Pierre, con la esperanza de que Agnes bailara otra vez con él, no había concertado más bailes, y se disponía a irse cuando recordó sus modales y a su anfitriona. Fue hasta el sofá de lady Emily, se inclinó sobre su mano y le deseó buenas noches y le dio las gracias por haberlo invitado.

—Creo que tu madre y tu hermano ya se han ido a casa —le dijo milady—, y la señorita Stevenson y Ursule también se han marchado. Me parece que tu padre está jugando al bridge con mi marido. ¿Quieres quedarte a esperarlo?

Pierre se excusó y se fue. De buen grado habría caminado durante horas por las montañas para estar en íntima comunión con su alma y con la naturaleza, pero los zapatos de baile hacen estragos en los pies, de manera que entró a hurtadillas en la rectoría y, al abrigo de la voz de su madre, que le echaba una rotunda bronca a alguien en el salón, consiguió llegar sano y salvo a su dormitorio. Allí, pretendía pasar

toda la noche en vela, pero el hábito se impuso y se desvistió sin darse ni cuenta de que lo hacía, y luego pensó que valía más irse a la cama.

No servía de nada enfadarse con David. Mary, dolida por su negligencia, había pretendido mostrarse fría, caprichosa, tratar el corazón de David como si fuera una pelota de fútbol, pagarle con su misma moneda, pero no lo consiguió. David sólo tuvo que mirarla, que hablarle, para que ella fuera una vez más su temblorosa esclava. Acabaron aquel baile y el siguiente.

—Vayamos un ratito al jardín —propuso David—. ¿O quieres que cenemos algo? Nos quedan dos bailes más juntos. O ya sé qué vamos a hacer: iré en busca de algo de comer y haremos un pícnic en el jardín.

Fue al comedor, llenó una bandeja de comida y cogió una botella de champán.

—Toma, Mary, tú lleva la botella y las copas, y yo me encargo de los víveres. Podemos colarnos por aquí, sin pasar por la pista de baile.

Salieron por una puerta lateral que daba al jardín y, con David abriendo camino, rodearon la casa y fueron hasta el murete del fondo. El cenador le pareció un buen sitio a David para un pícnic, y se dirigió hacia él.

—Malditos sean los jardineros —soltó de buen talante—, se han llevado todas las sillas para el baile. Tendrás que sentarte en los peldaños, Mary. Toma, puedes ponerte debajo mi pañuelo.

Extendió el pañuelo sobre un escalón de ladrillo y Mary tomó asiento. Ambos jóvenes cayeron entonces sobre la comida con apetito voraz.

Tras forcejear en vano con la botella, David dijo:

—Si continúo así acabaré rompiendo la parte superior del corcho, por supuesto, y mi navaja sólo lleva una de esas cosas con las que quitar piedras de los cascos de los caballos o azuzar a los cerdos. Bueno, no seré el primer caballero que rompa el cuello de una botella. Ten las copas a punto para que no lo derrame... Oh, condenada luna..., ¿por qué tiene que ocultarse justo ahora que necesito luz?

Con considerable destreza, partió el gollete de la botella y llenó las copas.

—A ti sólo te serviré una —advirtió—. No eres de las que aguantan

bien la bebida.

Ante semejante ejemplo de su solícita actitud hacia ella, Mary casi se desmayó. La cena seguía su encantador curso cuando de pronto Mary soltó un gritito y le preguntó la hora a David.

—¿Qué más da qué hora sea? Mi querida Mary, esto es un baile, no un internado.

—Bueno, desde luego a ti no debe importarte mucho la hora que es cuando has tenido a una persona esperando durante un baile y medio —soltó Mary llena de valor gracias a su copa de champán y víctima de la peculiar pasión de su sexo por provocar peleas innecesarias.

—Oh, venga ya, Mary, no te habrá importado, ¿no? Sólo estaba con las gemelas, y no sabes lo divertidísimas que son.

—Bueno, pues sí que me ha importado. Y, por favor, dime qué hora es.

—El reloj de la catedral está a punto de dar las doce y allá lejos brilla la luna... —declamó David—, pero ¿a qué viene esta insistencia?

—Ay, David, lo siento mucho, pero debo irme. Tengo que estar en el salón de baile antes de las doce.

—Menudo complejo de Cenicienta tan curioso tienes. ¿Qué puede ser tan importante?

—No puedo contártelo, David. Es algo importantísimo que le prometí a Martin.

—¿A Martin? Mi querida muchacha, qué loca estás. O bien estos bailes son míos, o no lo son. Por supuesto, si quieres castigarme dejándome sin el resto de mis bailes... —dijo David con aire ofendido. Se levantó y se asomó a la barandilla sobre el riachuelo.

—No, no, David, no es eso. Pero Martin y Jean-Claude se llevarán una decepción.

—Conque Jean-Claude también... —añadió David con tono fúnebre y sin volverse—. ¿Tengo que dejarme desairar por un francés con granos, por un pudin de pasas con patas?

—No, no es ningún desaire, David. Deja que me vaya, volveré dentro de un momento.

—Yo no te estoy reteniendo.

El reloj del establo dio las doce.

—Ay, ya es demasiado tarde —se lamentó Mary.

—Magnífico. Pues ya puedes quedarte aquí y ser sensata. O si de verdad quieres irte, hazlo. Por lo visto yo no te importo.

—Claro que sí, David. Me importas más que nada en el mundo.

—Repite eso —repuso David volviéndose con mucho interés—. ¿De verdad cuento? ¿No lo has dicho sólo como un pretexto para dejarme, porque te aburro y soy un fastidio para ti?

—Cómo puedes decir una cosa así —dijo Mary al borde de las lágrimas— cuando sabes que... —Se interrumpió.

—¿Cuando sé qué? —preguntó David agarrándola de los hombros—. Mi preciosa tontorrón, ¿cuando sé qué?

Atrajo a Mary hacia sí y, con una facilidad surgida de la larga experiencia, le acomodó la cabeza bajo su barbilla. Mary, ahogándose en la dicha de sentir la pechera de la camisa de David contra la mejilla, no dijo nada, agradecida, si es que sus dispersos sentidos le permitían pensar siquiera, de no haber llegado a hacer el comentario nada pudoroso que tenía en los labios.

La puesta en escena estaba lista. La luna asomó entre las nubes e iluminó a la amada y el amante. John, que se paseaba por la hierba junto al murete, vio a su hermano y a su amada de la voz cristalina, y se dio la vuelta para internarse de nuevo bajo los árboles en penumbra.

—Bueno, pues ya estamos —dijo David, soltando a Mary—, y vaya si no ha sido agradable, señorita Preston. Y ahora, ¿quieres saber qué hora es?

—No, es demasiado tarde, y ya no importa. Ay, David, ¿has visto a...?

—Lo que he visto ha sido tu preciosa coronilla. Ahora será mejor que recojamos los restos, o Brown va a pensar que ha habido ladrones de juerga aquí. Vamos, Mary.

Con la cabeza dándole vueltas, Mary ayudó a David a recoger los restos de la cena, que llevaron de vuelta a la casa.

—Unos bailes encantadores los nuestros —comentó David—. ¿Tienes todavía muchas parejas? —Echó un vistazo a su carné—. Ah, un montón. Qué bien. Pues a mí me pasa igual, y después del rapapolvo que me has pegado, no pienso saltarme ni un baile más.

El duque de Guisa debió de removerse inquieto en su lecho aquella noche. Algún pálido espíritu que flotaba en sus sueños debió de haberle susurrado, a esa hora en que la fe y la esperanza están en su punto más bajo, que de los cinco jóvenes corazones que habían jurado desenvainar la espada por su causa, sólo dos le seguían siendo leales. De los tres restantes, dos habían sido seducidos por el amor y uno por la comida. Confiemos en que su majestad el rey de Francia fuera indulgente con unos y otros.

Un poco antes de medianoche, Martin y Jean-Claude se encontraron en el vestíbulo. Pero ningún otro miembro del ferviente grupo hizo acto de presencia a la hora señalada.

—No veo a Pierre por ningún sitio —dijo Jean-Claude—, y he buscado a Ursule por todas partes. Casi ha vuelto a pillarme esa terrible *mégère* de tu tía Bingham cuando he entrado otra vez en el salón, de modo que he salido pitando. ¿Dónde está Mary?

—No consigo encontrarla —contestó Martin con tono triste—. Habría jurado que ella nunca nos dejaría en la estacada, pero uno nunca puede fiarse de las mujeres. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué hora es? —quiso saber Jean-Claude.

Martin sacó el reloj del bolsillo del chaleco y apretó el resorte. Sonó doce veces con delicadeza y luego interpretó varios compases de «La última rosa del verano».

—*Ventre saint gris!* —exclamó Jean-Claude, que adoptaba aquella forma borbónica de expresión cuando no podían oírlo sus padres—. Hazlo sonar otra vez.

Martin, muy servicial, así lo hizo.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, volviéndose a guardar el reloj en el bolsillo.

—Nos manifestaremos nosotros solos —contestó Jean-Claude—. El verdadero valor alcanza sus mayores cotas cara a cara con el infortunio. Para un verdadero francés, la hora del desaliento es también la hora del supremo esfuerzo. Mis antepasados, los De Florel...

—Oh, basta ya de cháchara sobre tus antepasados —zanjó Martin—. Saca la bandera.

—El efecto sería mayor si la desenrollara de repente en el salón de baile —objetó Jean-Claude.

—Muy bien, pues hazlo a tu manera. El baile acaba de terminar. Ven. Yo gritaré «*Vive le roi*» y entonces tú haces ondear la bandera y dices «*Vive le dauphin*».

Aquel baile, en efecto, había llegado a su fin. Los bailarines se dirigían a cenar o salían al jardín cuando los dos representantes de una causa perdida hicieron su entrada en la sala. Deteniéndose ante el sofá donde estaba sentada su abuela, Martin exclamó con voz decidida:

—*Vive le roi!*

—¿Cómo dices, cariño? —preguntó su abuela.

—Di tu parte, ¿quieres? —le siseó él a Jean-Claude.

—*Je ne peux pas* —repuso éste—. *Ce maudit drapeau..., débarrasse-moi de ça*, Martin.

—Pedazo de imbécil —soltó Martin, y tironeó del extremo de la bandera que sobresalía del chaleco de satén gris de Jean-Claude—. ¿Por qué no la has sacado en el vestíbulo como te he dicho?

Con considerables dificultades, los dos muchachos extrajeron la bandera de su escondrijo.

—*Vive le dauphin* —dijo Jean-Claude haciéndola ondear sin mucho entusiasmo.

—¿Qué tenéis ahí, muchachos? —quiso saber lady Emily—. Venid a sentaros aquí conmigo. Qué bandera tan preciosa. ¿Es ésta la sorpresa?

Martin le dio un puntapié a Jean-Claude.

—Bueno, la sorpresa no ha acabado de funcionar, abuela, porque los demás tenían que participar y se les ha olvidado. Pero Ursule ha hecho esta bandera..., es el estandarte monárquico francés.

—Pues cose de maravilla —comentó lady Emily examinándola—. Está pero que muy bien hecha, qué preciosidad. ¿Puedo quedármela? Se la enseñaré a Conque. Debéis decirle a Ursule lo mucho que admiro su destreza. ¿Habéis cenado suficiente, chicos?

—Todavía no, abuela.

—Entonces podría entrar con vosotros y me dais un poco, y luego me iré a la cama.

Martin ayudó a su abuela a levantarse y le ofreció el brazo para acompañarla hasta el comedor. Jean-Claude los siguió, confuso y enfurruñado, soltándole reproches a Martin por lo bajo.

—Pedazo de imbécil —susurró Martin en respuesta cuando cruzaban el salón—. La culpa ha sido tan tuya como de cualquiera —añadió, e hizo pasar a su abuela al comedor.

—*Merde!* —exclamó Jean-Claude en voz bien alta y desafiante.

Fue una equivocación, pues en ese momento su madre, ya ataviada para marcharse, salió del servicio de señoras y cayó sobre él.

—*Mais, voyons, Jean-Claude, c'est infâme ce que tu dis là. Où as-tu donc appris de telles saletés?* Vuelve conmigo de inmediato y te vas derecho a la cama. Me siento ofuscada por tu conducta.

Sin escuchar los intentos del chico de dar explicaciones, su madre se lo llevó a rastras, y aún estaba dándole lo que ella llamaba *une verte semonce* cuando Pierre llegó a casa.

Empezaban a caer grandes gotas de lluvia y los bailarines del jardín iban entrando en la casa. Martin dio cuenta de una cena opípara y disfrutó muchísimo bailando hasta que se hubieron ido los últimos invitados.

—Ha sido una velada excelente —anunció ante los miembros de su familia que quedaban levantados—. El mejor cumpleaños que he pasado nunca. Gracias de corazón a todos. Se te ve fatal, tío John. En fin, buenas noches a todos.

Subió dando traspiés a acostarse, exhausto, y tras regodearse un momento con un catálogo de bicicletas de motor y hacer que su reloj de repetición sonara varias veces, se sumió en un sueño profundo y dichoso.

Pero ¡ay de los lirios de Francia! En su *château* belga, el duque de Guisa gimió en su lecho. Un ensueño innombrable, capaz de helar la sangre de la realeza, se alzaba a su lado y le decía con tono lastimero que todo había terminado. De aquellos dos gallardos jóvenes, última esperanza de su causa en las costas de Albión, uno había dejado marchitar los lirios y había centrado sus pensamientos en bicicletas de motor. Al otro, su tocayo, se lo había llevado su madre a casa sumido en la

ignominia. El mal augurio de la copa intacta se había cumplido. La *tricolore* todavía ondeaba sobre el Elíseo.

14. El momento estelar de Gudgeon

La lluvia que había empezado a caer de madrugada continuó sin parar hasta que se hizo de día. Al despertar, los ocupantes de Rushwater se encontraron el mundo cubierto por un velo de agua que recorría en torrentes el jardín y goteaba de los aleros. La tormenta no había vuelto el aire más fresco. El calor húmedo, junto con la reacción natural a la velada anterior, creaba una atmósfera de depresión y lasitud. Martin, posponiendo todo lo posible el momento fatídico de levantarse, pensaba distraídamente en que la noche anterior había estado a punto de quedar en ridículo, y en que había sido una suerte en general que sus planes hubieran fallado. Estaba bien para los franceses ser monárquicos, pero, qué demonios, no podía esperarse de un hombre de diecisiete años que apoyara algo semejante. Y había una bicicleta de motor en aquel catálogo que se parecía mucho a la de sus sueños. Ahora podría dar fácilmente el depósito y confiar en la suerte para los pagos mensuales. Hizo entonces que su reloj diera las diez varias veces y se levantó de la cama.

Cuando bajó, en el comedor sólo estaba John. Un sitio desordenado en la mesa revelaba que el señor Leslie había desayunado a su hora habitual y ya había salido. Martin empezó a contarle a su tío las alabanzas de la bicicleta, pero el tío John, por una vez, estuvo bastante antipático y le dijo a su sobrino que no parloteara tanto porque le dolía la cabeza. David entró entonces con la noticia de que todas las damas estaban desayunando en la cama.

—Y me parece una cosa de lo más sensata —comentó—. Me he encontrado con que les subían bandejas de comida deliciosa. ¿Abadejo? Ay, no, Dios mío, eso no, una mañana como hoy.

Hizo sonar la campanilla.

—Gudgeon, ¿queda jamón cocido? Pues tráigalo, y dígale a Walter que meta mis cosas en las maletas. Es posible que me vaya a la ciudad

esta misma mañana.

—Oh, David —dijo Martin—, no puedes irte tan pronto.

—Lo siento, Martin, pero se me ha ocurrido una idea sobre mi novela y quiero ver a un hombre antes de que se vaya a América.

—Pero no irás a marcharte hoy, ¿no? —dijo John con tanta sorpresa que David se quedó mirándolo.

—¿Por qué no? Tengo montones de cosas que hacer en la ciudad.

—Pero no puedes salir corriendo de esta manera —insistió John, casi enfadado, al tiempo que Gudgeon entraba con el jamón—. Oh, maldita sea, no puedo hablar de ciertas cosas con medio mundo escuchando. David, tengo que verte antes de que te vayas, así que avísame. Estaré en la biblioteca o en el aula.

Arrojó la servilleta al suelo y salió de la habitación.

—¿Qué mosca le ha picado al tío John? —quiso saber Martin.

—Desde luego parece alterado —repuso David, verdaderamente preocupado—. Hacía años que no lo veía tan enfadado. Bueno, gracias a Dios que Dodo y las gemelas se han ido y se han llevado consigo a ese sapo venenoso de Holt. ¿Las camisas y todo lo demás te van bien, Martin?

—Sí, sí, David, son fantásticas.

—Ah, Martin, me gustaría ver a Joan antes de irme. ¿Vas hoy a la rectoría?

—No, gracias a Dios. Tengo el día libre. Pero puedo llamarlos si quieres.

—No, no te preocupes. Ya haré algo al respecto después. A lo mejor no me marcho hasta la tarde.

Mientras hablaba, tres figuras con impermeable cruzaron la terraza y llamaron a la puerta balconera. Martin se levantó de un brinco y la abrió sólo un resquicio.

—A ver, vais a dejarlo todo hecho un asco si entráis por aquí. —Tras ese comentario tan hospitalario, añadió—: Mejor rodead la casa hasta la puerta principal.

La señorita Stevenson, Ursule y Jean-Claude se pusieron de nuevo en marcha y no tardaron en aparecer en el comedor.

—Pasad y desayunad algo —dijo Martin.

—Ya lo hemos hecho, hace siglos —contestó la señorita Stevenson tomando asiento.

—Sí, por favor, Martin —dijo Ursule—. Abadejo, qué delicia. Y bollitos calientes.

Reunió una cantidad considerable de comida en torno a sí y se sentó con expresión satisfecha.

—¿Podemos hablar a solas? —le preguntó Jean-Claude a Martin.

—Pues sí, supongo, si de verdad quieres —repuso Martin, a quien no le hacía ni pizca de gracia la perspectiva de nuevas actividades monárquicas o recriminaciones por la desafortunada *débâcle* de la víspera—. Ven conmigo al aula.

—Bueno, Joan —dijo David—, qué detalle que hayas venido esta mañana, si no habría tenido que bajar yo a verte. Quería hablar contigo especialmente.

—Yo también, David.

—¿Y qué sucede con Ursule? —preguntó David en voz baja.

—Oh, no hay problema con ella —contestó la señorita Stevenson observando con cierto orgullo el apetito de su protegida—. Además, lo que tengo que decir puede oírlo cualquiera. Yo no creo en ocultaciones y secretos. Una chica debe tener la oportunidad de enterarse de todo. Es probable que una conversación inteligente sobre nuestra relación actual sea de gran valor para Ursule.

Tan solemne comienzo dejó no poco alarmado a David. Joan le parecía increíblemente atractiva; es más, quizá podía resultarle muy útil todavía, pero la palabra «relación» tenía un tinte siniestro.

—Bueno, Joan, yo quería hablar contigo sobre ese trabajo tuyo en la radio. Es probable que vaya a hacer una adaptación radiofónica de mi novela, y quiero ponerme en contacto con la gente adecuada. Cuento contigo para que me ayudes. Espero que este próximo otoño nos veamos a menudo.

—Si acudes a mí como amiga, David, haré lo que pueda. Oficialmente hablando, por supuesto, tengo las manos atadas. Tu recital de poesía fue un verdadero chasco para mí, y me causó un montón de problemas.

—Oh, vaya, Joan, lo lamento muchísimo, no tenía ni idea —repuso

David asiéndole la mano—. Perdóname.

—Miel, por favor —intervino Ursule.

David la empujó hacia ella con la mano libre.

—Es curioso —dijo la señorita Stevenson— cuánto placer puede producirte que un hombre te coja la mano, o incluso que te rodee con el brazo, cuando cualquier grado mayor de intimidad te resultaría francamente repulsivo.

Quizá por primera vez en su vida, David no supo en absoluto cómo reaccionar. La señorita Stevenson no hizo el menor esfuerzo por apartar la mano; él no supo si su comentario era una invitación a que le rodeara la cintura con el brazo; retirar su mano después de lo que ella había dicho sería casi descortés. Así que se quedó como estaba, un poco avergonzado. Desde luego, cuando mejor aspecto tenía Joan era por las mañanas. Muchas chicas parecían paliduchas al día siguiente de un baile, pero Joan se veía lozana e impecable en su vestido de seda, y si la cuestión era rodear a la gente con el brazo..., bueno, pues para él supondría tanto placer hacerlo como para ella. De modo que lo hizo.

—Gracias, David —dijo la señorita Stevenson, complacida, pero al parecer nada conmovida—. Eres verdaderamente el amigo perfecto. En determinado momento creí que podrías llegar a ser algo más, pero decidí que no. No somos de los que mantienen relaciones armoniosas, de manera que no tiene ningún sentido que lo intentes.

—Pero yo nunca te lo he pedido —protestó David con el tono de un crío enfadado, y retiró el brazo de la cintura de ella—. Joan, de verdad que estás diciendo ridiculeces.

—En absoluto. El matrimonio puede habérsete pasado o no por la cabeza, eso a mí me es indiferente, pero era inevitable que me pidieras que viviera contigo, de modo que te ahorraré sufrimiento si te digo ahora mismo que nunca podría ni considerarlo. Sería una gran equivocación por parte de ambos.

—Pero, Joan, por Dios santo, yo no voy por ahí pidiendo a la gente que viva conmigo.

—Para ti, es eso o el matrimonio —terció la señorita Stevenson, mirándolo con objetividad científica—. No obstante, no tiene nada que ver conmigo. Ahora que hemos dejado claro ese tema, volvamos a

centrarnos en lo que nos concierne. Si de verdad tienes interés en las adaptaciones radiofónicas, harías mejor en ir a ver a Lionel.

—¿Lionel Harvest?

—Exactamente. Lionel está ahora en ese departamento, y llegará lejos. De hecho, he venido a decirte que Lionel y yo hemos decidido contraer matrimonio consensuado.

—¿Puedo comerme un melocotón? —preguntó Ursule.

—Cógelo tú misma, Ursule, están en el aparador —contestó amablemente la señorita Stevenson—. Ya sé que tengo ideas muy anticuadas en ciertos sentidos, pero todavía me aferro a la idea de que un matrimonio sin hijos y con la posibilidad de un divorcio consensuado es la mejor solución para nuestros problemas. Por supuesto, será un matrimonio legítimo.

—¿Legítimo? —repitió David, cuyo mundo parecía tambalearse a su alrededor—. No lo entiendo.

—En la radio pública hay ciertos prejuicios que, como empleados leales, debemos respetar. De modo que nos casaremos por lo civil en breve. Te invitaré a la ceremonia. Pero el matrimonio en sí será en esencia lo que llaman un «matrimonio rato», esto es, sin consumir. Lionel y yo le hemos estado dando vueltas este verano, y ayer me enteré por casualidad de una noticia que me ha decidido del todo.

Las mejillas de la señorita Stevenson se tiñeron de un leve rubor que la favoreció notablemente.

—Bueno —dijo David recobrando la compostura—, pues os deseo mucha suerte, y estoy encantado. Iré a ver a Lionel en cuanto regrese a la ciudad. Pero es posible que me vaya a Sudamérica, aún no lo sé.

—Bueno, pues adiós, querido —se despidió la señorita Stevenson estrechándole la mano a David—. Y debo decir ahora que, si fuera cuestión de meras emociones, francamente habría muchos hombres con los que no me apetecería vivir tanto como contigo, pero la clase de personas que somos lo volvería imposible. Vámonos, Ursule.

—Y llévate unas galletas por si tienes hambre de camino a casa —dijo David, y le acercó un plato lleno.

—Gracias —contestó Ursule, y se las metió en el bolsillo del abrigo.

David abrió la puerta balconera para que salieran las damas y fue en

busca de John. El aspecto demacrado de su hermano lo tenía muy preocupado, y también quería desahogarse con él. Era sumamente humillante que te rechazara una chica a la que nunca habías tenido la menor intención de hacerle proposiciones, fueran honestas o no. Además, por lo que sabía de Joan y de su mundo, le parecía más que probable que les contara a todos sus amigos qué había hecho exactamente, y todos se reirían de él. La idea de que se riera de él Lionel Harvest le resultaba especialmente repulsiva, y David sintió el fuerte impulso de irse derecho a la ciudad y darle una patada a Lionel sin decirle por qué. Pero en cuanto a casarse con Joan..., bueno, lo cierto era que antes preferiría casarse con una criaturita encantadora como Mary.

Probó en el aula, pero sólo encontró a Martin y Jean-Claude charlando encantados sobre bicicletas de motor. Para el enorme alivio de Martin, Jean-Claude había acudido a contarle que el grupo de los monárquicos se había disuelto. El profesor Boulle, tras sospechar en cierta medida lo que estaba pasando, había hablado con Pierre y Jean-Claude sobre la conveniencia de llevar los ideales en el corazón y nunca deshonrarlos. Pierre, deleitándose en el dolor del amor no correspondido, se había encerrado con sus libros, y los únicos intereses de Ursule eran la comida y la señorita Stevenson. Jean-Claude, todavía sumido en el oprobio de su madre, había acudido a Martin en busca de refugio, y quedó encantado al encontrar a su camarada tan dispuesto como él a ignorar la escena de la noche anterior.

—¿Habéis visto a John en algún sitio? —preguntó David.

—No. Oye, David, échale un vistazo a este modelo de Rover.

—Lo siento, Martin, ahora estoy ocupado. En otro momento.

—Por Pascua tienes que traerte tu bicicleta de motor a Francia —dijo Jean-Claude—, y haremos excursiones. Yo me sentaré detrás y tú conducirás. Las carreteras francesas son mucho mejores que las inglesas para ir deprisa. Las carreteras francesas, de hecho, se consideran las mejores de...

David cerró la puerta y fue a la biblioteca. Allí encontró a John encorvado en una silla y contemplando la leña aún sin encender.

—Oye, qué mala pinta tienes —declaró David—. ¿Qué te pasa?

—Nada. David, no te vayas hoy a la ciudad. Ya me voy yo.

—Como quieras, pero yo todavía no sé si me voy o no. Quiero ver primero a nuestro padre. Creo que voy a hacer lo que él quiere y aceptar ese empleo en Buenos Aires durante un tiempo.

—¿En Buenos Aires?

—Sí, ya sabes, esas tierras de las que nuestro padre quería que me ocupase. Quizá hasta podría resultar divertido, durante un año o así.

—Todo esto es muy repentino —repuso John, perplejo. Si David iba a casarse con Mary, ¿para qué irse a Sudamérica? O quizá sería su luna de miel.

—Ya haces bien en decirlo, yo mismo no lo he decidido hasta hace unos cinco minutos.

—Supongo que te casarás antes de irte —dijo John, teniendo buen cuidado de que su voz sonara tranquila.

—¿Casarme? ¿Por qué? ¿Tiene uno que casarse para irse a Argentina? Aunque no sabía lo cerca de casarme que estaba... Ya conoces a Joan Stevenson.

John alzó la vista, sorprendido.

David vertió en los casi incrédulos oídos de su hermano el relato de la visita de la señorita Stevenson: la tranquilidad con que ella daba por sentada la pasión que él sentía, su frío rechazo de una proposición que a él nunca se le había pasado por la cabeza hacer, y, como humillación definitiva, la seguridad de que ella forjaría una historia de la que todo el mundo se reiría durante semanas.

—De manera que me parece que me quitaré de en medio por el momento —concluyó David—. Puedo trabajar en mi novela en el barco. Si no fuera un caballero inglés, John, soltaría cuatro verdades sobre Joan. ¿Casarme yo con ella? Vaya, antes preferiría casarme con Mary.

—Oye, David, esto es serio. Nada de bromas. ¿No le has pedido a Mary que se case contigo?

—Dios santo, no. Es una chica adorable y se le dan de maravilla las caminatas, pero no es la clase de mujer a la que le pediría que se casase conmigo. Eso me lo tomaría muy seriamente.

—Pero anoche yo estaba en el jardín —repuso John, y se acercó a la ventana.

—¿De veras? Pues yo también, y no me parece que eso tenga nada que ver.

—A ver, David —dijo su hermano, todavía de espaldas a él—, Mary y tú estabais junto al cenador, alrededor de medianoche. Yo andaba por ahí y os vi, de manera que me alejé de inmediato. Estaba esperando para darte la enhorabuena.

—Mi querido tarugo —soltó David rodeando los hombros de John con el brazo—, ¿pensaste acaso que la cosa iba en serio?

—Desde luego que sí.

—No me digas que te importó —dijo David, que empezaba a comprender de verdad.

—Pues claro que me importó —repuso John, y comenzó a pasearse por la habitación—, pero no iba a interponerme en vuestro camino.

—Serás borrico... —dijo David con afecto—. Supongo que tú sí quieres casarte con Mary.

—Por supuesto que sí.

—Bueno, ¿y por qué no lo haces? Nuestro padre y Macpherson estarán encantados. Mamá y Agnes se echarán a llorar. Es perfecto. Ven, vayamos a buscarla.

—Espera un momento, David. ¿Estás seguro de que no eres tú quien le gusta?

—Ay, deja ya de ser tan quijotesco, John. Le guste yo o no le guste, no voy a casarme con esa chica, y no hay más que hablar. En cuanto a anoche..., bendito sea tu inocente corazón, pero eso no fue un abrazo apasionado. Fue un pequeño brote de locura a la luz de la luna. Le pasa a todo el mundo. Venga, vamos.

Lleno de entusiasmo ante aquel repentino giro de los acontecimientos, David sacó a su hermano a rastras de la habitación.

Un cuarto de hora antes, Mary y Agnes estaban en el cuarto de los niños, donde jugaban con ellos mientras Tata e Ivy andaban ocupadas en el dormitorio. Agnes estaba preciosa y plácida como siempre pese a haber trasnochado, pero Mary estaba paliducha y hecha un desastre. Por turnos avergonzada, asustada, exultante o llena de

remordimiento, no había pegado ojo en toda la noche. El abrazo de David había sido la cumbre del arrobamiento, pero ¿qué consecuencias tendría? Era una cuestión que no se atrevía a plantearse. Trataba en vano de leerle a Emmy. No conseguía centrar la atención en las locas aventuras de Hobo-Gobo y el hada Joybell. Le tembló la voz y se echó a llorar.

—Mi querida Mary, ¿qué te pasa? —preguntó Agnes—. Ven, ponte a Clarissa en el regazo y cuéntamelo.

Mary la obedeció. Cogió a Clarissa de la alfombra donde estaba jugando y se sentó junto a Agnes. La sensación de tener a la niña regordeta en los brazos era desde luego reconfortante, pero no puso freno a las lágrimas.

—Vamos, vamos, ¿qué ocurre, cariño? —insistió Agnes—. ¿Lloras por alguien?

A tan importante pregunta Mary sólo contestó rogándole a su tía que le prometiera no contárselo a nadie, nunca, porque era algo horroroso.

—Pues claro. No se lo contaremos a nadie, ¿verdad, querida Clarissa?

Mary soltó entonces un torrente inconexo de palabras, de las que su tía Agnes logró desentrañar que David era maravilloso, pero también muy cruel, y que John era muy bueno y siempre la hacía sentirse segura y cómoda. Y que la noche anterior ella había estado en el jardín con David y él le había dado un beso en la coronilla, y ¿creía la tía Agnes que eso significaba que estaban comprometidos? Pues si era así ella iba a morirse, porque si bien adoraba a David y había pensado mucho en él y se había portado como una tonta con él y aún creía que era tremendamente atractivo, no podía estar prometida con él, eso sería espantoso. Y no soportaba pensar que John, que siempre había sido tan adorable, pudiera tener una mala opinión de ella.

—Pero ¿por qué iba a tenerla?

—Porque anoche me vio. Salió al jardín de entre los árboles y nos vio, y luego se fue otra vez.

—Ojalá estuviera aquí Robert —dijo Agnes—. Él sabría qué hacer exactamente. Creo que lo mejor será que se lo contemos a John. Es lo

más sencillo.

—Ay, tía Agnes, no podría hacer eso.

—¿Por qué no? Siempre es mucho mejor dejar las cosas claras, y un hombre siempre es capaz de deshacer un entuerto. Bajaremos y le pediremos que lo haga.

—Pero ¿qué va a decir? ¿Y qué dirá David? Ay, Dios mío. Oh, cómo desearía que John estuviera aquí.

Agnes dejó a sus retoños en manos de Ivy y se llevó a Mary a su dormitorio, donde la dejó aplicarse un carísimo tónico facial y unos polvos especiales que la animaron en gran medida.

—Y ahora iremos en busca de John y todo saldrá perfectamente —anunció Agnes con tranquilidad.

Cuando ella y Mary entraban en el salón, se encontraron con John y David.

—Justo andábamos buscándote, John, querido —dijo Agnes—. Mary ha venido sintiéndose muy desdichada y hemos pensado que podías ayudarla.

—Pues yo iba con John a buscar a Mary —repuso David—. Estaba hecho un manojito de nervios, y todo por nada.

Se hizo un silencio. Como los principales implicados en la escena insistían en permanecer mudos, y de hecho mostraban síntomas de retroceder para alejarse de sus padrinos, Agnes tomó la iniciativa.

—Ahora vamos a sentarnos y a dar explicaciones. David, anoche fuiste un verdadero incordio, y Mary se siente desdichada. Creyó que querías casarte con ella, y por supuesto eso la alteró muchísimo, porque ella no quiere.

—Mi querida Agnes —respondió David—, no es mi intención alardear, pero ésta es la segunda dama esta mañana que ha creído que yo quería casarme con ella. Sencillamente, no soportaría casarme con nadie, así que házselo saber a tu cliente.

—Bueno, pues has sido muy sinvergüenza y cruel —dijo Agnes—, y Mary está muy molesta.

Ante aquellas palabras de la dulce Agnes, a Mary le invadió el remordimiento.

—No te enfades, David. Es sólo que temía que estuviéramos

comprometidos, y eso habría sido horrible. Pero en realidad has sido muy bueno conmigo: me regalaste aquel bolso tan bonito y la cesta de fresas silvestres.

—Si eso es todo —repuso David—, ahora me quitaré la careta. John trataba de representar a Enoch Arden esta mañana, y yo seré ahora David Garrick. Aquellas fresas silvestres, Mary, no fueron idea mía. Fue John quien me dijo que te las llevara.

—Oh, David, pero tú dijiste...

—Sí, lo sé. Se me había olvidado. De hecho, John me llamó aquel día y me dijo que te sentías desdichada porque me había olvidado de tus fresas, y sugirió que te las trajera cuando volviera aquí, de modo que eso hice. La única acción noble de mi vida y fue otro quien me indujo a llevarla a cabo. Ya ves.

Mary lo miraba en silencio.

—Bueno, Agnes —continuó David—, puesto que he hecho ya cuanto podía por el bien de tu cliente, ahora me retiraré, y creo que harías bien en venir también, ya que John parece víctima de una parálisis insidiosa.

Agnes se levantó.

—Ya ves, Mary. Ya te decía yo que el mejor plan era contárselo a John.

Cuando salieron de la sala, David le dijo a su hermana:

—Tú y yo subiremos ahora a la galería y nos asomaremos para ver a estos jovencitos. No tengo intención de irme a Sudamérica hasta que haya visto este asunto resuelto.

—¿Te vas a Sudamérica, David? Qué bien, así verás a Robert.

—Desde luego que sí, si no se ha marchado antes de que yo llegue.

—Si se ha ido, siempre puedes mandarle un telegrama cuando vuestros barcos estén cerca uno del otro. Cuando vas en barco, es muy agradable recibir telegramas. Por supuesto, Emmy y la querida Clarissa serán las damas de honor, y James puede ser el paje. Tú no puedes irte a Sudamérica sin ser el padrino. El padrino de Robert fue un hombre encantador de su regimiento, ahora no me acuerdo de cómo se llamaba.

—Puede serlo Martin —dijo David cuando llegaron a la galería, y se

asomaron a la balaustrada.

—Pues sí. Y ahora a John no le hará falta vender la casa de Chelsea. Será estupenda para él y Mary, así que todo me parece divino. Confío en que Robert llegue a casa a tiempo para la boda.

—Ahora olvídate de Robert un momento y trata de concentrarte, Agnes. Míralos.

John y Mary, a solas, fueron presas de un silencioso rubor. Finalmente, John, hablando con considerable dificultad, le preguntó a Mary si podría perdonarlo algún día.

—¿Por qué?

—Por pensar lo que pensé anoche.

—Si lo que pensaste anoche es lo que yo creo que es, supongo que eso es lo que pArecía. Pero de verdad, John, en realidad no me dieron un beso. Fue sólo la barbilla de David contra mi coronilla. Cuando te vi, casi quise morirme de lo desgraciada que me sentí. Quise explicártelo, y tuve miedo, y me sentí tan desdichada que no he podido pegar ojo en toda la noche.

—Mi pobre tesoro —repuso John. Y, sentándose a su lado en el sofá, la estrechó en un abrazo de lo más satisfactorio, para la enorme curiosidad de sus hermanos en la galería.

Justo entonces Gudgeon cruzó el salón y, por una vez, quedó desconcertado ante lo que veía, y soltó una exclamación.

—No pasa nada, Gudgeon —dijo John alegremente—. Puedes seguir con lo tuyo. La señorita Preston y yo nos hemos comprometido.

—Me alegra muchísimo saberlo, señor —contestó Gudgeon—. Si se me permite decirlo, nada podría procurar mayor satisfacción en esta casa.

—Te lo agradezco mucho, Gudgeon. Y ahora hazme el favor de ser buen chico y volver a salir.

Pero el momento estelar de Gudgeon había llegado. Cruzó la habitación hasta el gong, cogió el mazo de su soporte, realizó con él unas florituras preliminares, y luego ejecutó una fanfarria nupcial de tal calibre en su instrumento favorito que el estruendo resonó en toda la casa. Mary, asustada, hizo ademán de levantarse, pero John la retuvo con firmeza en su sitio. En lo alto, David y Agnes se reían, y

Agnes por su parte también lloraba. El señor Leslie salió de la biblioteca.

—Pero ¿qué diablos anda tramando, Gudgeon? —quiso saber.

En el mismo momento, lady Emily salió renqueando del gabinete.

—¿Ha sido eso el gong, Gudgeon? —quiso saber.

—No, milady —respondió Gudgeon blandiendo el mazo en dirección al sofá—, han sido campanadas de boda..., con antelación, por supuesto, milady.

dos velas: una blanca y una negra.»



Angela Thirkell

(1890-1961) nació en Londres en el seno de una familia ilustrada. Fue nieta del artista prerrafaelita Edward Burne-Jones, y entre sus parientes figuraban también el escritor Rudyard Kipling, el político Stanley Baldwin, y el novelista J. M. Barrie, quien fue su padrino. Se educó en Londres y París, y empezó a publicar artículos y relatos en los años veinte. Después de vivir una década en Australia, regresó a Inglaterra. En 1931 apareció su primer libro, unas memorias de infancia tituladas *Three Houses*, y, en 1933, su novela cómica *High Rising*, con la que obtuvo un gran éxito. A partir de entonces publicó un libro al año hasta su muerte. *Fresas silvestres* (1934) está considerada una de las mejores novelas de su producción.

La atractiva Mary Preston, una joven perteneciente a una buena familia venida a menos, es invitada a la espléndida y lujosa finca de los Leslie en Rushwater. Allí, Mary perderá la cabeza por el apuesto seductor David Leslie. Sin embargo, su tía Agnes y la madre de David, la excéntrica lady Emily, planean emparejarla con otro hombre al que consideran un buen partido. En el espectacular baile de Rushwater, la felicidad de Mary, suspendida entre los imperativos del corazón y las maquinaciones de su familia, penderá de un hilo...

Fresas silvestres (1934) forma parte de un ciclo de veintinueve novelas ambientadas en el condado ficticio de Barbetshire, que Angela Thirkell tomó prestado de Anthony Trollope. Con una mirada afilada y permanentes alusiones y guiños a los clásicos, desde lord Byron y R. L. Stevenson hasta Ovidio y Virgilio, Thirkell da vida a una galería de personajes cómicos que se debaten entre lo sublime y lo prosaico, sin abandonar jamás una muy británica obsesión por el estatus social.

«Sus libros livianos, ingeniosos y amenos son estudios espeluznantes de la represión británica. Thirkell saca a relucir los prejuicios, la intolerancia y el sentimiento de clase de sus personajes, sobre todo durante y después de los años de guerra.»

Hermione Lee, *The New Yorker*

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybille Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Virginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

34. Un alma cándida

Elizabeth Taylor

35. Un poco menos que ángeles

Barbara Pym

36. Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía

Henry James

38. El cuidador de elefantes

Christopher Nicholson

39. El río del tiempo

Jon Swain

40. A la mesa con los reyes

Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo

Janice Galloway

42. María Estuardo

Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos

Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo

Paolo Maurensig